Aerith
Gainsborough
Tifa
Lockhart
Huellas de
FINAL FANTASY VII REMAKE
dos pasados
Español Latino
野島一成
Kazushige Nojima
Fantasy Fansub

Aerith
Gainsborough

Tifa
Lockhart

Huellas de dos pasados

FINAL FANTASY VII REMAKE

Español Latino

Kazushige Nojima

Traducido por:
Chrono Wiser/
ElCJLokoshom21

Fantasy Fansub

Descargo De Responsabilidad

La traducción/adaptación/localización de este libro fue hecha única y exclusivamente de fans para fans, no se intenta lucrar o sacar provecho por la distribución de este en internet o cualquier otro medio, todas las imágenes usadas en este proyecto provenientes de artistas de toda la red, a todos y cada uno de ellos se les pidió permiso de usarse aquí y con la estricta aprobación de estos (al final del libro encontraran los links a las respectivas redes de cada uno de ellos) al igual que como estos me indicaron que les hiciera su mención debida.

De la misma manera, si por alguna razón llegase a ti este libro por medio de alguna página con acortador, pagaste o alguien pide cierta recompensa monetaria para que puedas leerlo, déjame indicarte que te vieron la cara de tonto, pues esto se encuentra gratis en las redes de *Las Crónicas De Enix*, *Fantasy Fansub*, de su traductor *Chrono Wiser/ElCJLokoshom21* al igual que en *The Internet Archive* para su descarga, de igual forma, siéntete bienvenido a leer esta traducción de la novela de "Trace Of Two Past" que el gran Kazushije Nojima publicaría en 2021, siendo un complemento de lo que fue Final Fantasy VII Remake Integrate como a su vez servir de guía para ciertas cosas que en Final Fantasy VII Rebirth no terminaron explicando de la mejor manera, pero cabe aclarar que si aun tu solo jugaste el juego original de la PS1 de 1997, esta novela es perfecta pues explica muchas cosas de títulos posteriores como: The Last Order/Before Crisis/Ever Crisis y la novela *The Kids Are Alright* de 2011 es decir, está escrita de tal forma que todo conecta con el juego de PS1 y los Remakes.

Esta traducción viene directamente desde el japones, por lo cual trata de ser lo más fiel a la novela original rescatando las escenas eliminadas, censuradas y datos que quedaron únicamente en japones en las próximas reimpresiones del libro, y que con justa razón tuvieron que meterles censuras pues tocan temas algo más escabrosos que su impresión oficial al inglés. Sin mas que agregar, disfruta la lectura.

Índice

Capítulo 1:

El Pasado De Tifa.....7

Capítulo 2:

El Pasado De Aerith.....132

Capítulo Extra:

CODA – El Misterio De Las Pinturas.....213

Capítulo 1:

El Pasado De

Tifa

Cuando el viento que soplaba en la pradera le revolvió el pelo, Tifa Lockhart recordó de forma irremediable su ciudad natal. En su pequeñita aldea, solía ir siempre despeinada por culpa de las corrientes de aire que bajaban desde el Monte Nibel.

– ¿Estás acostumbrada a esto? – le preguntó Aerith, señalando con el índice los vastos campos abiertos del área de las praderas de Midgar.

Aunque hacia poco que se conocían, a Tifa le daba la sensación de que llevaban mucho tiempo ya siendo amigas. De repente, Tifa le dio la espalda a otra fortísima ráfaga de viento que hizo vibrar la hierba a sus pies. Les esperaba un viaje bastante largo.

– ¿Acostumbrada a qué? ¿A las praderas? – se interesó ella, girándose para mirar a Aerith, que caminaba justo a su lado.

– No, me refiero más bien a caminar en general, a través de los pastizales o las llanuras.

– Bueno, no me disgusta. Me lo tomo como si fuera un entrenamiento.

– Entiendo. Es mejor tomárselo como un deporte, aunque prefiero las montañas, el paisaje cambia muchísimo.

– ¿Verdad que sí? Yo antes iba mucho de pícnic, pero estas vistas comienzan a cansarme.

– En realidad, esto que estamos haciendo es más bien senderismo. Cuando hablas de pícnic pienso más en cestas llenas de comida, en diversión…

– Supongo que tienes razón. ¿Alguna vez has ido de pícnic?

– Sí – Por un momento, Tifa recordó su infancia en la aldea – Algo parecido. Nosotros lo llamábamos de otra forma.

– ¿Como lo llamaban?

De tan solo pensar en ello, Tifa ya se sentía avergonzada.

– Fiesta del té – respondió

Red XIII pasó entonces junto a ellas, dejando escapar un bufido divertido. Todo en él era característico de una gran bestia, desde su pelaje rojo chillón hasta la forma de su cola. Sin embargo, había una gran diferencia entre su aspecto físico y su intelecto. Algo a lo que Tifa aún no se había acostumbrado

– ¿Y qué hacían en esas fiestas? Cuéntamelo, tengo curiosidad. – la instó Aerith, con los ojos brillosos.

– Esta bien pero más te vale escuchar porque no repetiré, jeje – contestó Tifa, pero la realidad era que no sabía ni por dónde empezar.

*

Nibelheim era una pequeña aldea situada a los pies del Monte Nibel, en su origen, había servido como lugar de destino para aquellas personas que buscaban la flora y

la fauna tan poco comunes de sus montañas, pero no era más que un mero asentamiento que consistía en un grupo de casas que proporcionaban comida y alojamiento a los montañistas. Luego, Shinra, en busca de un lugar que se encontrase lejos de cualquier interferencia por parte del gobierno de Junon, un lugar en el que ubicar una base para sus tan modernas investigaciones, puso toda su atención en esta región. Fue allí donde, al año siguiente de instalarse, en 1960, la Compañía de Electricidad descubrió la energía Mako, descubrimiento a raíz del cual decidieron construir una instalación a la que llamaron la mansión de Shinra. Poco después, iniciaron la construcción del primer reactor de Mako de Nibelheim y, para ello, Shinra reunió allí a mano de obra de todos los rincones de la nación. Las obras finalizaron en 1968, momento en que la aldea se encontraba ya en su máximo nivel de actividad.

Sin embargo, era cuestión de tiempo que el reactor de Mako dejase de funcionar, pues con el paso de los años iba deteriorándose cada vez más. Cabe mencionar que, al no poder mantener su medio de vida, la población civil disminuyó de forma drástica. Los estipendios relacionados con las tasas del uso de tierras y su gestión eran la única fuente de ingresos que tenían aquellos que decidieron quedarse. De hecho, incluso después de que Shinra diera por concluidas sus investigaciones, las deterioradas instalaciones del reactor seguirían sosteniendo la economía de la aldea.

Y, aunque las cosas no podían seguir así y la amargura pesaba en la mente de todos los habitantes, los fuertes vientos que soplaban desde el Monte Nibel se llevaron por delante todas esas voces rebeldes, incoherentes y llenas de aprensión por un futuro incierto.

*

– Había cuatro niños en mi aldea, todos chicos, que tenían la misma edad que yo. Nos juntábamos tanto para jugar que nuestros padres acabaron llamándonos *“La pandilla de los cuatro”*. Era con ellos con quienes celebraba mis fiestas del té.

– Pero… Si te contamos a ti, ¿no deberían haber sido *“La pandilla de los cinco”*?

– Uno de esos cuatro niños era Cloud. Me habría encantado que jugase más con nosotros, pero casi siempre nos ignoraba, cosa que hacía que mis amigos se enfadasen con él. Pensaban que era un niño muy raro y que era peligroso.

Tifa hablaba del mismo Cloud Strife que en aquellos momentos marchaba a la cabeza del pequeño grupo improvisado rumbo a Kalm como si fuera el líder y no hubiera debate posible sobre ello.

*

Tifa nació en el seno de la familia Lockhart en 1987. Su padre se llamaba Brian, y su madre, Thea. Por desgracia, Thea falleció ocho años después, dejando a Brian completamente solo con una hija a su cargo, cuando se sentía incomodo enseñándole algo a Tifa, las mujeres de la aldea se ofrecían a hacerlo en su lugar. La instruyeron en muchas disciplinas diferentes, desde el arte de la costura hasta la cocina, es decir, en todo aquello que creían que una muchacha debía aprender de su madre, pues el suyo era un pueblo aún subyugado a las antiguas tradiciones de la República. Los hombres se marchaban a trabajar fuera y las mujeres se quedaban para ocuparse del hogar. Los aldeanos, por ende, pensaban que la felicidad de la mujer dependía del hombre con el que decidiera pasar el resto de sus días.

Emilio, Lester, Taylor y Tifa se conocían desde bien pequeños. Todos ellos eran los hijos mayores de sus familias, por eso sus madres estaban muy unidas. Crecieron jugando juntos. Sin embargo, tras el fallecimiento de Thea, y habiendo cambiado las circunstancias de Tifa por completo, todo el mundo comenzó a tratar a la pequeña como a *“esa pobre criatura”*. Cuando cumplió diez años, Tifa se dio cuenta de que la forma en que sus amigos la miraban ya no era la misma. Sus ojos se clavaban en su cuerpo, buscando en ella una posible compañera de vida. Luego, comenzaron a insinuar sus sentimientos y a competir entre ellos por su afecto. A pesar del hastío que le producían dichas insinuaciones y aquellos eternos intentos por conseguir tiempo con ella a solas, a Tifa le resultaba complicado rechazarlos, porque sabía que les rompería el corazón. Así que, como no quería herir a nadie, fingía de forma constante no captar sus señales románticas y, si alguno de los muchachos hacía sus intenciones demasiado evidentes, lo esquivaba siempre con alguna respuesta un tanto vaga.

Poco tiempo después, sus tres amigos comenzaron a sopesar la idea de abandonar la aldea. De hecho, era lo único de lo que hablaban. Decían que les esperaba una carrera de éxito en Shinra. Que iban a hacerse ricos en Midgar. Cada uno de ellos se aferraba a su propio sueño, pero el mensaje era el mismo. Y, mientras tanto, caían sobre ella promesas de mantenerla, de protegerla. La bonita imagen que los muchachos pintaban para su futuro con ella era más de lo mismo. Para ellos, Tifa sería un símbolo de victoria; un mero trofeo.

Cuando Tifa cumplió doce años, su padre le regalo un par de sandalias de cuña. Y, por supuesto, lo primero que hizo la pequeña fue ponérselas y salir a pasear. Aquel

tipo de sandalias eran la última moda en Midgar, pero pronto descubrió que no eran adecuadas para sus habituales caminatas por la aldea.

– ¡¡Tifa Lockhart!! – la llamó el alcalde, Zander, mientras ella vigilaba dónde ponía los pies – Feliz cumpleaños, niña. Mi gata ha dado luz a una camada preciosa y me preguntaba si querrías quedarte uno como regalo de cumpleaños. Ya lo he hablado con Brian. Anda, ven y los ves tú misma.

Tifa le había mencionado a su padre su deseo de tener un gato en incontables ocasiones, y por fin parecía que su sueño iba a hacerse realidad. Siguió a Zander hasta su casa, donde se asomó a un cajón de madera para ver a los gatitos dormidos. Durante un rato largo, se limitó a estudiarlos con detenimiento, pues no quería tomar una decisión precipitada. Luego, eligió.

– ¿Quieres esa? – le preguntó Zander – Se llama Bolita. Aunque ahora que va a ser tuya, le puedes poner el nombre que más te guste, claro. De todas formas, me haría ilusión que no se lo cambiases.

De camino a casa, la gatita estuvo a punto de escaparse de entre sus brazos. Los extraños movimientos que tuvo que hacer para evitar que saltase le hicieron perder el equilibrio y, al no tener un paso firme porque llevaba aquellas elegantes sandalias de ciudad, cayó con torpeza al suelo mientras protegía al animalito.

Más tarde, el doctor Sanku le diagnostico que tenía un esguince en el tobillo derecho.

*

– Se me rompieron las sandalias y encima la zona del tobillo donde las tiras más me rozaban se me infectó a tal extremo que acabe con fiebre en la cama durante una semana entera. Lo peor fue descubrir que Bolita había desaparecido porque mi padre había dejado la puerta abierta por accidente.

– ¡Caramba! Cuando algo sale mal, puede salir peor, ¿no? O eso dicen. Y vaya, así que terminaste por dejarle a la gata el nombre de Bolita.

– Mi padre involucró a todos los vecinos en la búsqueda del ella. El alcalde de nuestra aldea debía de haberle dicho a todo el mundo que la gata se llamaba así, porque en todos los rincones la gente gritaba: *“¡¡BOLITA!!”*. Sé que es un nombre terrible, pero la gatita no tenía culpa alguna.

*

Cuando la fiebre se le había bajado, fueron a visitarla algunos amigos de la familia. No obstante, la alegría que sintió al verlos duró bien poco. Al tercer día, Tifa estaba harta de recibir visitas.

– No creo que me alegre mucho que haya tanta gente entrando y saliendo de casa.

Tampoco voy a poder terminarme toda la comida que han traído.

Lo que necesitaba era estar sola.

– No digas eso – susurró su padre.

– Pues déjame salir. Yo también quiero buscar a Bolita. Además, el doctor me dijo que debía intentar caminar, ¿recuerdas?

– Está bien, Pero hoy no y mañana tampoco, pasado mañana.

– ¿Por qué mañana no?

– Porque mañana no estaré. Tengo que ir a las montañas. Los trabajos de reparación del camino al reactor de Mako están muy atrasados.

– Puedo hacer mis ejercicios yo sola. Prometo que no saldré de la aldea.

Brian se quedó pensativo durante unos instantes. Tifa podía hacerse una pequeña idea de lo que pasaba por su cabeza: se sentía herido por las palabras de su hija. Le irritaba el sentimiento de que ya no necesitase su ayuda.

– De acuerdo. Pero no te alejes de la aldea. Y no te fuerces. Si sientes dolor, detente y regresa a casa. Además… – Empezó a decir el hombre.

Lo que siguió fue una larga charla sobre lo que su hija debía hacer o no y de todas las precauciones que debía tomar bajo el sol abrasador. Tifa lo escuchó sin protestar.

A la mañana siguiente, alguien llamó a la puerta justo cuando Tifa se quedó sola, como si hubiera estado esperando a que Brian se marchase a las montañas.

Se trataba de la madre de Cloud, Claudia Strife.

– Siento mucho venir a molestarte tan temprano, pero quería traértela cuanto antes. – le confesó la mujer.

Entre sus brazos, había una gatita acurrucada. Era Bolita.

– ¡Bolita! ¡Me alegra ver que estas bien! Muchísimas gracias – Dijo más animada Tifa – ¿Dónde la ha encontrado?

– En los escalones que llevan a la montaña. Pero fue Cloud, no yo. Le pedí que te la entregara de inmediato, pero ese niño nunca me escucha. Por eso he venido yo en su lugar.

Tifa volvió a darle las gracias a Claudia y se llevó a Bolita escaleras arriba, hacia su habitación.

– Bienvenida a casa, Bolita. Qué sorpresa que hayas conocido a Cloud – le murmuró a la gata.

Ahora que ya no había necesidad de seguir buscando a su gatita, salir a la calle había dejado de parecerle atractivo. A pesar de todo lo que le había insistido a su

padre, alegando que caminar le iría bien para el esguince, el dolor aún persistía.

Fue entonces cuando recibió la visita de Emilio.

– ¡Hola Tifa! Ven, es hora de hacer ejercicio – intentó animarla, alzando la cesta que llevaba en la mano a la altura del pecho.

– Te he traído té y fruta.

– ¿Que? – protestó ella.

– He pensado que podríamos ir a la cascada a comer algo. Allí seguimos dentro de los límites de la aldea, ¿no?

– ¿Tiene mi padre algo que ver con esto?

– Si. Me ha pedido que te acompañara a dar tu paseo. Dijo que me asegurara de que no salieras de la aldea.

Emilio parecía inquieto. Probablemente, pensaba que había algo especial oculto tras la petición de Brian.

Tifa aceptó la invitación, pero, al salir de casa junto a su amigo, se encontraron a Lester. Para sorpresa de nadie, este también llevaba una cesta de pícnic. El gesto de desagrado en mirada, aunque fugaz, no le pasó desapercibido a Tifa.

Los muchachos la acompañaron hasta las cercanías de la cascada y la ayudaron a apoyarse en su pierna herida. Aunque todo el mundo se refería a aquel lugar como *"la cascada"*, en realidad no era más que la fuente que servía como salida del agua recogida en Nibelheim. Tifa vio entonces que Taylor estaba allí, buscando un lugar seco para los cuatro. Era más que evidente que su padre había hablado con su grupo de amigos.

– Como ya es casi la hora de comer, he traído unos sándwiches. El jamón es de mi familia – comentó Taylor.

Emilio y Lester se animaron al instante. La receta de jamón de la familia de Taylor era una de las mejores. Incluso Tifa, que hasta aquel momento había estado triste, no pudo evitar expresar su alegría.

La conversación giró, como siempre hacía en esa época en torno a Midgar, la ciudad que inundaba los sueños de sus tres amigos. Hablaron de una escuela en la que los alumnos estudiaban hasta la extenuación. Al parecer, los niños de los barrios bajos también aprendían a leer y escribir gracias a voluntarios. Tal vez, comentaron, su educación estaba al mismo nivel que la de esos niños de los barrios bajos.

También de que la única forma de entrar a trabajar en la Compañía de Electricidad y Energía Shinra desde los barrios era a través de SOLDADO y se preguntaron qué posibilidad cabía de que un Soldado muriera en combate. Creían que el dinero de la gente que vivía sobre la Plataforma sería la solución a todos sus problemas. Aunque sus palabras estaban cargadas de mitos, sus miradas eran serias.

Para Tifa, Midgar también se había convertido, poco a poco y a su manera, en un

tema de gran interés. Pronto se descubrió a sí misma pensando en aquel mundo lejano, en aquella gran ciudad, con asombro y emoción.

– Si se van a vivir a Midgar, ¿volverán por aquí de vez en cuando? – les preguntó Tifa.

– Si no podemos adaptarnos a la vida de la ciudad, supongo que no tendremos otra opción.

– Yo no quiero que la gente de aquí me vea como a un perdedor. Si no puedo adaptarme, me mudaré a otra ciudad.

– Pero Tifa, si ninguno de nosotros tres vuelve, ¿no te sentirás muy sola?

– Puede que se olviden de mí más pronto que tarde – respondió ella.

Tifa se sintió avergonzada en el preciso instante en que las palabras abandonaron su boca. Estaba enfadada al pensar que sería dejada y olvidada en aquel lugar, sus amigos tendrían una mejor vida y se casarían, aunque por ahora pelearan en ganarse su atención, así que los chicos intentaron animarla. Cuando decidieron marcharse de allí, los muchachos alzaron la voz:

– ¡El pícnic ha sido divertido! Deberíamos repetirlo algún día.

– ¿Llamas pícnic a esto? Tendríamos que ir más lejos para que fuese uno de verdad.

– Los picnics se pueden hacer en cualquier lugar. Tú hablas de hacer senderismo.

– Y si lo llamamos *¿"fiesta del té"?* – interrumpió Tifa – Son divertidas y elegantes.

Mientras lo decía, recordó una foto en la que aparecía sobre el regazo de su madre, ambas sentadas a una mesa al aire libre en un prado enorme, tomando té con algunos de sus familiares más ricos durante la época de la República. No estaba del todo segura pero probablemente los abuelos de su madre también aparecían en la fotografía.

– ¿Fiesta del te? ¿Y eso qué es? –

– Bueno, sí a Tifa le gusta ese nombre, a mí me parece estupendo.

– ¡Y a mí!

Celebraron muchas *"fiestas del té"*, hasta que poco a poco empezaron a hacer menos y entonces, uno a uno, de sus tres amigos abandonaron la aldea.

*

– Mis amigos hablaban tanto de Midgar que al final empecé a competir contra la ciudad. Quería llevar lo que las chicas vestían allí, así que le pedí a una costurera que me ayudase a confeccionar varias prendas, y eso que eran telas que no podíamos conseguir en nuestra tienda local. Incluso aprendí a hacer dulces típicos de Midgar. Hasta entonces, creo que nunca había intentado llamar la atención de ningún chico.

– ¿Haciendo de Midgar tu gran rival eh? Por eso me agradaste, Tifa – respondió Barret Wallace, al que ninguna de las dos jóvenes había notado acercarse por detrás.

*

Había llegado la primavera, época que sus amigos habían escogido para dejar la aldea. Su tiempo juntos llegaba a su fin y eso ponía a Tifa muy sensible. A última hora de aquella noche, se propuso hacer un pastel. Pensó primero en hornear galletas, pero el pastel le pareció más apropiado para la ocasión, pues quería hacer que sus amigos recordasen aquella primavera para siempre. Revisó la despensa de la cocina, anotó los ingredientes que le faltaban y se dirigió a la tienda local, que era propiedad de la familia de Emilio.

Mientras esperaba frente a la puerta, sintió que alguien le clavaba la mirada en su espalda. Se giró y vio a Cloud Strife. Sus ojos se encontraron. Por norma general, cuando esto ocurría, él miraba hacia otro lado o salía corriendo en dirección contraria, pero aquel día Cloud parecía distinto, Tifa lo vio mover los labios, dijo algo, pero ella no logró oírlo.

Inclinó la cabeza hacia un lado y aquel movimiento inusitado hizo que Cloud se precipitase hacia ella, por lo que Tifa se preparó de forma instintiva para huir.

– En la torre de agua. A medianoche – le susurró Cloud justo cuando estaba a punto de chocar con ella.

– De acuerdo – respondió Tifa.

Al oír aquello, Cloud echó a correr como si tratara de evitarla. Pero no había ninguna necesidad de hacerlo, pues Tifa ya huía también de forma frenética hacia su casa. Sin embargo, al llegar recordó que se había olvidado de comprar los ingredientes para el pastel. Su padre la observó con desconcierto, pero ella fingió estar disgustada con tal de esquivar cualquier tipo de interrogatorio y se dirigió deprisa a su habitación, donde pudo calmarse un poco. Bolita la esperaba encima de la cama, así que Tifa la alzó y abrazó con fuerza contra su pecho mientras se dejaba caer al suelo. El corazón le latía con fuerza. Y no, no se debía únicamente a la carrera.

¿Cuándo había sido la última vez que habían hablado? Bolita había desaparecido varias veces después de su primera fuga, cuando Cloud la encontró. Con el tiempo, Tifa se acostumbró y entendió que la gata volvería siempre días después por su cuenta. Pero, aun así, y a pesar de que no se le permitía salir de la aldea a causa de los monstruos que infestaban las montañas, cada vez que desaparecía, ella salía a

buscarla.

En una de esas ocasiones, mientras buscaba a Bolita y gritaba su nombre en los escalones de la montaña, vio a Cloud bajando por la ladera. Él también la vio, pero se negó a mirarla a la cara.

– Acabo de ver a Bolita, justo en esa dirección que tomas ahora – le avisó Cloud, pasando por su lado aparentando indiferencia.

– Gracias.

Cloud continuó caminando y se dirigió hacia la aldea sin detener su paso ni un momento. A final, se giró y exclamó:

– ¿Es que no le das de comer? Estaba tragándose un pájaro.

– ¡¡Claro que la alimento!! – Se quejó Tifa.

Y, en un acto de ferocidad, la muchacha siguió su camino con pisadas fuertes. Más adelante, encontró a Bolita con la boca cubierta de sangre.

– ¿Cuándo fue eso?

Bolita estaba en su regazo, acarició su pelaje y la gata ronroneó de felicidad en respuesta, con los ojos entrecerrados. Cuando eran pequeños, Cloud jugaba mucho con ella. Sus casas estaban una al lado de la otra, por lo que era fácil ir y venir.

– Cloud es muy guapo, ¿verdad? – le había comentado su madre una noche, cenando en el comedor.

¿Cuándo había ocurrido eso? ¿Cuántos años tendrían? ¿Siete, ocho quizá? Por alguna razón, aquellas palabras la habían hecho sentir feliz y avergonzada al mismo tiempo. Además, recordaba que Thea le había dedicado un guiño cómplice que no había pasado desapercibido a ojos de Brian, quien había fruncido el ceño con desgana. Era uno de los pocos recuerdos que le quedaban de su vida familiar antes de que su madre falleciera.

Pero… ¿cuándo había empezado Cloud a alejarse de todo el mundo? ¿Había ocurrido algo entre él y los otros tres muchachos? Tifa no tenía ni idea. Lo que sí tenía claro era que debía de ser algo relacionado con el desastroso incidente que tuvo lugar tras el fallecimiento de su madre. Aunque él había dejado de ir a jugar con ella incluso antes de eso.

– ¿Por qué…?

Acunando a Bolita entre sus brazos, Tifa se acercó a la ventana, desde donde se podía ver a la perfección la torre de agua, que se alzaba justo en medio de la aldea. Si se encontraban allí, todo el mundo podría verlos. ¿Por eso quería verla a medianoche? ¿Para asegurarse de que todos dormían? ¿Pero a qué hora exacta era la medianoche? A las doce en punto, ¿verdad? ¿Confiaba tanto Cloud en ella?

– Cloud es… En fin, qué más da – susurró para sí misma.

No tenía sentido jugar a las adivinanzas llegados a este punto

– ¿Qué debería ponerme?

A Bolita eso no le interesaba en lo absoluto. Saltó de los brazos de su dueña y regresó a la cama. Entonces, alguien la llamó a través de su puerta. Al otro lado, la joven oyó la voz de su padre:

– ¿Tifa, sigues despierta?

Al abrir, vio a Brian, de pie en el pasillo, parpadeando con sueño.

– Voy a acostarme temprano esta noche. Las reparaciones del puente nos han dado problemas y estoy exhausto.

– Claro papi. – respondió ella – Deberías descansar más si puedes.

– Sí… – accedió él, aunque parecía incómodo por algo Brian.

– ¿Pasa algo?

– Antes estabas de mal humor.

– Me pongo de mal humor cuando me dices este tipo de cosas. – rio Tifa.

– Bueno, bueno – rio él también.

Tras darle las buenas noches a su hija, Brian se fue a su cuarto.

Mientras elegía qué ropa ponerse, Tifa cayó en la cuenta de que aquella iba a ser la primera vez que se escabulliría a medianoche a escondidas de su padre, ¡Con ningún otro que con Cloud Strife! Iba a ser una noche especial. Su alma lo sabía. Dormir era lo último en lo que pensaba.

Tras vestirse, echó un vistazo a través de la ventana. Ya casi era la hora. No obstante, a diferencia de lo que ella había pensado, aún había muchas luces encendidas en la aldea, y tampoco veía a Cloud cerca de la torre de agua. Sin pensarlo mucho Tifa apagó las luces de su habitación y se dispuso a salir. Bolita intento seguirla, así que no tuvo más remedio que encerrarla en su habitación. En el pasillo, Tifa pegó la oreja a la puerta de su padre y oyó sus ronquidos. Bajó las escaleras de puntillas, poniendo mucho cuidado a cada paso que daba. Tras atravesar el salón abrió la puerta de entrada y, una vez en la calle pudo respirar tranquilamente.

El cielo estaba lleno de estrellas, estrellas que parecían caer a su alrededor, ¿Estaría Cloud esperándola ya en la torre de agua? ¿Sentiría por ella algo? ¿Algo más que una amistad? ¿Le confesaría sus sentimientos? Y, si fuera así, ¿qué respondería ella? ¿Le gustaba Cloud? Se llevó una mano al corazón y lo meditó. Sí, no cabía duda: le gustaba. Ese *“afecto”* que sentía por él era diferente a todo lo demás. Tifa quería mucho más que simplemente pasar tiempo a solas con él.

Recordó en aquel momento las palabras de su madre. *“Cloud es muy guapo, ¿verdad?”*, le había dicho. *“Creo que es incluso más guapo que él gran héroe de la guerra, Sephiroth”*. En su intento por halagar a Cloud, Thea lo había comparado con

un SOLDADO de la Compañía Shinra al que los jóvenes de aquella época se referían como *"Sephiroth, el gran héroe de la guerra"*. Tifa recordó haberle dado la razón en silencio. Sí, la razón por la que su corazón se aceleraba era porque Cloud le resultaba tan bello como inalcanzable. Igual que las estrellas.

– Gracias, mamá – le susurró al aire, pues se sentía mucho menos nerviosa.

Más ligera que antes, Tifa corrió hacia la torre de agua.

Cuando llegó, Cloud ya estaba allí. Sentado sobre uno de los andamios, balanceaba las piernas de adelante hacia atrás. La última vez que se habían visto allí aún eran muy pequeños. ¿Como debía dirigirse a él?

Supuso que lo mejor sería hablarle con normalidad, pero ¿Cómo era para ella normalmente?

– Que tal… Perdón por la tardanza, y gracias por esperar. Entonces… ¿de qué querías hablar? – Le dijo a modo de saludo.

Quizás… ¿había sonado demasiado forzado?

Lo que Cloud le confió en la torre de agua no fue nada fuera de lo normal. Le comentó que tenía planeado abandonar la aldea cuando llegara la primavera. Le aseguró que él era diferente al resto, pero, al final, todos los chicos de su edad le habían dicho lo mismo, Aun así, Tifa no se sintió decepcionada.

Se debía, quizás, ¿A algún tipo de hechizo que las estrellas habían echado sobre ella aquella noche? ¿O tal vez fuera el hecho de que Cloud no pareciera entusiasmado con la idea de marcharse lo que le parecía tan entrañable? La promesa que le hizo a continuación le salió del alma:

– Solo… prométeme una cosa. Cuando seamos más grandes, y seas un SOLDADO famoso… si llego a estar en problemas o me siento atrapada… prométeme que iras a rescatarme.

No era más que una simple sugerencia, pero en el en el momento en que intercambiaron las palabras, se convirtió en una promesa tan fuerte como las raíces del tronco de un árbol. Y fue aquella noche en la que Tifa vio en Cloud a un chico normal y corriente, un chico al que adoraba. Se enamoró de él en aquel instante y supo que quería estar con él el resto de sus días.

Cuando los fuertes vientos del Monte Nibel comenzaron a amainar, sus amigos de las *fiestas del té* partieron de viaje. Emilio se presentó la noche anterior para prometerle que volvería a por ella. Al día siguiente, se subió al camión que transportaba el equipo para reparar unas instalaciones de Midgar y abandonó la aldea, aunque no sin asomarse a la ventanilla para despedirse de ella. A Lester y a Taylor se los llevaron en helicóptero, un privilegio reservado a los candidatos que se alistaban en las filas de la Compañía Shinra.

Lester leyó su discurso de despedida con vigor y después la abrazó con la misma energía. Taylor, por su parte, no había dejado de caminar inquieto tras ella en ningún momento, sin decir ni una palabra. El tiempo se les agotaba, así que fue Tifa la que se acercó para abrazarlo.

Comprendió entonces que el pobre Taylor debía de estar resentido con Lester, al que había visto abrazar a una fila larguísima de chicas que habían ido hasta allí para despedirse de él.

Cuando llegó el calor, Cloud también se marchó. Tifa se enteró de que había parado a un camión del ejército de Shinra que atravesaba la aldea a altas horas de la noche. Al parecer, debido a algunos problemas de papeleo, su alistamiento se había atrasado, y el helicóptero que debía venir a buscarlo se estaba utilizando para otras tareas. Probablemente en alguna batalla.

No tuvieron oportunidad de despedirse ni de hacer planes para volver a verse, ni siquiera de abrazarse. Todo lo que Tifa había temido estaba cumpliéndose.

Una vez sola, dejó escapar una carcajada y permitió que las lágrimas le resbalasen por su rostro. Mientras Nibelheim se sumía en el silencio, Tifa cumplía trece años. Su padre preparó una gran fiesta, pero ninguno de los chicos se dignó a enviarle ni una mísera tarjeta de cumpleaños. Quizá, se dijo, estaban tan ocupados con sus nuevas vidas que se habían olvidado de ella incluso antes de lo esperado.

Con esos pensamientos, Tifa intentó ahuyentar la soledad que empezaba a comérsela por dentro.

*

– ¡Tifa! – Era Barret quien la llamaba, con cara de preocupación.

– ¿Sí?

– Te has quedado callada de repente. ¿Estás bien?

– Sí, lo siento. Es solo que… Me abruman todos estos recuerdos, ¿por dónde iba?

– Decías que Midgar era tu enemigo.

– Bien, bien. Ahora viene el fatídico encuentro con el gran maestro.

*

Pasaba el tiempo sola, leyendo libros, cosiendo y cocinando. Sin nadie más con quien hablar que su propio padre. Tifa no tardó en acostumbrarse a esa nueva vida, incluso aprendió a disfrutarla. Hasta entonces, no había sabido que el mundo podía llegar a ser un lugar tan tranquilo, algo que la hizo comprender mejor la soledad en la que Cloud se había encerrado. Tal vez simplemente le gustaba no tener compañía lo cual no significaba que se sintiera solo. Además, ¿quién era ella para decidir si una persona había sido infeliz alguna vez?

De pronto, se arrepentía de todos esos pensamientos arrogantes que en alguna ocasión haber cruzado su mente. Lo único que había hecho Cloud durante todos aquellos años había sido negarse a hacer cosas que no quería hacer o que lo hacían sentir incómodo. En comparación, ella era todo lo contrario. Si tuviera las agallas de no preocuparse por lo que los demás pensaban de ella, las cosas habían sido muy diferentes. Eso le abría, sin duda alguna, un sin fin de posibilidades.

– Tifa – la llamó su padre – Bolita ha vuelto a escaparse, ¿Quieres ir a buscarla?

– ¿Qué? ¿Otra vez?

Si no iba tras la gata, estaba convencida de que alguno de sus vecinos le daría de comer. O quizás incluso se iría a cazar pájaros por su cuenta. Se preguntó por un momento cómo se sentiría su padre si le respondiera algo como *"no te preocupes, volverá cuando se canse"*.

Imaginaba que su expresión se ensombrecería. ¿Qué clase de dueño no saldría a buscar a su mascota perdida? ¿Qué pensarían el resto de los aldeanos de ella? No se arrepentiría, acaso, ¿Si le sucediera algo malo a su gata por dejarla campar a sus anchas? Al final, salió a buscarla.

– ¡¡BOLITA!! ¿Dónde te has metido?

No era nada sencillo ser como Cloud y encontrarla rápidamente.

Tifa no encontró a Bolita por ninguna parte, así que decidió buscarla cerca de las montañas, a las afueras de la aldea. Caminaba sin mirar, contemplando en su lugar las nubes que flotaban en lo alto del cielo, y de repente se encontró a orillas del rio Gunsler. Soplaba allí una brisa fresca. Se dio cuenta una vez más, de lo distraída que estaba en realidad y de lo poco centrada que estaba en la búsqueda, así que dio media vuelta para regresar a casa. Pero, temiendo la posibilidad de que su gatita se hubiera caído al río, echó un último vistazo hacia atrás.

– Pero… ¿Que?

En aquel pasaje que para ella era tan familiar, divisó una extraña figura (bien podía ser un hombre joven o una persona mayor) de pie en medio de la furiosa corriente.

Sus músculos eran firmes, sus hombros desnudos eran anchos, y sus brazos mucho más gruesos que los que ella había visto en los muchachos de su aldea. Su cabello, larguísimo, era de un color plateado intenso. Cloud también se había dejado

crecer el pelo alguna vez, pero el de este hombre era mucho más largo que el de nadie que ella hubiera visto jamás.

El pobre se aferraba a las ramas para que la corriente no lo arrastrase río abajo. Tifa recordó que Emilio se había caído allí también una vez. Los vecinos reunieron todas las cuerdas que encontraron y enviaron un bote para sacarlo de allí. Tras aquel incidente, se decidió en la aldea que ningún niño menor de diez años podía acercarse al río Gunsler sin la supervisión de un adulto. Durante ciertas épocas del año, ni siquiera a los adultos se les permitía acercarse.

Recordó también la aterradora imagen de Emilio gritando.

– ¿Está bien? ¡No se mueva! ¡Voy a buscar ayuda! – gritó Tifa, y empezó a correr de regreso a la aldea.

Pero entonces oyó al hombre responderle desde el río:

– ¡No es necesario! Ven, acércate.

Tifa se dio la vuelta justo para ver al hombre en pie, con una pierna suspendida en el aire. Se apoyaba en el pie izquierdo, mientras que extendía la pierna derecha hacia arriba, con los dedos del pie por encima de la cabeza. El arroyo se dividía en dos al golpearle en la pierna. Incluso sin haberlo intentado ella misma, Tifa sabía que esa postura era difícil no solo de realizar, sino también de mantener. Luego, el hombre bajó la pierna rápidamente y saltó tan alto que pareció alcanzar una altura a la que ella no llegaría jamás. Corrió por las rocas que se asomaban a la superficie del río y, con un último salto, aterrizó frente a Tifa.

Extendió una de sus enormes manos hacia ella.

– Soy Rashard Zangan. Vamos, deja que te estreche la mano – Le dijo.

Tifa se vio obligada a acceder.

– ¡Ay! – exclamó.

Zangan le había apretado la mano con mucha fuerza, ¿todos los adultos eran así de brutos?

– ¡Me estás haciendo daño!

– Mis disculpas – murmuró él, soltándola al instante, pero entonces la agarró por los dos brazos.

Tifa se quedó helada. ¿Corría peligro, acaso?

– Tienes unas pantorrillas preciosas.

“Esto pinta mal”, pensó Tifa.

– ¡Por favor, para! – alzó la voz la muchacha.

Aquel feroz grito fue lo que hizo que Zangan retrocediera por fin. Así, Tifa logró liberarse y escapar. Al llegar a casa, lo primero que hizo fue ducharse para intentar quitarse esa extraña sensación de encima. Tras un breve momento de alivio, su padre volvió a casa con Bolita entre los brazos.

– Zander estaba dándole de comer en el ayuntamiento. Tuve que acercarme a hablar con él.

– Pero la has encontrado.

Tifa no tenía intención alguna de informar a su padre sobre su encontronazo con Zangan, pues sabía que, de contárselo, el hombre le prohibiría ir al río.

– Por cierto, Tifa, se me olvidaba. Al parecer, un maestro de artes marciales muy famoso va a hospedarse en Nibelheim una temporada. Me han dicho que ha viajado por todo el mundo, adquiriendo todo tipo de conocimientos, y que quiere enseñarnos algunos ejercicios para mejorar nuestra salud y longevidad. Suena sospechoso, ¿verdad? Nos ha citado mañana en la plaza. ¿Quieres que vayamos juntos? – comentó Brian entonces.

– De acuerdo. Echemos un vistazo – accedió Tifa. Estaba convencida de que ese *“maestro”* era el hombre tan raro del río.

Los aldeanos de Nibelheim respiraban la inquietud en el ambiente. Era una emoción diferente a la que sentían cuando escuchaban las noticias en la radio o las leían en los periódicos. Casi todos los vecinos se habían reunido en la plaza pública, la que había frente al ayuntamiento, allí esperaban impaciente. Nadie se sorprendió al descubrir al alcalde entre la multitud, presentando con orgullo ante toda su gente al gran Rashard Zangan.

– Ciudadanos de Nibelheim, sé que sus mañanas son muy ajetreadas, así que no les robaré mucho tiempo. Me gustaría empezar con algunos ejercicios de la escuela Zangan que les ayudarán a vivir más años. Yo, Rashard Zangan, he dedicado toda mi vida al aprendizaje de las artes marciales, y la base de mis enseñanzas ha sido siempre este tipo de entrenamiento. Tras adquirir los conocimientos debidos, deberán intentar practicarlos todos los días. Antes de que se den cuenta, su esperanza de vida habrá aumentado de forma considerable. ¡Los animo a que disfruten todo lo que puedan hasta el día de su muerte! – Anunció el maestro.

– ¡Hurra! – interrumpió el alcalde, con una sonora carcajada.

Algunas personas respondieron a sus palabras con risas falsas.

– Bien, ahora extiendan los brazos. Intenten no chocar o pegar con nada mientras lo hacen. Hagan espacio para ustedes y únicamente para cada uno de ustedes, y

acomódense siempre en esa posición – continuó Zangan.

Los aldeanos empezaron a moverse, primero con cierta lentitud. El hombre los observó y asintió una y otra vez en señal de aprobación.

– Mis buenos amigos de Nibelheim, primero deben hacer lo que les diré a continuación. Apunten con sus manos hacia arriba, con los dedos intentando tocar el cielo, no olviden poner las palmas hacia delante. En posición vertical. Estírense hacia arriba todo lo que puedan, hasta que sientan que las puntas de los dedos les arden. Muy arriba, para que los ángeles del cielo puedan bajar y sostenerlos por las muñecas. Estiren hacia arriba, hasta que sientan que su cuerpo flota. Tómense su tiempo. Sí, muy bien. Así se hace. ¡Cuando hayan logrado esto, pónganse de puntillas!

Zangan esbozó una sonrisa y miró a Tifa, cuyos brazos se alzaban frenéticos en el aire. La muchacha estiró todo su cuerpo hacia arriba y se puso de puntillas, imaginándose que unas manos invisibles la arrastraban hacia cielo. Los adultos que la rodeaban perdieron el equilibrio, vacilaron en sus pasos al tratar de recuperarlo y tuvieron que volver a empezar. Pero, pese a su tambaleante postura y para gran sorpresa de muchos, Tifa sí logró mantener el equilibrio. Zangan la saludó con un gesto de aprobación.

– Contaré hasta diez y tendrán que aflojar – dijo Zangan, y empezó a contar.

Cuando llegó a diez, los aldeanos intentaron relajarse. Tifa oyó cómo la gente a su alrededor empezaba a poner excusas al no lograr finalizar bien el ejercicio.

– ¡Vamos todos, una vez más! Es bueno que estén temblando, eso lo notara su corazón. ¡No pasa nada si se sienten inestables! – siguió hablando Zangan.

– ¡Hurra! – volvió a exclamar el alcalde, comentario al que le siguieron algunas risas.

Mientras los aldeanos repetían los mismos errores una y otra vez, Zangan se dirigió a la plataforma central para tener una mejor visión de Tifa. Eso la puso nerviosa y empezó a balancearse de un lado a otro, pero Zangan sonrió.

– Alcen los brazos igual que antes, pero ahora tápense con ellos las orejas. Luego levanten la pierna derecha y dóblenla en un ángulo de noventa grados. ¿Entendieron?

Zangan iluminó al instante a sus espectadores con su propio ejemplo.

– Ahora, ¡quédense quietos! Mientras más piensen en no caerse, más les costará mantener el equilibrio. Imagínense que se convierten en una estatua. Una buena imaginación siempre ayuda a disciplinar el cuerpo.

Sus ojos se encontraron de nuevo con los de Tifa y ella percibió su aprobación silenciosa.

– Muy bien, ahora les explicare de nuevo. Sientan que flotan hacia arriba, hacia un mundo lejano, y que vuelven poco a poco a la aldea. Imagínense visitando a sus

amigos en un sitio muy muy lejano, ¡Pobrecillos, qué susto les van a dar!

Algunos de los aldeanos que perdieron el equilibrio se echaron a reír. Muchos acabaron revolcándose por el suelo, pero Tifa permaneció alzada apoyándose solo sobre su pie izquierdo, con el cuerpo tan rígido como una roca.

– ¿Qué viene ahora? podrían extender poco a poco los brazos a la misma altura que los hombros.

Tifa siguió las instrucciones de Zangan. Cuando extendió los brazos, descubrió que le era mucho más sencillo mantener así el equilibrio que de la otra manera.

– Imaginen que llevan un palo sobre los hombros. Eso les ayudara a mantener el equilibrio, ¿no es así? Pero pronto empezaran a sentir dolor en los brazos. Vamos, descubran cuál es su límite. Uno, dos, tres.

Tal y como el maestro había advertido, a Tifa le empezaron a doler los brazos. Se preguntó por qué estaba haciendo algo así. Si quería, si sufría, podía dejarlo. Sin embargo, la respuesta era sencilla: pertenecía a la terca comunidad de Nibelheim. No quería que Zangan, de entre toda la gente, pensara que era débil.

– Vaya, Tifa. Esta faceta tuya es nueva – la halagó su padre con cierta admiración.

Brian estaba cerca, ya sentado en el suelo.

Ella desestimó sus palabras con rapidez, pues estaba demasiado concentrada en seguir a Zangan con la mirada. Este recorría la plaza de cabo a rabo, estudiando a algunos de los niños, acercándose para palparles los brazos y las pantorrillas, tal y como había hecho con ella en el río. ¿Por eso la había tocado de esa forma? Sorprendida por sus propios pensamientos, Tifa jadeó en voz alta. El concepto de comercio de esclavos, que había escuchado en alguna parte, le vino de repente a la mente, ¿Y si estaba escogiendo a aquellos niños con piernas fuertes y robustas, es decir, aquellos que compondrían una buena mano de obra, para que se fueran con él y así poder vendérselos a un tercero? Alguien le había dicho alguna vez que en las grandes ciudades había orfanatos que vendían a los niños pequeñitos en el mercado de esclavos a un alto precio. ¿Y si Zangan venía de algún lugar similar? De repente, empezó a sentir los brazos aún más pesados. Los músculos le gritaban, agónicos.

– Recuerden siempre: una buena imaginación nos otorga una buena disciplina – dijo Zangan.

A Tifa le empezó a temblar el cuerpo entero. Ninguna disciplina existente podía ayudarla a mantener el equilibrio más tiempo, pensó, tambaleándose. En el preciso instante en que su pie derecho tocaba el suelo, escuchó de nuevo la voz profunda del maestro.

– Muy bien, ya es suficiente. Ahora pueden alzar la pierna izquierda y, al igual que antes, doblarla en un ángulo de noventa grados.

No estaba dispuesta a seguir las instrucciones de un traficante de personas, así

que se agachó. Zangan la vio, pero lo pasó por alto y continuó dándole indicaciones al resto de aldeanos. Los que fracasaban a mitad de proceso volvían a intentarlo. A pesar de necesitar algún que otro descanso, Brian también seguía con ello. Dadas las circunstancias, Tifa sabía que, de no haber parado, se habría arrepentido. Sin embargo, la voz de Zangan tenía un poder que hacía fluir las palabras en aire para guiar a todo el mundo en la oscuridad. Tenía el poder de mover a la gente para que soportasen las dificultades del día a día.

Tifa no había oído nunca una voz como la de él, la suya, diferente a la de cualquier otra persona en su aldea. Cuando algún habitante de Nibelheim quería que otra persona le hiciera un favor, lo *"pedían"* o incluso lo *"exigían"*. Si eso no les funcionaba, entonces se enfadaban. Pero Zangan era distinto. Él los guiaba, los animaba. Era imposible que fuera un traficante de personas. Tifa se había dejado engañar por una fantasía bastante equivocada. No podía permitir que sus prejuicios le impidieran descubrir un mundo nuevo. Así que se levantó. Todavía había tiempo.

– ¿Creen poder soportar lo que viene ahora? Va a doler – avisó Zangan.

– ¡Ten piedad de nosotros! – gritó el alcalde entonces, en tono de súplica.

Mas risas se extendieron por la plaza, Zangan sonrió y volvió a mirar a Tifa, que ya no veía en él ninguna mala intención.

– Crucen ambos brazos sobre su pecho, la mano derecha tocando el hombro izquierdo y la mano izquierda tocando el hombro derecho. Mientras lo hacen, doblen sus rodillas y bajen la cintura. No saquen el trasero. Con cuidado. Sientanlo en los muslos. Despacio, despacio…

Zangan no dejaba de repetir lo mismo una y otra vez. Concéntrense, presten atención, tómense su tiempo. Aquellos movimientos hacían que Tifa tomase consciencia de cada músculo de su cuerpo.

– Vamos a dejarlo aquí por hoy. Si es posible, me gustaría hacer esto con todos cada dos días. Tampoco me importa si alguien quiere probarlo todos los días, claro. Pero no quiero que nadie se precipite y acabe lesionado. Esta mañana ha sido dura. Para aquellos que sientan dolor en las piernas o los que tengan mal la columna vertebral…

– ¡Aquí estamos todos sanos como un roble! – bromeó el alcalde.

– Lo que quiero decir – continuó diciendo el maestro – es que existe una técnica para cada uno de ustedes. Deben repetir los ejercicios hasta encontrar la manera de hacer todo bien. Ahora ya saben que lo más importante es la fuerza de voluntad y la imaginación. Los que tengan ambas cosas y estén interesados en cultivarlas, los animo a encontrarse conmigo aquí mañana a la misma hora. Espero que tengan un buen día y una vida mejor.

*

– Pero no fui a su encuentro a la mañana siguiente.

– ¿Que? – preguntó Aerith, sorprendida, y abrió los brazos en señal de protesta. – ¡Yo quería aprender a hacer eso!

– Puedo enseñarte luego.

– ¡Bien!

– Entonces, ¿qué sucedió? – Barret parecía interesado en la historia.

– Esa noche hubo una reunión a la que solo podían asistir los adultos. Buscaron a Zangan para que les contase las aventuras que había vivido en sus viajes. Fue entonces cuando el maestro empezó a criticar a Shinra, alegando que la guerra había estallado por culpa del Mako que utiliza la Compañía. Los acusó de haber sido traficantes de armas en algún punto del pasado e incluso de seguir siéndolo, Dijo que estaban explotando sus recursos en la guerra, utilizándola para sacar al mercado su tecnología más moderna.

– Y tenía razón. No los estaba criticando, ese hombre solo constataba hechos.

– Lo se. Hasta mi padre se quejaba a veces de cómo Shinra llevaba a cabo sus proyectos. Hasta el alcalde los culpaba de todos nuestros problemas. Pero asentir y estar de acuerdo con todo lo que decía un forastero, alguien a quien no conocíamos de nada, era peligroso, especialmente en una aldea en la que vivíamos gracias a Shinra. Incluso se nos pasó por la cabeza que pudiera ser un infiltrado de la Compañía que buscase posibles traidores.

– Quieres decir que Zangan era un espía? – Aerith abrió los ojos de par en par.

– No, no lo era. Pero estoy segura de que esa idea se nos cruzó por la mente a muchos. Por eso, los adultos fueron amables hasta cierto punto y luego le pidieron que abandonara la aldea. Después de un tiempo, averigüé que algunos vecinos habían tenido una idea para seguir practicando sus ejercicios.

*

Poco antes de que amaneciera, Tifa oyó unos ruidos sordos en su ventana. Alguien intentaba llamar su atención desde la calle, pero no se imaginaba quién podría ser. ¿Quién se atrevería a lanzar piedras a su cristal a esas horas? Además, ¡estaba en el segundo piso!

Entonces cayó en la cuenta. No podía ser nadie más que una persona. Se levantó de la cama y abrió las cortinas. En efecto, se trataba de Zangan, que le hizo un gesto al instante para que abriera también la ventana, Tifa le hizo caso, pero sentía los nervios a flor de piel por si su padre los escuchaba.

– Buenos días jovencita – la saludó él

–Buenos días – respondió ella.

– Te habrás enterado ya por tu padre de que algunos vecinos me han pedido que me marche antes de que amanezca. No me han dado opción.

Distraída, Tifa asintió.

– Hay algo que me gustaría aclararte antes de irme – continuó Zangan – No soy ningún traficante de personas.

– ¿Que?

– Algunos jóvenes me han confundido con uno. Los venerables adultos, por su parte, creen que soy un simple espía. He dado en el clavo, ¿no? Esta mañana me has mirado con miedo.

– Lo siento – se disculpó Tifa.

Zangan dejó escapar una risilla antes de proseguir:

– Tifa Lockhart, desde el primer momento en que te vi, sé que sentiste mis ojos puestos sobre ti. Así que seré directo. ¿Te gustaría ser mi discípula? Tienes las cualidades y las habilidades necesarias para serlo. Eres flexible y tus músculos son fuertes. Y no solo eso, sino que, además, posees buen corazón. Toda persona necesita poseer una gran imaginación para poder disciplinar el cuerpo, y la buena imaginación nace de un corazón honesto.

– Como puedes ver lo que hay en mi interior?

– ¿Recuerdas nuestro primer encuentro, en el río?

Tifa no podía decir que aquel momento hubiera sido uno bueno, pero dejó que Zangan continuase hablando.

– Antes de que tú pasases por allí, pasaron muchos de tus vecinos y se detuvieron a verme, pero la única que se preocupó por mí lo suficiente, la única que me preguntó si necesitaba ayuda, fuiste tú, Tifa. Tú fuiste la única.

A Tifa le resultó incómodo que el hombre la alabara por haberse equivocado o, según el, por tener un buen corazón, pues estaba más que claro que Zangan no había estado en peligro en ningún momento.

– Ya está amaneciendo. Antes de irme, quiero entregarte el libro de mis secretos.

Zangan sacó un volumen delgado que llevaba oculto bajo la ropa y se lo tendió a Tifa.

– He puesto mi vida en peligro en incontables ocasiones para recopilar los métodos de entrenamiento básico de la *“Escuela de Artes Marciales de Zangan”* en este cuaderno. Es solo un primer volumen, pero en él he redactado un proceso de doce pasos que te ayudarán a aprender las técnicas necesarias para empezar a entrenarte. También he incluido procedimientos sobre cómo poner en práctica estos métodos. Te enviaré dos volúmenes más cuando llegue el momento. Cuando seas mayor, estoy convencido de que llegarás a ser una espléndida maestra de artes marciales.

– Maestra de artes marciales…

– Tienes razón, no puedo saber si lo serás o no, pero seguro que mi sabiduría te hace más fuerte. Y, si logras fortalecerte, podrás derrotar a quien te propongas. Además, encontrar la voluntad e impulso necesarios para conseguirlo será la única manera que tengas de acabar con tu archienemiga.

– ¿Mi archienemiga? ¿A qué te refieres?

– Tú misma lo eres. Tus propias debilidades lo son. Ahora mismo, estás en una edad en la que empiezas a ser consciente de ciertas cosas. Por ejemplo, a veces piensas: *"Odio a mi padre y a todos los adultos. Mis amigos también me hacen enfadar. ¿Por qué no me entienden? Soy especial, así que deberían saber cómo me siento"*, Puede que estés empezando a despreciar todo aquello que te rodea.

Tifa calló.

– Antes de cometer ese error, deberías conocerte mejor a ti misma – murmuró Zangan

– La mejor manera de entrenarse en el combate cuerpo a cuerpo es enfrentarse a uno mismo. Porque, ¿cómo puede uno valorar a otra persona sin conocerse a fondo? Sin tener un punto de referencia sobre el que formar tu propio juicio, tu forma de ver a los demás puede cambiar en función de tus sentimientos, tu estado de ánimo o incluso el mal tiempo. Desde ese lugar tan ambiguo, es fácil juzgar mal al resto, ¿no crees? Mis enseñanzas pueden servirte como punto de referencia. Es decir, para que te enfrentes a tu archienemiga, que eres tú misma, y llegues por fin a saber quién eres de verdad. Por eso debes aceptar mi propuesta.

– De acuerdo…

Tifa no acababa de entender nada de lo que decía Zangan, pero parecía tan emocionado que le resultaba complicado negarse.

– ¿Crees que es culpa mía o tuya que no entiendas el significado de mis palabras? – preguntó entonces el maestro. – Para juzgar de forma correcta, primero debes conocerte bien a ti misma.

– Supongo que sí.

–Estos ejercicios no son solo para fortalecer el cuerpo, Tifa, sino también para fortalecer la mente. Mi escuela cambiará por completo tu manera de pensar. Eso es lo más importante. – Zangan le dedicó una amplia sonrisa.

– Pero no te obligaré aceptar mis secretos. Si crees que no los necesitas, te doy permiso para quemar el volumen.

– ¿Quieres que lo queme?

Las comisuras de los ojos del maestro se arrugaron al estirar aún más la sonrisa

– Al fin y al cabo, son secretos.

*

– Oye – susurró Barret, acercándose a Tifa – ¿Y qué había escrito en ese libro de secretos?

– No puedo decírselo a nadie, ni siquiera a ti, Barret. Son secretos.

– Puedes ir a ver al maestro en persona y pedírselos tú mismo – propuso Aerith, burlándose de él.

– ¡Si, claro! ¡Para que se rían de mi cuando aquel vejete no me entregue el libro!

De pronto, Red XIII gruñó. El suyo era el bramido grave de una fiera aterradora.

– ¿Qué sucede, Red?

– Es que quiero seguir escuchando la historia. Así que, por favor te lo pido, Barret, deja de interrumpir a Tifa.

*

No todos estaban de acuerdo con la decisión que Zander había tomado. Los Antiguos, probablemente la comunidad más importante de la aldea, fueron los primeros en quejarse. Parecía que los ejercicios para la longevidad del maestro Zangan les habían gustado y lamentaban no haber tenido tiempo para memorizarlos. Querían que alguien comprobase si sus posturas eran correctas y deseaban aprender el resto de los ejercicios que supuestamente les habían quedado por aprender.

Por eso, el alcalde decidió hacerle una visita a los Lockhart a la hora de la cena.

– Oye, Tifa – empezó a decir, con expresión tosca. – ¿Podrías enseñarle tú a nuestros Antiguos a hacer bien los ejercicios de Zangan?

– ¿Por qué mi hija? – preguntó Brian.

Tifa sabía que su padre iba a mostrar interés por aquella inusitada petición.

– Porque Zangan la mencionó en la reunión. Me dijo que, si alguna vez necesitábamos a alguien como mentor, Tifa sería la más adecuada. Que, de entre todos los aldeanos, ella es la que tiene la forma más controlada.

A Tifa le complació saber que Zangan había hablado así de ella sin estar presente pero también sintió cierta vergüenza.

– Zander, te ruego que no involucres mi familia en esto.

– Y yo te lo ruego a ti, Brian. Sabes que tengo un problema grave, los Antiguos no me lo van a perdonar nunca.

Brian Lockhart resopló. En el fondo, disfrutaba viendo al alcalde de su querida aldea arrastrándose de esa forma. Tifa, por su parte, no sabía adivinar si se llevaban bien o mal.

– ¿A ti qué te parece, Tifa?

– Si solo se trata de enseñarle a mis mayores unos cuantos ejercicios, entonces estaré encantada de ser de ayuda.

– Tifa… – comenzó a protestar su padre, pero terminó tragándose sus propias

palabras. Sabía que tener tanto tiempo libre estaba haciendo mella en ella, así que añadió:

– Si vas a hacerlo, hazlo bien.

A la mañana siguiente, mientras preparaba el desayuno Tifa oyó que llamaban a la puerta. Cuando abrió, se encontró al otro lado el rostro de una mujer a la que no conocía de nada. Al parecer, era la tía de Zander. Se llamaba Monami. Llevaba el pelo recogido en un moño tan apretado que daba la sensación de que no podía cerrar los ojos.

– Buenos días, Tifa. ¡Cuánto tiempo sin verte! Zander me ha dicho que ya estás al tanto de todo. ¿Te parece bien que te paguemos dos guiles la hora?

– ¿Disculpe? – inquirió Tifa, sorprendida, pues nadie le había hablado de ninguna remuneración.

– Vaya, se me olvidaba que ya tienes trece años. Lo entiendo, ya no eres una niña y lo que te ofrezco te parece poco… ¿Qué te parecen cuatro guiles?

– No, no. No quiero dinero.

– No digas tonterías. Vamos a tomarnos esto muy en serio. Queremos pagarte por tu trabajo.

Por mucho que Zangan confiase en ella, Tifa no estaba segura de poder estar a la altura de lo que se le pedía. Sin embargo, ganar su propio dinero sonaba demasiado atractivo. Era como si la señora Monami le acabase de descubrir un mundo nuevo.

– ¿Seis guiles? – La mujer había interpretado su silencio como una negativa, pensado que demandaba un salario más alto.

– De acuerdo – aceptó Tifa – Seis guiles serán.

– Brian nunca se marchó de la aldea, ¿sabes por qué? porque quería tener a Thea, tu madre, todita para él solo.

Monami se había puesto a hablarle a Tifa sobre sus padres de repente, durante una rutina de ejercicios en la plaza pública.

– ¿En serio? – preguntó la muchacha, recolocando en una mejor posición uno de los brazos de Monami, buscando con ello que enderezase la espalda y sacase un poco más el pecho.

– Esa niña era muy popular.

Era algo incómodo que alguien se refiriese a su madre como *“esa niña"*, pero Tifa la animó a continuar. Escuchar a los Antiguos de la aldea contar viejas historias había acabado siendo parte de su trabajo, pues había descubierto que percibir un salario a cambio de sus servicios templaba su paciencia.

– Tú, en cambio, sí deberías marcharte – sugirió Monami de pronto. – No te gustaría

poder viajar a diferentes lugares del mundo con el maestro Zangan?

– Suena divertido eso.

– No tienes que seguirme el juego si no quieres, muchacha. No tienes que ir con solo porque yo te lo diga. Lo único que te pido es que pienses. Para que haya un cambio real en nuestra sociedad, las mujeres de Nibelheim tienen que cambiar.

Tifa asintió en silencio, recolocando una vez más el brazo de Monami.

– En mi época – continuó diciendo la anciana – no había muchas mujeres que quisieran ir a descubrir el mundo. Pero Strife (se refería a la madre de Cloud, Claudia) sí intentó irse. No estoy segura de sí fue porque odiaba este lugar o porque soñaba con instalarse en una gran ciudad.

Monami se movió de forma brusca y, entonces, su postura se fue al garete.

– En comparación con el resto de las mujeres de Nibelheim, ella era poco convencional. Todas nos negábamos a aceptar su forma de hacer las cosas. Pero, en secreto, queríamos ser como ella. Aunque la regañábamos todo el rato, en el fondo la admirábamos. Incluso sentimos celos de ella por haber sabido forjar su propio camino. Tal vez cambió algo en nosotras gracias a ella.

– Levántela así. Muy bien – susurró Tifa, alzándole una pierna a la anciana. Luego, la ayudó a encontrar el equilibrio para que dejase de balancearse de un lado a otro.

– Pero al final se quedó en la aldea, igual que todas, ¿no?

– Porque se enamoró. Verás, fue de un hombre que hizo un largo viaje hasta llegar aquí. Claudia trabajaba en la posada en aquel entonces. Debió de quedar cautivada de esos aires de forastero que traía consigo. Y era muy guapo. De hecho, Cloud se parece mucho a él. Ese joven ha sacado lo mejor de su madre y lo mejor de su padre.

– Pues… Supongo. – dijo Tifa no sin antes ruborizarse un poco.

– Pero, al igual que el viento, ese hombre no sabía estarse quieto. Creo que fue por la época en la que Cloud estaba aprendiendo a caminar. No estoy segura de sí ya había dado sus primeros pasos o no, pero le dijo a Claudia que iba a las montañas y jamás volvió. Nunca encontraron sus pertenencias. Algunos dicen que lo devoraron los monstruos. Tú tuviste suerte de no acabar como él.

Tifa se puso rígida. ¿De verdad Monami iba a sacar a colación aquel incidente?

– Fue Cloud quien te incitó a subir al Monte Nibel, ¿verdad? A lo mejor lleva el peligro en la sangre.

Monami comenzó a balancearse un poco más. Tifa había dejado de sujetarla, lo que provocó que la anciana perdiese el equilibrio casi al instante. Luego cayó de espaldas.

– Si quiere – dijo Tifa – podemos intentarlo con la otra pierna. ¿Puede levantarse y alzar la rodilla como le he pedido antes?

La muchacha le tendió una mano, pero Monami la rechazó y se puso en pie ella

sola.

– Eres muy estricta para ser tan guapa.

– Me paga usted seis guiles la hora por serlo

Cuando Monami volvió a intentar la misma postura, Tifa se percató de algo que no había visto antes: la mujer alzaba la otra rodilla, pero la altura no era la correcta, Mientras la ayudaba a recolocarse, la anciana volvió al ataque:

– ¿De verdad no lo recuerdas? Ese accidente que tuviste, digo.

Tifa acababa de cumplir ocho años cuando tuvo *"ese accidente"* en el Monte Nibel. Cloud estaba con ella. Los aldeanos decidieron creer la historia que Emilio y los demás quisieron contarles, así que nadie aceptó ninguna otra versión. La verdad era que Tifa no recordaba nada de lo sucedido.

– No, no recuerdo nada. Por desgracia.

Aquel trabajo era mucho más duro de lo que Tifa había imaginado, no importaba si los Antiguos acudían a ella para mejorar sus ejercicios o simplemente para charlar un rato. Su padre se reía de ella cada dos por tres y le aseguraba, en broma, que él no habría aceptado estar al servicio de esos viejos ni siquiera por cien guiles la hora. Nunca escuchaban y, como burros, se mantenían en sus costumbres. Incluso los que no se acercaban mucho a ella y le sonreían con modestia, terminaban resultando ser un incordio. Todos ellos tenían una visión diferente del mundo y se enfadaban cuando veían que nadie les hacía caso.

Los temas de los que hablaban también sorprendían a Tifa. A veces, incluso conseguían herirla. Se sentía tremendamente triste y disgustada cada vez que alguno sacaba a relucir lo desarrollado que estaba su cuerpo. Cuando algún anciano percibía su incomodidad e intentaba cambiar de tema, entonces la conversación se desviaba a otros asuntos, como qué debía ser de mayor o cosas por el estilo.

En resumen, Tifa prefería escucharlos hablar a tener que hablar ella sobre los fracasos amorosos de su padre o sobre las compañías que su madre frecuentaba antes de casarse con él. Al fin y al cabo, para los Antiguos de la aldea, su padre y la gente de su generación *"seguían siendo los jóvenes"*

Sin embargo, cuando su jornada terminaba y se echaba en la cama para dormir, no podía evitar pensar en que quizás algún día seria ella quien buscase a otras personas para contarles cómo le había ido el día o hablar sobre algún rumor que hubiera escuchado por la aldea. Contaría las mismas historias una y otra vez, cada día igual que el anterior, hasta que ella misma se convirtiera en una reliquia de una época pasada.

*

– Al principio no me sentía del todo cómoda, pero luego me acostumbré a tenerlos a mi alrededor y dejé de sentirme una extraña. Supongo que esas ganas de querer tener a alguien con quien hablar las tiene todo el mundo en un momento u otro.

– Ya entiendo de dónde sacaste tus habilidades para entretener e la clientela, al pasar tanto tiempo con esos abuelos – comentó Barret.

– Puede ser, sí. Puede que eso me sirviera para algo, al fin y al cabo. Además, cada vez venían más Antiguos a mis clases y empezaron a llamar a esas reuniones *"El Club De Calistenia"*.

– Las reuniones en el Séptimo Cielo son parecidas – bromeó Barret, alzando la voz.

Aerith lo animó a explicarse.

– Bueno, antes era una pequeña Taberna local que pertenecía a un anciano de este barrio, ya tenía cerca de dos décadas según conto Marle, pero el negocio prosperó cuando Tifa empezó a trabajar ahí. Los hombres abarrotaban el local.

– Ya veo – respondió Aerith – ¿Tú qué opinas, Red?

– A mí me interesa más saber qué sucedió con Zangan, teniendo en cuenta tu estilo de lucha, Tifa, puedo imaginarme que debió de pasar algo más – dijo Red XIII.

– Eres muy observador. Sí, pasó algo más antes de llegar a donde nos encontramos ahora.

*

Había pasado un mes desde la creación de *El Club De Calistenia*. Durante las mañanas, Tifa se dedicaba a enseñarles los ejercicios correspondientes a los Antiguos e incluso le sobraba algo de tiempo para leer y estudiar aritmética. Por las tardes se iba a la montaña y practicaba para aumentar tanto su fuerza y masa muscular como su resistencia, y siempre volvía a casa pronto para no preocupar a su padre.

Por las noches, examinaba el volumen de Zangan y seguía practicando su forma, repasando los materiales una y otra vez con tal de no pasar nada por alto. Un día, recibió una carta de Emilio. En ella, el muchacho le hablaba sobre lo acelerada que era la vida en la gran ciudad y le contaba, además, todo lo que le resultaba extraño y desconcertante de aquel nuevo lugar, las discusiones que tenía con la gente, la comida, la desigualdad social, las diferencias de valores.

"Siempre que me desanimo, es en ti en quien pienso, Tifa, y entonces me imagino el día en que iré a buscarte para traerte conmigo. Si te parece bien, seguiré escribiéndote cuando el tiempo me lo permita y te seguiré contando cosas sobre la ciudad. Así, cuando llegue el momento, no estarás tan confundida como lo estoy yo".

¿Quién se creía Emilio que era? Eso es lo único que Tifa pensó al leer su carta. Tras aquello, Zangan volvió a la aldea e hizo como si nada hubiera pasado. Llamó a la

puerta de su casa justo cuando su padre salía y le pidió permiso para hablar con su hija. Después, se la llevó al rio donde se conocieron.

– Maestro Zangan, me lo he pensado mejor y quiero ser su discípula. Quiero ser más fuerte – le dijo Tifa.

– Esa es la respuesta que esperaba oír por tu parte. Pero ¿te sucede algo? Te noto inquieta. ¿Por qué tienes tanta prisa?

– No tengo prisa – respondió ella, aunque de pronto se sentía cohibida.

– No es eso, es que me ha llegado una carta de un amigo mío y estoy nerviosa

– Qué tipo de carta?

– Lo que me sucede es que no quiero que nadie me vea como a una perdedora que nunca ha hecho nada importante en toda su vida comparada con los demás. No quiero ser menos que nadie de los que han abandonado la aldea.

Zangan reflexionó unos segundos.

– Mis técnicas de combate cuerpo a cuerpo no existen para que tú puedas sentirte superior a los demás – explicó entonces.

– Lo sé.

– No, no creo que lo entiendas, pero eso solo podremos saberlo si encontramos un método de estudio que te resulte eficaz. Muy bien. Te acogeré como discípula si pasas mi prueba.

– ¿Una prueba? – exclamó Tifa.

– Tienes que enseñarme todo lo que hayas aprendido del primer volumen que te di. Has estado practicando, ¿verdad?

– Sí.

A continuación, Tifa realizó una secuencia de posturas del método de entrenamiento físico.

– Repítelo todo desde el principio – exigió el maestro.

– De acuerdo – accedió ella.

Esta vez, Zangan la interrumpió en reiteradas ocasiones. Para darle algunas instrucciones.

– Mira el libro para asegurarte de cómo debes colocar las palmas de las manos.

Tifa se agachó sobre el volumen abierto y hojeó las páginas. Había estado haciendo mal la postura desde el principio. Debería haberla hecho por encima y no por debajo.

– Perdón, me he equivocado – se disculpó.

– Vuelve a intentarlo. Al volver a extender las palmas de las manos y cambiar ligeramente su posición, sintió un cosquilleo distinto en los músculos.

– Debes seguir al pie de la letra todo lo que pone en el libro de los secretos. No intentes interpretarlo a tu manera, ni decidas que tu forma de ver las cosas es mejor. Mientras estés intentando enseñarle disciplina a tu cuerpo, deberás aprender a

obedecer. Si te acepto como discípula, te harás más fuerte. Pero, para controlar esa fuerza, primero debes cultivar la mente. Cuanto mayor sea tu poder, mayor será la responsabilidad que conlleva. ¿Lo entiendes?

– Si.

Luego, Zangan se limitó a señalarle los pequeños errores que cometía. Tuvo que volver a hojear el *"Libro de los Secretos"* en varias ocasiones, lo cual hizo que Tifa sintiera que avanzaban con mucha lentitud. El cansancio se le acumulaba en brazos y piernas.

– Ahora relájate y cierra los ojos – le pidió el maestro.

– Concéntrate en tu cuerpo. ¿Te duele algo?

– La parte superior de la espalda – contestó ella. – Aunque no diría que me duele, es más bien como si me quemara.

Tifa deslizó la mano derecha por debajo de su axila izquierda, hasta llegar a la parte inferior del omoplato. Hincó los dedos allí y al momento se sintió más aliviada. El hombre asintió, satisfecho.

– Ese es tu omóplato. La zona que te presionas es el trapecio. Alrededor tienes el deltoides, el infraespinoso, el psoas menor y otros tantos. Mi segundo volumen te enseñará a entrenar cada uno de los músculos de la espalda – le explicó Zangan, y le tendió un libro.

Se trataba del segundo volumen del Libro de los Secretos.

– Si quieres tener una buena calidad de vida, debes cuidar muy bien de tu espalda. Veamos, aprieta los omóplatos y saca pecho. Caminar por la vida con una buena postura es también parte de tu entrenamiento.

– Entendido.

– Continuemos, pues. Abre el segundo volumen por el ejercicio 2.1.1, flexiones escapulares. – Tras darle aquella orden, Zangan se tumbó sobre el suelo y bajó el pecho. Tifa se apresuró a imitarlo.

– Lo único que debes hacer es apoyar el peso de todo tu cuerpo en los brazos, concentrándote en los omóplatos. Tienes que girarlos con fuerza hacia fuera. Así, sácalos, Más, más, más…

Era la primera vez en su vida que Tifa probaba algo parecido. ¿Cómo se suponía que debía girar hacia fuera los omóplatos? No podía ni imaginárselo. Pero, observando a Zangan, se dio cuenta de que su postura era parecida a una que Bolita hacia a menudo.

– Parece usted un gato – se burló Tifa.

– Tienes razón, los humanos deberíamos aprender mucho de los gatos.

Tifa volcó entonces toda su atención en sus omóplatos, subiéndolos y bajándolos, hasta que la repetición se le quedó grabada en el cuerpo. Zangan se puso de pie y la

observó desde arriba durante un rato antes de aclararse la garganta y exclamar:

– ¡Muy bien!

Los movimientos de la muchacha eran sutiles, pero ya empezaban a hacerla sudar.

– Transpiras porque los músculos de la espalda son anchos. Moverlos así aumenta el flujo sanguíneo y eleva la temperatura del cuerpo.

Al terminar todos los ejercicios del segundo volumen, Tifa estaba empapada en sudor. Y, además, sentía un dolor muy intenso en toda la espalda.

– ¿Tienes alguna pregunta? Ahora es tu turno – susurró el maestro.

Tifa quería decirle que sí, pero lo cierto era que no se le ocurría ninguna pregunta decente en aquel momento.

– Si lo entiendes todo, podemos pasar al tercer volumen.

– ¿Qué? – Tifa no pudo evitar gritar.

Todo el cuerpo le ardía de dolor. Sin embargo, Zangan la ignoró.

– El tercer volumen – continuó – se centra en el pecho y en los abdominales. Entrenaremos toda esa parte del cuerpo. El músculo pectoral mayor se divide en tres partes: la superior, la media y la inferior. Hay varias formas de entrenarlo de manera eficaz, pero hoy tocaremos solo los conceptos básicos.

– Está bien…

– A tu edad, tus habilidades motoras son completas. Aun así, destacas por encima del resto. No has tenido ningún entrenamiento especial, ¿verdad? Lo tuyo debe de ser un don. Atesóralo, Tifa.

– Lo haré.

De repente, sintió que la energía reverberaba por todo su cuerpo. Escuchar a Zangan hablar sobre cómo debía relajar la mente la había ayudado a recuperarse de la fatiga antes de lo esperado.

– En un rato, intentaremos fortalecerte. No utilizarás nada, solo tu cuerpo. Nada de pesas ni mancuernas. Para eso aún te queda un trecho. Además, verás que el libro no considera ese tipo de herramientas necesarias, pues hay un estilo de lucha adaptable a cada discípulo. No busco que tengas unos brazos musculosos o un pecho voluminoso. Lo que quiero es que construyas un estilo de lucha en el que puedas usar tus reflejos, velocidad al máximo. ¿Quieres continuar tu cuerpo y tu o prefieres que lo dejemos por hoy?

– No, no. Siga, por favor – le imploró Tifa, pues no quería decepcionar a la primera y única persona que había logrado ganarse su respeto.

– ¡Esa es la actitud! Muy bien, me alegra que seas así, pero creo que debemos dejarlo ya. Me parece que has llegado a tu límite y debes ser consciente de ello. Te queda un largo camino por recorrer antes de que intentes desafiar ese límite para superarlo. Ahora mismo, lo más importante es que seas constante en tu

entrenamiento.

De regreso a casa, Tifa pensó en la prueba que Zangan le había hecho pasar. Lo curioso era que no estaba molesta ni enfadada. Si hubiera sido su padre quien la hubiera hecho trabajar así de duro, probablemente habría dejado de hablarle durante tres días seguidos. Pero no era el caso. Con esos pensamientos rondándole la cabeza, la muchacha acompañó a su maestro a la posada.

– Dale recuerdos a tu padre de mi parte – le dijo Zangan al despedirse.

Luego, de pie frente a su casa, Tifa percibió el aroma de las especias en el aire. Especias que su madre usaba en su mejor receta. Era el plato favorito de su padre, pero como a Tifa no le gustaba mucho, el hombre casi nunca lo servía.

– Ya estoy aquí – anunció al abrir la puerta.

– Bienvenida – respondió Brian, asomándose desde la cocina con un delantal.

– Huele a… ¿Estás preparando la receta de mamá?

– Si, me apetecía mucho, pero he hecho otra cosa para ti.

Enseguida, Tifa se arrepintió de haberle preguntado. El tono de voz que utilizaba Brian a la hora de intentar animarla, la forma en que la trataba, conseguía ponerla más nerviosa todavía. Pero supuso que era su culpa por habérselo permitido.

*

– Creo que empecé a cambiar a partir de ahí. Entrenaba a diario y poco a poco me fui haciendo más fuerte. Tenía objetivos y un método para cumplirlos. Sentía que por fin estaba poniendo orden en mi vida.

– Te entiendo – asintió Barret. – Nada te importaba más que eso, ¿verdad?

– Bueno, no exactamente. En realidad, todo empezó a importarme más que antes, pero aprendí a no ser quisquillosa.

– Vaya…

– El maestro Zangan venía a Nibelheim una vez cada dos meses. A veces se quedaba una temporada larga, a veces solo unos días. Yo seguía trabajando en *El Club De Calistenia*, por supuesto. Escuchar cómo Zangan elogiaba los avances de algunos de los Antiguos me hacía sentir bien, porque, en el fondo, era como si me elogiara a mí.

*

Zangan echó un vistazo a sus notas y dejó escapar un suspiro. Los apuntes de Tifa estaban llenos de preguntas que había ido anotando mientras hacía su entrenamiento diario individual. Había escrito incluso las características de todos y cada uno de los miembros del club de calistenia. Cosas como: *“esta persona coloca mal la pierna izquierda, esta otra no sabe alzar el hombro o esta otra de aquí no es*

capaz de levantar peso con la espalda”. Había anotado los puntos fuertes, los débiles, su resistencia, su estructura y también temas delicados que no debían mencionarse en voz alta. Había anotado cada pequeño detalle que veía, así como contramedidas, ejercicios y maneras para que se concentraran.

– En esto consiste mi método de entrenamiento, Tifa – la felicitó al devolverle las notas. – ¿Está tu padre en casa?

– Sí, eso creo

– Me gustaría ir a verlo, saludarlo y charlar un rato, si le parece bien.

– Claro.

Tifa sintió una punzada en el pecho de pura ansiedad, pues no entendía cuál era el objetivo de Zangan. No obstante, sabía que la relación entre él y Brian había mejorado bastante desde que ella había empezado a entrenar, así que pensó que no sería un problema que se vieran un rato.

Al llegar a casa, lo primero que hizo Brian Lockhart fue darle la bienvenida a Zangan. Al principio, hubo algún pequeño atisbo de animosidad en el ambiente, sobre todo por parte de Brian, quizá por ver que Tifa admiraba a alguien que no era él. Pero luego, cuando reconoció que Zangan era la persona que tanto había ayudado a su hija a llevar un estilo de vida saludable, tanto física como mentalmente, su actitud hacia él cambió por completo.

– Señor Lockhart, estoy aquí porque me gustaría pedirle algo. Se trata de Tifa. – Padre e hija se congelaron en el sitio.

– Su hija tiene un talento extraordinario y entrena todos los días, mostrando así una gran fuerza de voluntad. Hay poca gente que yo crea de corazón que puede llegar a hacer todo lo que ella está haciendo sin ningún tipo de supervisión. Tifa es una de esas pocas personas. – Zangan fijó su mirada en la muchacha y ella se puso aún más rígida.

– Empezaremos el quinto volumen mañana. – Tifa notó que las mejillas le ardían. Ya era hora. Zangan le había dicho que con el cuarto volumen completaría por fin su entrenamiento básico. Con el siguiente, empezaría por fin con las técnicas que se suponía que podría usar en la vida real.

– ¡De acuerdo! Señor Lockhart, me preguntaba si estaría dispuesto a prestarse como compañero de combate de su hija. Serán solo simulacros, nada más. Verá, hubo un joven que, debido a una tutela inadecuada mía, eligió enfrentarse a una horda de monstruos cuando aún no estaba preparado y perdió la vida de manera desafortunada. No quiero que esa tragedia se repita.

– Maestro Zangan… – murmuró Brian, algo desconcertado.

– ¿Está usted seguro de que un simple aficionado como yo le servirá para algo así?

– Desde luego, tiene mucho trabajo por delante, igual que ella.

– Mucho trabajo, ya veo…

Pero debe tener usted en cuenta que contenerse solo los herirá a los dos, tanto al que golpea como al que recibe los golpes. Por supuesto, le dejaré usar protecciones si así se siente más cómodo, No sufrirá daños. Puede utilizar algo que tenga por casa.

Tras escuchar las palabras de Zangan, Brian miró a su hija. Ella le devolvió la mirada, esperanzada.

– Muy bien, lo haré. ¿Qué necesita que haga primero?

– ¡Papá, muchas gracias! – exclamó Tifa entonces, lanzándose feliz al cuello de su padre. Hacía mucho tiempo que no lo abrazaba así.

Después de aquella conversación, Zangan enseño a padre e hija los puñetazos y patadas básicas, así como todos los movimientos de defensa personal que aparecían en el quinto volumen, y después volvió a abandonar la aldea. Brian Lockhart, que siempre había sido muy diestro y bastante perfeccionista, creó un equipo de protecciones aún mejor que el que Zangan se había podido imaginar. Con aquel equipo, padre e hija realizaban sus entrenamientos, haciendo simulacros de combate de vez en cuando en casa o incluso en el Monte Nibel, donde rara vez se encontraban con gente.

La siguiente vez que Zangan regresó a Nibelheim fue tres días antes del decimoquinto cumpleaños de Tifa. Con su maestro observándola y su padre como compañero de entrenamiento, Tifa puso en práctica todos los movimientos que había aprendido del quinto volumen. Zangan le señaló algunos errores y corrigió algunas de sus interpretaciones personales, así como también algunos malos hábitos.

– ¿Te gustaría enfrentarte a mí hoy?

– Maestro, ¿se está ofreciendo para ser mi compañero de entrenamiento? – preguntó Tifa.

– Si. No llevaré armadura alguna y no usare ni los brazos ni las piernas. Me limitaré a esquivar tus ataques y te juzgaré en consecuencia de estos.

– Maestro… – interrumpió Brian entonces – Solo le pido que use usted las protecciones, al menos. No me gustaría que se hiciera daño.

Ante aquellas palabras, Zangan estalló en risas. Tan divertida encontraba esa sugerencia que hasta tuvo que agarrarse el estómago y, tras soltar una carcajada,

saltó con agilidad para aterrizar justo detrás de Tifa, desde donde le hizo una seña con la mano, como si se burlara de ella. De pronto, el maestro parecía una persona muy distinta; con la mandíbula alzada, la observaba con mucha arrogancia y muy fijamente.

– Pequeña y estúpida niña de campo. Acércate. ¿Te atreves a desafiarme? – la desafió.

Tifa no podía creerse que Zangan estuviera hablando de esa forma tan poco educada, lo cual hizo que se pusiera nerviosa enseguida.

– Tifa, cálmate… – empezó a decir su padre.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Tifa ya estallaba contra Zangan, lanzándole un derechazo. (Lo que acababa de hacer, es decir, tomar carrerilla para golpear a su contrincante) no era ninguna técnica que apareciera en el *Libro de los Secretos*.

Tifa escuchó el golpe seco en cuanto su puño chocó con la gran mano de su maestro.

– ¿Es todo lo que tienes? – se burló Zangan de su discípula, tirando de su puño hacia abajo antes de soltarla. Tifa se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo

– ¿Has olvidado cómo colocar los pies para retroceder sin caer? Cuarto volumen, paso 3.3.

Tifa apretó la mandíbula y se levantó. En esta ocasión, alzó ambos puños para protegerse el rostro y se acercó a su contrincante con firmeza, pero no del todo. Utilizando el mismo juego de pies que había aprendido en el en el cuarto volumen, aunque en el paso 3.2, dio una vuelta alrededor de Zangan en el sentido de las agujas del reloj.

– Mucho mejor – apreció el maestro

– ¿Qué vas a hacer ahora? – Zangan giró sobre sus talones para no perderla de vista.

Tifa mantuvo su posición de guardia, ambas manos en alto. Por desgracia, la muchacha no era capaz de encontrarle un punto débil. A pesar de saber que no había forma de ganarle, Tifa se abalanzó sobre él mientras gritaba, extendiendo los puños en su dirección. Sin embargo, no logró ni rozarlo.

Zangan se inclinó ante Tifa, que se había quedado muy quieta y había empezado a respirar con dificultad. La joven no se molestó en devolverle la reverencia, pues estaba demasiado ocupada haciéndose preguntas que no tenían respuesta. Después del corto enfrentamiento, Brian invitó a Zangan a cenar y este aceptó encantado. El maestro devoró la comida que el hombre había cocinado para esa noche y las magdalenas que Tifa había horneado. También aceptó, aunque a regañadientes, el dinero que Brian quiso entregarle en agradecimiento por las clases.

– Pero no aceptaré ni un guil más. No le cobro a ninguno de mis discípulos. ¿Le importa que done esto a la asociación a la que pertenezco?

– El dinero es suyo, puede gastarlo como le parezca. Pero siento curiosidad, ¿qué asociación es esa?

– Es una asociación que trabaja por el futuro de nuestros hijos. Se podría decir que somos algo así como voluntarios. Somos una especie de grupo de enlace, por explicarlo de alguna manera. Nuestras actividades son tan diversas que aún no hemos decidido cómo debemos hacernos llamar.

– Maestro, papá… – interrumpió Tifa, y los dos adultos se giraron hacia ella.

– Maestro Zangan, se marchará temprano mañana por la mañana, ¿verdad? Creo que no nos queda mucho tiempo. Entiendo que ese grupo de beneficencia sea importante para usted, pero necesito saber por qué no he podido derrotarlo antes. ¿Pudo adivinar mis movimientos? Y, si es así, ¿cómo lo hizo, maestro?

Zangan observó a Tifa con cierta diversión.

– Podría decírtelo, pero, en realidad, la respuesta es sencilla y bastante obvia. Estoy seguro de que, si reflexionas, acabarás cayendo en la cuenta tú sola. Te sentirás mal si te lo digo. – contestó el hombre.

– No, por favor, no me deje así. Cuénteme el secreto – suplicó ella.

– ¡Un segundo! – intervino Brian.

Lo de llamarla estúpida niña de campo y provocarla de esa forma era parte de la estrategia, ¿no? – Zangan estalló en carcajadas.

– Lo captaste. – apreció – La enfadé a propósito para que la sangre le subiera a la cabeza. De esa forma, olvidó la mitad de todo lo que ha aprendido hasta ahora.

– Que alguien a quien respeto me hable de esa manera… – murmuró Tifa – me dolió mucho y luego me puso muy triste.

La ira vino después. Aquel comentario por parte de la muchacha hizo que Zangan pusiera cara de circunstancias.

– Solo era una estrategia. Pero lo cierto es que insultarte solo me ha hecho perder la dignidad. No intentes copiarme – le avisó.

– Y prometo no hacerlo – aceptó ella – pero necesito saber por qué no he podido alcanzarlo ni una sola vez.

Zangan se aclaró la garganta y se enderezó en su asiento.

– Por tus ojos. Puedo saber qué movimiento harás a continuación por tu mirada – confesó el maestro entonces.

Tifa dejó escapar una exclamación de sorpresa. Se quedó boquiabierta. Mientras tanto, a su lado, Brian silbó para mostrar su admiración.

– Parece que sigo siendo un blando con mis discípulos – se rio Zangan.

Pero el maestro llevaba razón. Tifa estaba frustrada por haber escogido el camino

fácil, por haberle insistido en darle una respuesta. En el fondo, la enfadaba que las cosas siempre fueran tal y como decía Zangan.

– Tifa Lockhart – anunció en aquel momento el maestro – Quiero entregarte algo por tu cumpleaños.

Zangan se revolvió en su asiento y sacó un cordón de la mochila de cuero que había colgada en el respaldo de su silla. Dicho cordón también era de cuero y, al parecer, del mismo color que el de la mochila.

– Este cordón te será muy útil si un día decides viajar. Puedes emplearlo de muchas maneras. Usa tu imaginación. Quizá pueda ser un arma, incluso. Toma, dame tu mano. La izquierda misma.

Tifa observó en silencio el rostro de su maestro y luego asintió con firmeza. Extendió la mano izquierda, aunque no sin cierto nerviosismo. Zangan movió sus enormes dedos con agilidad para envolver el cordón alrededor de la muñeca de la joven y luego lo retorció para darle dos vueltas. Lo ató, completando así el brazalete.

– Tras insultarte – continuó explicando Zangan – me resulto mucho más fácil atrapar tu puño y esquivar el resto de tus ataques. Dejaste que tus emociones te consumieran. No solo olvidaste todo lo que habías aprendido, sino que también dejaste atrás tus modales. No está mal enfadarse. A veces, la ira puede ser la fuerza más poderosa. Pero debes aprender a controlarla, ¿Recuerdas quién es tu gran enemiga, Tifa?

– Yo misma…

– Una muchacha formidable, ¿verdad?

– Si.

– Cuando sientas que estás punto de perder, mírate la muñeca. Toca el cordón. Quiero que recuerdes siempre esta lección, ¿de acuerdo?

Tifa miró el brazalete de cuero y asintió.

– No es muy elegante – añadió Zangan – pero te acostumbrarás a llevarlo. Con la práctica, lo acabarás encontrando innecesario. Solo entonces podrás quitártelo de la muñeca, pues tendrás el conocimiento en tu mente.

A la mañana siguiente, Tifa y su padre acompañaron al maestro Zangan a la salida de la aldea para despedirse de él.

– Tifa, ¿recuerdas lo que te conté sobre el contacto visual?

– Por supuesto, sí.

– Eres muy veloz. De las personas más veloces que he visto. Si consigues romper esa barrera, puede que ni siquiera yo sepa vencerte.

– ¿En serio? – exclamó Tifa.

– Depende de ti. Si quieres, te daré un objetivo para que no te sientas tan perdida. –

Zangan elevó la vista al cielo.

– Dentro de medio año, te realizaré otra prueba. Si eres capaz de asestarme al menos un puñetazo, entonces te haré entrega de tu licencia para que puedas transmitir todos los aspectos de mi entrenamiento de forma oficial.

– ¿De forma oficial? – se sorprendió ella.

Sonaba emocionante, pero no tenía ni idea de qué conllevaba dicha licencia. Tifa intercambió una mirada de confusión con su padre.

– Te enseñaré todo lo que te queda por saber de la escuela Zangan y juntos descubriremos qué estilo de lucha cuerpo a cuerpo te va mejor.

– Asombroso… – musitó Tifa.

– Si, lo sé. Pero no será sencillo. Tendrás que ser diligente.

– ¡Lo seré!

– ¡Lo será! – exclamó Brian a la par que su hija, con entusiasmo infantil, tan feliz como si el maestro se hubiera dirigido a él en lugar de a Tifa.

El hombre se rascó la mejilla, avergonzado. Al instante, Zangan y Tifa estallaron en carcajadas. Pronto Brian también se les unió. Con el objetivo en mente de pasar la prueba del maestro en medio año, Tifa empezó a entrenar de forma rigurosa con su padre. Sin embargo, a finales del verano, el tiempo que los Lockhart podían pasar juntos fue siendo cada vez más escaso.

Los monstruos cada día aparecían con más frecuencia en el Monte Nibel, así que los aldeanos decidieron que había que organizar una partida de exploración. Brian, que era miembro del consejo de Nibelheim, no pudo negarse a unirse al grupo de patrulleros. Por eso, el tiempo que podía dedicarle a los simulacros de batalla con su hija se redujo de forma drástica. Por su parte, los aldeanos informaron a la Compañía Shinra de aquella inusual actividad en las montañas, pero la única respuesta que recibieron fue que, por favor, siguieran informando sobre la variedad de monstruos que vieran por la zona. En medio del caos que empezaba a vivirse, decidieron seguir las órdenes de Shinra sin rechistar.

Poco tiempo después, avistaron un monstruo de tipo dragón que nunca se había visto cerca de Nibelheim. Su presencia hizo que los aldeanos entrasen en pánico. El Consejo de Nibelheim, formado por el alcalde y sus tres consejeros, decidió organizar una policía vecinal independiente de la anterior partida de exploración. En un principio, se dictaminó que esta policía vecinal acamparía cerca de la puerta de la montaña y se mantendría alerta para interceptar a cualquier monstruo que bajase por la ladera. Sin embargo, no tenían garantía alguna de que las criaturas salvajes a las que tanto temían fueran a tomar esa ruta en concreto, especialmente unos insectos enormes llamados quimera, que habitaban desde hacía ya mucho tiempo. Aunque rara vez por esa zona habían visto volar, cabía la posibilidad de que atacasen desde el

cielo. Por lo que la policía vecinal, armada hasta los dientes, terminó dispersándose por la aldea, con la cabeza bien echada hacia atrás. Pronto, el paisaje del pueblo cambió por completo.

A pesar de que todos los aldeanos de Nibelheim vigilaban día y noche, los miembros de la policía vecinal se encontraban más exhaustos que nadie.

El 18 de septiembre, la policía vecinal dejó de ser de carácter voluntario para pasar a ser de carácter obligatorio. Cualquier hombre sano o mujer sana que hubiera cumplido los veinte años estaba obligado a alistarse, a menos que dispusiera de una excusa válida.

Al día siguiente, el 19 de septiembre, el primer equipo profesional se enfrentó a un monstruo con forma humanoide a las afueras de la aldea. La existencia de aquella criatura, que al parecer caminaba a dos patas, sirvió para estimular bastante la imaginación de la gente.

¿Qué demonios estaba ocurriendo en las montañas? Cada vez eran más los que pensaban que las misteriosas instalaciones de Shinra tenían algo que ver con todo lo que estaba sucediendo. A pesar de las constantes quejas del alcalde Zander, la Compañía no les había propuesto ninguna solución, por lo que era viable creer que Shinra estaba detrás de todos los males que sacudían Nibelheim. Pero nunca llegaban noticias a la aldea. La paciencia de la gente, que empezaba ya a desconfiar bastante más que antes de Shinra, estaba a punto de llegar a su límite.

Tifa empezó a ayudar en el comedor social de Nibelheim. Su trabajo consistía en preparar comida caliente para la policía vecinal. Para ello, utilizaba la cocina improvisada que algunos de los aldeanos habían instalado bajo la torre de agua.

Las mujeres se prestaban como voluntarias y hacían turnos. Entre ellas, la muchacha reconoció algunos rostros conocidos, sobre todo del club de calistenia.

Aquel día, su turno terminó bien entrada la tarde. Al llegar a casa, se encontró con que su padre había salido. Brian le había dejado una nota, explicándole que debía acercarse un momento al ayuntamiento y que luego pasaría la noche en las montañas. No fue hasta más o menos la hora del desayuno que el hombre volvió a casa. Tifa se dio cuenta enseguida de que no debía de estar comiendo bien, pues había bajado mucho de peso. La muchacha se preguntaba cuánto tiempo podrían aguantar así.

Al parecer, muchas familias se estaban planteando abandonar la aldea. Se quedó un buen rato encerrada en su cuarto, con Bolita en brazos y mirando a la nada. A veces, se descubría a sí misma con demasiado tiempo libre. De pronto, Bolita empezó a mordisquearle el cordón que le decoraba la muñeca izquierda.

– No, para – le pidió Tifa a su gata, dejándola en el suelo para comprobar que el

brazalete estuviera intacto. Por suerte, no tenía rasguños y tampoco estaba deshilachado – Quizá tengo que empezar a practicar y tomarme enserio la prueba que me hará el maestro.

Se puso en pie y respiró profundamente.

– Libro de los Secretos, segundo volumen, paso 1.1.1 – declaró

Luego, se arremangó y empezó a repasar el libro. Su padre la interrumpió cuando estaba a mitad del cuarto volumen. Tifa oyó cómo subía por las escaleras hasta detenerse frente a su puerta. Y la llamó.

– Sé que estás ahí dentro – le dijo Brian – Sal un momento, por favor.

Tifa hizo lo que se le ordenaba. Al otro lado de la puerta, vio que su padre sostenía una gran caja de cartón. Se la entregó.

– ¿Te acuerdas de Margot, aquella mujer mayor? Es la ropa de cuando su hija Jasmine tenía tu edad.

– ¿Y me la regala?

– Si, dice que la talla deberá irte bien. Jasmine era una de mis amigas de la infancia. Cuando he visto la caja, he sentido mucha nostalgia. Esa chica estaba tan llena de vida… Cuando estaba cerca, todo a su alrededor brillaba.

– Le echaré un vistazo.

– Muy bien. Si encuentras algo que te guste, ve a ver a Margot y agradécele, ¿quieres? Está algo sensible con todo lo que está pasando.

– Claro que iré, pero, papá… ¿Estás durmiendo bien?

– Ah, se me olvidaba – la ignoró su padre – Mañana tendrás que irte a la cama pronto. Pasado mañana es 22. Shinra ha dicho que nos enviarán un equipo de investigación. Parece que nuestro informe sobre los monstruos humanoides ha captado su atención al fin. Apuesto a que SOLDADO los escoltará.

Justo en aquel momento, al escuchar la palabra SOLDADO, los pocos recuerdos que tenía de Cloud Strife volvieron a ella de repente. El muchacho nunca había intentado ponerse en contacto con ella desde que se separaron hacía ya dos años. Y Tifa, al no saber qué hacer con los sentimientos que tenía hacia él, había decidido ocultárselos al mundo. Se dio cuenta demasiado tarde de que se había puesto roja. Nerviosa, le cerró la puerta a su padre en las narices.

– ¿Tifa? – gritó Brian desde el pasillo.

– ¡Lo siento, papá!

Se pasó la noche dando vueltas en la cama. Cuando lo pensaba, se daba cuenta enseguida de que sus recuerdos con Cloud eran tan escasos que a otros les costaría creer que habían sido vecinos desde bien pequeños. Pero quizá por eso mismo cada recuerdo le parecía más vívido que el anterior. Eran escenas a las que no se cansaba

nunca de asomarse y que por nada del mundo cambiaría por unas distintas. Aunque había un recuerdo en particular que permanecía borroso, casi invisible. Se trataba del día del incidente que sucedió cuando ella cumplió ocho años.

En la aldea había un viejo dicho que decía así: *"Más allá de la Montaña de Nibelheim, está la tierra de los muertos"*. Tifa, que en aquel entonces aún estaba muy afectada por el fallecimiento de su madre, quiso aferrarse a esas palabras mientras se adentraba en las montañas. Quería verla. Ver a Thea. Aunque sea únicamente para ver su rostro sonreír por última vez y despedirse.

Emilio y los demás la acompañaron, pero cuando la tormenta empezó a amenazar en el cielo y presintieron el peligro, todos la abandonaron. Claro que intentaron llevarse a Tifa con ellos, pero entonces apareció Cloud Strife, la atrajo hacia él y los dos juntos desaparecieron en lo más profundo del Monte.

Lo que ocurrió después fue que resbalaron y cayeron por la ladera. Cloud solo se raspó las rodillas, pero Tifa se dio un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento. Pasó inconsciente una semana entera. Los primeros en contar su versión sobre lo sucedido fueron los tres amigos de Tifa. Las noticias corrieron por la aldea como la pólvora y Cloud admitió que era cierto, aunque nunca aclaró por qué se la había llevado consigo. Cuando le preguntaban, se limitaba a responder: *"Porque quise"*.

Tifa no recordaba nada de nada, pero sabía que, en parte, la culpa había sido suya, así que se disculpó ante todos. Como el accidente tuvo lugar poco tiempo después de la muerte de Thea, los aldeanos se solidarizaron con ella y criminalizaron a Cloud en su lugar. A nadie le importó que Tifa estuviera ilesa cuando despertó. Para ellos, la semana había pasado muy lenta mientras ella yacía inconsciente. El terror se les había quedado grabado en el recuerdo. Luego, a propósito, todos empezaron a referirse a lo que había sucedido como aquel *"incidente"* y no como *"accidente"*. Algo que hizo que tanto Cloud como su madre se sintieran incómodos e insignificantes en su propia tierra natal.

Desde entonces, las cosas no habían cambiado mucho. Tifa se enfadó porque, a partir de ese momento, sus amigos decidieron no volver a acercarse a Cloud y, por ende, ella tampoco podía. Nunca habló de lo sucedido con Cloud. Aunque, si él lo había admitido, quizás Emilio y el resto tenían razón.

Pero a veces también sentía que Cloud había estado protegiéndola. Gracias a su confesión, nadie había pensado en echarle la culpa a ella. Sin embargo, Tifa no lograba encontrar explicación alguna a por qué Cloud haría algo así. Su *"Porque quise"* no le parecía muy convincente. Se preguntó entonces si había llegado el momento de preguntarle y decidió que sacaría el tema la próxima vez que hablasen.

Seguro que tendría una oportunidad de hacerlo más pronto que tarde.

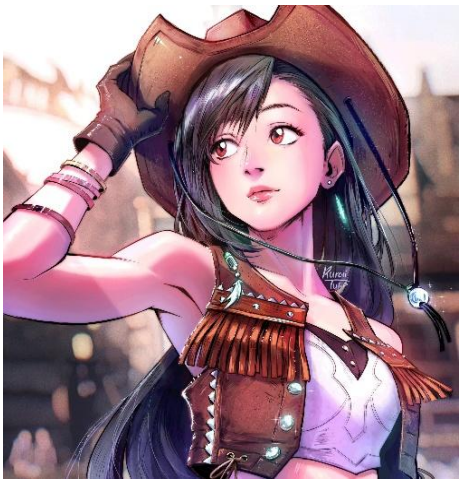
Al día siguiente, Brian comprobó el teléfono que siempre descansaba sobre la mesa, como hacía todos los días, y anunció con alborozo que Shinra ya estaba cerca. Cada vez que alguien del personal de Shinra visitaba Nibelheim o las instalaciones del Monte Nibel, la señal telefónica incrementaba, por lo que los aldeanos podían comunicarse con otra gente sin necesidad de salir de casa.

– ¿Irán directamente a las montañas? – inquirió Tifa.

– No creo. Llegarán mañana, pero su intención es entrar al Monte desde la aldea. Zander quiere darles una fiesta de bienvenida. Quizás envíen primero una avanzadilla, no lo sabemos.

Tras terminarse el desayuno, Tifa se dirigió de nuevo hacia el comedor social. Muchos de los aldeanos ya estaban al tanto de que Shinra iba a enviar a un equipo de investigación. La tensión parecía haberse roto al fin y el ambiente estaba más relajado que de costumbre. Después de tres horas preparando bocadillos para el desayuno y los guisos para el almuerzo, Tifa tomo un descanso. Luego, desde las tres de la tarde hasta la noche, le tocaba preparar la cena, pero hasta entonces aún tenía algo de tiempo libre, así que regresó a casa. Se dio una ducha para deshacerse del sudor y, al entrar en su habitación, buscó su móvil por primera vez en mucho tiempo.

Pero entonces cayo en la cuenta de que no tenía guardado el número de nadie con quien quisiera hablar.



De repente, vio la caja que el día anterior había dejado en el suelo, la que su padre le había dado. Rebuscó dentro y encontró muchas prendas de colores chillones que le subieron el ánimo al instante, así que pensó que sería divertido probarse algunas De entre todo lo que había, llamaron su atención dos prendas concretas: un chaleco marrón oscuro y una minifalda. Parecía el típico atuendo que se pondría una chica que trabajase en una granja. Combinó el conjunto con un sombrero de ala ancha y un par de botas, y pensó para sí misma que estaba guapísima.

– Me quedo con esto. – susurró.

Estaba contenta y se sentía ligera.

Esa misma tarde, Tifa se encontró a Margot, la madre de la que había sido la dueña de aquella ropa, en el comedor social.

– Vaya, vaya… – La voz de Margot se quebró por la emoción al acercarse. Entonces, añadió:

– Deja que te dé un abrazo – Tifa frunció el ceño un segundo, pero la anciana la

tomó al instante entre sus brazos y apretó su mejilla contra la de la muchacha.

– Por un momento, pensaba que mi Jasmine había vuelto.

– Vaya, vaya… – Tifa no supo qué decirle.

No esperaba que la mujer se pusiera tan feliz al verla, pero tampoco tenía una mala sensación

– Hace años que no la veo. ¡Esa jovencita siempre tan desobediente! – exclamó de nuevo Margot.

Luego soltó a Tifa y prometió darle más ropa de su hija muy pronto. Al parecer, tenía guardados en casa más conjuntos como el que la joven había escogido. Después de una reunión muy fugaz, decidieron que la cena seria sopa de albóndigas. A Tifa la metieron en el grupo que prepararía las verduras. Mientras cortaba, Oyó una voz cerca de ella que decía:

– ¡Ay! ¡Pero mírate qué guapa estas! – Al girarse, vio que se trataba de Claudia Strife.

– Me lo ha dado Margot, la ropa era de Jasmine – aclaró Tifa.

– Ya decía yo que me sonaba de algo~ – musitó Claudia – ¿Me preguntó cómo estará?

– ¿Y tú, Claudia? ¿Sabes algo de Cloud? – le preguntó Tifa, sorprendiéndose a sí misma. El corazón le latía con fiereza, pero no había podido evitarlo. Aquella había sido la primera pregunta que le había venido a la mente al ver a Claudia.

– Creo que le va bien – respondió la mujer.

– ¿Sabes si vendrá a ver la montaña?

– ¿Qué?

– Mi padre me ha dicho que Shinra ha enviado a gente de SOLDADO. Como ahora tenemos más señal en la aldea, hay vecinos que dicen que irán a las montañas. Pensé que tal vez Cloud vendría en su grupo.

Desconcertada, Claudia se quedó un buen rato mirando a Tifa. Al final, volvió a hablar.

– A mí nadie me ha dicho nada de eso. Pero, aunque viniera, ese chico nunca me cuenta nada de nada. No porque le guste darle sorpresas a su madre, sino porque no lo ve necesario. No se molestaría en avisar – rio – La única vez que se puso en contacto conmigo fue después de irse, tras enviarme una carta para decirme que por fin se había alistado a las filas de Shinra.

– ¿En serio? Entonces… ¿No sabe si llegó a entrar en SOLDADO?

– No. Pero ¿por qué lo mencionas?

Entonces, Tifa vio muy clara la razón por la que Claudia y ella no se estaban entendiendo

– Porque Cloud me dijo que quería unirse a SOLDADO, pero puede ser que esté equivocada – susurró

– Así que eso te dijo, ¿eh?

Sorprendida, Claudia repitió varias veces ese "eh" sin dejar de cortar las verduras. Después, las dos se pusieron en fila para cocinarlas. Hubo momentos en los que Tifa pensó que Claudia quería decirle algo, pero nunca llegaba a hacerlo.

Tal vez quería hablar de algo relacionado con el incidente de la montaña, pero lo cierto era que Tifa no quería que la mujer sacase aquel tema a relucir. Por eso se sintió tan aliviada cuando Mark Banner la llamó y tuvo que alejarse.

– ¡Oye, Tifa! – había exclamado el hombre.

A pesar de que era el miembro más joven del club de calistenia, seguía siendo mucho mayor que su padre y de vez en cuando, un tanto fanfarrón.

– ¿Tu gata es blanca? ¿Y lleva una bufanda roja? – le preguntó Mark en cuanto se acercó a él.

– Sí – respondió ella – Tiene una especie de tela roja alrededor del cuello.

– La he visto hace un rato merodeando cerca de la puerta de la montaña. – Mark se secó el sudor de la frente.

– Escúchame, Tifa, si se adentra en el monte, déjala ir, ¿entiendes? Las cosas allí están bastante mal ahora mismo.

Una vez avisada, el hombre se marchó. No obstante, Tifa fue directa a contárselo a Claudia y, acto seguido, abandonó su puesto de trabajo.

– ¡Pero no se te ocurra ir a la montaña! – le gritó Claudia mientras ella ya echaba a correr.

Sin darse la vuelta, Tifa exclamó un simple *"No iré"*.

*

Al final, fui a buscar a Bolita de todas formas y acabé cruzando la puerta de la montaña y adentrándome en ella. Me preocupaban los monstruos, pero pensé que sabría cómo enfrentarme a ellos. Si uno de esos insectos intentaba atacarme, le daría una paliza y punto... Supongo que creía que estaba preparada

– ¡Eso es asombroso, Tifa! – gritó Aerith, con gran sorpresa.

– No, te aseguro que no fue asombroso. Solo fue un exceso de confianza. Pensándolo ahora, tiempo después, creo que fui muy ingenua. Yo estaba acostumbrada a los insectos quimera, pero me encontré con una especie de criatura enorme y mutada, un monstruo muy diferente a los que yo conocía.

– Qué horror – suspiró Aerith – ¿Y qué sucedió?

– Una mujer de Shinra me salvó la vida. Llevaba un traje negro.

– ¿Un traje negro? – volvió a sorprenderse Aerith – ¿Era de los Turcos?

– Si – contestó Tifa – Supongo que sí, ahora que lo pienso, pero nunca me dijo su nombre.

– Es decir, que no enviaron a SOLDADO, sino a los Turcos. Eso no es lo que me dijeron en Kalm.

– No estaba segura de qué estaban buscando, pero me dijo que necesitaban una guía que conociese Nibelheim a la perfección, así que me ofrecí a ayudar. Lo consultaron primero con Zander y él estuvo de acuerdo. Yo sería la guía de Sephiroth. Si no me hubiera topado con esa mujer, todo habría sido muy diferente.

– Buen momento para recordar que, a lo largo de los años, Shinra siempre ha utilizado a los más débiles, es decir, a los niños, para sus propios beneficios – recalcó Red XIII.

– ¿Por qué?

– Porque aún son ignorantes y fáciles de manipular.

– Me gustaría poder retroceder en el tiempo, haber sabido eso aquel día, pero, tonta de mí, sonreí con orgullo cuando me eligieron – se lamentó Tifa.

– ¿Qué habrías hecho de haberlo sabido? – inquirió Aerith, en voz baja.

Tifa calló y reflexionó unos segundos.

Tal vez hubiera aceptado la oferta de todas formas para estar un poco más cerca de Cloud. Sin embargo, no confesó esto en voz alta, sino que se limitó a seguir caminando, sin responder a la pregunta de su amiga. Tras avanzar un trecho, recordó algo de repente y miró a Aerith. Sintió entonces las miradas de Barret y Red XIII sobre ella.

– Lo que ocurrió después fue tal y como Cloud explicó en Kalm. Ese es el final de mi historia en Nibelheim.

Los otros tres asintieron en silencio. Aerith desvió la vista hacia otro lado. Cuando Tifa miró por encima de su hombro. Cloud estaba allí

– ¿De qué hablaban? – preguntó.

– De mis *“fiestas del té”* con mis amigos de la infancia. – contestó Tifa.

Cloud desvió la mirada y miró a lo lejos, para después fruncir el ceño.

*

Lo primero que vio al despertarse fue el techo blanco, Tifa intentó separar los párpados.

Luego, torció el cuello para ver el resto de la habitación. En la pared de la derecha había un reloj que marcaba las tres y cuarto. Pero ¿de la mañana? ¿O de la tarde? A su izquierda, había una cortina blanca a modo de biombo divisorio que le impedía ver más allá. Volvió a mirar a su derecha. Junto a su cabeza descubrió un aparato metálico que emitía un zumbido grave. En él, parpadeaban luces diminutas de vez en cuando. El número de la pantalla digital marcaba un setenta y dos. El delgado cable conectado a dicho aparato subía hacia el techo, volvía a bajar, pasaba por un gancho que hacía de soporte y desaparecía bajo la manta que le cubría el cuerpo. Intentó mover los dedos de la mano derecha, pero no fue capaz de ejercer la fuerza suficiente. Cuando consiguió pasarse por fin una mano por el rostro, vio que el tubo delgado estaba conectado a su antebrazo con cinta adhesiva.

Tifa exclamó un grito ahogado de tormento. Le ardía la garganta. ¿Había perdido la voz, quizá? El dolor la golpeó una vez más, a la par que comprendía algo importante: *"Estoy viva"*.

Y es que debería estar muerta, no viva. Recordó entonces el rostro ceniciento del hombre al que todos aclamaban como el gran héroe de la guerra. De repente, oyó cómo la puerta de la habitación se abría al otro lado de la cortina.

– ¿Puedo pasar? – Preguntó una voz suave y femenina.

La cortina se abrió, revelando a una mujer de complexión robusta y piel morena que llevaba una bata blanca de laboratorio.

– ¡Hola, Tifa! Encantada de conocerte. Soy Damini Orange y esta es mi clínica. Seguro que tienes muchas preguntas, pero primero voy a hacerte una pequeña revisión.

En cuanto terminó de presentarse, Damini se dirigió hacia el aparato que estaba junto a la cama y jugueteó un rato con él.

– ¿Puedes decirme cómo te llamas y cuántos años tienes?

– Tifa… – logró susurrar la muchacha – Lockhart, tengo quince años.

– Muy bien. ¿Te duele algo?

– El pecho… Bueno, me duele todo.

– No te preocupes. El dolor del pecho, ¿es externo o interno? ¿Dónde te duele exactamente?

– Externo. Creo. Quizá también interno…

– De acuerdo. No podemos darte más analgésicos. Si el dolor se agrava, ya se nos ocurrirá otra cosa.

Tifa calculó que Damini podía tener más o menos la misma edad que su padre.

"Oh, papá", pensó. Y las lágrimas se le acumularon en los ojos.

Damini sacudió la cabeza en señal de disculpa, malinterpretando su llanto. Pero no era eso. Tifa no quería más analgésicos.

– Me alegra que te hayas despertado, de todas formas – comentó Damini – Tu informe está perfecto. ¿Quieres que te explique por qué estás aquí?

Tifa asintió lentamente

– Veamos. Alguien te ha causado una laceración con algún tipo de objeto afilado. Muy probablemente, una espada. Por esta zona del pecho, desde aquí.

Damini señaló la zona que había bajo su clavícula izquierda y arrastró el dedo hacia abajo, hacia la parte inferior del pecho derecho.

– Hasta aquí. La herida es muy profunda. Te ha aplastado un trozo de esternón, pero por suerte no ha perforado ningún pulmón ni órgano vital. Algo es algo. Verás, las fracturas por este tipo de herida suelen ser muy comunes en el esternón, pero lo tuyo es bastante inusual. Hemos tenido que reemplazar el hueso con injertos sintéticos, así que ahora lo tienes reforzado con alambre. Tendrás que llevarlo el resto de tu vida. Pero no te preocupes, con la tecnología médica actual, no interferirá en tu día a día para nada. Eso sí, de momento vas a tener que llevar un corsé ortopédico. Iremos aflojándotelo poco a poco, pero te causará dolores durante una temporada.

Damini hizo una pausa y asintió con amabilidad antes de continuar.

– Te ha operado el Doctor Sheiran de la ciudad de Corel. Aún no lo conoces, pero es un médico muy hábil en su campo. Yo te ayudaré con el posoperatorio y con los injertos de piel. Como te iba a quedar una cicatriz muy fea, decidimos que lo mejor era solucionarlo. Al fin y al cabo, aún eres muy joven. Te hicimos una segunda operación antes de que la herida hubiera cicatrizado. Nos preocupaba un poco que pudiera haber infección, pero todo está perfecto. Ah, sí. Otra cosa. Los tejidos trasplantados son lo último en medicina. Pueden tardar de tres a cuatro años en asimilarse a tu tono de piel natural, pero eres joven, así que quizás el proceso tarde menos. Si te duele el pecho es por eso. Es como una especie de quemadura, pero no te preocupes por nada. Desaparecerá con el tiempo y el color cambiará, te lo aseguro. ¿Tienes alguna pregunta?

Era tanta información la que debe asimilar que Tifa no lograba entenderla del todo.

– Sé que es mucho, pero tranquila. De momento, te quedarás aquí unas semanas, así que no tengas prisa. Lo único que debes tener claro es que eres una superviviente y tienes toda la vida por delante. El pasado, es pasado ya. Quiero que pienses en tu futuro y solo en tu futuro.

–Doctora… – murmuró Tifa, su voz ronca – Me da la sensación de que llevo mucho tiempo dormida ¿Qué día es hoy? ¿Dónde estamos?

– Estamos en el barrio bajo del sector 8. Hoy es…

Tifa se quedó atónita al oír la fecha.

Luego, Damini le limpió el rostro con una gasa húmeda. Tras rodear la cama para irse y llegar a sus pies, le dio unas ligeras palmaditas en el tobillo.

– Trabajaremos duro en tu recuperación, ¿de acuerdo? – intentó animarla.

Cuando por fin se quedó sola, Tifa pensó en la imagen de su aldea natal en llamas. No podía creerse que hubiera pasado un mes entero desde que los ojos le empezaron a picar por culpa del humo negro que había inundado Nibelheim.

–Un mes entero… – murmuró.

Hacía un mes, empujado por el fuego, su padre la había instado a escapar hacia las orillas de la cascada. Le dejó a Bolita entre los brazos y le dijo:

– ¡Quédate aquí! Aquí no hay nada que pueda arder, así que estarás a salvo. Solo llegará el humo si el viento cambia. Si eso ocurre, agáchate. No podrás hacer más.

– ¿Y tú, papá? ¿Qué vas a hacer? – le había preguntado ella mientras con su mano libre lo sostenía de la manga su camisa.

– Han asesinado a Zander. Soy el único consejero que queda vivo. Tengo que cumplir con mi deber.

– ¡No papá! No vayas, quédate conmigo, ¡No me dejes sola!

– No pongas esa cara, mi amor. Tengo que rescatar a los heridos.

A pesar de las súplicas de su hija, Brian volvió corriendo hacia la aldea en llamas y fue salvando del peligro a vecino tras vecino. Sin embargo, Tifa descubrió que pocas de las personas a las que rescataba seguían con vida. De hecho, muchos estaban tan cubiertos de hollín que apenas reconocía los cuerpos. Se les había quemado tanto el pelo como la ropa, por lo que mirarlos era poco agradable. Fue entonces cuando apareció Zangan. El hombre no lo dudó ni un instante a la hora de ayudar a Brian, transportando a los heridos de dos en dos, uno en cada hombro.

Los depositaba en el suelo, miraba a Tifa y asentía con la cabeza antes de volver a repetir el mismo trayecto.

Cuando Zangan regresaba con más heridos, Tifa le pregunto si había encontrado a la madre de Cloud, Claudia. Pero Zangan solo negó sombríamente, al parecer, no había nada que se pudiera hacer para salvarla. Ante aquella noticia, Tifa sintió un dolor parecido a cuando su propia mamá había fallecido hace 7 años.

En un momento dado, Brian se agachó junto a un cuerpo, y aquella figura tan negra como el carbón comenzó a lamentarse ante el dolor que lo carcomía. Alzó los brazos en el aire con gran esfuerzo, pero volvieron a caer al suelo de repente, igual que una marioneta a la que le acabasen de cortar los hilos.

– ¡Maldita sea! ¡Mierda! ¿Porque nos está pasando todo esto? ¡Carajo! – bramó Brian.

Tifa no había escuchado a su padre decir una palabrota en toda su vida. Su rostro, manchado de hollín y sudor, brillaba bajo el fuego. Miró a su hija con los ojos inyectados en sangre.

– Sephiroth se ha marchado a las montañas. Tengo que hablar con él – anunció.

Luego, asintió con énfasis y echó a correr hacia el Monte. Pero Tifa no entendía nada. ¿Para qué quería su padre ir hacia allí? ¿Para qué quería hablar con Sephiroth? Sin duda, la congoja lo estaba volviendo loco.

– ¡Papá! ¡No te vayas! – gritó Tifa.

Aferró a Bolita contra su pecho y salió corriendo de su escondite justo a tiempo para ver cómo su padre se dirigía ya hacia las montañas.

– ¡Papá, espera!

La muchacha intentó seguirle el ritmo, pero le costaba correr con la gata a cuestas. Brian cada vez ponía más distancia entre ellos. Cuando Tifa llegó por fin a la puerta de la montaña, Bolita saltó hacia el suelo y le maulló. Casi daba la sensación de que el animal intentase regañarla o suplicarle que no fuera más allá.

–Lo siento, Bolita, perdóname – se disculpó ella, a la vez que cruzaba la puerta y se adentraba en las montañas.

Pero no importaba lo mucho que corriera, no veía a su padre por ninguna parte. En su lugar, vio los cadáveres de muchos monstruos. Al parecer, alguien se había encargado de cortarlos por la mitad con una espada. Pensó en la de Sephiroth, la misma que había utilizado contra sus vecinos y amigos.

– ¡Papá! – volvió a gritar Tifa a todo pulmón, pero nadie respondió.

De tanto avanzar, la muchacha terminó llegando al reactor de Mako. La entrada a las instalaciones estaba abierta de par en par.

– ¿Papá?

De repente, un insecto quimera le irrumpió el paso. Tifa esquivo el ataque de la

enorme criatura alada y, sin dudarlo ni un segundo, le propinó un puñetazo en la zona del abdomen, abriéndole así la carne blanda y haciéndolo caer al suelo.

Luego, se levantó de un salto, dobló las rodillas y estiró con fuerza las piernas para abalanzarse de nuevo sobre su abdomen, en esta ocasión destrozándole las tripas con los tacones de las botas. Los movimientos de Tifa eran raudos, pues estaba encadenando un conjunto de ataques que había aprendido del Libro de los Secretos.

No obstante, había algo para lo que su arduo entrenamiento no la había preparado. Cuando el insecto quedó inerte en el suelo, Tifa se dio cuenta de que todo su cuerpo, incluso su pelo, había quedado cubierto de su propia sangre, si es que se le podía llamar así. El hedor era nauseabundo. La joven entró en pánico y soltó un grito de puro terror.

– ¡Tifa! – la llamo alguien.

Era la voz de un hombre. Le resultaba familiar, pero no acababa de saber de quién se trataba. Lo único que tenía claro es que no pertenecía a su padre.

– ¡Papá! ¡Papá! – exclamó ella una vez más.

– ¿Tifa? – Esta vez era la voz de una mujer. Alguien le tocó la mejilla.

– ¿Quién eres? – gritó Tifa. Giró sobre sus talones y se encontró ante ella a un monstruo de forma humanoide.

– ¡No!

El suelo empezó a temblar.

– ¡Tifa! ¡Despierta! Cálmate, por favor. Es solo una pesadilla. Tranquilízate – murmuró otra voz.

La entrada al reactor de Mako desapareció, de pronto, había mucha luz, Tifa cerró los ojos, luego los abrió de nuevo. ¿Aquello habla sucedido de verdad o solo se lo había imaginado?

– Buenos días, Estás a salvo, ¿me oyes?

Había sido una pesadilla. Ya se había terminado. Allí, frente a ella, a contraluz, estaba Damini. En la pared de la derecha había una ventana y el sol se filtraba por entre las cortinas.

– ¿Es de día? – preguntó Tifa.

– Son las siete de la mañana, sí. Pero la luz que ves proveniente del sol de los barrios bajos, no del real.

– ¿El qué?

– Imagínate una enorme lámpara que ilumina todos los sectores de los barrios bajos. Cuando puedas, deberías salir un rato a la calle y echar un vistazo. Pero ahora te toca revisión. Dime cómo te llamas y cuántos años tienes. Y, si lo recuerdas, tu lugar de nacimiento.

– Me llamo Tifa Lockhart, tengo quince años y nací en Nibelheim.

– ¿Sabes cómo me llamo yo?

– Eres la doctora Damini Orange

– Muy bien. ¿Te duele algo, Tifa?

– Pues… Siento pinchazos en el pecho. También en las muñecas y en los tobillos.

– Es normal. Tendrás que aguantar un poquito más. Tenemos que disminuir tu dosis de analgésicos – Damini examinó el rostro de su paciente con atención.

– Tengo otra pregunta. ¿Recuerdas cómo llegaste aquí?

– Recuerdo al hombre que me hizo esta herida, si es eso a lo que se refiere. Es algo que recordaré durante el resto de mi vida.

– Ya veo…

– Fue Sephiroth – confesó de repente Tifa – Sephiroth, de SOLDADO. En el reactor de Mako. Me ataco con su espada.

Damini, distraída, asintió.

– A partir de ahora, ¿puedo pedirte que no compartas esa información con nadie más? – le pidió la doctora

– ¿Por qué?

– Entenderás que hay gente, como yo, que no quiera verse involucrada en esto.

Damini agachó la cabeza. Verla así hizo que Tifa se enfadara.

– ¿A qué se refiere con verse involucrada, doctora? – exigió saber la muchacha.

– Shinra no sabe que estás aquí, Tifa. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Te hemos tratado las heridas, te hemos cuidado. Eso ya nos pone en peligro. Mira, no sé quién eres y tampoco quiero saber nada de lo que ocurrió. Debes entender que no puedo hacer nada que les haga sospechar que estoy actuando en contra de sus intereses. Para esta clínica, las relaciones con la Compañía Shinra son muy importantes. Si perdemos su apoyo, no podremos proporcionar atención médica en los barrios bajos. Dime que lo entiendes.

– Lo entiendo, pero… – suspiró Tifa.

Se miró el cuerpo. Había cables por todas partes. Tampoco es que tuviera muchas opciones.

– ¿Cuándo podré marcharme?

Damini deslizó la mirada sobre ella. Parecía incluso más incómoda que antes. Tifa se preguntó si sus palabras la habían molestado

– Debes cumplir tres condiciones antes de que te podamos dar el alta – empezó explicar la doctora.

– La primera es que la fusión del injerto de piel haya progresado hasta el tercer nivel o un poco más. La segunda es que hayas recuperado la fuerza muscular mínima, al menos para que puedas realizar actividades del día a día. La tercera sería pagar todos tus gastos médicos, incluida la hospitalización, lo que supone un…

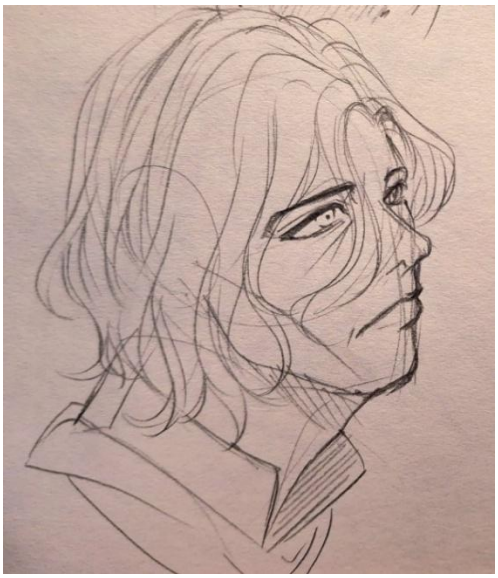
Damini mencionó una absurda suma de dinero que hizo que un escalofrío le recorriera a Tifa toda la columna vertebral, eran quinientos mil guiles.

– No tengo dinero – susurró la joven.

– Me lo imaginaba – Damini observó la ventana en silencio – Tampoco tienes ningún sitio al que ir, ¿verdad?

Tifa no podía hacer otra cosa que preguntarse por qué le estaba sucediendo aquello a ella. El mundo había cambiado de forma radical mientras había estado inconsciente, pero no a mejor, sino a peor.

– Por ahora – continuó la doctora – trabajaremos en las dos primeras condiciones, ¿de acuerdo? El injerto y la fuerza. Nutriremos la piel y te enviaré a rehabilitación para que te recuperes cuanto antes. Mi hijo Rakesh te ayudará en eso.



Tres días después de aquella conversación con la doctora, Tifa conoció a Rakesh en persona. El chico había heredado el mismo tono de pelo y piel que su madre y tenía una nariz preciosa y una voz agradable.

– ¡Encantado, Tifa! – le dijo cuando la vio – Soy Rakesh Orange y estoy aquí para ayudarte con la rehabilitación. Como supongo que mi madre ya te ha puesto al tanto, te he traído un regalo como muestra de mi amistad – Rakesh la agarró por la muñeca y le introdujo en la mano una pelota de goma blanda

– Apriétala en tu tiempo libre. Te ayudará a recuperar fuerza muscular poco a poco, pero no te recomiendo que lo hagas si experimentas algún tipo de dolor. Perfecto. Ah, se me olvidaba. Haz el ejercicio primero con una mano y luego con la otra.

Se llevó las manos a ambos lados del rostro para hacerle una demostración en el aire, sin pelota, y ella se echó a reír.

– Vaya, tienes una sonrisa muy bonita. ¿Qué te parece si nos esforzamos los dos al máximo para que te den el alta cuanto antes?

Tifa asintió, pero su expresión se tornó algo sombría. A Rakesh aquel detalle no se le escapó.

– Te preocupa el dinero, ¿no? – siguió hablando. – Creo que yo puedo ayudarte con eso, mi madre me lo ha contado todo. Puede que ella perdiera su vida en la plataforma, pero yo he nacido y me he criado aquí, en este barrio. Sé cómo se gana la gente la vida en estos lugares. Tengo contactos –murmuró, orgulloso.

Sin embargo, como Tifa no entendía ni la mitad, la incertidumbre se la se la empezó

a comer por dentro.

– Vamos, confía un poco en mí – insistió Rakesh.

En el fondo, no le quedaba más remedio que confiar.

A continuación, le cambiaron el corsé ortopédico por uno mucho más suave, los huesos aún no se le habían curado del todo, pero Rakesh le repitió lo importante que era que empezase ya con la rehabilitación y la ayudó con métodos que le facilitarán el recuperar la fuerza muscular y que no causarían más daño en sus lesiones. Según él, debían trabajar mucho con las manos para que pudiera sujetar objetos sin problema.

También le aconsejó algunos estiramientos para las piernas para que pudiera volver a caminar o a correr.

– La pérdida de músculo es normal. Nos llevará un tiempo recuperarlos. Has estado tanto tiempo quieta que, por un lado, tus nervios han olvidado cómo acatar las órdenes que tu cerebro les manda y, por otro, tus músculos han perdido la fuerza que necesitan para moverse. Tu cuerpo necesita aprenderlo todo de nuevo – le explicó Rakesh, elevándole las piernas para aliviarle la tensión tras los ejercicios.

– ¡Qué calor!

Había pasado ya una quincena de días desde que Tifa había empezado con la rehabilitación. Rakesh se secó el sudor de la frente. Al entrar, se había quitado la chaqueta y en aquellos momentos llevaba solo una camiseta de manga corta. Los músculos de sus brazos eran duros y perfectos.

Tifa se miró la muñeca. El cordón de cuero que Zangan le había regalado seguía allí, pero estaba mucho más oscuro de lo que ella lo recordaba. Se dio cuenta de que Rakesh también llevaba un brazalete.

– Rakesh, ¿de casualidad no conocerás al maestro Zangan? – El fisioterapeuta se le quedó mirando con asombro y luego asintió con la cabeza varias veces.

– Si. ¿Aún no te han contado cómo llegaste aquí? – Y, así, mientras la ayudaba a elevar y a bajar las piernas, Rakesh empezó a hablar.

– Soy uno de los discípulos del maestro Zangan. ¿No recuerdas nada después de que te hirieran?

– No, no mucho. Bueno, nada de nada, en realidad.

Lo único que recordaba Tifa era la voz de Zangan reprochándole en un grito seco que vivir, el gesto severo del doctor Sheiran y las figuras anónimas de las enfermeras que la habían atendido momentos después. Sus memorias estaban tan fragmentadas que, si alguien le asegurara que todo había sido un sueño, se lo creería sin darle más vueltas.

– En el primer hospital en el que estuviste, te trataron el esternón, pero aún seguías grave. El doctor de Corel recomendó que te trasladaran a Midgar o a Junon, porque los hospitales de allí tienen el equipo médico necesario para tu caso. Creo que incluso

llegaron a obtener la aprobación del Departamento de Ciencias y Desarrollo de Shinra, pero el maestro Zangan se opuso. Discutió con mucha gente y, al final, acabaron trasladándote aquí. Supongo que recordó que mi madre dirige esta clínica de los barrios bajos y pensó que era la mejor opción. O quizás ha sido el destino

– ¿Con quién discutió?

– Verás, los médicos que trabajan para Shinra son de lo mejorcito. Que Zangan se negase justamente a que ellos se encargasen de ti debió de hacerles pensar que estaba loco.

– Pero Shinra…

– Lo sé. Dadas las circunstancias, Zangan no quería que acabases en manos de sus doctores. No te voy a decir que nuestra clínica sea mejor, pero espero que estés cómoda aquí, con nosotros. Aunque si me dices que no lo estás, tampoco podré hacer mucho por solucionarlo.

Rakesh la observó con curiosidad. Al parecer, estaba bromeando.

– Sí, claro – respondió Tifa, confusa.

– Déjame darte un consejo, por mucho que odies a Shinra, es mejor que no lo hables con nadie en Midgar, no saldrá nada bueno de esa conversación, créeme. Es un consejo de un amigo de los barrios bajos.

– Lo tendré en cuenta, ¿hay algo más que deba saber?

– Mucho, pero tendrás que aprenderlo sola. Vamos, si sigues esforzándote así, podrás salir más pronto que tarde.

A Rakesh le gustaba hablar, cuanto más tiempo pasaba con él, más informada estaba de todo lo que sucedió en la clínica. Su padre había sido investigador científico y había trabajado para Shinra; de él aprendió el arte de la fisioterapia.

Además, el hombre había estado especializado en tejido muscular biológico, pero no de humanos, sino de monstruos.

– Mi padre sostenía que la estructura básica de cualquier ser vivo con huesos y músculos es la misma. Ver para creer, ¿no? También participó en la supervisión de un libro ilustrado sobre monstruos, irónico que lo matase una de esas horribles criaturas a mitad de una de sus investigaciones – bromeó Rakesh.

A Tifa no le acababan de gustar aquel tipo de chistes morbosos, pero había aprendido a tolerarlos, pues era el pan de cada día entre los Antiguos del club de calistenia. Una vez a la semana, tenía que hacerse una fluoroscopia del tórax. Damini estudiaba las imágenes del monitor y tomaba una decisión, pero Tifa no notaba diferencia alguna entre una semana u otra. Ni siquiera sabía si Damini negaba o asentía con la cabeza. Tifa se limitaba a esperar a que la doctora tomase su decisión, igual que aquel que va a rezar a un templo.

– Bien, todo va bien – decía la mujer. El último día de noviembre, le quitaron el

corsé.

– Inspira todo lo que puedas, hasta que empiece a dolerte. Despacio. Más despacio.

De repente, la voz de Zangan le vino a la mente. *"Tranquila, tranquila"*, le repetía.

Tifa alzó los brazos con cautela, pero no sentía dolor.

– No me duele – susurró

– Felicidades, Tifa, – Damini le dio una palmadita en la cabeza, como si aún fuese una niña, y ella retrocedió ante el contacto.

– ¿Qué pasa? ¿Quieres lavarte el pelo? – le preguntó.

Si, Acababa de leerle la mente. Por norma general, la doctora o Rakesh le lavaban el pelo con una toalla húmeda, pero eso no era suficiente. En aquel momento, alguien llamó a la puerta. Era Rakesh, Tifa se cerró de un tirón la parte delantera del camisón.

– ¡Adelante!

– ¿Ha ido todo bien? –preguntó el chico al entrar.

– Los resultados son buenos, sí – respondió ella.

– ¡Lo has logrado! – Rakesh alzó el pulgar de una mano a modo de aprobación.

Tras aquella conversación, Tifa se adueñó de la ducha durante un buen rato para lavarse a conciencia el pelo y frotarse el cuerpo hasta quedar satisfecha. Sin embargo, el agua caliente no la hizo sentir tan bien como pensaba, pues el tema del dinero no la dejaba en paz. No tenía ni idea de cuántos guiles necesitaba para salir del hospital ni de qué iba a hacer una vez estuviera en la calle.

Una vez seca, se puso la ropa interior y la muda limpias que Damini le había preparado. El conjunto era algo llamativo: una blusa enorme y una falda casi hasta los tobillos. Se puso las mismas bailarinas que le habían dado para hacer la rehabilitación. Se dio cuenta entonces de que el simple hecho de vestirse ya la cansaba. Sentía que las extremidades le pesaban. Se sentó en la cama e incluso eso le resultó doloroso. Al final, terminó desplomándose sobre un costado.

– Ya no me queda nada… – susurró para sí misma.

Atrás quedaban muchas cosas y personas: su ropa favorita, sus botas, su sombrero, la foto de su madre, su padre y también Bolita. Ahora se quedaba sin todo aquello que más adoraba, como el Libro de los Secretos, las escaleras que siempre bajaba corriendo, la puerta que a veces cerraba de golpe cuando se ponía nerviosa, su piano, el paisaje de su ventana, la torre de agua. Hasta sus músculos la habían abandonado.

– No tengo nada – volvió a decir en voz alta, justo antes de romper en llanto.

A la mañana siguiente, Damini le confesó a Tifa que debía dejar el hospital en el plazo máximo de una semana.

– Me encantaría eximirte del pago, pero la clínica no puede permitirse ese lujo, así que hemos decidido dividirlo en pagos mensuales.

– Gracias – murmuró Tifa, aunque le preocupaba no tener medios para pagar ni un solo guil al mes.

De repente, se encontraba muy perdida. Por suerte, Rakesh le ofreció un trabajo y un sitio en el que vivir al mismo tiempo. Tifa se alegró, pero enseguida volvió a inquietarse.

– ¿Qué tipo de trabajo es? – le preguntó.

– ¿Sabes cocinar?

– Un poco, pero no sé si estaré a la altura. He perdido mucha musculatura.

– Por eso te he traído esto. – Rakesh lanzó un libro sobre la cama. – El primer volumen del *Libro de los Secretos De La Escuela De Zangan*. – luego, el muchacho realizó poco a poco la primera serie de estiramientos.

– Si sigues los pasos, ganarás fuerza enseguida, aunque creo que eres consciente de eso.

Damini, que se había limitado a observarlos desde un rincón, se puso en pie entonces con cierto alivio en la mirada. Colocó una mano sobre uno de los hombros de Tifa y dijo:

– Ya sabes lo que dicen. Nadie puede robarte lo aprendido, Es un dicho muy sabio.

Y le dio una palmadita en la espalda para infundirle ánimos antes de volver a alejarse.

El 4 de diciembre de ese mismo año, Tifa aceptó la aceptó la tarjeta de identificación que Rakesh le había preparado y abandonó la clínica por fin.

– La tarjeta es temporal – le explicó el fisioterapeuta. – Solo puedes adquirir una en los barrios del sector 8. No podrás usarla para conseguir trabajo en la Plataforma y tendrás que conseguir una propia dentro de poco, yo puedo ayudarte con eso. Verás que en tu lugar de nacimiento pone que eres de Corel, Es mejor así, no quiero que la gente de Shinra vaya detrás tuyo si descubren que eres de Nibelheim.

– Gracias – respondió Tifa, pues aquella era la definición de un buen servicio.

Tifa no había pisado al exterior desde que había salido corriendo tras su padre, directa hacia el Monte Nibel. Y no solo eso, sino que, además, era la primera vez que pisaba un barrio bajo, estaba cansada, nerviosa y bastante agitada. Rakesh, que no dejaba de observarla de cerca, la detenía en ocasiones para obligarla a respirar profundamente.

– Esto es muy vergonzoso – musitó ella.

– No pasa nada. Nadie te está mirando. A nadie le importa. Estás en una de los barrios bajos de Midgar. Oye, vamos… otra vez no.

Tifa se detuvo, tomó aire y miró hacia arriba. La ciudad en la que se encontraban estaba cubierta por un techo formado de armazones de acero perfectamente entablados sostenido por unos pilares gigantes. Allí donde la luz del sol no lograba traspasar el metal, unas enormes lámparas solares compensaban la falta de iluminación. Encima de aquel supuesto techo, había otra ciudad que disponía de varios reactores de Mako. Comparado con estos, el de la cima del monte Nibel parecía una maqueta en miniatura.

Tifa tenía algún conocimiento previo de Midgar, por supuesto. Había visto vídeos y fotografías, pero en persona seguía pareciéndole todo demasiado abrumador. ¡Y la cantidad de gente! Había gente por todas partes.

¿Estarían Emilio, Lester o Taylor entre la multitud? ¿Y Cloud? Aunque aquello poco importaba, pues las probabilidades de toparse con uno de ellos en unas calles tan abarrotadas eran escasas.

– Cada vez que Zangan viene a visitarme, se queja de que los sectores bajos apestan. Aunque sea mi maestro, es un maleducado. Este sitio es como un hogar para mucha gente, ¿sabes?

Era cierto que había muchos olores mezclados en el ambiente, polvo, sudor, acero, especias, pero no era tan desagradable como para reaccionar de una forma tan exagerada.

– Para mí no me parece tan malo – admitió Tifa.

– Porque llevas viviendo aquí ya casi dos meses. Aunque sea la primera vez que sales a dar un paseo, no eres nueva. Seguro que ya te has acostumbrado

– ¿El maestro viene a menudo?

– No, la verdad es que no, quizás una vez cada tres o cuatro meses. Tiene muchos alumnos entre todos los sectores de los barrios bajos, así que tampoco se queda mucho tiempo.

Rakesh, a lo mejor de manera inconsciente, jugó entonces con la pulsera de cuero que adornaba su muñeca.

– ¿Qué significado tiene el brazalete? – preguntó Tifa.

– ¿Ah, esto? – Rakesh pareció sorprendido. – No sé cómo llamarlo. A veces, es como un amuleto para alejarme de las tentaciones. No es que funcione muy bien, la verdad. Estos barrios bajos están llenos de vicios y…

– ¿Ves eso? – Rakesh se detuvo de golpe y señaló la entrada a un callejón en mitad de una calle. – Giraremos ahí. Recuerda la calle.

Al mirar a su alrededor, Tifa se fijó en la fachada de un pequeño local con unas cajas de verduras frescas alineadas en la entrada. Era una tienda como la que había administrado la familia de Emilio en Nibelheim.

– Ven, por aquí – indicó Rakesh, adentrándose más en el callejón, olía a agua

estancada.

– Casi todos los callejones huelen así de mal, pero te acostumbrarás también. Nuestro cuerpo tiene mucha capacidad de adaptación olfativa. Ay que lindo, mira, un gato. Verás que también hay muchos gatos merodeando por los barrios. ¿Te gustan?

– Si.

Tifa recordó a Bolita y esa manía suya de escaparse siempre de casa. Esperaba de corazón que hubiera sobrevivido.

– Ah, por cierto. Sobre Sephiroth – Rakesh volvió a detenerse y se giró para mirarla. – Hace una semana, hicieron público que había muerto en batalla, en Wutai. Aunque el paradero de su cuerpo es desconocido. Ni siquiera se sabe si lo han encontrado o no.

"Bien", pensó Tifa. Después de lo que había hecho en su aldea, aquel desgraciado merecía morir. Sin embargo, la muchacha vacilaba entre el sosiego y la confusión. ¿Hacia dónde debía dirigir su odio ahora que su enemigo había desaparecido de escena?

– Sé cómo debes de sentirte, el maestro Zangan me explicó lo que ocurrió. Espero que puedas olvidar el pasado y rehacer tu vida aquí – añadió Rakesh.

Distraída, Tifa asintió.

Aquel pequeño gesto pareció satisfacer al muchacho, que aceleró el paso. De repente, dieron con un hombre sentado en una silla diminuta en medio del callejón. A Tifa no le parecía ni viejo joven. Su rostro estaba curtido de arrugas profundas, sobre todo en la zona de la frente, y llevaba el cuerpo entero envuelto en una especie de capa.

– Tifa, este es el vigilante. Recuerda su cara. Vigilante, esta es Tifa Lockhart. Por favor, cuida de ella – los presentó Rakesh.

– Encantada – saludó Tifa, sin entender nada de lo que estaba pasando.

El hombre al que Rakesh llamaba *"vigilante"* frunció el ceño con cierta molestia, así que el fisioterapeuta instó a Tifa a seguir caminando

– Manson está a cargo de esta zona. Vas a trabajar para su grupo.

– ¿Quién es Manson?

– El jefe local. Yo seré tu intermediario, así no tendrás que tratar directamente con él.

– ¿Por qué? ¿Da miedo? – se interesó Tifa, refiriéndose al comportamiento del vigilante.

– Sí, a veces. Aquí abajo tenemos una serie de jefes locales y cada uno de ellos se encarga de su propio territorio. Se aseguran de que los barrios bajos no sean tan inseguros. Puede que dé miedo, pero hay que recordar que, en el fondo, nos protege.

Tifa se preguntó por qué Rakesh no podía simplemente decirle que no había motivo

para estar asustada.

– Ya hemos llegado – anunció el muchacho.

Estaban en un espacio abierto que contaba con muchas cajas enormes de madera con marcos metálicos. De dichos marcos salían postes y vigas que se utilizaban para crear superficies estables con tablas de madera. Estas eran viejas y estaban muy desgastadas. La pintura roja se había ido levantando y desprendiendo del acero con el paso de los años, así que en aquellos momentos la zona expuesta estaba visiblemente oxidada. Había una veintena de cajas similares dispuestas de forma ordenada.

– Son contenedores de carga. Se necesita un camión para transportarlos. Por eso llamamos a este sitio *"Callejón De Los Contenedores"*. Son algunos de los que se utilizaron para la construcción de la ciudad – Rakesh hizo una mueca que provocó que Tifa estallara en risas, pero luego volvió a su gesto serio.

– Te prometo que por dentro son más acogedores.

En una de las paredes había una pequeña puerta con un candado que colgaba de una cerradura de lo más anticuada. Rakesh se sacó del bolsillo una llave igual de diminuta, la introdujo en la cerradura y la hizo girar. Se oyó un clic cuando el candado se abrió. Luego le entregó a Tifa ambas piezas.

– Si no te sientes segura, puedes poner un par de candados más, pero salir y entrar te supondrá un dolor de cabeza constante – comentó el muchacho al abrir la puerta, justo antes de desaparecer en el interior del contenedor.

Tifa tuvo que agacharse para no golpearse en la cabeza al seguirlo. Rakesh tiró de una cuerda que colgaba del techo y la estancia se iluminó de repente, aunque la única luz provenía de una bombilla desnuda que brillaba con fuerza en el techo.

– El alquiler te incluye la factura de la luz y el gas. Gracias al reactor de Mako, los precios no son nada del otro mundo – siguió explicando él, sin embargo, Tifa no podía prestarle toda la atención que quisiera.

Rakesh cerró la puerta y giró la anilla del candado.

– Otra cosa que puedes hacer para sentirte más segura es poner el candado por dentro, pero ten cuidado con la llave. Si la pierdes, te quedarás encerrada – avisó.

Entonces, Tifa se percató de que la distribución del apartamento era como la de cualquier otro, En la pared opuesta a la puerta había una rejilla de ventilación y una pequeña ventana. Sobre la estructura metálica que era la cama, alguien había colocado un colchón fino y, sobre este, una manta. No había almohada, pero sí un cojín. había también un taburete y un escritorio. Frente a esa pared, a la derecha, un armario viejo en el que había dispuesta una vajilla entera.

– Como ves, ya está amueblado. El truco para ser feliz aquí es no pensar en qué tipo de personas pudieron usar este habitáculo antes que tú. Por cierto, si cocinas,

asegúrate de dejar la puerta y la ventana abiertas, aunque no mucho rato. En esta zona de los barrios hay mucho maleante suelto. Podría ser peligroso, es mejor que comas en el trabajo – sugirió.

Tifa lo miró fijamente y él continuó hablando.

– Pero ya hablaremos de eso más tarde. Veamos, encontrarás toallas y artículos de aseo bajo la cama. Tienes todo lo que necesitas. ¿Alguna pregunta?

– Agua… ¿Hay agua? ¿baño, ducha?

– En el extremo más alejado del callejón, hay un suministro de agua compartido. Tienes duchas e inodoros allí. Te prometo que el agua pasa un filtro, no te preocupes. Yo te recomiendo que te lleves esto – señaló un depósito de agua que había colgado en la pared, lo rellenes y te lo traigas para ducharte aquí. Pero no lo llenes mucho o te pesará y te costará transportarlo.

– Entonces…

– ¿El alquiler?

– Sí.

– Son quince guiles al día.

– ¿Tanto?

– Es imposible que encuentres un sitio más barato. Además, si trabajas duro, enseguida ganarás más que eso.

La forma en la que Rakesh hablaba le hizo pensar en las cosas que los traficantes de personas les decían a los niños pequeños para llevarlos a lugares donde luego los explotarían. Para ella, ese tipo de gente era como el hombre del saco de las típicas pesadillas infantiles. Si, estaban a la misma altura que los monstruos o los fantasmas. Aquel pensamiento la llevó a recordar la vez, que también habla confundido a Zangan con uno de los malos.

Zangan, la misma persona que habla unido Rakesh con ella. De repente, Tifa empezó a sospechar aún más, ¿Era posible que todo aquello fuera un simple malentendido o de verdad corría el riesgo de convertirse en una víctima de trata de personas?

– Vaya, ¿me estás mirando con desconfianza? – se sorprendió Rakesh. – Quizás sea mi culpa, ¿no me he expresado bien? Espero que te quedes más tranquila una vez te presente en el trabajo, es un sitio respetable, te lo prometo – aseguró mientras salía del contenedor.

Rakesh le indico a Tifa que cerrase bien la puerta y luego siguieron avanzando por la zona, hasta visitar la ubicación del suministro de agua y los baños. El contenedor en el que se encontraban las duchas no estaba dividido de la misma forma que los apartamentos. Fuera, había una mujer con la espalda encorvada sentada sobre un taburete, Tifa le echó unos cuarenta años. Frente a ella, había un mostrador y, sobre

él, una lata llena de monedas.

– Esta señora vigila los baños públicos – explicó Rakesh.

– Son tres guiles por ducha– comentó la mujer.

– Los hombres también vienen a ducharse aquí, así que ten cuidado.

Tifa se asustó un poco. ¿Por qué debe tener cuidado exactamente?

– Puedes dejarte la ropa puesta – continuó la señora – venir en ropa interior o en traje de baño o hasta si vienes con un vestido de cumpleaños, a mí me da igual.

– De acuerdo. – respondió Tifa, que no podía evitar pensar que quizás aquella mujer se estaba burlando de ella.

Las cinco duchas disponibles contaban con tablas que las separaban unas de otras, pero no había puertas. Supuso que aquello era un problema. A lo mejor el mundo le estaba enviando una señal para que se olvidase de una vez por todas de la rigurosa higiene que seguía en Nibelheim. Regresó con Rakesh por el callejón y volvieron a salir a la calle principal, donde la tienda de frutas y verduras de antes estaba en aquellos momentos abarrotada de clientes.

El tendero era un hombre joven con delantal que charlaba de manera amistosa con todo el mundo.

¿Qué tipo de trabajo le habría encontrado Rakesh? ¿Tendría Manson de verdad mal genio? ¿Y si no podía negarse, fuera lo que fuera lo que le ofrecieran? Siguió a su amigo pensando en todo a lo que no le gustaría dedicarse. Al fin y al cabo, desconocía cuál era el sentido común de los barrios bajos o dónde se encontraba allí el límite entre el bien y el mal. No le quedaba más remedio que fiarse de Rakesh, pues nunca en su vida se había sentido tan indefensa.

*

– ¿En qué estás pensando? – le preguntó Red XIII, tumbado bocabajo junto a Tifa.

– Pensaba en mis primeros días en los barrios bajos.

– Vaya. Que interesante.

– Pero no te preocupes por mí. Estoy bien. ¿Por qué no te unes al resto? Parecen divertirse.

A lo lejos, Tifa señalo a Cloud y Aerith quienes se enfrentaban a un chocobo.

– Me iré si quieres quedarte sola. Si no, deja que me quede.

– Quédate entonces.

Mientras viajaban por las praderas, Tifa había ido contándole a sus amigos la historia de su pasado, pero había detenido su relato justo antes de que Sephiroth entrase en escena. Dar esa información sería demasiado doloroso para ella. Todavía no estaba preparada para hablar de ciertas cosas.

– Pero… Aunque lo perdí todo, la suerte estaba de mi lado, ¿sabes? Creo que he sido bendecida con la gente a la que he conocido, Ahora echo de menos esos días.

*

Cuando llegaron a la centro vacío que había cerca de la estación de tren del sector 8, ya era de noche. Le explicaron que la iluminación artificial de los soles de los barrios imitaba los rayos del verdadero sol y lo cierto era que, de no habérselo dicho, Tifa no habría notado la diferencia. Pero, en aquellos momentos, el paisaje oscuro de la noche se expandía frente a ella.

Rakesh extendió los brazos y susurró, a modo de bienvenida:

– Lo que ves aquí son vagones de carga a los que se les ha concedido una segunda vida. Todos pertenecen al grupo de Manson. Tú trabajarás en el de color azul, justo allí. – Señaló uno de los vagones que se utilizaba para el transporte de mercancías, cuyo exterior estaba completamente pintado de azul.

Tifa se dio cuenta enseguida de que cada vagón era lo suficientemente grande como para albergar más o menos tres contenedores del *“Callejón de los Contenedores”*. Rakesh se acercó al vagón azul, tiró de la puerta hacia un lado para abrirla y entró. Luego le hizo un gesto a Tifa para que lo siguiera. Dentro, el repentino aumento de la temperatura y la humedad la hicieron estremecerse y empezó a sudar.

Sin embargo, el olor dulce que impregnaba el aire le abrió el apetito. El vagón era una cocina y en ella trabajaban tres mujeres de forma afanosa. Una encendía los fogones para calentar el guiso de una olla, otra cortaba verduras en la encimera central y la última amasaba con fuerza algo sobre la encimera que había junto a la pared. Ninguna de ellas miró a los intrusos llegar.

– La mujer de la olla se llama *Caldo*, la que amasa es *Soba* y la que corta las verduras es *Taja* – presentó Rakesh.

– De acuerdo

– Yo tampoco sé sus verdaderos nombres – admitió el chico en voz baja – Pero será mejor que no les preguntes al respecto, todos en el Callejón del Contenedor respetamos esa norma.

– Entiendo.

– Entonces, ¿voy a trabajar con ellas?

Si ese era el caso, no parece tan malo como lo que había estado imaginando.

– No – respondió Rakesh – Aquí es donde se preparan los alimentos antes de ir a venderlos a los puestos. Vamos, ven conmigo.

Ninguna de las mujeres se giró para despedirse de ellos. De nuevo en la calle, Rakesh abrió la puerta de otro vagón.

– Esta es la oficina y el almacén sacamos los puestos de comida por la mañana y los volvemos a guardar por la noche. Hoy es nuestro día libre, así que, ¿ves aquello de allí? A eso me refiero cuando te hablo de puestos de comida.

Tifa se asomó al interior del vagón y vio un carrito equipado con ruedas y un cartel en la parte superior en el que se podía leer: *"Empanadas de carne, sector 8"*.

– ¿Empanadas de carne? – inquirió la muchacha.

– Si. En ese vendemos empanadas suaves y esponjosas rellenas de verduras recubiertas de carne picada agridulce. Están buenísimas. Son muy populares.

– No sé si podre…

– Si no puedes, no puedes y punto. Ya pensaremos en otra cosa. Pero, por ahora, espero que estés dispuesta a intentarlo.

– Lo intentaré.

– Mañana el *Tio* te dará el resto de los detalles. El hombre lleva cuarenta años vendiendo Empanadas al vapor.

– ¿Cuarenta años? – exclamó Tifa.

– Si –afirmó él– Es una receta muy tradicional. Pero yo solo estoy a cargo de las cuentas, así que hablemos de tu salario.

– Está bien.

– Te quedarás el veinte por ciento de los beneficios de lo que se venda en el día. Otro veinte por ciento es para el Tio, un treinta por ciento se reparte entre las cocineras y el treinta por ciento restantes para Manson. De ahí se resta el coste de los ingredientes. Un bollo de carne se vende por tres guiles, así que, si consigues vender cien unidades, tus ventas sumarian trescientos guiles y obtendrás sesenta de sueldo.

– Sesenta guiles…

– ¿Eso era mucho o poco?

Como vendedora ganarás el doble de lo que ganan en la cocina. Pero lo que vendamos depende de ti, por eso es un cargo con más responsabilidad – añadió

Rakesh.

Mientras el muchacho la acompañaba de vuelta al Callejón de los Contenedores, Tifa empezó a darle vueltas a los números. El alquiler era de quince guiles al día y en los baños públicos le cobraban tres guiles por ducha. La comida se la podría servir del propio puesto de comida, así que no tendría gastos por esa parte. Podría obtener cuarenta y dos guiles de beneficio sin problemas. De esa porción, tendría que sacar para ir haciéndole pequeños pagos a la doctora Damini.

Hizo un cálculo mental. Sin embargo, los números no se le daban del todo bien, así que tuvo que esforzarse hasta llegar a una conclusión. ¡Le llevaría casi sesenta y seis años pagar los gastos del hospital! No, no podía ser verdad. Volvió a hacer el mismo cálculo, pero el resultado era el mismo. ¡Se negaba a vivir en un contenedor comiendo solo empanadas al vapor el resto de su vida para pagar una deuda por unos servicios que ella no había pedido!

Amaneció y Tifa seguía dando vueltas a lo mismo en la cama. No había podido pegar ojo debido a la ansiedad y al nerviosismo que se la comían por dentro. Angustiada, salió de su contenedor con la intención de gastar tres guiles del dinero que Rakesh le había prestado para empezar su nueva vida.

– Quiero darme una ducha, por favor – le pidió a la señora de los baños

– Has venido preparada? – le preguntó ella.

Desde luego, lo que Tifa necesitaba era determinación.

– Entraré con una toalla – respondió.

– Bueno, a esta hora no hay mucha gente. Intentaré disuadirlos de entrar si vienen. dúchate tranquila.

– Gracias.

– Pero te cobrare dos guiles de más por vigilar, en total me debes cinco guiles.

Tifa se sorprendió, aunque en realidad se lo esperaba.

– Debes de haberlo pasado muy mal para acabar en la peor zona de los barrios bajos. – siguió hablando la mujer tras aceptar la cantidad acordada.

– Al menos date el lujo de disfrutar de una buena ducha, muchacha.

Tifa agradeció poder asearse sola después de tanto tiempo. Le sorprendió, además, que hubiera agua caliente. Bajo el chorro, sintió que la calma se apoderaba de ella. Su compañero de trabajo la esperaba ya en la puerta del almacén cuando ella aún se dirigía hacia el lugar. Se trataba de un anciano pálido y muy bajito, ataviado en unos ropajes rojo chillón de pies a cabeza, con algunas canas en el pelo rapado casi al cero. El hombre se rascó la nuca al ver a Tifa y dijo:

– No estás del todo mal, sígueme. – Luego, le dio la espalda y comenzó a caminar hacia él vagón en el que se encontraba la oficina y el almacén, el mismo que Rakesh le había enseñado el día anterior por la tarde.

– Llámame Tío. Tú te llamas Tifa, ¿verdad? ¿Quieres quedarte con ese nombre o prefieres que elijamos uno más comercial? – El Tío se dio la vuelta y volvió a clavarle la mirada.

– Veamos, podríamos llamarte…

De repente, los ojos del anciano se detuvieron en los pechos de la muchacha y ella sintió un escalofrío.

– No te preocupes. Tifa está bien – susurró, deteniéndolo a tiempo.

– ¿Estás segura? Es una lástima – suspiró él, relajando los hombros. Después aceleró el paso para entrar al almacén.

– Tenemos que sacar el puesto de comida – añadió, pero no movió ni un dedo para ayudar a su compañera. Por suerte, el carro no pesaba tanto como Tifa había imaginado, así que no tuvo muchos problemas para sacarlo.

– Ahora tenemos que cargarlo con los ingredientes para hacer las empanadas de carne, aunque no sé si en la cocina lo tendrán ya todo preparado – comentó el Tío.

Tifa supuso que también le tocaría cargar sola con dichos ingredientes. Se dirigieron juntos hacia la entrada del vagón azul, donde Tifa recogió las verduras y una olla enorme y muy pesada con la carne picada ya cocinada a fuego lento. Ninguna de las tres cocineras se molestó en devolverle el saludo.

– Te acostumbrarás – intentó animarla el Tio, pero en esta ocasión tampoco la ayudó.

– Intenta remolcarlo – el puesto de comida tenía una gran barandilla en forma de "u" en la parte delantera. Tifa se colocó tras ella y utilizó las manos y el estómago para empujarla. De algún modo, aquel cachivache le recordaba a las carretas que se utilizaban en su aldea. Cuando era pequeña, solía subirse a la tabla de carga solo por pura diversión y dejaba que Taylor tirase de ella. ¿O tal vez había sido Lester?

Mover el puesto de comida con todos los ingredientes dentro fue más complicado. Intentó empujar con todo su cuerpo, utilizando sobre todo su fuerza central, pero enseguida sintió un dolor agudo que se le extendió por todo el pecho.

– ¿Estás bien? – le preguntó el Tío, preocupado, mientras le miraba el rostro.

Quizá lo había juzgado demasiado pronto y en realidad era un buen hombre.

– Estás más blanca que una sábana. ¿Has dormido?

– Muy poco.

– ¡Pues despiértate! ¡Hoy tenemos que vender mínimo quinientas unidades!

– ¿No tenían que ser cien?

– Si esas son tus metas, entonces este trabajo no es para ti. Nuestro último comerciante vendía hasta mil al día.

– ¿Mil? ¿En un solo día?

– ¡Claro! Pero, como es tu primer día, te he dado una pequeña oportunidad y he

bajado a quinientos.

– Mil… – repitió ella

Si era posible vender tanto, entonces ganaría diez veces más de lo que habla pensado en un principio. En ese caso, podría acabar de pagar su deuda en siete años como mucho, en lugar de los sesenta y seis que había calculado el día anterior. Seguía siendo mucho tiempo, pero al menos era más factible.

– ¡Lo intentaré! – exclamó entonces – Deséame suerte, Tío.

Tifa alzó la barbilla y volvió a empujar. De repente, la carga era mucho más ligera.

*

– No me puedo creer que trabajases tan duro por esa miseria.

Tifa se quedó mirando a Red XIII, que aún estaba a su lado. La bestia de color carmesí seguía tumbada sobre la hierba, con el rostro girado. Al mirarlo más de cerca, la muchacha notó los pequeños temblores que le sacudían el cuerpo.

– Oye, ¿te estás riendo de mí? – preguntó.

– No – respondió él, aunque su voz también temblaba.

– ¿Conseguiste vender mil?

– No te lo voy a decir.

*

El lugar habitual donde colocaban el puesto de comida para vender las empanadas de carne en el sector 8 era la fachada más alejada de la estación de tren. Tras anclar el carro, Tifa comenzó a prepararlo todo, pues el método de enseñanza del Tio se basaba en mucha práctica y poca teoría.

Primero, el anciano la hizo calentar el agua para la olla y llevarla a ebullición. A continuación, tuvo que colocar los ingredientes de forma ordenada en un plato para que los clientes pudieran verlos desde el otro lado del mostrador.

Aprendió, además, que debía mantener siempre la olla con la carne picada bien caliente. Antes de que el agua que había echado llegase a hervir, debía colocar las empanadas dentro y, después, preparar el papel para envolverlas.

– Asegúrate de trabajar de espaldas al cliente y de que salga humo incluso antes de abrir el puesto. Ahora ve y colócate en tu sitio – instó el Tío.

Tifa volvió a agarrarse a la baranda que hacía a su vez de asa y arrastró el carro con ella hasta el lugar que el anciano le había indicado.

– Saca unos guantes del cajón y póntelos, las empanadas recién sacadas queman – avisó él.

Tifa le hizo caso

– Ahora tienes que tomar el papel con la mano izquierda y apoyar una pieza

encima, Aunque queme, tienes que aguantar. Aprieta con el pulgar para que no se caiga. Con la mano derecha, toma un cuchillo y haz una hendidura en medio para introducir el relleno, pero ten cuidado de no se deshaga la masa. ¿Lo tienes? Debes conseguir que se pueda abrir y cerrar como si fuese la concha de una almeja. Y cuidado no te cortes.

El hombre escupía las explicaciones tan rápido que Tifa tenía que esforzarse el doble por hacer todo lo que él le pedía.

– Muy bien, no lo has hecho nada mal. Ahora pon la empanada que has partido sobre una hoja de lechuga y coloca un puñado de carne picada encima. Le pedirás al cliente que escoja tres rellenos distintos. Los introduces también, lo cierras doblando el papel para envolverlo y se lo entregas al cliente. Aunque te pidan dos o tres, no hagas más de uno a la vez o te confundirás. El cliente tiene que traerse de casa su bolsa o su recipiente para llevarse las empanadas, nosotros no ofrecemos ese servicio, y tú no tienes que preocuparte de nada más que de llegar al objetivo de ventas. Escuchas al cliente, preparas la empanada y lo entregas. Déjame ver. Ten cuidado ahí, le has echado mucha salsa. Si no consigues el equilibrio adecuado, el sabor será demasiado fuerte y habremos perdido un cliente.

– Tifa terminó de hacer su primer empanada de carne, pero esta chorreaba salsa.

– Pruébalo – la animo el Tio.

La muchacha dio un bocado y luego otro. Un sabor entre dulce y picante le estallo en la boca. Las verduras estaban crujientes y frescas. No sabía por qué, pero el regusto le resultó familiar.

– Esta muy bueno – admitió.

– Sabe a comida casera de pueblo, ¿no te parece?

– Es verdad. Es la primera vez que lo pruebo, pero… Tienes mucha razón, Tio, sabe a comida de un lugar lejano.

– La receta es de mi madre – confesó él – No importa de dónde seas, es un sabor que te hará echar de menos tus raíces. Es magia.

El hombre se echó a reír. Fue en aquel momento cuando la impresión que Tifa había tenido de él en un primer momento empezó a cambiar.

Mientras ultimaban los preparativos, se formó frente al carro una larga cola de personas. Tifa se alejó unos minutos. Aparte de aquella zona que Rakesh le había enseñado, no parecía haber más suministros de agua o baños públicos en aquel sector.

También era evidente que la mayor parte de los habitantes no tenían por costumbre cocinar en casa, por lo que comprar comida fuera era la norma. En especial durante las mañanas, cuando la gente más prisa llevaba, las empanadas de carne del sector 8 estaban más que solicitadas.

– Ahora ya lo sabes todo. El primero te toca a ti – le dijo el Tío.

– ¿A mí? – se sorprendió ella.

El primer cliente dejó caer entonces tres monedas en el cuenco que habían preparado para el dinero, señalando así el comienzo de su primer día de trabajo.

– Veamos, primero toca la empanada un poco. Debes humedecerte las manos para que el papel se pegue – continuó hablando el Tio.

Tifa se apresuró a tocar una empanada y sacar un papel. El cliente escogió los ingredientes: pimientos, nueces y apio. Sin querer, a punto estuvo de alzar primero los pimientos, pero recordó que lo primero que debla hacer era rellenar el bollo, así que sacó uno de la olla y exclamó un *"¡AY!"*. Incluso con los guantes puestos, el bollo estaba demasiado caliente al tacto, así que no pudo evitar que se le resbalase hacia el suelo.

– Lo siento – se disculpó, pero el cliente parecía indiferente, tenía los ojos clavados en la olla de la carne picada.

– Primero el papel. Luego abres la empanada con el cuchillo. Lechuga, carne picada, los ingredientes del relleno y fin – murmuró el Tio a su espalda.

– Vamos, respira – Tifa se sobresaltó, pero sabía que tenía razón. respirar era importante.

Muy lento y de forma constante, empezó a inhalar y luego a exhalar. Aquello atrajo la atención del cliente quien desvió la vista de la olla hacia ella, sin comprender.

– ¡Perdón! – volvió a disculparse Tifa.

– Tú puedes, novata – la alentó el desconocido, sonriendo.

Tifa hizo una leve reverencia en señal de respeto y luego se dispuso a recoger otra empanada de carne, colocándola con rapidez sobre el papel. Aquel era el comienzo de una batalla que iba a ir para largo. El horario comercial era de seis y media de la mañana a ocho de la tarde. Podía tomarse un descanso siempre y cuando no tuviera mucha gente en la cola, pero las dos primeras horas de la mañana, las tres de la hora del almuerzo y las tres de la hora de la cena eran claves para aumentar las ventas. En su primer día, el desayuno fue un auténtico desastre, pero ya le había encontrado el truco cuando llegó la hora del almuerzo.

El ritmo y la respiración. De eso se trataba. Al igual que para hacer los pasos de la escuela de artes marciales de Zangan, en el puesto se necesitaba equilibrio. Movía de

forma constante las piernas, las caderas y las manos, y mantenía recta la espalda, Si se concentraba, no sentía dolor alguno.

Vendieron ochenta y ocho unidades por la mañana y ciento veinte por la tarde, lo cual la hizo sentirse algo mejor. El Tio la había dejado descansar cuando no era hora punta, sustituyéndola encargándose él mismo de las empanadas.

Aunque disponían de una silla plegable, apenas tenían tiempo para descansar de verdad. Tifa tenía que estar atenta a los clientes, pensar en cuántas empanadas de carne se iban a necesitar. Aún no estaba segura de lo que estaba haciendo, así que de vez en cuando se limitaba a esperar instrucciones.

A las dos de la tarde, el Tio le ofreció una pieza con bastante relleno.

– Tu almuerzo, las dos primeras empanadas son gratis. El resto tendrás que pagarlo – le explicó.

Tifa estaba hambrienta. Luchando contra el calor que le abrasaba la lengua, devoró al instante la comida. A lo largo del día, hubo momentos de confusión, pero llego a la conclusión de que no lo estaba haciendo del todo mal. Además, el cuerpo no le dolía, lo cual era todo un logro. El pecho, zona en la que llevaba sintiendo pinchazos desde que había abandonado la clínica, no parecía molestarle. Aun así, empezó a notarse exhausta cuando llegó la hora punta de la tarde. Las piernas le pesaban y se le convertían en piedra, igual que los brazos, la frustraba, pues era la misma sensación que había tenido tras completar varios volúmenes del Libro De Los Secretos.

Empezó a tardar demasiado en completar los pedidos de los clientes. Se le caían las empanadas, se le derramaba el relleno y, mientras, la cola crecía y crecía. El Tio, que no podía soportar quedarse de brazos cruzados, se ofreció a sustituirla. Pero ella se negó.

– No pasa nada. Puedo hacerlo.

– Sí que pasa. Estás metiendo la pata – se quejó él.

Y Tifa supo que llevaba razón, así que se apartó, con la cabeza agachada y muy decepcionada consigo misma

– Estás en forma, pero supongo que te falta resistencia. Al menos has servido para atraer más clientela – suspiró él, y esas duras palabras atravesaron el corazón de la muchacha.

– Vete a casa a descansar. Si crees que puedes venir mañana, ven. Si no, lo dejamos aquí. No tengo tiempo para estar pendiente de ti.

Poco tiempo después de regresar a su contenedor, Rakesh le hizo una visita. Al parecer, había ido al puesto de comida para ofrecerle su apoyo y allí se había enterado de lo que había sucedido. Tifa no quería ver a nadie. Solo quería esconderse bajo las sábanas y desaparecer. ¿Pero cómo podía negarle la entrada a Rakesh? No podía tratarlo de esa forma, así que lo dejó pasar.

– ¿Como te encuentras? ¿Quieres que mi madre te haga una revisión?

– Estoy bien. No me duele nada. Solo necesito descansar.

– ¿Tú crees? Entonces, ¡vas a seguir adelante con el trabajo? El Tio estaba preocupado por ti.

– Estoy bien – repitió ella – Tengo que seguir adelante.

– Tifa, enserio lamento que no hayamos podido cubrirte los gastos médicos. Quiero que sepas que ha sido muy duro para mi madre también.

– No era mi intención que…

– Lo sé, pero me alegra oírtelo decir. Toma, te he traído esto. Te lo puedes quedar.

Rakesh le entregó el segundo volumen del Libro de los Secretos de Zangan.

– Yo me lo sé de memoria.

Tras aquello, y sin darle opción a responder, se marchó.

– Yo también me lo sé de memoria – susurró Tifa para sí misma.

Sin abrir el libro, intentó recordar los pasos. El número 2.1.1. El siguiente era el 2.1.2 y luego iba el 2.1.3. Su cuerpo se movía solo. *"Todo irá bien"*, pensó. Nadie podía robarle lo aprendido.

Enseguida se sintió mucho mejor y pronto comprendió por qué le había resultado tan difícil moverse aquella tarde. La causa era, sin duda, esa fuerte y repentina carga sobre algunas zonas de su cuerpo que aún estaban medio dormidas. Desde por la mañana hasta el mediodía, había sido el nerviosismo lo que la había empujado a moverse. Sin embargo, cuando se había relajado y la tarde había llegado, el dolor volvió a tocar a su puerta. Estaba segura de que había sido eso.

Una vez más calmada, se dio cuenta de que empezaba a oler a sudor y a grasa. Le vendría bien una ducha, pero también tenía que hacer la limpieza de su hogar, y para eso iba a necesitar una muda limpia. No obstante, se quedó dormida mientras lo pensaba, por lo que no llegó a hacer nada de lo que se había propuesto.

A la mañana siguiente, tras haber dormido por fin una noche entera, se despertó como nueva. Aún no había amanecido, así que se estiró poco a poco. Luego, se levantó de la cama y dobló las rodillas. Se encontraba mucho mejor que el día anterior. Entonces recordó la postura que Zangan le había enseñado la primera vez que se conocieron, allí en la plaza de Nibelheim, e intentó recrearla.

– ¡Tengo que disfrutar todo lo que pueda hasta el día de mi muerte! – gritó Tifa en voz alta, repitiendo las palabras de su maestro. – ¡Claro que sí!

Se sintió más ligera al instante. Estaba segura de que aquel día podría terminar la jornada de trabajo sin sentirse fatigada. Cuando llegó a los baños públicos, vio que no había nadie más que ella y la señora que vigilaba la entrada. Tras pagar los tres guiles que costaba entrar al contenedor, se dio cuenta enseguida de que el diseño del interior había cambiado ligeramente. Alguien había colocado una cortina azul en la

puerta de la quinta ducha y en esta se podía leer la palabra *“Chicas”*. Sorprendida, miró hacia la entrada, donde la señora le dedicaba ya una sonrisa.

– Si quieres usar la última ducha, son cuatro guiles – le dijo.

– ¿Qué?

– Si quieres ducharte una vez por la mañana y otra por la noche, te hago oferta de cinco guiles. Me pagas por la mañana y ya está.

La propuesta era tentadora y, además, entendía que aquella mujer también tenía que pagar el alquiler de aquel contenedor.

– De acuerdo, Déjeme ir por más dinero entonces.

– Ya está amaneciendo, niña, hoy invita la casa. Ve a refrescarte.

En su segundo día de trabajo, Tifa vendió cuatrocientas empanadas de carne. Pero no era suficiente. Ya le habían dicho que la persona que llevaba aquel puesto de comida antes que ella vendía unas mil unidades diarias. A pesar de no estar contento con las ventas, el Tio la felicitó por haber logrado finalizar la jornada laboral sin dolores.

– Lo bien que nos vaya depende de lo que se venda durante el día. Tenemos un total de cuatrocientos ochenta minutos o, lo que es lo mismo, 28 800 segundos. Vender solo cuatrocientas empanadas significa que tardo setenta y dos segundos para hacer uno. Más de un minuto. ¿Cuánto debería tardar para vender mil? – le preguntó Tifa al anciano, haciendo otro calculo mental.

– ¿Unos… treinta segundos? Más o menos. Contando las horas punta… Si, yo creo que treinta segundos estaría bien.

– Treinta segundos…

Aquello significaba que iba a tener que tardar menos de la mitad de lo que en esos momentos tardaba.

– ¿Podría hacerlo?

– Vas muy lenta. Es como si aun llevases el ritmo de tu aldea o lo que sea en las venas. Aquí, en la gran ciudad, hay que ser rápido. Tienes que obligarte a serlo. Apuesto a que puedes vender mil quinientas empanadas al día – la presionó el hombre.

Una empanada cada veinte segundos. ¿Era posible mantener ese ritmo durante mucho tiempo? Tifa entreabrió la boca para preguntárselo, pero el Tio ya entrecerraba los ojos.

– Lo que hay que hacer es captar más clientes durante las horas de menor afluencia – la interrumpió.

– Escucha, ¿sabes cómo elige la gente lo que va a comer cada día cuando vienen a estos puestos? Aquí hay siete carros de comida en total. Estamos nosotros con las empanadas de carne del sector 8, pero también están los carros de las empanadas

de carne suaves y sabrosos del sector 5, la parrilla del sector 6, el puesto de bocadillos modernos de todos los sectores bajos, el de sopa de verduras curativa, el de aceitunas y de fideos para los recién llegados a la ciudad. Cada uno tiene sus preferencias. Pero por norma general llevan tanta prisa que la mayoría se conforma con cualquier cosa. En nuestros puestos tienen garantizado que algo comerán, sea lo que sea. Ahí nosotros no podemos meternos. Lo que SÍ puedes hacer es ser más rápida para que la cola avance también más rápido. Está claro que un restaurante vacío no trae clientela. En este negocio, gana el que tiene más clientes y, además, es rápido a la hora de servir – susurró, en voz baja, como si estuviera confesando un gran secreto.

Tifa no pudo evitar quedarse embelesada por sus palabras.

– Aquí todos los puestos tienen clientes que van y vienen. ¿Quién se lleva más clientes entonces? El mejor tendero. Es el encanto del vendedor lo que atrae a los clientes. ¿Sabes cuál es tu encanto, Tifa?

– Mi encanto…

– No seas humilde, muchacha. Tu encanto es esa cara tan dulce que tienes. La verdad es que a veces no sé si ya eres adulta o sigues siendo una niña con esas… – El Tio le dedicó una mirada de pies a cabeza, lo cual hizo a Tifa rápidamente tapar su busto.

– Mira, no quiero que te sientas incómoda, no sé si eso te halaga o te ofende, pero lo cierto es que, seas hombre o mujer, el físico importa cuando se trata de un trabajo en el que estás de cara al público. ¡Quiero decir, ¡Mírate! Eres lenta, pero los clientes siguen viniendo a comprar. Si puedes reducir el tiempo que le dedicas a cada persona, estoy seguro de que puedes llegar a vender mil quinientas empanadas sin problema.

*

– Al final, decidí que podía hacerlo. Es cierto que una parte de mí no estaba dispuesta a exponerse de esa manera, pero trabajar en el puesto de las empanadas de carne era divertido. Tuve que buscar la manera de recortar algunos segundos, de ser más creativa en la disposición de los platos y de mejorar mis habilidades con el cuchillo. No era muy diferente a cuando practicaba mis ejercicios de artes marciales. Creo que soy buena en muchos ámbitos distintos de la vida porque aprendo rápido. Y puede que el Tio tuviera la mala costumbre de elegir las palabras equivocadas o que fuera demasiado directo, pero no era un mal hombre. Juzgaba a la gente solo por sus habilidades a la hora de desarrollarse en un puesto de trabajo. Es comprensible. Es lo que me gustaba de él.

– Ahora me han dado ganas de probar uno de esas dichosas empanadas – bromeó

Red XIII, salivando.

– Estaban muy buenos. A día de hoy… Sigo sin saber cómo cocinaban la carne picada para que estuviera tan sabrosa – confesó Tifa, encogiéndose de hombros.

– No pasa nada. ¿Conseguiste más ventas después de aquello?

– Sí, pero tardé unos cuatro meses… Fue poco antes de mi decimosexto cumpleaños. Vendí más de mil tres empanadas. Me sentí muy afortunada, el esfuerzo rindió frutos.

– Seguro que sí.

– Aquella fue la primera vez que no había nadie para felicitarme por mi cumpleaños. Sé que hice nuevos amigos, pero me sentía tan sola…

*

Tifa volvió a la clínica de la doctora Damini para su revisión mensual un miércoles cualquiera, justo en su día libre, una semana después de su cumpleaños. La doctora le explicó que primero le harían un examen general con una simple consulta médica, seguida de una palpación de zona del injerto. Luego, tomarían fotografías del pecho porque, al parecer, estaban trabajando en un nuevo tratamiento muchos doctores y el personal médico estaban interesados en su caso. El problema era que, aunque en las fotos no aparecería su cara, Tifa se sentía incómoda.

– Poco a poco, estas zonas amoratadas que ves aquí se irán ajustando al tono de tu piel. Ya ha mejorado mucho desde que te operaron. Lo has notado, ¿no? – comentó Damini, y lo cierto era que llevaba razón.

– Pero… – su gesto se ensombreció – Mira aquí – Trazo con un dedo la parte superior del abdomen de Tifa.

– Creo que necesitarás otro injerto, es por el metal que te colocaron debajo

– ¿Usted cree?

– Puedes pensártelo, claro.

– ¡Diablos, no! – gritó una voz desde el otro lado de la mampara.

Tifa se apresuró a ponerse de nuevo la ropa, aunque enseguida vio que no era más que un paciente que no dejaba de causar problemas. Damini le hizo saber que el examen había concluido y salió de la habitación. Tras vestirse del todo y salir de la clínica, oyó a su espalda que Rakesh la llamaba.

– ¡Tifa, espera! Necesito tu ayuda – le dijo.

– ¿Con qué? – preguntó ella.

– Tenemos una paciente que se niega a someterse a la operación de injerto de piel que tú te hiciste. ¿Crees que podrías hablar con ella tranquilizarla?

– ¿Estás seguro?

– Sí. No le cuentes los detalles de cómo acabaste con esa herida y todo irá bien. Es

alguien con muchos contactos, así que los rumores correrían rápido y no queremos eso. No le cuentes tampoco dónde trabajas.

– ¿Y eso por qué?

– Es una paciente del sector 7. No quiero que entables mucha relación con esa gente, eso es todo. Por favor, ven conmigo.

Tifa seguía confusa cuando empezó a seguir a Rakesh hacia la habitación. En la cama en la que ella había estado hospitalizada durante medio año. Ahí yacía una mujer mayor tumbada bocabajo, con un camisón que le dejaba al aire toda la espalda. Tenía la herida envuelta en gasas y, al parecer también le habían hecho alguna trasfusión de sangre. Damini, de pie junto a la camilla, miró a Tifa con un gesto de derrota. No sabía qué más hacer.

– Ella es Marle, por desgracia, la ha atacado un monstruo – explicó Rakesh en tono suave.

– Tiene la espalda hecha un cuadro. Le hemos recomendado que se haga el injerto de piel, pero…

– Cóseme y punto. ¡No quiero que nadie me enganche esas cosas tan extrañas! – gritó la tal Marle, clavando su mirada de hierro en ellos.

– En cinco años, será como tu propia piel – protestó Damini – Mira, esta joven que ha venido a verte, se sometió a la misma operación hace apenas medio año. Mira. Mira las fotos de su recuperación Marle.

Tifa aspiró con fuerza, inquieta, pues Damini le estaba enseñando a la paciente las fotografías de su pecho desnudo.

– ¡No quiero verlo! Aparta eso de mi vista – volvió a quejarse Marle.

Con una sonrisa triste, la doctora guardó las fotos.

– Tifa – interrumpió Rakesh entonces – tú solo sentiste dolor al principio, ¿verdad?

– Sí, solo los primeros días – respondió ella.

– ¿Ahora ya no tienes picores ni molestias, cierto?

– Exacto, No siento nada en absoluto – murmuró, mientras se acariciaba la pulsera de cuero para reprimir las emociones que amenazaban con arrollarla.

– ¡Déjense ya de publicidad barata! – bramó Marle – Quiero hablar con la chica a solas.

Damini y Rakesh intercambiaron una mirada, pero, al final, la doctora asintió.

– De acuerdo – accedió – Pero está prohibido que los pacientes compartan información personal, ténganlo en cuenta.

Madre e hijo salieron de la habitación para dejar a solas a las dos mujeres que acababan de conocerse.

– No sé qué se piensan que son los pechos de una mujer – escupió Marle – Siento que hayas tenido que pasar por algo tan humillante por culpa de mis quejas.

– No pasa nada – murmuró Tifa, pero se alegraba de que al menos alguien allí la comprendiera – Solo me atraparon desprevenida.

– ¿Cómo te hiciste esa herida?

– Creo que eso entra dentro de *"información personal"*

– Pues acércate y cuéntamelo al oído. – Marle sonrió.

Tifa, siendo cautelosa, fijo en forma de susurro:

– Me atacó un hombre malo, con una espada. Me temo que no puedo darte más detalles. Hay gente aquí que tiene miedo de que conocidos tuyos puedan enterarse de lo ocurrido.

A Marle aquello le pareció una buena justificación.

– Lo sé. Entonces, ¿lograste escapar? ¡Vaya proeza! ¿No naciste en uno de los sectores de los barrios bajos?

– Pues no, soy de una aldea en el campo.

– ¿Tienes familia?

– No me queda nadie.

– Debe de ser desgarrador. ¿Cuántos años tienes?

– Dieciséis.

– ¿A qué te dedicas? ¿Trabajas en el mercado Muro?

Tifa llevaba poco tiempo en la ciudad, pero sabía que aquel lugar del sector 6 tenía muy mala reputación.

– ¡No, claro que no! – se defendió.

– A juzgar por tu reacción, supongo que sabes de lo que hablo. Una mujer tan guapa como tú debe de ganar todo el dinero que se proponga en un sitio como ese. Aunque tus jefes se quedarán el doble de beneficio, claro. Te explotarán y te echarán cuando ya no puedas ni con tu alma. Si estás preparada para eso, adelante. Pero te aseguro que no es el tipo de sitio en el que quieres acabar.

– No tengo intención de acercarme a ese dichoso mercado

– Acabarás dejándote llevar. Lo sabes, ¿no?

– Eso no es verdad.

–Eres una joven manipulable. Tiendes a adaptarte a las opiniones y al estado de ánimo de cuantos te rodean – espetó Marle, y lo peor era que llevaba razón.

– Yo soy igual que tú, ¿sabes? Te entiendo. Por suerte para ti, soy una buena persona y… – De repente, la mujer soltó un alarido de puro dolor.

– ¿Estás bien? – exclamó Tifa, asustada.

– Eso me pasa por mentir – se quejó Marle.

Entonces llamaron a la puerta y Rakesh entró a la habitación.

– ¿Te duele algo? – le preguntó a Marle.

– Sí, así que date prisa y pídeme cita para la operación. Quiero tener una piel nueva,

una como la de Tifa.

– ¿En serio? – se sorprendió Rakesh.

- Date prisa o cambiaré de opinión. Por cierto, Tifa, espero que vengas a verme de nuevo. No tengo amigos que quieran visitarme – murmuró Marle.

Durante los tres meses que siguieron, Tifa fue visitando a Marle en sus días libres. La mujer nunca intentaba indagar mucho sobre su pasado, pero sí le daba muchas lecciones para sobrevivir en los barrios bajos, le explicó, incluso, que gestionaba un bloque de apartamentos en los barrios bajos del sector 7, pero que la Compañía Shinra la estaba presionando para trasladarse debido a una recalificación de terrenos. El monstruo que la atacó lo hizo cerca del muro exterior de la ciudad, zona a la que Marle se había acercado demasiado en busca de una nueva propiedad.

– Me avisaron, ¿sabes? Me dijeron que no me acercase demasiado al muro exterior, pero lo hice de todas formas. Supongo que he aprendido la lección por las malas – suspiró.

Compartieron muchas conversaciones similares. Marle le contaba historias de cuando tenía quince años, relatos de cuando había trabajado en el mercado Muro e incluso aventuras de la época en la que había participado en la policía vecinal de su sector. Era su forma de reconfortar a esa joven solitaria que se había visto obligada a huir de su aldea natal, gesto que hacía feliz a Tifa. Marle siempre hablaba por los codos, al menos siempre que Rakesh o Damini no la interrumpían.

– ¿Has hecho algún nuevo amigo? – le preguntaba siempre la mujer a Tifa cada vez que se disponía a abandonar la clínica.

– Sí – Tifa siempre respondía lo mismo.

Sin embargo, aquellos encuentros terminaron de forma abrupta cuando Marle se marchó del hospital.

– Le han dado el alta antes de lo previsto. Me ha dicho que te saludase de su parte – le comentó Rakesh a Tifa.

Fue lo último que supo de Marle.

Esperaba encontrársela en sus visitas de seguimiento a la clínica, pero no fue así. De pronto, Tifa se encontró a sí misma trabajando, sin nada más interesante que hacer en su vida. Un día cualquiera, a las ocho y media de la tarde, tras finalizar su jornada laboral y haber limpiado el puesto, Tifa compró algo para cenar de camino a su contenedor y, después de terminarse la comida, repasó todas las posturas que podía hacer sin dolores del Libro de los Secretos.

Una vez duchada, volvió a encontrarse a sí misma más aburrida que nunca. Aunque estaba exhausta y relajada tras el entrenamiento, le costaba conciliar el sueño. Su mente empezó a divagar por recuerdos fragmentados e incompletos.

No se sentía mal al pensar en su aldea natal porque, aunque estuviera sola, sentía

que era su deber recordar los paisajes. Los días que había pasado allí, las sonrisas de su gente y esos arrebatos tan injustificables que a veces le daban sin razón aparente. Se sentía peor cuando pensaba en el futuro, pues era consciente de que no iba a poder saldar su deuda hasta dentro de mucho mucho tiempo.

*

– Cuando Marle desapareció, me quedé vacía. Todos los días eran iguales. Vendía empanadas, regalaba sonrisas, me revolcaba en la depresión en mis ratos libres e iba a pagar mis deudas el día de pago de cada mes. No había nada más. Todos los meses pagaba la deuda. Si vendía mil empanadas diarias, entonces podía pagar unos catorce mil guiles al mes. Por suerte, normalmente vendía más que eso, así que pude ir ahorrando poco a poco.

– En aquella época, guardaba una parte del dinero ahorrado en una mochila y otra parte lo escondía en el cubo de la ropa sucia. Pero el tema económico seguía estresándome mucho. Cuando me quejaba, el Tio se burlaba de mí y me comparaba con una pieza chirriante en la gran máquina que era Midgar. A mí no me hacía ninguna gracia – continuó diciendo Tifa.

Red XIII dejó escapar un gruñido, quizás en señal de empatía.

– Aunque, adivina. La cosa se animó cuando cumplí los diecisiete.

*

Terminada la hora punta de la tarde, el Tio sustituyó a Tifa en el puesto para encargarse él de atender a los clientes. Estaba metiendo la masa para las empanadas en una olla cuando, de repente, alguien le dijo:

– Quiero veintidós empanadas de carne. Hazlos de lo que quieras.

– ¿Veintidós? – exclamaron ambos.

Era extraño que el Tío se sorprendiera tanto. Al mirar en aquella dirección, Tifa descubrió a un joven de cara y cuerpo regordetes, quizá de su misma edad.

– Sí, veintidós. Mis amigos están esperando allí. – El chico señaló a un hombre y a una mujer que estaban apoyados en una valla junto a las vías del tren, enfrascados en una conversación.

Ambos eran de rasgos muy definidos (el tipo de cara que Tifa más veía por Midgar) y parecían mayores que ella.

– Será uno para él, uno para ella y veinte para mí – continuó diciendo el cliente, que, por alguna razón, parecía orgulloso de poder ingerir toda esa comida él solo.

Tifa soltó una risita. Cuando sus miradas se cruzaron, él alzó un puño con el pulgar apuntando hacia arriba en señal de aprobación.

Tifa inclinó la cabeza en silencio y se colocó junto al Tio para ayudarlo con el pedido. *"Me los llevaré aquí"* anunció el joven, y levantó una cesta de mimbre a la altura del pecho. parecía estar apoyándosela en su propio vientre.

– Me han dicho que estas empanadas de carne del sector 8 son las mejores, así que quería venir a probarlas.

– Cuánto me alegro – refunfuñó el Tio, en una contradictoria respuesta de agradecimiento

– También me habían comentado que la chica que atiende el puesto era muy guapa. No mentían sobre eso – añadió el cliente

– Vaya, gracias. – Tifa sonrió, aunque solo por costumbre, Sin embargo, cuando el muchacho empezó a olfatear de forma desesperada la carne picada cocinada a fuego lento, no pudo evitar que se le escapase otra risilla.

– Me pregunto qué llevará el relleno…

– ¿La carne? Pues…– empezó a responder el Tio.

– ¡No! – interrumpió de repente el joven – ¡No me lo digas! Intentaré adivinarlo.

– Como quieras.

En esta ocasión, el Tio no fue capaz de reprimir una sonrisa.

Tifa contuvo otra carcajada mientras trataba de juntar todas las empanadas de carne y las colocaba de forma ordenada dentro de la cesta del cliente. Este comenzó a olisquear la comida con cara de satisfacción y una mirada de ensoñación. Tifa quería estar a la altura de sus expectativas gastronómicas, así que, a pesar de que el Tio le había dado órdenes explicitas de rellenar las empanadas de los clientes que pedían la recomendación del chef con los ingredientes que la gente nunca pedía, ignoró las posibles reprimendas y llenó las empanadas del muchacho con sus propios ingredientes favoritos.

Al echar un vistazo por el rabillo del ojo para ver qué estaba haciendo el Tio, que no dejaba de mover las manos con destreza. Saltaban y pasaban de pan en pan como si danzaran, se sorprendió al descubrir que él estaba haciendo lo mismo que ella. Aquella maestría también había llamado la atención del cliente, que lo observaba anonadado. Tifa se acercaba a los cuencos de los ingredientes solo cuando el Tio había terminado con el relleno de sus empanadas, para así poder ir más rápido, imitaba sus movimientos. No obstante, a la pobre le resultaba muy complicado seguir el ritmo de su compañero, que se asemejaba más a los pasos que debían seguirse para lograr.

A llevar a cabo una de las posturas del libro de Zangan que a un baile. En un momento dado, miró hacia arriba y descubrió al cliente haciendo coincidir los movimientos de su cabeza con los del Tio. Era la primera vez que Tifa se divertía tanto preparando las empanadas de carne.

En menos de cinco minutos, las veintidós empanadas estaban perfectamente colocadas en la cesta de mimbre, y el muchacho ya se marchaba en dirección a sus amigos, sin dejar de olfatear la comida por el camino. Incapaz de estirar más el momento de la verdad, el joven se detuvo en seco, sacó una empanada de la cesta y le dio un gran mordisco.

Tifa vio cómo sus mejillas redondas se congelaban al instante, luego, empezó a masticar lentamente. Se giró para mirarlos y volvió a alzarles otro pulgar. Tifa le devolvió el gesto. Lo que más la sorprendió fue descubrir al Tío haciendo lo mismo.

– Hay que cuidar bien a este tipo de cliente – se defendió.

– ¿Por qué? ¿Crees que nos dará buena publicidad? – se interesó ella.

– También, pero ¿cómo decirlo? – musitó – La gente como él nos recuerda por qué deberíamos apreciar más nuestro trabajo. ¿Entiendes a qué me refiero?

Al otro lado, en la valla, los tres amigos disfrutaban de sus empanadas de carne cuando, de repente, el mayor, que acababa de terminarse el suyo, se acercó al regordete para sacar otro de la cesta. Este se dio cuenta y se apresuró a detenerlo. Mientras tanto, la mujer también metió la mano en la cesta sin que los otros dos se dieran cuenta. Ella sí logró robarle otra empanada.

Luego les dio la espalda y lo devoró.

El Tio tenía razón. Tifa sintió que la emoción le crecía en el pecho. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien.

– Vamos chica, tenemos mucho trabajo por hacer – instó el Tio.

Como habían vendido veintidós empanadas de golpe, se había quedado sin nada y necesitaban volver a hacer la masa.

– ¡Ya estoy en ello! – exclamó Tifa, que ya encendía la olla. Entonces, se dio cuenta de que se le habían escapado algunas lágrimas. Se las secó, confundida, y parpadeó varias veces seguidas – Qué cosa más rara… – susurró.

De alguna manera, no había sido capaz de ignorar sus sentimientos más oscuros. Envidiaba esos tres amigos. Le habían hecho darse cuenta de lo sola que estaba en aquel mundo.

Al terminar su jornada laboral, Tifa regresó al Callejón de los Contenedores. Se había acostumbrado a volver a casa a esa hora todos los días, pero, aun así, los barrios bajos de noche seguían pareciéndole un lugar aterrador. En guardia constante, los músculos se le tensaban.

– ¡Eh, tú! – le gritó alguien desde detrás.

Tifa se agachó y se giró, preparada para defenderse, pero la persona que encontró tras ella no parecía peligrosa. Se trataba de una mujer joven de rostro esbelto y nariz perfilada.

– ¡Sabía que eras tú! – exclamó – La chica de las empanadas de carne del sector 8.

Entonces, Tifa recordó. Era la muchacha de aquel grupo de tres amigos. Desde el primer pedido que les había hecho de veintidós empanadas, iban a la estación a comprarles casi todos los días. A veces iban juntos, otras por separado.

– Cómo te…

– Llámame Jessie. Jessie Rasberry – se presentó la desconocida, colocándose una mano en la cadera en una pose algo descarada.

– Yo soy Tifa. Tifa Lockhart.

– ¡Vaya! Hasta tu nombre es bonito. ¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete?

– Dieciséis.

– ¿Hoy no trabajas?

– Sí trabajo.

– Te estoy incomodando?

– No, en absoluto. Es que… Bueno, quizás un poco.

Lo que de verdad quería Tifa era seguir hablando con ella. Lo ansiaba, de hecho. Sin embargo, no estaba segura de que expresar aquello en voz alta fuese correcto.

– Ya veo – respondió Jessie – Lo siento, no era mi intención. Supongo que ya te veré por la estación un día de estos.

Tifa se disculpó en voz baja, le dio la espalda la chica y comenzó a alejarse a paso ligero. Tras haber puesto entre ellas algo de distancia, se giró y se dio cuenta de que Jessie aún la miraba. La joven hasta se atrevió a despedirse de ella con la mano. Tifa inclinó la cabeza a modo de saludo siguió caminando.

Al cabo de un rato, cuando alcanzó la esquina en la que debía girar, se topó con un hombre que parecía un auténtico matón. Daba vueltas en la entrada del callejón como si estuviera esperando algo. Llevaba una camiseta llamativa y se posaba con fanfarronería.

Marle ya la había avisado de que era mejor mantenerse bien alejada de los maleantes. Recordaba que un día Rakesh había imitado la forma de caminar de uno y ahora se daba cuenta de que exactamente igual a la forma de caminar de aquel hombre.

El Tío le había confesado que en otra época él mismo había sido un matón de tres al cuarto y que, si algún día alguien pretendía hacerle daño, solo tenía que decir que el grupo Manson estaba a cargo de ella. Nadie la tocaría entonces. Sin embargo, si aquellas palabras mágicas no le funcionaban, solo le quedaba salir huyendo.

El matón la miró fijamente. Tifa desvió la mirada y se acercó a la esquina, pero él empezó a seguirla.

– ¡Oye, preciosa! ¿Quieres hacer dinero? ¿Dinero de verdad? – le gritó

– ¡Esos ojitos tan bonitos tienen que servirte de algo! Y con esa cara, pero sobre todo esas grandes… Créeme, te harás rica.

– No me interesa. – murmuró ella.

Tifa intentó escapar del acosador, pero él era mucho más rápido, así que consiguió alcanzarle el paso en cuestión de segundos.

– ¡Vamos, no seas tímida! – insistió el hombre – Mírame. Déjame verte bien la cara.

Alargó la mano e intentó alzarle la barbilla. Tifa retrocedió por instinto, por lo que el maleante no llegó ni a rozarla. Tifa no había descuidado ni un solo día las lecciones de la escuela de Zangan. A su parecer, aquel rufián cometía muchos errores. Tenía muchas probabilidades de vencerlo en una pelea física, pero de repente recordó unas palabras que el Tio le había dedicado hacía poco: *"Si te encuentras a un matón, te resultará difícil quitártelo de encima. Pero, en caso de que lo consigas, la voz se correrá y al día siguiente tendrás tras de ti a dos o tres o a saber cuántos más. Es mejor que intentes evitarlos. No olvides las palabras mágicas"*

– ¡Oye, tú! – exclamó en aquel momento una mujer a sus espaldas.

– ¿Qué te crees que estás haciendo?

Al darse la vuelta, Tifa vio que Jessie se acercaba a ellos. La muchacha se impulsó hacia el cielo con un salto y le dio al matón una patada en toda la cara con la punta del pie. El hombre gimió de dolor, con la voz entrecortada, antes de desplomarse en el suelo.

– ¡Vamos! – Jessie agarró la mano de Tifa y echó a correr, arrastrándola tras ella.

Juntas se adentraron en el callejón y doblaron varias esquinas hasta perder de vista a su atacante

– ¿Dónde vives?

Tifa le describió la calle, pues no estaba segura de cómo llegar desde donde se encontraban.

– ¿Vives en el Callejón de los Contenedores? – se sorprendió Jessie.

– Sí. Eso.

– Vaya. Bueno, sé por dónde queda. Te acompañaré.

Sin esperar una respuesta, Jessie siguió avanzando. Por el camino, le contó a Tifa

cosas sobre el hombre al que acababa de enfrentarse. Le explicó que era un lacayo de otro lacayo de otro lacayo que trabajaba a las órdenes de Don Corneo, el mafioso que tenía bajo su poder todo el Mercado Muro del sector 6. Aquel tipo de matones se dedicaban a buscar mujeres para explotarlas en los diferentes negocios de Don Corneo.

Aunque eran débiles, estaban entrenados para ser muy persistentes.

– Esto es lo más importante: mantente alejada del Mercado Muro, Si alguien menciona a Don Corneo, no te involucres, ¿me captas?

– Si.

– Santo cielo, que sermón te estoy dando. Supongo que ya sabías todo esto, ¿no?

– No todo, solo sabía que debía mantenerme alejada del sector 6.

– Bien.

– Jessie, ¿tú practicas artes marciales?

– ¿Qué? ¿Por qué lo dices? ¿Por la patada? Ha sido espectacular, ¿verdad? La aprendí en el curso de entrenamiento para escenas de acción. Ha sido la primera vez que he tenido que usarla de verdad. Soy actriz.

– ¿Qué? – exclamó Tifa, incrédula.

– Aunque ahora mismo no ejerzo.

– Vaya. Si te creo – musitó.

– ¿Te crees a la primera que soy actriz porque soy una belleza no?

– Sí, la verdad eres muy bonita.

– ¡Qué dulce eres! – Jessie dejó escapar una carcajada despreocupada.

Momentos después, Tifa se le unió.

– Ya casi estamos en el Callejón de los Contenedores, ¿no? – inquirió.

No estaba segura de cómo había llegado hasta allí ni de qué ruta habían tomado, pero los alrededores ya le empezaban a resultar más familiares. Tifa se adelantó a Jessie unos cuantos pasos y le dijo:

– Puedo ir sola a partir de aquí. Gracias por ayudarme.

– De nada. Pero déjame acompañarte hasta casa. Ya casi estamos.

– Está bien…

Tifa no quería que Jessie viera el tipo de *"cubículo"* en el que se había visto obligada a vivir. Tras estar allí dos años, era consciente de que se encontraba sumida en la pobreza. Había pensado en mudarse, claro, pero hasta que su deuda no estuviera saldada, poco podía hacer al respecto.

– ¿Qué esperamos? Vamos de una vez – le metió prisa Jessie, antes de ponerse en marcha.

Poco después, pasaron por delante del vigilante. Al ver que se trataba de Tifa, el hombre murmuró algo a modo de saludo y la dejó pasar.

– Vaya, tienes hasta portero – murmuró Jessie.

No tardaron en llegar al contenedor de Tifa

– Aquí vivo – anunció, y quitó el candado antes de descolgar el pestillo.

– Minimalista – comento Jessie. Probablemente lo dijo sin mala intención, pero Tifa se sintió avergonzada de todas formas.

– ¿Te importa si entro un rato? No quiero parecer pesada, pero me muero de curiosidad.

– Adelante.

Jessie entró muy animada mientras Tifa encendía las luces. El diseño del interior no había cambiado mucho desde que se había instalado, aunque sí había añadido algo más de ropa a su armario.

– ¿De verdad vives aquí?

– Si, desde hace unos dos años. Quiero irme, pero de momento estoy bien.

– ¿Tú sola? ¿Y tus padres?

– Sí, yo sola. No tengo padres.

– Ya veo… – Jessie echó otro vistazo al cubículo.

– Supongo que tienes el baño fuera. Tiene sentido. Quiero decir, no deja de ser un contenedor, ¿no? ¿Cuánto pagas de alquiler?

– Pago quince guiles al día. Si me ducho, son otros cinco guiles. Unos seiscientos en total al mes. Y los meses que tienen más días me cobran seiscientos igualmente. Jessie frunció el ceño.

– Tifa, ¿estás metida en algún problema?

Tifa sintió que quizás era el momento de abrirse a alguien. No porque quisiera que Jessie la salvara de sus desgracias, sino porque ansiaba que la escuchasen, que alguien le mostrase algo de simpatía, que alguien la reconfortase diciéndole: *"Oye, sé que no es fácil"*, Solo algo así habría que los días venideros valiesen la pena.

– Debo mucho dinero – explicó.

– Oh. – Jessie asintió. – ¿Te queda mucho por pagar?

– Unos… cuatro años.

– ¡Caramba! – Jessie se sentó al filo de la cama y dio unas palmaditas sobre el colchón.

– Ven aquí y cuéntamelo todo.

Tifa le hizo caso y se sentó a su lado. Tras pensarlo un poco, decidió dejarse llevar por sus emociones y empezó a contarle su historia desde el momento en que aquel

SOLDADO perdió la cabeza y prendió fuego a su aldea natal. Cuanto más hablaban más arrepentida se sentía. ¿No debería estar intentando averiguar algo sobre el incidente en lugar de quedarse de brazos cruzados? Sentía que la deuda se había convertido para ella, de alguna forma, en una vía de escape. Una vez lo hubo contado todo, rompió a llorar.

– Estás trabajando muy duro. Creo que no conozco a nadie de todos los barrios que haya trabajado tanto como tú, Tifa Lockhart.

Alentada por aquellas palabras, Tifa sorbió por la nariz.

– Y no estás huyendo – continuó Jessie – Conozco muchos incidentes relacionados con Shinra, pero nunca había oído hablar del de Nibelheim. Eso solo puede significar una cosa: Shinra está tratando de encubrirlo, por eso no lo han hecho público. No hay nada que puedas hacer. No puedes encargarte tú sola de todo, no quiero que cometas ninguna locura.

– Entiendo…

– Estoy segura de que encontrarás la manera de vengar a tu padre. Yo puedo ayudarte, aunque no ahora mismo.

Lo cierto era que Tifa no había pensado llegar tan lejos. Sin embargo, la charla con Jessie la había inspirado, Se toco la pulsera de cuero.

– ¿Por qué eres tan amable conmigo? – inquirió.

– No lo sé. Quizá solo me gusta meter las narices donde no me llaman. Pero necesitas ayuda, ¿verdad? No te ilusiones, porque no tengo ni un guil.

Jessie rodeó con uno de sus brazos los hombros de Tifa y la estrechó contra ella en un abrazo.

Agotada tras la conversación, Tifa acepto el abrazo.

– Podemos hacer cualquier cosa. Tú sola no podrás, pero, si juntamos fuerzas, puede que exista una pequeña posibilidad.

Desde aquel encuentro, Tifa empezó a encontrarse con Jessie una o dos veces por semana. A veces, Wedge o Biggs se les unían. El gordo al que había conocido el día de las veintidós empanadas era Wedge y el otro era Biggs. A través de ellos, conoció a gente que le habló de lugares seguros a los que podía ir a comer a altas horas de la noche si alguna vez se le abría el apetito.

Jessie le buscó ropa nueva y también la instruyó sobre cómo caminar, basándose siempre en todo lo que había aprendido sobre los escenarios. Según Biggs, hasta entonces Tifa había estado caminando agazapada, igual que un animalillo asustado. Al final de su jornada laboral del día de su decimoséptimo cumpleaños, Tifa guardó el puesto de comida en el almacén y fue a entregarle el pago mensual de la deuda médica a Rakesh. Tras completar aquella especie de rutina nocturna, el Tio se marchó a su casa.

– Buenas, Tifa – la saludó Rakesh, algo inquieto.

A Tifa le dio la sensación de que el muchacho quería decirle algo, así que intentó prepararse mentalmente para lo que pudiera ser.

– Quería hablarte de tus nuevos amigos. Son parte de un grupo que no tiene muy buena reputación y…

– ¿Te refieres a la policía vecinal? – se interesó Tifa; con un tono mucho más severo de lo que había pretendido.

– Me refiero a Avalancha.

– ¿Avalancha?

Había oído hablar de ellos. A su entender, Avalancha era una organización eco terrorista que estaba en contra de los valores de Shinra y que perturbaba la paz y el orden, utilizando métodos violentos y provocando el caos allá donde iban. Elfe era su líder.

– Aunque eso sea cierto, no son malas personas – se defendió Tifa.

– No me importa lo que pienses sobre ellos. El problema es lo que pueda pensar Shinra. Es mejor que no te involucres. Me preocupa que te veas arrastrada a una situación complicada si empiezan perseguir los miembros de Avalancha.

Más tarde, mientras avanzaba por el Callejón de los Contenedores, el vigilante le informó de que tenía invitados. Tifa se puso nerviosa al instante, preguntándose quiénes podrían ser.

Se acercó a su vivienda con cautela y enseguida vio que se trataba de Jessie, Biggs y Wedge.

- ¡Bienvenida a casa! – exclamó Wedge.

– ¡Feliz cumpleaños! – Jessie corrió a abrazar a Tifa.

– ¡Hola, Tifa! Sabemos que mañana madrugas para trabajar, pero nos preguntábamos si querrias hacer algo con nosotros al menos hasta las dos de la mañana – comentó Biggs, tanteándola.

– No podemos invitarte a comer, pero habrá bocadillos – añadió Wedge.

– Queremos enseñarte algo – susurró Jessie, liberándola al fin de su abrazo.

– ¿Enseñarme? – preguntó Tifa.

– ¿Qué podrá ser? – rieron los tres al unísono, como si estuvieran tramando algo.

Tifa no tenía ni idea de a dónde se dirigían, pero no se le ocurría ninguna razón por la que debiera rechazar aquella invitación. Después de caminar durante casi media hora, llegaron a un edificio algo decadente en las inmediaciones de la muralla exterior de Midgar. Estaban en el bulevar de chatarra.

El lugar era mucho más espacioso desde dentro de lo que parecía desde fuera. Ya había otras ocho personas esperándolos, pero allí cabía mucha más gente. A Tifa le sonaban algunas caras, pero no era capaz de ubicarlas. ¿Eran clientes de su puesto

de comida o quizás amigos de Biggs? ¿Se los había presentado Jessie en alguna ocasión?

– ¡Buenas tardes a todos! – Jessie alzó una mano para llamar la atención del grupo y luego arrastró a Tifa hacia el centro de la sala.

– Esta es mi amiga, Tifa Lockhart. Hoy cumple diecisiete. ¡Hay que desearle un feliz cumpleaños!

Biggs aplaudió y el resto siguió su ejemplo sin protestar. Las felicitaciones volaron de un lado a otro. Wedge silbó con los dedos en la boca, pero alguien lo reprendió enseguida. Al parecer, no debían estar ahí, pues no querían hacer demasiado ruido.

– Muchas gracias – murmuró Tifa, inclinándose ante todas y cada una de las personas que la felicitaban, agradeciéndoles el gesto una y otra vez.

– Muy bien, ¿empezamos ya? – sugirió un señor mayor.

Al momento, todos los presentes se sumieron en el silencio. Algunos se cambiaron de asiento para mirar todos hacia la pared más lejana, una pintada totalmente de blanco. Un poco antes de llegar a la pared, sobre un escritorio, había un proyector de películas. Se trataba de un modelo antiguo del que también habían dispuesto en Nibelheim.

¿Iban a proyectar algo? Justo tras pensarlo, las luces se atenuaron y unas imágenes en blanco y negro de un páramo estéril aparecieron en la pared. En medio, había un hombre joven.

– Soy Yuuri Romana, maestro de Planetología. Me gustaría hablarles hoy sobre el vínculo que existe entre nosotros, los humanos, y el Planeta. También de la vida del Planeta en sí. Estoy seguro de que, si están viendo este vídeo, ya saben todo esto, pero ténganme paciencia. Contar la historia de la vida del Planeta con mis propias palabras es, creo, la única manera de transmitir los estudios en Planetología a las futuras generaciones que se encuentran ahora mismo bajo la opresión.

En aquel vídeo, Yuuri Romana dedicaba treinta minutos a hablar sobre la relación existente entre la vida del Planeta y la vida humana. Cuando una persona muere, explicaba, su cuerpo se descompone y regresa al Planeta. El espíritu es entonces absorbido y se convierte en otra fuente de vida, alimentando de esta manera al Planeta. De este modo trae nueva vida que otra vez regresa a la superficie terrestre. La vida cambia de forma y habita aquí y allá, en todo lo que conocemos. La vida es

eterna y el Planeta es su eterno vehículo.

Una vez finalizada la proyección, los presentes se dispersaron. Jessie instó a Tifa a regresar a casa y así lo hizo, por el camino, se separaron de Biggs y Wedge, por lo que Tifa se quedó a solas con Jessie.

– ¿Qué te ha parecido? – le preguntó.

– Cuando la gente muere, desaparece. No queda nada. Siempre he creído en eso. La teoría de la Planetología habla de algo diferente. Me ha parecido muy interesante – respondió Tifa.

– Fue Shinra quien se inventó eso: que la gente desaparece cuando muere. Antes de ellos, la República nos enseñó que, cuando la gente fallece, Dios decide si van al Cielo o al Infierno. Y mucho mucho mucho antes de ellos, la gente aceptaba sin problema la teoría de la Planetología – explicó Jessie.

– ¿En serio? – Si Jessie creía en eso, entonces ella también quería formar parte de esa creencia. Sin embargo, había algo en todo aquello que seguía sin cuadrarle.

– En otras palabras – continuó diciendo Jessie – lo que quiero decirte es que tu padre no desapareció sin más. Su fuerza vital está en el Planeta. Nuestros corazones están conectados al Planeta. Si sientes amor por el Planeta, siempre estarás conectada a tu padre. Pensé que sería algo que podría reconfortarte.

Habían llegado por fin a la silenciosa oscuridad del Callejón de los Contenedores.

– Llevas a Nibelheim contigo. Tu padre está aquí contigo. – Jessie tomó el rostro de Tifa entre sus manos. Su tacto era cálido. – No estás sola.

– Tifa colocó sus manos sobre las de Jessie y dijo:

– Desde que te conocí, no he vuelto a sentirme sola – Jessie abrió los ojos de par en par ante aquella confesión, nerviosa, se separó.

– ¡Santo cielo! ¡Más dulce y no naces! – exclamó, llevándose ahora ambas manos a las mejillas al sentirse tan halagada.

– En fin, hasta pronto. – Jessie corrió para alejarse, con las mejillas aún apretadas bajo sus dedos.

Tifa pensó entonces que se había olvidado por completo de preguntarle Jessie si formaba parte de Avalancha, pero se descubrió sintiendo que, en el fondo, no le importaba en absoluto.

*

– Después de aquello, asistí a algunas proyecciones más. Todas trataban de lo mismo: diferentes científicos explicando sus teorías. Shinra intentaba atraparnos siempre, así que teníamos que cambiar el lugar de encuentro de forma constante. Con el tiempo, llegué a pensar que todo eso de la Planetología me estaba quitando un gran peso de encima.

– ¿Qué quieres decir? – preguntó Red XIII, con algún que otro gruñido entremezclado en su voz.

– Asistir a esas reuniones hacía que no me sintiera culpable por la gente de Nibelheim ni sobre la verdad del incidente, por no hablar de mi padre. Siempre he llevado todo eso como una carga. Cuando pensaba solo en mi futuro o cuando me reía a carcajada limpia, siempre acababa sintiéndome culpable. Por eso me ayudó creer en la Planetología. Las respuestas se hallan en el Planeta. Cuando pensaba en eso… Entendía que no tenía que enfrentarme a nada yo sola. Todo empezó a ser más fácil.

– Existen muchas interpretaciones diferentes sobre la Planetología, ideas que difieren de las mías.

– Lo se. Yo también pensaba así en su momento, pero, en el fondo, me hacía sentir mejor.

*

– ¿Sabes algo sobre la explosión del reactor de Mako en Corel? – le preguntó un día el Tio, apartando la espuma del agua hirviendo de la olla de carne picada.

–Es un accidente que pasó hace mucho tiempo.

– Si, pero ahora dicen que fue obra de Avalancha. He oído por ahí que Shinra va a enviar tropas para darles caza en los barrios bajos. No importa si es verdad o mentira, encontrarán una razón para detenerlos. Y, si no encuentran una, se la inventarán.

Tifa fingió que aquella información no le afectaba, aunque a duras penas.

– No te involucres – insistió el Tio.

Al alzar la vista, la muchacha se encontró con la mirada de acero del hombre. Hacía casi un mes que no hablaba con Jessie y los demás. Desde que los había conocido, era la primera vez que se separaban durante tanto tiempo y, por desgracia, no tenía forma de ponerse en contacto con ellos. Ni siquiera sabía dónde vivían. Al recordar las conversaciones que había mantenido con ellos, a Tifa le dio por pensar que, en el fondo, no habían hecho más que engañarla

Aquella mañana, alguien llamó sin previo aviso a su puerta y el estruendo la despertó de golpe y porrazo. Tenía una corazonada, así que se puso en pie de un salto. Al abrirla, vio, tal y como se esperaba, a Jessie. La sangre le corría por las mejillas al instante.

– Lo siento. Lo siento muchísimo. – Jessie estaba sin aliento. – No quería acudir a ti en busca de ayuda, pero….

– Sabes que puedes recurrir a mi cuando quieras – susurró Tifa, atrayéndola al interior del cubículo.

Jessie llevaba mucho tiempo corriendo. Una vez dentro se desplomó sobre el suelo

y apoyó la espalda en el borde de la cama. Tifa esperó a que se calmase antes de preguntar:

– ¿Estás con Avalancha?

– Si.

– ¿Biggs y Wedge también?

– Si.

– ¿Por eso no me puedes decir dónde vives? – Tifa estaba visiblemente molesta.

– Podrían venir por ti, justo como están haciendo por nosotros.

– ¿Tiene todo esto algo que ver con lo del reactor de Mako de Corel?

– Vaya… Sabes mucho más de lo que pensaba.

– No soy una estúpida, Jessie.

– ¡Au, au, au! – La muchacha se presionó el costado e hizo una mueca.

– ¿Te han disparado?

– No. Me he hecho daño al saltar desde un tejado. Hice: *"¡Puf!"* Pero no creo que me hayan dado…

Tifa se puso histérica e intentó salir en busca de un médico, pero Jessie la detuvo, alegando que era muy probable que en todas las clínicas y hospitales hubiera alguna tropa de Shinra esperando para atrapar a los miembros de Avalancha heridos.

– Así que, ¿de esto va la cosa? – pensó Tifa, y salió a la calle igualmente para poder llevarle algo de agua a Jessie y que esta pudiera tomarse algunos analgésicos.

El callejón estaba tranquilo aquella noche, como siempre Tifa tenía la vaga sensación de que las personas que vivían en aquel lado de la ciudad estaban todas hundidas en la miseria.

Incluso si oyeran los indicios de alguna pelea, nadie se asomaría para comprobar si algún vecino se encontraba en apuros. Nerviosa por la posibilidad de que hubiera tropas de Shinra por los alrededores, llenó un cubo de agua y regresó a su contenedor. Jessie, a la que había dejado sentada, se había desplomado por completo sobre el suelo. Asustada, Tifa comprobó si seguía respirando.

– Estás bien, Estás viva – murmuró.

A la mañana siguiente, aunque todavía sentía dolor, Jessie ya podía hablar con normalidad, así que Tifa se marchó a trabajar algo más tranquila. Al terminar la hora punta del desayuno, fingió encontrarse mal, alegando que tenía mucho dolor de estómago, y le pidió al Tio que la dejase volver a casa. Como era la primera vez que le ocurría, el anciano se sorprendió bastante, pero le permitió marcharse tras una mirada contrariada. Nada más abandonar el puesto de comida, Tifa se dirigió a la clínica de Damini. Allí también tuvo que sacar sus mejores dotes de actriz. Tras esperar un rato, la llamaron a consulta, donde Tifa mintió y explicó que se había caído, que se había dado un fuerte golpe y que ahora le dolía mucho el pecho. Dijo

también que, aunque aquella mañana se había encontrado considerablemente mejor que la noche anterior, seguía sin encontrarse del todo bien. Damini supuso entonces que no se trataba de ninguna posible fractura de hueso.

– Te daré algunos analgésicos. Estas pastillas son fuertes, así que úsalas solo cuando el dolor sea insoportable. Observa a la persona durante hoy y mañana. Si el dolor va a más o si la hemorragia interna empeorase, tráemela. Necesitaré verla en persona.

– ¿Que?

– A ti no te pasa nada, Tifa. Lo sabría. Soy tu médico – Tifa desvió la mirada hacia el suelo, avergonzada de sí misma por las mentiras. Luego, al alzar de nuevo la cabeza, vio que Damini la observaba con cierta preocupación.

– El mundo es un tornado. No te dejes llevar por las locuras del resto. – susurró la doctora.

Más confundida que nunca, Tifa salió corriendo de la clínica y regreso al Callejón De Los Contenedores. El pestillo seguía en su sitio, pero alguien había quitado el candado. Tuvo un mal presentimiento, cuando entró, descubrió una carta en la mesita de noche que decía: *"Vuelvo en un rato. Gracias por todo. Siento haber dejado la puerta abierta…"* Tifa se desinfló de golpe.

– Si vas a meterme en esto, ¡al menos cuéntame las cosas! – gritó la joven a la habitación vacía, dando patadas y puñetazos por doquier.

– ¡Maldita sea!

Antes de la hora de cenar, Tifa regresó al puesto de comida, El Tio, exhausto, la recibió con una gran sonrisa. Ella se sintió bien de tan solo pensar en poder ser útil. Trabajó con ahínco hasta el final de la jornada y dejó el carro bien limpio al terminar.

Cuando estaba a punto de cumplir los dieciocho, Tifa regresaba una noche a casa cuando se encontró a una aglomeración de personas en medio del callejón. Tuvo la impresión de que tan solo eran unos cuantos curiosos, pero, al acercarse más. Oyó que alguien gritaba algo sobre esconder allí a ciertos miembros de Avalancha. Tifa se abrió paso entre la multitud y entró en el callejón. Otra mujer respondía, también a gritos:

– ¡No tengo ni idea de qué diablos están diciendo! Hace diez años que no lo veo.

Reconoció aquella voz enseguida. Era la señora de los baños, Tifa corrió hacia allí. Cuando por fin pudo llegar al frente de la muchedumbre, solo escuchaba insultos por todas partes. Vio a tres centinelas de Shinra apuntando con sus armas a la pobre mujer, que se encogía contra la pared. El vigilante se encontraba desplomado en el suelo, justo delante. Tifa se apresuró a llegar su lado para ver cómo estaba y él le pidió, con la respiración entrecortada y mucha dificultad de hablar, que cuidase de

Aisha por él.

Tifa se quedó congelada durante unos minutos, ¿Aisha? Entonces comprendió que aquel debía de ser el verdadero nombre de la mujer de los baños. Sin embargo, al levantarse, uno de los tres centinelas la vio y apuntó el cañón de su arma en su dirección.

– ¡Alto! Manos arriba.

Tifa vio un destello en el arma, que era pequeña y negra. Si disparaba una bala y está la alcanzaba, ¿moriría? Se le erizó el vello de la nuca y las rodillas empezaron a temblarle.

– Qué demonios…

– ¿Está contigo? – le preguntaron a Aisha.

– ¡Ella no tiene nada que ver! ¡Nadie de aquí tenemos nada que ver con lo que buscan! – gritó la anciana.

– El centinela enfundó su arma. A Tifa le temblaban hasta las yemas de los dedos, incapaz de hacer más que observar la escena. El hombre que las amenazaba tenía una sonrisa enfermiza dibujada en el rostro.

– ¡Está aquí! – gritó otra voz. – ¡En la calle principal!

Al escuchar aquellas palabras, el agente que estaba con Aisha la golpeó en la cabeza con la culata del arma. La anciana gimió y cayó al suelo.

Luego, este y otro de los centinelas que lo acompañaban pasaron junto a Tifa igual de rápido que una ráfaga de viento para regresar a la calle principal.

El centinela restante le dio un fuerte apretón a los pechos de Tifa. La humillación y la ira la llenaron por dentro. Dio una patada hacia arriba y atrapó la mandíbula del hombre con la punta del pie, echándole la cabeza hacia atrás y provocando que el casco se le cayera al suelo, dejando al descubierto su cara. ¡TODAVIA ERA UN NIÑO! Era incluso más joven que ella.

Tifa retrocedió, asustada, y entonces alguien le tiró del brazo. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Una figura masculina saltó de donde estaba ella. Era el vigilante, que se alzaba frente al centinela y movía ya una mano en horizontal frente a su garganta. La sangre empezó a brotar de la herida recién abierta y Tifa vio el brillo de un cuchillo entre los dedos de su salvador. El vigilante había asesinado a aquel centinela que seguía siendo un adolescente. Se oyeron algunos gritos entre el tumulto de gente. Después, Tifa se desmayó.

Cuando despertó, Rakesh estaba mirándola. Sin embargo, no se encontraban en la clínica, sino dentro de su propio contenedor y en su cama. Se levantó deprisa.

– ¿Dónde está el centinela? – exclamó preocupada.

– El vigilante se lo ha llevado. Es responsabilidad suya deshacerse del cuerpo.

Casi hubiera sido mejor no haber preguntado.

– Y Aisha, ¿Dónde está?

– En casa de mi madre. Sus heridas no parecían graves.

– Menos mal. Espero que su hijo haya podido escapar.

– Se ve que es miembro de Avalancha, así que dudo que vuelva por aquí esta noche.

– Pero oí que alguien gritaba que había escapado hacia la calle principal…

– Fui yo. Tuve que distraerlos para sacarte de allí. Salió bien, pero luego el vigilante hizo aquello y… me quedé congelado.

– Yo también – susurró de repente Tifa. – No pude reprimir mis emociones. Era como si mi cuerpo actuase por sí solo.

– Eso solo significa que eres fuerte – aseguró Rakesh, que parecía impresionado.

– Al maestro Zangan no le habría gustado.

– Ese hombre nunca está cuando lo necesitas, escucha Tifa, ¿por qué no vas a darte una ducha?

A la muchacha no le apetecía discutir, así que se levantó de la cama. Aún le temblaban las rodillas, pero no tanto como cuando el centinela la había apuntado con su arma. Era incapaz de mantenerse en pie con las imágenes de lo que había sucedido todavía dándole vueltas por la mente. Como no quería que Rakesh la viera así, volvió a la cama y se cubrió los pies con la manta.

– ¿Hay mucho ajetreo afuera?

– No hay nadie – respondió él – La gente se marchó cuando ya no había nada interesante que ver y dudo que los agentes vuelvan a aparecer por aquí, confió en que Manson haya hablado con Shinra y haya puesto fin a esta locura.

– ¡Malditos bastardos de Avalancha! – escupió – El mal rato que nos han hecho pasar no tiene precio – Tifa se aferró al cordón de cuero que le adornaba la muñeca, tragándose las emociones.

– Oye, Rakesh…

– ¿Qué pasa? Puedes contarme lo que sea.

– Me gustaría estar sola.

Rakesh pareció bastante molesto ante su petición. Tifa se preguntó por qué, aunque, en el fondo, no le importaba mucho lo que él pensase. Solo quería dejar de pensar en todo por un rato.

*

– Ahora sé que las artes marciales, que la lucha, que todo lo que aprendí, pueden llevar a una persona al filo de la muerte. Era tan evidente y aun así no supe verlo… Debí haber pensado en las consecuencias.

– Tú no mataste a ese centinela.

– Lo sé. Intenté convencerme de ello. Pero no es cierto. Cuando te enfrentas a alguien, lo haces mirando a la muerte a la cara. Nadie debería luchar si no está preparado para algo así. Debe de haber una motivación detrás para llegar al punto de arrebatarle a alguien la vida; algo que quieras, algo que desees proteger. Si no tienes eso, entonces lo único que te queda es el arrepentimiento, incluso aunque hayas ganado la batalla. Es un precio demasiado alto a cambio de una pequeña satisfacción.

– Los humanos son muy complicados.

– Si, lo somos. Sobre todo, yo.

*

Desde aquel momento, no se perdió ni un día de trabajo. Solo aquello le otorgaba una realidad sólida y segura. Lo único que le interesaba era mantener cierta normalidad en su vida. De no conseguirlo, se hundiría más en el pozo de amargura en el que ya se había metido. Sin embargo, cada día pasaba por el lugar exacto en el que aquel centinela, aquel niño, había perdido la vida, por lo que no podía evitar sumirse en los recuerdos. Tenía que salir de allí. Sentía la esperanza, pero era una muy distinta a la que habla sentido antes del incidente.

– Oye, Rakesh – le dijo al fisioterapeuta cuando fue a entregarle su pago mensual – ¿Crees que voy a vivir en un contenedor para siempre?

– Claro que no. Una vez saldes tu deuda, serás libre de ir a donde quieras.

– ¿Eso lo dice Damini?

– No, lo dice Manson. Y Manson cumple su palabra.

– ¿Y qué tiene que ver Manson conmigo? Estoy muy agradecida por el trabajo que me ha ofrecido, ¿pero por qué me ha ayudado? ¿si no me conoce de nada?

– Porque no podías pagar tus gastos de hospitalización y mi madre no podía pagarle el préstamo que nos hizo. Fui yo. Yo le pedí un préstamo a Manson. Yo también he estado trabajando en uno de sus puestos de comida para poder pagar la deuda que contrajimos. Según sus reglas, no puedes salir del Callejón de los Contenedores ni tener libertad para elegir otro trabajo hasta que hayas saldado tu deuda por completo. Sé que es duro. Aquellos que no cumplen esa norma, solo consiguen cavarse su propia tumba – Tifa se quedó atónita.

– Así que, el dinero que te entrego cada mes… ¿se lo das a Manson? – preguntó ella.

– Sí. Bueno, se lo daré cuando lo tengamos todo.

– Tendrías que habérmelo contado…

– La cantidad es la misma de todas formas, Además, pensé que te daría igual.

– No me da igual. Confió en ti – susurró Tifa, acariciándose la pulsera.

– Me alegra oírte decir eso, porque yo también necesito confiar en ti a partir de

ahora. Todo irá bien, Tifa, Si sigues como hasta ahora, serás una mujer libre en menos de tres años.

Entonces, Rakesh echó un vistazo alrededor, bajo la voz y dijo:

– Creo que podrías pagarlo antes si trabajases en el Mercado Muro. Pero no es algo que te pueda forzar. Si estás interesada, házmelo saber.

Toda la confianza que había puesto en el muchacho desapareció de golpe.

Sacó la bolsa que había escondida entre algunos retazos de tela en la papelera. Pesaba mucho, pues era todo lo que había ahorrado desde que había empezado a trabajar. Tras comprobar que la puerta estaba bien cerrada, se puso a contar el dinero. Con un bolígrafo hizo cálculos en una hoja de papel, intentando ver cómo podía saldar su deuda en dos años. No entendía muy bien cómo algo tan simple había escalado a un problema de tal dimensión. Además, las reglas de Manson eran absurdas. No obstante, no tenía sentido empezar a alarmarse ahora. En primer lugar, había sido ella la que no había comprobado los detalles de sus facturas médicas.

No le quedaba más remedio que asumir los errores que había cometido. Aprendería a aceptarlos y luego le enseñaría a todo el mundo que era capaz de salir de la miseria sin ayuda. Dos años más y encarrilaría de nuevo su vida.

Para Tifa, aquel plan se convirtió en su única fuente de esperanza.

*

– Creo que soy más fuerte cuando estoy decidida. Trabajé duro vendiendo aquellas empanadas de carne, gané dinero, ahorré y pagué mi deuda, En mis días libres, entrenaba y repasaba lo que había aprendido de artes marciales, empezó a resultarme fácil seguir aquella rutina.

– En mi opinión – empezó a decir Red XIII – todo lo que dices es muy tú.

– Puede ser. Puede que acabase teniendo una vida ajetreada y bulliciosa, Llena de falsa ostentación, pero lo que en realidad he anhelado siempre ha sido tener algo de privacidad y una estabilidad real. Durante un tiempo, no me pasaron cosas buenas, pero tampoco me pasaron cosas malas, me duchaba, me daba una palmadita en la espalda y daba el día por terminado.

– Pero tu situación volvió a cambiar.

– ¿Cómo lo sabes?

– Estoy empezando a ver un patrón.

*

Cada pocos días, el mismo joven iba a comprar el almuerzo al puesto de comida. Se quedaba alrededor de un minuto y vigilaba a Tifa con una sonrisa amable mientras ella trabajaba. Era uno de sus clientes más habituales.

– Felices dieciocho – le dijo el chico.

– ¿Que? – Tifa dejó de mover las manos un segundo. – ¿Como…?

– Porque celebraste tus diecisiete por las mismas fechas el año pasado.

Aquello logró refrescarle la memoria. Aquel muchacho debe de ser uno de los asistentes la primera proyección de Planetología que Jessie la llevó a ver. Se le aceleró el pulso.

– Tifa, ¿estás bien? le preguntó el Tio, preocupado.

A veces, había clientes que solo iban a comprar empanadas para tener alguien con quien hablar y así poder matar el tiempo, acaparando a Tifa para ellos. El Tío acababa de confundir al joven con uno de esos hombres. Tifa le aseguró que todo iba bien, bajó la voz y preguntó:

– Conoces a ¿Jessie? ¿Y a Biggs y Wedge? Estaban conmigo aquel día.

La expresión del joven se volvió sombría.

– Si. Hay rumores de que los tres son miembros de Avalancha, así que he tomado distancia. No todos los que estudiamos Planetología estamos de acuerdo con sus métodos.

– Claro que no – le siguió el juego Tifa.

– ¿Los estas buscando?

– Tengo un asunto pendiente con ellos – afirmó, y esperaba que le perdonasen por esa pequeña mentira.

Al día siguiente, el mismo joven volvió a visitar el puesto.

– Sobre lo que hablamos ayer – le dijo a Tifa – He estado preguntando por ahí con mis amigos y, al parecer, la dueña de Colinas Del Astrónomo en los barrios del sector 7 podría saber algo al respecto. Tiene contactos.

– ¿Tantas molestias te has tomado por mí? – Se sorprendió ella – Gracias.

– Me gustaría pedirte un favor a cambio – susurró el muchacho – ¿Puedo tomarme una foto contigo?

– ¡Por supuesto!

El joven le entregó su cámara a otro cliente que esperaba tras él en la cola y los dos posaron juntos para la foto. Tifa se inclinó hacia adelante sobre el mostrador del carrito y la sonrisa le salió sola y natural.

– Una más, por favor – insistió el chico.

– ¡Eh, tú! – gritaba ya desde detrás el Tio, impaciente – ¡Voy a cobrarte por las fotos!

Entonces, llegó el miércoles. En comparación con el sector 8, el sector 7 era mucho más caótico. El barrio entero parecía un gran callejón y la cantidad de polvo en el aire quizá debido a la falta de pavimento en las aceras era preocupante. Las tiendas estaban colocadas más o menos al azar a lo largo de lo que se suponía que eran las calzadas.

De vez en cuando, al alzar la vista, veía el pilar que sostenía la plataforma del sector 7, tras preguntar a varios vecinos y perderse un poco, encontró Colinas Del Astrónomo.

Se trataba de un edificio muy viejo de dos plantas con una hilera de puertas en los dos pasillos comunes de la fachada. Se fijó en los aparatos de aire acondicionado, tal vez cada habitación disponía de su propia máquina. El alquiler no debía de ser barato, pensó Tifa. De pie en las escaleras que llevaban al segundo piso, había una mujer mayor muy delgada que la observaba de hito en hito.

– ¡Tifa, eres tú! – Se trataba de Marle, la paciente a la que había ayudado durante meses en la clínica de Damini.

¿Cuántos años habían pasado desde que dejaron de verse?

–¡Qué… casualidad!

– ¿Por qué no te has pasado antes por aquí?

– No sabía dónde vivías.

– Pero si te dejé mi dirección. Se la di a… Como se llama ese joven… El hijo de la doctora.

Se refería a Rakesh, pero este no le había dicho nada al respecto. No era posible que se hubiera olvidado de algo así. Si aquello era cierto, si de verdad Rakesh le había ocultado aquella información, entonces tal vez nunca quiso que ella lo descubriera.

– ¿Cómo tienes la herida del pecho? – le preguntó Marle.

– Mucho mejor, aunque todavía me duele un poco.

– Yo tampoco tengo la espalda curada del todo. Es una pena, me gustaba mucho mi espalda. En mis tiempos mozos, muchos hombres se quedaban prendados de mi por ella. En fin, ¿a dónde vas? Conozco a mucha gente en esta zona. Si necesitas algo, dímelo.

– ¿Aquí es el lugar llamado Colinas Del Astrónomo? He venido a hablar con la propietaria. Me han dicho que tiene contactos

– ¡La propietaria soy yo!

– ¿En serio? Verás, estoy buscando a unas personas.

– ¡A quién? Cuéntame.

– Jessie, Biggs y Wedge. – Marle entrecerró los ojos.

– Biggs y Wedge están con la policía vecinal. Jessie es esa joven que revolotea siempre a su alrededor.

Bingo.

– Son amigos míos – explicó Tifa – Quedamos varias veces a lo largo del año pasado, pero no tengo ni idea de dónde están ahora.

Marle cerró los ojos del todo. Parecía pensativa

– ¿Cuánto sabes de ellos? – preguntó.

– Te refieres a… ¿Avalancha? – susurró Tifa.

– Ya veo. ¿Entonces, saben ellos dónde encontrarte?

– Sí. Han estado en mi casa varias veces.

– Y has pensado que quizás existe una razón por la que no quieran ir a verte?

– Si – afirmó Tifa – Pero por eso mismo, aunque no podamos vernos, quiero saber que están bien, a salvo. Estaba a punto de rendirme, pero conocí a una persona que me dio esta dirección. No podía dejar pasar la oportunidad. Quería intentarlo al menos una vez más.

– Intentaré averiguar algo. ¿Tienes tiempo?

– Sí, hasta que anochezca, más o menos.

– Bien. Ven aquí. – Marle le indicó que se acercase, le susurró al oído instrucciones detalladas sobre cómo llegar a un bar que era propiedad de un conocido suyo y le pidió que la esperase allí.

*

Y allí conocí a otra persona. Al dueño del bar que le llamaban el Séptimo Cielo.

*

El Séptimo Ciclo era más grande de lo que había imaginado en un principio. Solo en la terraza, construida unos metros por encima del nivel del suelo, cambian cuatro carros de comida, en el interior, cabrían sin problema otros ocho. Si cada uno de ellos vendiera mil empanadas al día, podrían ganar casi treinta y seis mil guiles diarios. En ella, algo así significaría pagar su deuda en cuestión de días. Pensar en eso hizo que Tifa esbozara una sonrisa algo amarga.

Entro y estudió el interior, al borrar los puestos de comida de su imaginación, se dio cuenta enseguida de que el lugar estaba vacío, frente a ella, en la barra, había un vaso de té helado, blanco y misterioso, abandonado. El vaso, además, estaba agrietado.

El anciano que restaba solitario tras la barra debía de ser el dueño del bar, tenía tanto el pelo de la cabeza como el del bigote blanco y llevaba un traje gris muy pulcro con corbata que le hacía parecer un auténtico caballero. Sin embargo, su tono de piel no parecía muy saludable: estaba tan pálido que parecía un cadáver.

Tifa recordaría siempre su voz frágil y la lentitud con la que se movió para servirle la bebida. Si entraban más clientes, dudaba que fuera capaz de atenderlos a todos él solo. Era evidente que aquel anciano era la razón por la que el establecimiento estaba

vacío. Una lástima, pues era un lugar muy acogedor.

– Siento haberte hecho esperar – dijo Marle cuando apareció por allí, deslizándose en el asiento frente a Tifa. No tenía intención alguna de pedir nada para beber.

– He movido algunos hilos para que tus amigos sepan que los estás buscando, Puedes quedarte tranquila, te lo aseguro. El resto depende de ellos, no puedes forzarlos a nada, ¿me entiendes?

– Sí – aceptó ella. Las cosas no habían salido como esperaba, pero al menos había dado un paso en la dirección correcta – Gracias.

– No has venido en un buen momento – le explicó Marle en voz baja – Las cosas no van bien para los de Avalancha. Shinra lo sabe; los está cazando poco a poco. Lo único que sé es que Avalancha ha tenido muchas reuniones estos últimos días, pero todas privadas. Nadie puede localizarlos y, además, parece que se están dividiendo en grupos más pequeños. Por eso a Shinra le está costando más dar con ellos.

– Ya veo… – Tifa recordó que el día que Jessie había llegado a su cubículo, con el rostro manchado de sangre. Todo aquello era absurdo. ¿Por qué insisten seguir adelante?

– No te preocupes – comentó Marle, como si hubiera caído en la cuenta de algo de pronto – Tu mensaje les llegará siempre y cuando sigan con vida, claro, pero estoy segura de que eso ya lo sabes.

Después de aquella conversación, Marle acompañó a Tifa hasta la estación de tren para asegurarse de que volvía a casa. Por el camino, salió a colación el tema de lo abandonado que estaba El Séptimo Cielo. El viejo Monty, el hombre que atiende el bar, era también el propietario y gerente. Tras vender cócteles en un puesto de comida durante muchos años, decidió hacer de su sueño una realidad al abrir su propio bar. El negocio iba bien al principio, pero durante los últimos meses los clientes habían dejado de ir.

– Antes tenía una camarera encantadora, pero se marchó. Se propuso convertirse en empleada de Shinra y se mudó a la plataforma. Monty ha estado buscando una sustituta, pero no ha tenido suerte. Encima, para empeorarlo todo, el pobre no está muy bien de salud. Es más joven de lo que parece, de hecho. Tenemos la misma edad. – Marle suspiró.

– Aparte de él, ¿esa camarera que renunció es la única persona que sabe cómo hacer sus famosos cócteles? – se interesó Tifa.

– Monty es un tabernero de primera clase, pero tiene los huesos fatal. Si no hacemos algo pronto, el bar caerá en las manos equivocadas. Y, además, el pobre aún le debe dinero al obrero que le construyó el edificio. Es una lástima. Es un sitio precioso, ¿verdad?

Unos cuantos pasos más y llegarían por fin a la estación de tren, Marle se detuvo y

la agarró por los brazos.

– ¿Te gusta el dinero? – Su tono era bajo y reservado.

– No sé si diría eso, pero es cierto que lo necesito.

– Buena respuesta. – Marle parecía satisfecha.

– ¿Cuándo es tu próximo día libre? ¿Te apetece venir a visitarme otra vez?

– El miércoles… ¿Pero por qué? ¿Sucede algo?

– Me gustaría que me ayudases con El Séptimo Cielo, puedes venir todos los miércoles, si quieres.

– ¿Que?

– Hablaré con Monty. Será interesante, ¿no te parece?

La verdad es que sí sonaba interesante. Y divertido. Hacía tiempo que no se divertía…

– Entenderé que quieras descansar, puesto que es tu único día libre a la semana – siguió hablando Marle – Pero debo decirte algo – advirtió –. Lo que ganaba la antigua camarera es ocho veces más de lo que ganas tú en tu trabajo.

– Aquí estaré, no te preocupes.

En el fondo, sabía que era un error por su parte comprometerse a algo tan importante tan rápido, pero no pudo evitarlo.

En alguna parte, alguien le había dicho que el trabajo era más satisfactorio cuando tienes metas que cumplir. El Tio estaba mucho más animado de lo habitual, pues las ventas iban viento en popa. Lo único que Tifa le había pedido era que reorganizase su horario para, a partir de aquel momento, tener todos los miércoles libres.

Aquellos días en los que no debía ir a trabajar, Tifa se había centrado en repasar las lecciones del Libro de los Secretos. Ahora que el propósito del entrenamiento no era simplemente matar el tiempo, tenía una obligación menos de la que preocuparse.

Cuando el miércoles de esa semana llegó al fin, se apresuró primera hora de la mañana para encontrarse con Marle y juntas se dirigieron al Séptimo Cielo.

Monty estaba tan eufórico que logró abrumar a la pobre Tifa. Al parecer, valoraba mucho sus dos años de experiencia trabajando en un puesto de comida. El bar abría a las once de la mañana y servía el almuerzo a las dos de la tarde. Cada día había un plato especial diferente en el menú.

Monty se encargaba de la cocina, desde las dos hasta las siete de la tarde era la hora del té. En la carta de bebidas había café, té negro *(tanto caliente como frío)* y dos tipos de jugo. Los clientes también podían disfrutar de un trozo de pastel o unas cuantas galletas. Salvo el café y el té, todo lo demás se compraba en otras tiendas. El bar se convertía en un local de copas a partir de las siete de la tarde hasta llegar la medianoche, período de tiempo en el que se servían bebidas alcohólicas y aperitivos minimalistas.

Desde su inauguración, los cócteles de Monty habían sido el orgullo del bar. Sin embargo, ya no contaba con su fiel camarera para servirlos.

– Me duelen tanto los codos que no puedo agitar la coctelera – comentó Monty.

– ¿Y no los puedes servir sin agitarlos? – inquirió Marle.

– No se trata de eso. Un camarero que no sabe agitar un cóctel no debería ni pensar en servirlos. Es una cuestión de principios. De orgullo.

– ¿A quién le importa eso cuando tu bar está en juego? Eres un ingenuo.

– Disculpen… – interrumpió Tifa, dubitativa. – ¿A qué se refieren con eso? ¿Qué es lo que hay que agitar?

Tanto Monty como Marle se giraron hacia ella, atónitos.

Aquel mismo día, Tifa recorrió el bar y la terraza esperando a servir a los clientes hasta las ocho de la tarde, tal y como habían acordado.

– El polvo se acumula todo el rato en las mesas de fuera, así que asegúrate de mantenerlas limpias siempre – la instó Marle.

Siguiendo sus instrucciones, Tifa salió a la terraza y fue allí donde sintió que unos cuantos pares de ojos de los transeúntes se fijaban en ella. Estaban en una pequeña plaza frente al bar y miraban en su dirección, pero no se trataba solo de la gente que cruzaba la calle, sino también de la gente de las tiendas y de las casas que había a los alrededores.

– Tifa, estás muy seria – susurró Marle.

– Estoy un poco nerviosa. Me están mirando a mí, ¿verdad?

– Claro que te miran a ti. ¿A quién más, si no?

Por fin cayó en la cuenta. Marle debía de estar usándola para captar clientes, de la misma manera en que la usó el Tio al principio. Muy bien, pues, si eso era lo que querían, así sería, lo único que no le gustaba de todo aquello era no entender qué veía la gente en ella. Quería ganarse el respeto de Marle y Monty por sus habilidades, no por su físico. Después de tanto tiempo, llegaba un punto en que dejaba de ser divertido saber que solo la querían por su aspecto.

– Disculpen, pero… – Tifa se armó de valor para dar su opinión – El plato del día no es muy apetecible que digamos. Siento mucho decir esto. Sé que solo es mi primer día.

– No lo sientas. Lo entiendo. Soy consciente de que tenemos que hacer algo al respecto – respondió el anciano.

– Estoy segura de que se te ocurrirá algo. Y seguro que Marle nos da algún consejo.

– No quiero deberle más de lo que ya le debo, pero no me queda de otra. La semana que viene se lo diré.

Lo que antes era un bar desierto, aquella semana empezó a abarrotarse. Cuando llegó la hora de convertirlo en local de copas, Monty, persuadido por Marle, preparó

algunos cócteles en el mostrador. Tifa trabajó hasta tarde entre los alegres borrachos. A las ocho en punto, tal y como estaba previsto, Monty le pagó mil guiles por su ayuda.

– ¿Tanto? – inquirió ella, incrédula.

– Es el cincuenta por ciento de nuestras ventas hasta ahora. Si te quedas hasta medianoche, te doblo el sueldo. Las bebidas nos dan el doble de beneficios.

– Es increíble – susurró – pero tengo que marcharme, mañana también trabajo.

– Lo se. Te espero la semana que viene, entonces.

Tras charlar un rato más con el anciano, Tifa se dispuso a marcharse cuando de repente entró Marle, cuya voz resonó por todo el bar:

– ¡Vamos, Tifa! ¡Hora de irse! – La sala se llenó de llantos y protestas. Marle miró a Tifa y se echó a reír a carcajada limpia.

– Volveré la semana que viene – prometió Tifa – Estoy deseando volver a trabajar en el Séptimo Cielo.

Después de una ligera inclinación de cabeza, se marchó, lo que había sentido aquel día era una emoción muy distinta a la que sentía tras llegar a sus objetivos diarios en el puesto de comida. Además, le pagaban mil guiles, con posibilidad de llegar a los dos mil si se quedaba hasta medianoche.

*

A su lado, Red XIII se estremeció.

– Te estás riendo de mí. No me mientas, sé que lo estás haciendo – lo acusó Tifa.

– Son imaginaciones tuyas – murmuró él, pero la voz también le temblaba.

– Si no saldaba mi deuda, sabía que me quedaría atrapada para siempre. No podía evitar pensar solo en dinero.

– Alguien me dijo una vez que pasarse la vida persiguiendo guiles puede cambiar a una persona.

– Es verdad. Por suerte, en mi caso fue un cambio a mejor.

*

A primera hora de la mañana del siguiente miércoles, después de ducharse y regresar a su contenedor, Tifa recibió a Rakesh, quien había ido a visitarla.

– Buenos días, Tifa – la saludó – ¿Hoy también sales?

– Sí, voy a ver a una amiga.

– Ya veo, así que has hecho muchos amigos…

Tifa se esforzó por responderle, pero no pudo, le daba rabia la actitud de Rakesh, pues, aunque realmente tuviera planes, no tenía por qué contárselos a él.

– Lo siento, lo siento. – se disculpó el muchacho. – Puedes hacer lo que te

apetezca. Es tu día libre.

– ¿Qué quieres?

– Manson está preocupado por ti. Cree que puedes estar trabajando en otro sitio. Al menos eso es lo que ha llegado a sus oídos.

– No estoy trabajando en ningún otro lugar – se defendió ella, pero mentir le tensó los músculos.

– Te creo. Yo solo te hago llegar la información.

– Bien.

– Tu eres mía. – dijo de repente Rakesh, como si eso le causara un sufrimiento extremo. – Perdón, no es eso lo que quería decir. Me refiero a que estás bajo mi supervisión. Yo respondo por ti. Y no puedo estar pendiente de lo que haces o dejas de hacer, porque tengo mis propias responsabilidades.

– Lo entiendo. – susurró ella.

¿Cuándo había empezado Rakesh Orange a ser una presencia tan lúgubre en su vida? Al igual que Manson, siempre estaba al acecho. Sin embargo, a Tifa no le importaba qué tipo de persona fuera, iba a devolverle hasta el último guil.

Era una cuestión de terquedad, de orgullo. No le sería difícil llegar a su objetivo con lo bien que estaba yendo últimamente el puesto de empanadas. Ella y el Tio hacían un muy buen equipo. Pero, si además podía conseguir unos ingresos extra en el Séptimo Cielo, bienvenidos fueran. Quizás así podría deshacerse antes de lo previsto de su deuda, por desgracia, sucedió algo en el bar que lo cambió todo:

– Monty tuvo un ataque la semana pasada del corazón – le informó Marle.

– ¿Que? – Tifa sintió que el pecho se le encogía.

– Por suerte, le han salvado la vida, pero no va a poder seguir llevando el bar. Es una lástima. Tenía muchas ganas de sacarlo a flote.

– Que lastima…

Tifa recordó cómo se le había iluminado la cara al viejo Monty cuando le habla hablado de hacer una especie de juego con el menú. La había tratado igual que a su propia nieta. La había mirado de la misma forma que muchos de los mayores del club de calistenia en Nibelheim. Quizás el Séptimo Cielo fuera como un hijo para él Quizá…

– Estos tres últimos días he hecho lo que he podido, pero solo sé servir dulces, café y té – se lamentó Marle – Hoy nos limitaremos también a eso. Nada de menús, Abriremos a las once de la mañana y cerraremos a las cinco de la tarde.

– ¿A las cinco? ¿No es muy pronto?

– Si abrimos más rato, empezaremos a tener muchos clientes borrachos, y me niego a tener que lidiar con ellos. Y tú tampoco sabes llevarlos.

Los planes de Tifa se desmoronaron en un segundo. La noticia convirtió aquella

mañana en una muy apagada. A pesar de todo, tanto ella como Marle siguieron adelante como pudieron y abrieron las puertas del bar.

– Santo cielo, ya están ahí otra vez – Marle, que se encontraba tras el mostrador, se había inclinado sobre la barra y miraba hacia la calle. – Han estado ocupando esos asientos de la terraza todos los días. Ya llevan una semana. Se pasan las horas muertas ahí, holgazaneando con una taza de café y un vaso de jugo.

Tifa miró a través de una de las ventanas y vio a un hombre enorme de piel oscura que tomaba asiento justo en aquellos momentos, frente a él había una niña. Tifa no pudo evitar sonreír. La niña intentaba encaramarse a su silla, pero le costaba. El hombre, que Tifa supuso que debía de ser su padre, miró a su hija, la tomó en brazos y la sentó con cariño.

– Son Barret Wallace y su hija, Marlene. Tiene dos años – informó Marle.

– ¿Les has hablado?

– Bueno, ya soy una vieja chismosa. ¿De verdad me estás preguntando si les he hablado? Dicen que son indigentes, por favor, ve a tomarles la orden.

Volvieron a pedir una taza de café y un vaso de jugo. Cuando Tifa les llevó las bebidas, Marlene le dio las gracias con una vocecilla dulce, de lo más encantadora. Tifa asintió en su dirección. Barret, en cambio, se limitó a deslizar sus gafas de sol hacia arriba y a observar a la gente que pasaba por la calle.

Una hora después:

– No tenemos clientes – murmuró Tifa.

Aparte de Marlene y Barret, solo habían entrado al bar dos personas que se habían tomado un café y se habían marchado a toda prisa. La multitud que había abarrotado el local la semana pasada parecía haber pasado a ser parte de un simple sueño.

– Bueno, han pasado al menos cinco personas por delante que se han pensado el subir las escaleras. Aunque seguro que solo querían verte a ti.

El tiempo seguía avanzando. Una hora más y tendrían que cerrar.

– Marle, sé que está mal meterme donde no, pero es que me molesta esta situación.

– Es por Barret, ¿no te parece? No deja de mirar mal a la gente que pasa. No me extraña que perdamos clientes.

– Supongo. Pero hablo de la niña, Marlene. Me siento mal por ella, ¿has visto lo sucia que lleva la ropa? ¿De verdad no te da ni un poco de pena?

– Tifa…

– ¿No podemos hacer nada por ayudarla?

– Tifa, créeme, a mí me encanta entrometerme en cualquier asunto. Ya no llevo la cuenta de las veces que me he metido en problemas por meter las narices donde no me tocaba. Por eso mismo te advierto: antes de inmiscuirte, márcate unos límites.

– ¿Unos límites?

– Llévale algo de beber, si quieres, dile que invita la casa, pero es todo lo que yo estoy dispuesta a hacer por ellos, ese hombre me da muy mala espina.

Tifa sirvió otro vaso de jugo, aunque no sin algunas dudas. Límites, había dicho Marle, ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar por ayudar a una niña? ¿Si no iba a ayudarla hasta el final, no era mejor dejar las cosas tal y como estaban?

Introdujo una pajita en la bebida y se dirigió hacia la terraza

– Diles que ya vamos a cerrar – le dijo Marle antes de que saliera.

Afuera, Barret había colocado dos sillas contiguas para que Marlene pudiera hacerse un espacio sobre ellas y dormir un rato. Aunque tuviera aquel aspecto tan desaliñado, era una niña encantadora. ¡Tan pequeñita! Entonces, Barret Wallace inclino todo su cuerpo sobre la mesa y observó con el ceño fruncido la pequeña plaza. Fue en aquel momento cuando Tifa se dio cuenta de que le faltaba la mano derecha. Su brazo terminaba en la muñeca; un paño sucio sujetado al mismo brazo con una correa de cuero cubría el muñón

Tifa entró en pánico, pensó en su pérdida. en la guerra, la violencia, la sangre. Barret la miró y se dio cuenta de su reacción al instante. Se quitó las gafas de sol, revelando unos ojos enormes con unas pestañas larguísimas. A pesar del aura que irradiaba, tenía una mirada encantadora, entonces, Tifa decidió que, para evitar sentirse intimidada, solo lo miraría a los ojos mientras hablaba con él, luego desviaría la vista.

– Es para Marlene, invita la casa. – Intentando no despertarla, colocó el vaso cerca de la niña – Y lo siento mucho, pero hoy cerramos a las cinco.

– ¿Es broma? – Barret, sorprendido, la observó con claro desconcierto.

– No, no es broma, de hecho, también vamos a dejar de servir alcohol, descansaremos unos días de la sección de copas.

– Tiene que ser una broma…

– No, no lo es. Lo siento mucho.

– ¡Ya has dicho eso! – El hombre se echó hacia atrás. La forma en que le había respondido había sido bastante grosera. Tifa quiso reprenderlo por su comportamiento, pero desechó la idea y se alejó de la mesa.

Cuando apoyó la mano sobre el marco de la puerta en la entrada del bar, su brazalete de cuero el que le había regalado el maestro Zangan en el último cumpleaños que celebró en Nibelheim quedó a la vista. Sabía que debía controlar las

emociones. Sabía que el brazalete servía justamente para eso, para controlarse cada vez que lo viera. Se preguntó si de verdad había logrado mantener a raya sus emociones o si solo había sido una excusa autoimpuesta para no seguir ayudándolos. Tal vez su archienemiga no fuera solo la fuerte ira que la hacía olvidar la razón a veces, sino también esa tendencia a evadirse de los problemas tomando solo medidas temporales o incluso fingiendo simpatía hacia aquellos que no le caían en gracia.

Había sido una persona influenciable desde muy pequeña. ¿Era esa la razón por la que guardaba tantos recuerdos indeseados? "Esta vez no puedo perder" se dijo a sí misma, y regresó a la mesa de Barret.

– ¿Qué quieres ahora? Aún tenemos una hora, ¿no? – se quejó él.

– Si, pero, cuando se vayan, ¿a dónde van a ir? ¿A dónde vas a llevarte a Marlene?

Barret se quedó en silencio.

– ¿Dónde duermen? insistió Tifa.

– En un lugar distinto cada noche.

– ¿En serio? ¿Y tiene la niña más ropa? No lleva ni calcetines. ¿Tiene al menos un par, acaso? Santo cielo, tiene hasta agujeros en los zapatos.

– En los barrios bajos hay mucha gente como nosotros.

– No tan pobres y descuidados.

– Bueno al menos no estamos muertos.

Tifa golpeó la mesa con ambas manos, provocando que Barret se sobresaltara.

– Así que, ¿todo esto te parece bien solo porque no están muertos? ¡¡Tienes que darle una vida mejor!! Haz que siempre este aseada, consíguele ropa limpia, da igual si es de segunda mano, pero consíguesela – espetó.

– Papi… – Los gritos habían despertado a Marlene – Papi, ¿te está gritando?

– No – respondió él – SÍ. Bueno, no…

– Por favor, no te enfades con mi papi – musitó la niña, mirando a Tifa con mucha tristeza.

– Lo siento, ¿te he despertado? – Tifa se giró hacia Marlene y le sonrió. Marlene movió la cabeza de lado a lado y repitió:

– No le grites más.

– De acuerdo, no lo haré.

– Gracias. – Al inclinar la cabeza, cayeron al suelo pequeñitos copos de caspa desde su cabello. Tifa percibió el olor del sudor. Sin poder soportarlo más, miró a Barret de nuevo.

– Cuando cerremos el bar, pueden venir los dos conmigo al sector 8 – propuso.

– ¿Qué? – exclamó Barret. Marlene la observó con inquietud.

– Nos espantas a todos los clientes sentado aquí – le susurró Tifa a Barret.

– Vaya, lo siento. Lo digo enserio – respondió él, aún estupefacto.

– Por favor, no le grites a mi papi. – suplicó Marlene una vez más, ¿Qué clase de vida había llevado aquellos dos para sorprenderse por su buena fe?

Dentro del bar, tras explicarle la situación a Marle, la mujer pareció exasperada cuando le dijo:

– Mira que te que te lo he advertido, Tifa.

– Lo sé. Y te he escuchado.

– ¡Caramba! Eres peor que yo. Ahora vuelvo. Tú espérame aquí, volveré a tiempo para cerrar el bar contigo.

No llevaba más de una hora atendiendo ella sola cuando Marle regresó. En la terraza, llamó a Barret, el corpulento hombre se quitó las gafas de sol para mirarla mientras la anciana le hablaba y le dio las gracias en repetidas ocasiones. Tifa no entendía qué estaba sucediendo. Poco después, Marle condujo a Barret y Marlene al interior del bar.

La habitación de Monty está en el sótano. Es un espacio más que habitable. Dejaré que Barret y su hija se queden ahí. Le he pedido permiso a Monty y le ha parecido bien – explicó Marle.

– ¿Quién es Monty? – preguntó Barret.

– Estuvo trabajando conmigo la semana pasada. Un hombre mayor del pelo blanco.

– ¿Ese viejo decrepito?

– No seas maleducado. Es el dueño de este sitio – replicó Marle.

Barret agachó la cabeza ante aquellas palabras. Era divertido ver lo exagerados que resultaban cada uno de sus movimientos. Podía ser brusco y también algo desconsiderado, pero no parecía una mala persona.

– Monty ha estado preocupado por Marlene desde que apareciste por aquí – continuó diciendo Marle.

– Debería ir a darle las gracias – susurró Barret.

Entonces, Marle se acercó a una esquina, se miró los pies y saltó sobre unos tablones de madera. El suelo comenzó a hundirse. Era una especie de ascensor secreto.

– ¡Increíble! – gritó Marlene, acercándose a toda prisa. Barret le advirtió para que tuviera cuidado y, preso del pánico, la alzo en sus brazos.

– ¡Entren conmigo! – exclamó Marle desde el piso inferior.

Los tablones del suelo volvieron a su lugar. Barret se giró hacia Tifa, ella asintió en silencio y fue a colocarse sobre el ascensor. Barret, aún con Marlene entre los brazos, se detuvo junto a ella.

– ¿Papi, vas a hacer que haga boom?

– Así es mi nenita preciosa. – Barret saltó y los tres empezaron a descender al momento.

Tras una pequeña sección de paredes, pudieron ver el sótano. Frente ellos, había una habitación acogedora con una cama mullida, una mesita algo ostentosa y dos sillas. También contaba con un televisor. Era un lugar en el que podían vivir dos personas sin mucho problema.

– Monty siempre quiso tener su propia base secreta, igual que un niño. Gastó mucho dinero en el ascensor. Dice que quiere poner una máquina de pinball encima. Ya veremos si lo consigue. En fin, pónganse cómodos – dijo Marle.

– ¿Dónde está Monty? Necesito hablar con él para encontrarle sentido a todo esto.

– Bueno, tus preguntas tendrán que esperar a mañana. Ahora, ¿qué esperan de una vez para tomar una ducha? ¡Apestan horrible! Además, también he traído algo de ropa para que Marlene pueda cambiarse. Imagino que ya no usas pañales, ¿verdad, pequeña?

– ¡Ya no! – alardeó Marlene.

Tifa quiso abrazarla con fuerza. Aquel nuevo sentimiento la sobresaltó. ¿Era aquello a lo que la gente se refería cuando hablaba de instinto maternal?

– Muy bien. Entonces… ¿Tifa? Déjame el resto a mí. Puedes… ¡Casi se me olvida! Ven conmigo arriba un momento.

Las dos se colocaron sobre el ascensor.

– ¿Van a subir? – inquirió Marlene.

Marle entrecerró los ojos y pisó con fuerza el suelo… Tifa pensó en Monty. ¿Cómo se le había ocurrido instalar un artilugio tan extraño en su propio bar? ¿Qué clase de vida había tenido aquel señor de pelo blanco?

– Me gustaría ir a saludar a Monty y de paso ver cómo se encuentra – le comentó Tifa a Marle.

No es buen momento para ir a visitarlo. Podrás ir cuando todo se haya calmado un poco.

– Está bien…

– Vamos, anímate. Yo cuidaré de él. ¡No sabes que tan cercanos somos los dos! En fin, basta de charla. ¿No crees que Barret sería un buen guardaespaldas? Con esa mirada tan feroz… Además, necesitamos alguien así de fuerte en el bar.

Tifa se echó a reír.

Así que aquello tenía una razón detrás, ¿nunca fue un acto puramente altruista? ¿No había sido Marle quien se había opuesto antes, cuando Tifa le había planteado llevarse a padre e hija a su casa en el Callejón de los Contenedores del sector 8? Cuando Tifa se lo echó en cara, la anciana se limitó a encogerse de hombros.

– Odio perder, eso es todo. No puedo dejar que me ganes, mucho menos cuando se trata de meter las narices en asuntos ajenos.

Al salir a la terraza, Marle, mirando a su alrededor, añadió:

– Jessie me ha enviado un mensaje. Quiere que te diga que te buscará en su día libre la semana que viene. Que la esperes.

"La semana que viene", pensó Tifa. Eran muy buenas noticias.

– ¿Qué te parece? – le preguntó Marle.

– Muchas gracias – musitó ella.

– ¿Puedo seguir contando contigo los miércoles?

– Por supuesto – le aseguró Tifa. Luego, salió del Séptimo Cielo. Durante su trayecto, se giró varias veces y, al hacerlo, comprobó que había muchos clientes decepcionados con la noticia de que el bar cerrase antes de tiempo.

¿Habrían ido allí para verla a ella? Tifa lamentó no poderlos deleitar con una sonrisa. Pensó entonces que tal vez estaría bien aprender a hacer los cocteles. Si aprendía, podrían reabrir el negocio por la noche y no tendrían que esperar que Monty se recuperase. Sería maravilloso. Sin embargo, antes de ponerse manos a la a obra con algo así, debía pensar en qué platos añadir al menú del mediodía. Al instante, le vinieron a la cabeza un montón de ideas, ¿o deberíamos decir sueños?

– Hola – la saludó Rakesh una vez en el callejón.

La había estado esperando en el lugar en el que normalmente se sentaba el vigilante.

– Hola – susurró ella.

– ¿Dónde estabas? – inquirió el fisioterapeuta, pero enseguida notó que acababa de meter la pata con esa pregunta y empezó a sacudir la cabeza – Lo siento. Me ha salido de forma natural.

– ¿Qué estás haciendo aquí?

– Seré el nuevo vigilante del callejón hasta que encontremos un sustituto.

– ¿De verdad? Parece un trabajo duro.

– Un poco, pero es lo que hay.

– Supongo. Buenas noches

Tifa, que temía que Rakesh le volviera a dar la charla sobre no poder escapar de Manson, se alejó a toda prisa de allí. Retiró el candado de la puerta de su contenedor, entró y encendió las luces. *"Vaya vida de miseria"*, pensó. Sentía que las pocas cosas buenas que le habían sucedido a lo largo del día habían quedado de golpe sepultadas bajo el peso del contenedor.

Busco la mochila escondida en el fondo del cesto de la ropa sucia y empezó a contar el dinero que había dentro, aunque no era necesario, pues sabía a la perfección cuánto había. Tenía cantidad suficiente para terminar de pagar su deuda un año antes de lo previsto. En otras palabras, solo le quedaban dos años de infierno. Solo dos años más y quedaría por fin liberada de las reglas de Manson. De repente, se sintió mucho más animada. Se puso en pie y empezó a repasar el Libro de los

Secretos.

Hacía ya muchos años que no veía a Zangan. Se preguntó qué estaría haciendo, la manera en la que hacia las posturas del libro había cambiado mucho, derivando en un estilo propio, ¿Le parecería bien al maestro? En cierto sentido le gustaría que siguiera guiándola, ¿Estaría en Midgar? ¿Le estaría buscando? Todo lo que tenía que hacer era ir la clínica de Damini y preguntar por él, y ellos le dirían dónde encontrarlo. Rakesh podría mostrarle el camino.

Entonces recordó algo. Cuando le dieron el alta Marle, la mujer le había dado su dirección a Rakesh para que pudiera Tifa ir a visitarla, pero él le había ocultado aquella información. Tifa salió de su contenedor y regresó al callejón.

– Rakesh – lo llamó.

– ¿Sí?

– ¿Te dio alguna vez Marle su dirección para que fuese a verla?

– ¿Marle? – preguntó él. Tifa pensó que estaba intentando hacerse el tonto

– ¿Te refieres a la venerable anciana que hospitalizamos hace algunos años? Me acuerdo de ella. ¿Pero su dirección? No, nunca, está muy mayor, senil hasta añadiría yo. Los Antiguos a veces piensan que hicieron algo y luego resulta que no es verdad. Te lo digo y aseguro, a mí nunca me dio ninguna dirección – Rakesh estaba divagando demasiado. ¿Se sentiría culpable?

– ¿Has visto al maestro Zangan?

– No

– ¿Desde cuándo?

– Pues… Deja que piense…

¿Siempre había sido Rakesh tan malo mintiendo? Tifa estaba furiosa consigo misma por no haberse percatado mucho antes, apretó las yemas de los dedos sobre su pulsera. Lo miró y se dio cuenta de que el cordón estaba ya negro.

– A pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi – añadió Rakesh.

– Si lo ves, dile que estoy bien. Háblale de este lugar, del puesto de comida, de dónde encontrarme. Asegúrate de que tu madre también lo sepa.

– Si, claro. – Rakesh volvía a sonreír, Quizá lo tranquilizaba saber que aquella conversación habla llegado a su fin.

Cuando llegó el miércoles siguiente, Tifa se encontró con una muy mala noticia. A pesar de que estaba emocionada por volver a ver a Marlene, las fuerzas la abandonaron al instante.

Monty había fallecido. Su estado de salud había empeorado el domingo por la noche y el lunes por la mañana, a primera hora había dado su último aliento. Por suerte, Barret y Marlene llegaron a tiempo para agradecerle que les prestase la habitación del sótano el domingo.

– Tendría que haberte llevado a verlo la semana pasada. Lo siento mucho – se disculpó Marle con Tifa, sosteniéndole las manos.

– ¿Sabes? Le prometí a Monty que nos vamos a dejar la piel en su bar. Lo mejor que podemos hacer por él es que rebose vida de nuevo.

Marle, Barret e incluso Marlene empezaron a trabajar con esmero. Se dividieron las tareas para la apertura. Barret fregó el suelo habilidosamente con su única mano. La pequeña Marlene, que llevaba el precioso vestido con un enorme lazo en la cintura que Marle le había regalado el día anterior y llevaba el pelo cepillado y reluciente, limpió las sillas con un trapo.

– Hoy abriremos de nuevo solo hasta las cinco. Nada de alcohol. Después, me gustaría hablar con los adultos de este grupo sobre algo. Algo que Monty quería que discutiera con ustedes – murmuró Marle.

El día empezó con un número decente de clientes. Marle bromeo al comentar que el negocio iba mejor ahora que Barret desaparecía nada más abrir. Era parte de su nueva rutina. Dejaba a Marlene allí y él se marchaba. Marlene se sentaba en un taburete del mostrador y atendía a los clientes como bien podía.

– Barret con la pequeña Marlene llegaron a Midgar hace un año cuando ella era apenas un bebé – le empezó a explicar Marle a Tifa, con cuidado de que la niña no las escuchara – Estuvieron vagando de un sitio a otro, aprendiendo cada vez más cosas sobre Planetología. Siempre que Barret se enteraba de que habla una reunión o una proyección, se presentaba en el lugar. Por eso empezó a frecuentar nuestra terraza. Se ve que anda buscando proyecciones – Marle bajó aún más la voz

– Se nota a leguas que él está buscando a una joven que conoció en aquellas proyecciones, una a la que tú conoces bien. Busca a Jessie. Jessie Rasberry.

Tifa asintió en silencio.

Marle continuó hablando:

– El resto depende de ti. Respetaré cualquier decisión que tomes, pero debes saber que opinaré de todas formas. – Dicho aquello, la anciana abandonó su puesto tras el mostrador para ir a atender a unos clientes.

Tifa sentía curiosidad. Tomando el mando en la barra, sus ojos se encontraron con los de Marlene. Infló las mejillas e hizo la típica cara que su madre solía ponerle para hacerla reír. ¿Qué demonios le pasaba con aquella niña? Era débil ante ella. Eso pensaba cuando Marlene estalló en carcajadas.

Barret regresó cuando ya habían cerrado el bar y era hora de recoger. Al parecer, aquel día tampoco había podido encontrar a Jessie.

– Vamos, Marlene – gritó Marle – ¿Quieres ir a ver la tele abajo? Va a empezar *Stamp, el perro fiel*.

– ¿Stamp? – preguntó Marlene, y se giró para pedir la aprobación de su padre.

– Adelante mi vida, ve – le dijo el hombre.

Con un simple de acuerdo, Marlene se dirigió al ascensor, gritó "¡boom!" y saltó sobre las tablas de madera. Luego, el suelo empezó a descender con ella encima. La niña se despidió de los adultos al bajar.

– Bien, ahora que estamos solos… Tifa, mira esto. Es un recuerdo que Monty me dejó para ti. – Marle dejó un cuaderno sobre la barra – Contiene el trabajo de toda una vida: las recetas de todos sus cócteles. Me pidió que te lo diera.

A Tifa el corazón le latía con mucha fuerza. No pudo evitar pensar que se trataba del destino. Desde luego, no sería ninguna exageración, El cuaderno era del mismo tamaño que el Libro de los Secretos que Zangan le había confiado. Incluso el color del papel era el mismo.

– ¿Estás segura de que él quería que me lo quedase yo? – preguntó Tifa.

– Siempre que puedas transportarlo y no te pese mucho. – bromeó Marle.

– No se me caerá – aseguró la muchacha.

Luego, hojeó el cuaderno, que estaba repleto de la meticulosa letra y los bonitos dibujos de Monty.

–Mira nada mas todo eso. Si aprendes a hacerlos, podremos abrir el bar también por las noches y las ventas se dispararán. Yo puedo trabajar como guardaespaldas – comentó Barret. – Si algún borracho te molesta mucho, lo agarraré por el cuello y lo echaré a patadas.

– Sería divertido. Ojalá podamos hacerlo realidad –musitó Tifa. Marle, sin embargo, agachó la mirada.

– ¿Qué pasa?

– Si no tenemos doscientos mil guiles preparados a final de mes – empezó a decir la mujer – habrá que traspasar el bar. Monty no pudo acabar de pagarle todo lo que le debía a su arrendatario, el hombre que construyó el edificio y que lo bautizó como El Séptimo Cielo. El hombre le dio algo de tiempo a Monty hace ya unas décadas para poder saldar la deuda, pero ahora se le ha acabado la paciencia.

– ¿Pide doscientos mil guiles por el bar? Es muy poco

– Eso es solo lo que nos pide ahora. Luego habría que pagarle un alquiler diario

– Tiene lógica. El único problema es que no tenemos ni un guil, ¿verdad? Dudo que entre las dos tengamos más de diez mil guiles.

– Monty tenía cuarenta mil ahorrados, así que necesitaríamos unos ciento sesenta mil. Si no los tenemos, venderá el bar. Es una buena ubicación, así que no tardará en encontrar un posible comprador. Hay mucha gente dispuesta a quedarse con un local así.

Barret resopló.

– Marlene se va a poner muy triste – masculló, pero él sonaba bastante indiferente.

– ¡Ni se te ocurra volver a dormir a la intemperie con esa criatura! – bramó Marle.

– ¡En mi defensa! teníamos sacos de dormir buena calidad – se escudó el hombre.

– No me lo puedo creer – espetó Tifa.

Barret sintió que ambas lo culpaban, así que volvió a resoplar, más molesto que antes, y se defendió:

– Soy el primero que quiere que Marlene tenga buenos recuerdos de su infancia. Quiero que lleve vestidos bonitos, que se ate el pelo con lazos, que se duche todos los días y que duerma en una cama cómoda y mullida todas las noches. ¡Pero no tengo dinero para nada de eso! ¿Qué quieren que haga? Lo único que puedo ofrecerle es libertad. Piensen un poco eso. ¿Qué pasaría si la endeudase de por vida por pedir préstamos que no puedo pagar? El dinero te ata, te hace sentir atrapado. No decepcionarían a sus padre, o peor aún, a ustedes mismos por algo así?

Barret solo exponía una situación hipotética, pero Tifa no pudo evitar sentirse mal. Por mucho que creyera en si misma para salir adelante, sabía que la situación en la que se encontraba entristecería enormemente a sus padres.

– Bueno, yo ya no tengo padres –era lo único que la joven podía decir al respecto.

– Vaya, ¿he dado en el clavo? ¿Estás ahogada en deudas ya a tu edad? Mira, siento todo lo que acabo de decir, pero, aunque estén muertos, todavía están a tu lado. Son parte del planeta y tú estás conectada a él. Siempre estarás con ellos, vivos o muertos.

– Cuando alguien fallece, su cuerpo desaparece y punto – interrumpió Marle – Ya no hay culpa ni arrepentimiento. Los muertos viven en el corazón de sus seres queridos. ¿Acaso no es suficiente? Si vas a empezar a darnos lecciones de Planetología, mejor vete a otra parte.

Barret bufó, Marle añadió:

– Al menos hemos llegado a una conclusión, Lo siento por los dos, pero el bar tendrá que cerrar sus puertas a final de mes.

– ¿Que se le va a hacer? Te ayudaremos en lo que podamos.

Tifa no podía creerse que tanto una como otro se rindieran tan fácilmente. Su actitud la frustraba. ¿Era correcto tomar una decisión tan drástica y rápida sobre un asunto tan importante?

– ¿Vamos a perder nuestra casa? – preguntó entonces Marlene. Ninguno de los tres sabia en qué momento había aparecido la niña o, en su defecto, cuánto había escuchado de la conversación.

– ¿Vamos a perder el bar? La pequeña parecía estar al borde del llanto.

– ¿No estabas viendo las caricaturas? – preguntó Barret, y Marlene inclinó la cabeza hacia un lado.

– ¿Vamos a perder nuestra casa? ¿Vamos a tener que dormir otra vez en la calle? – insistió.

– No te preocupes. Papi se encargará de que estés bien. Nos buscaré otro sitio donde quedarnos.

– Pero me gusta este.

Barret se acercó a su hija y se agachó para abrazarla, pero ella se escurrió de entre sus brazos y se escondió detrás de Tifa.

– ¡Quiero quedarme aquí! – exclamó Marlene justo antes de soltar un lamento desgarrador.

– Tengo el dinero. Tengo los ciento sesenta mil – confesó Tifa de repente.

Sorprendidos, Marle y Barret se giraron hacia ella. Tifa se preguntó entonces si lo que estaba a punto de hacer estaba bien. ¿Estaba haciendo lo correcto?

Cuando llegó la hora de volver a casa, Barret se ofreció a acompañarla hasta el límite entre los sectores. Tifa se negó, pero él hombre insistió, alegando que tenía que hablar con ella. Dejó a Marlene al cuidado de Marle y salió junto a ella del Séptimo Cielo.

– Te devolveré el dinero, te lo prometo. Aunque meterme en esa deuda haga llorar a mis padres – murmuró Barret.

– No te preocupes. Lo hago porque quiero. Me gusta trabajar en el bar. Quiero aprender a hacer los cócteles de Monty para atraer cientos de clientes. Creo que puede ser divertido. Es verdad que Marlene me ha dado pena, pero verla así solo ha sido la gota que ha colmado el vaso. Estoy haciendo esto por mí, así que olvídate de devolverme el dinero. Si es cierto que quieres hacer algo por mí, puedes comprar una máquina de pinball para el bar.

– De acuerdo.

Cuanto más hablaban, más aliviada se sentía Tifa. *“Claro. De esto se trata. Se trata de mi futuro, de sobrevivir aquí. El bar será mi base secreta”*, pensó.

– Por cierto, me han dicho que conoces a Jessie Rasberry – dijo Barret entonces, ella se giró hacia él, confusa.

– ¿Te lo ha dicho Marle?

– No. Ha sido Marlene. Mi hija sabe que la has estado buscando por todas partes. Tifa intentó recordar y dio por hecho que Marlene debía de haberla escuchado hablando con Marle cuando esta le contó lo que Barret tramaba

– ¿Puedes ayudarme a encontrarla? – insistió el hombre.

– ¿Para qué? Si quieres unirte a un grupo de estudio de Planetología, puedo

presentarte a otra persona. Entre los clientes del bar hay gente que sabe del tema

– Lo de la Planetología es solo una fachada. Lo que de verdad quiero es entrar en Avalancha. Me habían dicho que sus miembros solían dejarse ver en las reuniones de Planetología, así que por eso al principio asistía a todas. Pero, de toda la gente que me encontraba allí, la única que sabia algo al respecto era Jessie. He intentado buscar a otras personas además de a ella, pero Shinra está tomando medidas drásticas contra los de su clase, haciendo que todos se escondan.

– Supongo que tiene algo que ver con el incidente del reactor de Mako de Corel.

– Marlene y yo somos de allí.

Esta vez, Tifa miró a Barret con sorpresa.

– Nos quitaron nuestros hogares, mataron a nuestros seres queridos – continuó él – Todo el mundo dice que fue obra de Avalancha, pero yo sé que fue culpa de Shinra. ¡Quiero hacer volar a esos desgraciados en un millón de pedazos! Por cierto, hablando de reactores... Tú me entiendes, ¿no? – Mientras caminaban, señaló hacia un reactor – Si no hacemos algo para detener su uso, destruirán el Planeta. Esas máquinas están drenando su Corriente Vital. Nunca me lo tomé en serio hasta que empecé a ir a esas reuniones. Sé que no puedo luchar contra Shinra yo solo. Necesito gente de mi parte. Juntos, podemos lograr cualquier cosa, pero solos no. No podremos conseguir nada si no trabajamos codo con codo. Esa es la verdad.

Jessie le había dicho a Tifa algo muy parecido la primera vez que la dejó entrar en su contenedor, lo cual la hizo sonreír.

– Por favor, Tifa – insistió Barret – Te lo ruego. Esta es la clase de contactos importantes de los que Marle no deja de hablar.

– Supongo. Pero no depende de mí. Primero tengo que preguntarle a Jessie si le parece bien.

– De acuerdo. Te debo una.

Después de aquello, Tifa le prometió a Barret antes de separar caminos que hablaría con Jessie de su situación cuando se reuniera con ella a la semana siguiente.

La semana transcurriría sin más incidentes o al menos aquello fue lo que Tifa pensó al principio. Sucedió el martes por la tarde. En el puesto de comida, las ventas de las empanadas de carne del sector 8 iban bien. Cuando cerraron y ella se llevó el carro de vuelta al almacén, el Tio le preguntó:

– Oye, Tifa, ¿sigues viéndote con esa gente de Avalancha?

– ¿Que? – Alguna vez le había hablado de aquello? Tifa recordaba que él la había advertido al respecto, pero nada más – Ya no. Se han marchado y no sé a dónde.

– Mejor – suspiró el anciano, inexpresivo.

Tifa se preguntó si habría sucedido algo.

– ¿Qué te pasa?

– Esta noche, a las diez en punto, Avalancha va a celebrar una reunión. Shinra planea tenderles una emboscada. Están preparando a sus fuerzas especiales y algunos helicópteros.

– ¿Es en serio?

– Eres la mejor compañera de trabajo que he tenido nunca. No quiero que tengas que agachar la cabeza. Si tienes amigos allí, deberías avisarles.

– Gracias, pero no te preocupes. Está todo bien.

– Bueno, pues nada. Nos vemos mañana, a ver si podemos llegar a las mil quinientas unidades.

Desde hacía ya mucho tiempo, Tifa se sentía culpable por algo que ni ella misma comprendía, como si de alguna manera estuviera traicionando al Tío.

– Escucha... – Tifa se detuvo en medio del camino – Cuando termine de pagarle a Manson, me iré.

Sorprendido, el Tío silbó.

– Ah... ¿Eso quiere decir que ya tienes el dinero?

– Aún tengo que ahorrar un poco más, pero quería que lo supieras.

– Entonces, intentemos vender mañana dos mil empanadas. Así podrás pagarle antes, ¿no?

Rakesh estaba allí, esperándola en el Callejón de los Contenedores.

– Bienvenida a casa. – le dijo.

– Gracias.

Tifa intentó pasar de largo, pero él muchacho le insistió:

– Oye, mañana es tu día libre, ¿verdad? He pensado que podrías venir a vernos a la clínica.

– Ya he hecho planes. Lo siento.

– No te preocupes. No pasa nada. Otra vez será – susurró el chico, retrocediendo un poco para darle espacio.

Ella siguió caminando, pero, tras haber avanzado unos cuantos pasos hacia su contenedor, Tifa cambió de opinión y se dio la vuelta para enfrentarse a él.

– Oye, no tienes que preocuparte por lo que haga, ¿sabes? Prometí quedarme aquí y trabajar hasta saldar mi deuda.

Iba a utilizar todos los ahorros que había conseguido ayudando en el Séptimo Cielo para salir de allí. Pero a partir de aquel momento necesitaría esforzarse el doble para reunir la cantidad requerida. Ahora sí estaba segura de estar haciendo lo correcto.

– ¡Hasta otra!

Se marchó a paso ligero hacia su contenedor, agonizando dentro de sus propios

pensamientos. Necesitaba encontrar la manera de avisar a Jessie de que Shinra planeaba atacarlos durante la reunión de Avalancha. Sabía que existe la posibilidad de que la muchacha ya estuviera al tanto o incluso de que no fuese a participar en dicha reunión esa noche. Pero Tifa era incapaz de quedarse de brazos cruzados. Tenía que haber alguna forma de hacerle llegar un mensaje.

De pronto, tuvo una idea. Merecía la pena intentarlo. Salió del contenedor y corrió en busca de Aisha.

– Buenas noches. – la saludó.

– Hola, Tifa. – respondió la mujer – ¿Vienes a bañarte?

– Sí, pero antes necesito que me escuches con atención. – susurró Tifa – Esta noche, Avalancha celebra una reunión. Shinra lo sabe. Tengo que hacerle llegar esta información a los miembros de Avalancha.

– ¿Y por qué me lo dices a mí? Las únicas personas que dicen que mi hijo está vinculado a esa organización son la gente de Shinra. Aunque fuera cierto, no lo he visto en los últimos diez años. No tengo forma de saber qué es de su vida.

– Tienes razón…

– Pero ¿quién te ha dado una información tan peligrosa?

Un compañero de trabajo. Se hace llamar Tio.

Tifa se preguntó si estaba haciendo bien en contarle aquello a Aisha. ¿Sabría 13 mujer quién era el Tio?

– No te voy a decir que no lo conozco, pero no puedo ayudarte con lo que me pides.

Tifa se quedó en silencio un buen rato. Después, dijo:

– Siento haberte contado algo tan raro. – Aisha no respondió.

Tifa pensó que tal vez podría pedirle a Marle que entregase otro mensaje. Aunque cada vez era más difícil dar con Jessie y los demás, era la única opción que tenía. Pero ¿cómo iba a irse a esas horas de la noche al sector 7? ¿Cabría la posibilidad de pasar la noche resguardada en el bar? Mientras se cambiaba, alguien llamó a su puerta.

– No abras. – Era la voz de Aisha – He estado pensando y te he hecho el favor de contactar con mi hijo. Tengo un número. He llamado y le he contado lo que me has dicho. Me ha dado las gracias. Pasará la información a sus colegas.

– Gracias. – murmuró Tifa.

– Hay algo más. Un mensaje para ti. *“Mañana por la noche a las nueve en punto en el cine de tu cumpleaños”*

– ¿Que?

Oyó los pasos de Aisha alejarse. Tifa no tenía ni idea de que podía significar aquel mensaje, pero entonces cayó en la cuenta. Tenía que ser Jessie. El cine que mencionaba debía de ser el edificio abandonado en el que habían celebrado su decimoséptimo cumpleaños.

A la mañana siguiente, fue a bañarse muy temprano. Aunque Aisha y ella cruzaron miradas, la mujer actuó como si la noche anterior no hubiera pasado nada inusual. Tal vez aquella era su manera de hacer las cosas. Tifa pensó en todo lo que le gustaría preguntarle, Por ejemplo, ¿cómo se había comunicado con Avalancha tan rápido? Además de con su hijo, ¿también podía ponerse en contacto con Jessie? Aisha le había dicho que tenía un número de teléfono, pero la cobertura en los barrios era incluso peor que la de Nibelheim. Habría, entonces, ¿algún método para comunicarse que ella desconociera?

Cuando salió de casa para dirigirse al sector 7, se giró en el último tramo de calle para observar el grupo de contenedores alineados unos junto a otros. En los años que llevaba allí, había intentado no pensar en las historias de sus vecinos. Le hizo gracia imaginarse a la propia Jessie viviendo en secreto en alguno de aquellos contenedores.

Aunque aquello era improbable.

El Séptimo Cielo bullía de actividad a pesar de que aún no habían abierto las puertas al público. Entre el caos, Marlene corría de un lado a otro limpiando las sillas.

– En los últimos tres o cuatro días, Marlene se ha vuelto muy popular – dijo Barret – El negocio va viento en popa. Lo único que nos falta para darnos un empujón sería vender alcohol.

– Menuda tontería. Todavía nos queda mucho por hacer. Por cierto, Tifa, sobre el pago que debemos hacerle al socio de Monty. Es el próximo miércoles a las siete de la tarde, ¿Te importaría entregarle el dinero tú misma? Le diré que se acerque. – comentó Marle.

– Sí, no hay problema.

– Estupendo

– Aunque, ¿cómo vas a traer todo ese dinero hasta aquí tú sola?

– Pues…

Lo cierto era que Tifa no había pensado en ello. Marle tenía razón. Entre sus ahorros, había muchos billetes, pero también monedas. Y pesaba lo suyo.

– Yo la ayudaré – interrumpió Barret – Podemos cerrar el bar ese día para transportar el dinero.

– No será necesario, Marlene y yo podemos encargarnos ese miércoles de la clientela, ustedes vayan por el dinero.

– Perfecto. – respondió Barret con alegría.

– Bien, ahora prepárense para trabajar mucho hoy, ¿de acuerdo? – instó Marle.

Era verdad que el bar prosperaba. Tal y como Barret había presumido, la presencia de Marlene estaba atrayendo a muchas familias. Al parecer, se había corrido la voz de que el Séptimo Cielo era un lugar apto para niños.

Cuando el final de la jornada se acercaba y los últimos clientes empezaban a irse, Marle llamó la atención de Tifa.

– Quedaste con Jessie a verse esta noche, ¿verdad? – le preguntó.

– Sí.

– No olvides que forma parte de Avalancha. Solo porque Jessie sea una buena persona no significa que todos sus amigos lo sean. Quizás haya algunos que sí, pero la gente que se toma la justicia por su mano me asusta. Hay personas que creen que mientras ondeen la bandera de la justicia pueden hacer lo que se les antoje.

– Lo sé.

– Vamos, vete ya o te seguiré dando el sermón.

– Siento tenerte preocupada, Marle…

– ¡Pues sí, siéntelo!

Marle seguiría hablando si no la interrumpía, así que Tifa abandonó el Séptimo Cielo tras prometerle que llevaría el dinero la próxima semana.

Había quedado con Jessie en la frontera entre los barrios de los sectores 7 y 8, pero en el lado del 8.

El edificio se encontraba en un terreno vacío delimitado por el muro exterior. Cuando perdió el contacto con Jessie por primera vez, acudió allí sola varias veces de camino a casa. El solar se utilizaba como depósito para la chatarra. Nunca le había sucedido nada malo, pero el lugar en sí la ponía nerviosa.

Las noches en los barrios eran artificiales, pero las noches a las afueras parecían reales. El problema era que ser capaz de notar la diferencia solo la horripilaba. A medida que iba acercándose cada vez más a las afueras, los olores del ambiente fueron cambiando. El aire nocturno traía consigo un olor mucho más real.

– Tifa – dijo alguien.

Estando a punto estuvo de saltar del susto, se dio la vuelta, y se encontró con ese rostro que tanto había echado de menos.

– ¡Jessie! – exclamó.

La joven llevaba una chaqueta con capucha y unos pantalones deportivos. Corrió entre los montones de chatarra, directa hacia los brazos de Tifa.

– Tifa, aquí no estás segura. Aléjate…

Por un momento, Tifa no entendió lo que estaba sucediendo. De repente, hubo un sonido similar al que hacia el fuego al crepitar. Luego volaron chispas por todas partes.

– ¡Nos disparan! – anunció Jessie – Tenemos que correr en zigzag y volver a los barrios cuanto antes.

Tomó a Tifa de la mano y juntas echaron a correr. El mismo sonido sonó varias veces más. Hubo más disparos. Hasta que algo rozó la mejilla de Tifa.

– ¡Ay! – se quejó, acariciándose la zona, y notó sangre en las yemas de los dedos.

El corazón le bombeaba en los oídos.

– ¡Por allí! – gritó Jessie.

Pero Tifa no tuvo tiempo ni de mirar en aquella dirección:

– ¡No! ¡Llévame contigo! – le suplicó.

– ¡Esta bien!

De nuevo, se escucharon más disparos. Las balas se clavaban en el suelo y golpeaban trozos de chatarra, levantando chispas en el aire, luego rebotaban. Los sonidos estaban desordenados. Había armas por todas partes. Tifa estaba tan aterrorizada que tenía ganas de vomitar.

– Estúpidos cobardes – masculló Jessie de pronto.

– ¿Que?

– Abre los ojos. Mira a tu alrededor.

Tifa ni siquiera se había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados. Estaban escondidas detrás de los restos de una gran máquina que ninguna de las dos sabía para qué funcionaba (un vehículo para la construcción, quizá) y contenían la respiración.

– Creo que son tres. Tienen ametralladoras. Están escondidos en algún sitio, pero no los veo. Aquí parece que estamos seguras, pero tendremos que exponernos cuando decidamos huir – explicó Jessie.

El sonido de los disparos había cesado al fin. Tal vez sus atacantes tan poco sabían dónde estaban ellas

– ¡Qué mala espina me da esto! Estarán esperando a que nos movamos Jessie, ¿quién nos dispara y por qué? – inquirió Tifa.

– Avalancha había reprogramado la reunión para hoy. Se suponía que la íbamos a celebrar cerca del muro exterior del sector 8, pero nos enteramos de que alguien le había filtrado nuestra ubicación a Shinra, así que decidimos cancelarla. Y, entonces, ¡sorpresa! Como la información que tiene Shinra es poco precisa, ahora están atacando todos los puntos que creen sospechosos cerca del muro exterior. ¿Oyes eso? Presta atención.

Tifa se concentró y escuchó los ecos lejanos de otros disparos y quizá también de algunas explosiones. Algunos helicópteros surcaban el cielo.

– El sitio en el que había quedado contigo está muy cerca del muro exterior, así que temía por tu seguridad. Por suerte he llegado justo a tiempo. ¡Pero si cruzamos por encima de los montones de chatarra, seremos carne de cañón! Perdóname, segura te estás preguntando qué demonios está sucediendo, si esto fuera una simple obra de teatro, el héroe vendría ahora a salvarnos, pero… Dudo que eso ocurra en la vida real, ¿verdad? Tifa, ¿|levas algún arma encima?

– No, pero sé artes marciales.

– ¡Fantástico! Por desgracia, eso de poco nos sirve contra esos francotiradores.

– Si, tienes razón, Pero no lo sabremos si no lo intentamos.

– Nunca has estado en una situación parecida, ¿no? Ya no hace falta que lo jures. Es muy típico de los que siempre tienen confianza el actuar de forma tan temeraria.

Los disparos volvieron a sonar. Una bala golpeó un trozo de metal cercano y este rebotó varias veces en el suelo. A diferencia de lo que había sucedido hacía apenas unos minutos, en aquellos momentos las balas llovían sin cesar y los estruendos eran continuos. El ruido por sí solo parecía tener el poder de matar.

– ¿Qué pretenden? ¿Intimidarnos para que salgamos? ¡No quiero morir! ¡No puedo morir! Tenemos que rendirnos. Ya pensaremos en cómo escapar después. Necesito un pañuelo o algo blanco…

Desconcertada, Tifa se sentó en el suelo. Hubo entonces un estallido muy fuerte, parecido al de un trueno. Después se hizo el silencio. Aún podía escuchar el sonido de los disparos, pero en la lejanía ¿O es que se estaba quedando sorda?

– Oye Tifa, ¿estás bien? – La voz le resultaba familiar.

– ¿Qué? ¿Qué significa esto? – exclamó Jessie – De verdad ha venido el héroe a salvar a la damisela en apuros?

– ¡Tifa! Dime que estás viva. – insistió la voz, que pertenecía a Barret.

– ¡Sí, estoy viva! – exclamó ella, aunque débilmente.

– Bien. Ya no hay nadie aquí. Salgan, rápido.

Jessie fue la primera en salir de entre las sombras del vehículo oxidado, seguida de Tifa.

– Buenas noches, Jessie. Cuánto tiempo sin verte – Barret se encontraba de pie a unos diez metros de distancia de ellas.

– ¿A qué viene esto? Barret, ¿qué haces aquí? – inquirió Jessie.

– Quería verte. Llevo buscándote en todas partes por mucho tiempo.

– ¡Acaso eres una clase de pervertido!

Mientras escuchaba su conversación, Tifa no podía apartar la vista del brazo derecho de Barret. Donde acababa el muñón, alguien le había enganchado una pistola, algún tipo de arma, en definitiva, más gruesa que el propio brazo. Tenía varios cañones. Un momento… ¿Aquello era fuego? Sin duda alguna, el arma aún brillaba en rojo intenso.

– Barret, tu brazo… – susurró la muchacha.

– ¿Hablas del cañón? – preguntó él – Me lo quito para ir por la calle, pero cuando voy en serio me lo pongo.

Había tres centinelas de Shinra tirados a sus pies, a sus lados, los rifes enormes y pesados que habían estado utilizando para asustarlas.

– Estos inútiles las han puesto en apuros, ¿eh? Cada vez se acercaban más a ustedes, pero se olvidaron de cubrirse las espaldas. Escucha Tifa…

– ¿Sí?

– Te habrían matado ellos a ti de no haberlos matado yo antes.

– Lo sé.

– No se lo digas a Marlene

– No lo haré.

Seguían sonando algunos disparos en la distancia y los helicópteros continuaban dando vueltas en el aire.

– Eh, ustedes dos – los llamó Jessie – Deberíamos irnos rápido.

– Sí, tienes razón.

– Tifa, llévanos a tu casa. – propuso Barret.

– ¿Por qué?

– Marle me ha pedido que me asegure de que llegas sana y salva. Jessie, acompáñanos, tenemos que hablar.

De camino al Callejón de los Contenedores, Barret les contó cómo había terminado en las afueras él también.

– Marle tenía un mal presentimiento, así que me ordenó seguirte Tifa. Pero te perdí la pista en ese estúpido solar de chatarra, pero como los inútiles de Shinra disparaban como locos, supe enseguida dónde estabas.

– Lo dices con orgullo – Jessie lo fulminó con la mirada – Casi nos matan, ¿sabes?

– Oye, al final todo salió bien. ¡No te quejes!

Al poco rato, giraron la esquina de la calle. Rakesh, que aun sustituía al vigilante, los observó con gran sorpresa.

– Son amigos míos. – explicó Tifa.

– Claro. Adelante. – respondió él.

Rakesh estaba visiblemente asustado por la presencia de Barret, incluso dio dos pasos hacia atrás. Tifa miro su reacción y le hizo tanta gracia que sintió que la tensión que se le había ido acumulando en todo el cuerpo desde que puso un pie en las afueras, se disipaba por fin.

Al final del callejón, se detuvo frente a su contenedor.

– ¡Bienvenidos a mi humilde morada! – exclamó – Gracias por acompañarme a casa. ¿Gustan pasar?

– No sé, parece poco espacioso. No es que no quiera entrar, pero necesito hablar con Jessie. Aunque, como vamos a hablar de asuntos peligrosos, quizá sí sea buena idea que nos prestes tu cuarto unos minutos.

– Se suponía que era una noche de chicas. – resopló Jessie.

– Sera rápido.

Tifa quitó el candado y abrió la puerta. Dejó entrar primero a Barret, luego a Jessie y, al final, pasó ella.

– Es más estrecho de lo que me imaginaba con tres personas dentro – comentó Barret.

Tifa no pudo evitar reírse al verlo tan incómodo.

– Maldita sea, Tifa, tienes que mudarte ya. Nadie debería vivir así.

– Estoy en ello.

– ¿De qué querías hablar, Barret? – se interesó Jessie.

– Ah, sí. – El hombre se dejó caer en el suelo y se rascó la barbilla – Lo diré sin rodeos. Deja que entre en Avalancha. Eres mi única esperanza, Jessie. Llévame ante su líder, Elfe se llama, ¿verdad?

Jessie se sentó en la cama y se rascó la barbilla, imitando Barret, Tifa a su vez, se apoyó en la pared y se limitó a escuchar la conversación.

Pensativa, Jessie empezó a rascarse también un lado de la mejilla, luego el otro.

– Crees que nuestro mundo es fácil, pero nada más alejado de la realidad. Te lo intentaré explicar.

Barret se inclinó hacia ella.

– Está ocurriendo algo raro con el grupo principal de Avalancha dirigido por Elfe – empezó a contar la muchacha – Sus objetivos no están claros, algunos se han distanciado y han formado su propia facción. Estas facciones son muy pequeñas: grupos de tres, diez, veinte como máximo, con esa cantidad no podemos hacer ni que Shinra parpadee. Por eso estamos intentando reunirnos todos. Derribar a Shinra, destruir los reactores de Mako, proteger el Planeta, ganar autonomía para Midgar y restaurar la República. Son muchos objetivos y cada persona tenemos uno distinto. En la reunión de esta noche íbamos a vernos todos por fin, pero ni siquiera he sido capaz de encontrarme con mis amigos. Ni con Biggs ni con Wedge.

– ¿En serio? – Barret alzó ambas cejas.

– Quiero que los reactores dejen de funcionar. Bombardearlos o algo así. Biggs odia a Shinra con toda su alma, así que hará lo que sea con tal de ocasionarles algún problema. El inconveniente es que muchos ciudadanos inocentes se verán envueltos en el embrollo. Por eso aún no estamos preparados. Wedge dice que hará lo que Biggs y yo hagamos. Sabemos lo que queremos hacer, pero estamos dentro de un círculo vicioso que no termina nunca. Si alguien me preguntase en una de las reuniones cuál es el objetivo de mi división, seria la del sector 7, o cómo pienso lograrlo, no sabría responder.

– Necesitas alguien que se haga cargo. Un líder. No solo para ti, sino para Avalancha en todo su conjunto.

– Sí, es cierto. Eso es precisamente lo que necesitamos.

– Yo puedo hacerlo. Puedo ser su líder.

– Si tú lo dices… – se rio Jessie.

– Nunca sabrás si se me da bien a menos que me dejes intentarlo.

Qué funciona, qué no funciona, qué tipo de reacciones obtendrás… No lo sabrás nunca. Si le das vueltas a lo mismo todo el rato, no solucionarás nada. Lo peor que te puede suceder es pasarte de lista y pensar demasiado las cosas. Pongámonos en marcha de una vez, déjame darte ese empujón que necesitas. Súbete a mi espalda.

– ¿Quién está al cargo de tu división en estos momentos? ¿Tú?

– No. No tenemos líder. Somos todos iguales. Las decisiones las tomamos por consenso.

– Pero eso no les está funcionando. ¿Por qué no intentar cambiar las cosas?

– Tifa, ¿qué opinas tú? Creo que cuantas más personas haya de nuestro lado, mejor. Así nos dará buena suerte – respondió la susodicha.

– No puedes hablar en serio – murmuró Jessie, más que sorprendida.

– Supongo que Barret sabe cómo ganarse a la gente. Es cierto que sabe cuándo y cómo dar un paso al frente, admito que nos hace falta alguien así en nuestras filas. Tienen razón, las cosas no nos están yendo bien y eso tiene que cambiar.

*

– Así se fundó nuestra división de Avalancha. Biggs no se llevaba muy bien con Barret al principio, pero poco a poco empezó a acostumbrarse a él.

– Barret se hizo con el mando, ¿eh?

– Podría decirse que sí. La convicción de Barret hizo que otros grupos de la organización se involucrasen más en nuestra lucha. Nos hizo crecer como personas. Pero, cuanta más gente, más opiniones. Hubo un momento en que Barret no pudo aguantarlo más y explotó. De hecho, le sucedió varias veces. Cada vez que explotaba, la división de los barrios bajos del sector 7 se empequeñecía un poquito más. La última vez que explotó lo echaron de la sede.

– Me sorprende que siguieran todos confiando en él.

– Se trata de las conexiones que haces con la gente. Conocerlo a él me ha llevado a conocerte a ti, Red.

Red XIII resoplo y se rasco con destreza detrás de las orejas con una pata trasera.

– ¿Y qué pasó con aquel tipo?

– ¿Quién?

– Rakesh, Supongo que pasaría algo más, ¿no? Quiero saberlo si pudieras contarme.

*

El tiempo pasó volando. Cuando quiso darse cuenta, ya era miércoles de nuevo. A primera hora de la mañana, Tifa se dio un baño y esperó a que Barret pasase a recogerla. Juntos debían transportar ciento sesenta mil guiles hasta el bar. Aquella era la cantidad que necesitaban para poder mantener el Séptimo Cielo. Luego seguirían pagando la deuda que Monty les había dejado en cuotas mensuales.

Por petición directa de Tifa, decidieron que Barret se encargaría del bar el tiempo que Marle necesitase distanciarse de ellos para que no la relacionasen con Avalancha. Sin embargo, la mujer estaba más que dispuesta a dar su opinión sobre según qué asuntos e incluso meter las narices donde no la llamaban, como siempre. Tifa no entendía por qué Marle debía mantenerse alejada del bar, pero supuso que tendría sus razones personales.

Para pagar su propia deuda, Lockhart seguía vendiendo empanadas de carne del sector 8 en el puesto de comida. Una vez terminase, pasaría a trabajar a tiempo completo en el Séptimo Cielo. Su objetivo era unirse al equipo en dos años. Hasta entonces, se dedicaría en cuerpo y alma a aprender a preparar los cócteles de Monty poco a poco.

– Vamos, en marcha. – dijo Barret en cuanto llegó – ¿Sabes qué es lo más gracioso? Los disparos de Shinra de la semana pasada han causado destrozos en la plataforma, así que han dejado de buscar a los miembros de Avalancha. Supongo que eso nos da vía lib–… Tifa, ¿te pasa algo?

Lo cierto era que la muchacha no había escuchado ni la mitad de lo que Barret le acababa de decir. Los ciento sesenta mil guiles no estaban donde los había escondido, ¡La bolsa había desaparecido!

– El dinero no está. – susurró.

– ¿Qué dices?

– Lo metí en una mochila y lo escondí aquí. Y ahora no está.

Tifa puso bocabajo el cesto. Su ropa interior cayó sobre el suelo, esparcida por doquier, pero no le importó, Barret empezó a soltar ruidos extraños y confusos.

– ¡Deja de hacerte el idiota! – espetó Tifa.

– Estamos hablando de ciento sesenta mil guiles! ¡Qué quieres que haga! ¿Cuándo fue la última vez que recuerdas haber visto el dinero?

– Anoche. Y era ya bastante tarde.

– Entonces, ha desaparecido hoy, ¿justo esta mañana? Pero tú has estado todo el rato aquí, ¿no?

– Sí. Esperando a que tú… Un momento. ¡Fui a bañarme!

Tifa salió corriendo del contenedor y se dirigió a toda prisa hacia los baños públicos, donde se encontraba Aisha.

– ¿Has visto a alguien entrar en mi casa mientras yo me duchaba? – le preguntó.

– Me lo echas en cara como si pudiera ver tu contenedor desde aquí... A ver, ha venido a ducharse el nuevo vigilante, pero se ha ido cuando le he dicho que estabas tú dentro.

Tifa le agradeció a Aisha la información y corrió hacia donde estaba el puesto del vigilante, Barret se unió a ella de camino.

– Han registrado otra vez tu contenedor – le murmuró – pero no hay ni rastro del dinero.

– Creo que ya sé quién me ha robado.

Los dos buscaron a Rakesh por todo el sector y acabaron en la clínica de la doctora Damini Orange, donde se supone que el muchacho vivía. Si no lo encontraban allí, irían a buscarlo a la base de Manson.

Llegaron sin aliento. Desde el interior de la clínica se oía la voz airada de un hombre. Una mujer le gritaba. Tifa alcanzó la puerta, que estaba abierta. Volvieron a oírse algunos ruidos desde dentro. Era el sonido de la violencia: máquinas rompiéndose y cristales haciéndose añicos.

– ¡Pare, por favor! – gritaba Damini.

– ¡Tenemos el dinero! – le decía Rakesh.

Barret se llevó el grueso dedo índice a los labios. Antes de actuar, quería escuchar la conversación.

– Claro que lo aceptaré. – La voz era una que ella conocía muy bien. Tifa estaba entre sorprendida y confundida.

– Pero llegas una semana tarde. Si te retrasas en tus pagos, habrá que darte una lección. De lo contrario, la gente pensará que cualquiera puede pasarme por encima.

– ¡No, nadie pensará eso! Todo el mundo le teme, señor.

– Entonces, ¿a qué te has dedicado durante toda la semana? Vamos, dime.

Tifa no escuchó la respuesta de Rakesh a aquella pregunta.

– Me han dicho – insistió la voz – que has robado el dinero que tu madre ha estado ahorrando para volver a apostar en las carreras de chocobos. Un dinero que se suponía que era para saldar su deuda conmigo. ¿Por quién me tomas?

– Me habían dado información privilegiada sobre la carrera y pensaba que...

Tifa oyó el sonido de más objetos rompiéndose.

– Por favor, no lo rompa. ¡Por favor! – suplicó Damini – ¡Señor Manson!

– ¡Imposible! – exclamó Tifa, entrando en pánico.

Trató de cubrirse la boca, pero ya era demasiado tarde.

– ¿Quién demonios anda ahí? – inquirió la voz.

De repente, un anciano delgado apareció frente a ella.

– Tifa...

El Tio estaba allí, con su habitual camiseta roja.

– Tio… ¿Tú eres Manson? – susurró ella.

La mirada del hombre nadaba en diferentes direcciones. Abría y cerraba la boca, sin saber muy bien qué decir. Al final, dejó escapar un suspiro profundo.

– Bueno, ya no se le puede hacer nada. La verdad ha salido a la luz, todos los miércoles me dedico a lo que estás viendo, sí.

– Así que, ¿eres tú el que me obliga a cumplir con las normas de Manson?

– ¿Qué normas? No sé nada de ningunas normas.

– Rakesh me dijo…

– Pues ve a hablar con él. Está ahí detrás, sonándose la nariz.

Tifa estaba a punto de ir hacia allí cuando Rakesh apareció también frente a ella con los párpados hinchados. Parecía que acabara de limpiarse una hemorragia nasal.

– Señor Manson – insistió el chico – Por favor, tome el dinero y váyase. Sé que no es suficiente, pero… – Rakesh le ofreció la mochila al Tio Manson.

– ¡Ese dinero es mío! – bramó Tifa.

– ¡Dánoslo! –exclamó Barret a su vez, arrebatándole a Rakesh la mochila de entre las manos para tirar de ella hacia él.

– ¡Suéltalo! – Rakesh gimió como si le estuvieran robando unos guiles que fueran suyos.

– Necesito respuestas, Rakesh. O dámelas tú mismo, Tio – dijo Tifa.

– Rakesh me debe mucho dinero – empezó a explicar el anciano, algo molesto – por culpa de su adicción al juego. Para devolvérmelo, ha estado cobrándole un plus ilegal a algunos pacientes de la clínica de su madre. Mucha gente inocente ha sufrido por su culpa. Encima, Damini también estaba al tanto de toda la estafa.

– ¿Cuánto costó en realidad mi tratamiento?

– Un tercio de lo que te cobramos. Lo siento mucho Tifa. – se lamentó la doctora Orange desde el fondo de la sala.

Al escuchar sus palabras, Tifa sintió que se ahogaba. ¿Qué quería decir con *“un tercio”*? Se aferró a su pulsera de cuero, enredándola más en su muñeca. Rompió el cordón sin querer y dejó que se deslizase hacia el suelo.

– Te ayudé. Si no lo hubiera hecho, habrías acabado trabajando en el Mercado Muro. Lo sabes, ¿no? – susurró Rakesh.

– Tifa, vámonos. Si te quedas más tiempo aquí, te pegarán su locura – espetó Barret.

– Lo sé, pero antes…

Tifa alzó ambos puños frente su rostro. Inhaló profundamente y exhaló poco a poco. Recordó el movimiento 1.1.1 del quinto volumen del Libro De Los Secretos y, así, lanzó un derechazo que estrelló en la mandíbula de Rakesh Orange, derechazo que le giró la cara y lo mandó volando contra una de las paredes, Damini corrió junto

a él y le acunó la cabeza, pero Tifa no sintió ni una pizca de culpa.

– Tio… – Cuando Tifa se giró hacia él, el hombre se rascó cabeza – Lo sabías todo, ¿no?

– Si, pero no quería dejarte ir. Tienes mucho talento. Te lo he dicho muchas veces. Eres la mejor compañera que he tenido nunca. Por eso acepté lo que Rakesh me propuso.

– Me gustaba trabajar en el puesto de comida. Aunque estuviera pasándolo mal, me olvidaba de todo si me concentraba en preparar las empanadas. He sido feliz contigo, pero tendrías que haberme contratado sin humillaciones.

– Llevo demasiado tiempo en los bajos fondos Tifa – suspiró el Tío con pesar.

Tifa miró a Damini en esta ocasión.

– Ya no tengo que pagar nada más, ¿verdad? – preguntó.

– Yo me encargo del resto. Gracias por todo, Tifa. Ojalá puedas perdonarme… – musitó ella.

– ¡Tifa! – Rakesh se puso en pie con un ligero tambaleo – Hace tiempo que quería decirte que… me gustas y….

Libro de los Secretos, quinto volumen, movimiento 2.1.1. Patada lateral en la cabeza.

*

– Supongo que te sentiste mejor después de darle esa patada.

– Así fue. Y gracias por escucharme de verdad. Creo que ahí termina la historia de mis días más inocentes.

– ¿Quieres decir que ya no eres inocente?

– Intento no serlo.

Red XIII la miró con fijeza. Tifa se giró hacia él.

– ¿Qué pasó con Zangan? – preguntó la bestia, cambiando de tema.

– No lo sé. No tengo ni idea. Pero la próxima vez que lo vea…

– Todavía no te ha dado tu licencia.

– No. La próxima vez que lo vea, me enfrentaré a él, pero usaré mis propias técnicas. Sigo super enfadada por haberme dejado con aquel loco y su madre.

Red XIII se aclaró la garganta. Tifa se preguntó si estaba volviendo a reírse de ella. El aire sopló con fuerza y la hierba del prado se onduló ante ellos.

– Vayamos con los demás.

Cuando se puso en pie, la brisa le rozó el rostro. Y Tifa, caminó hacia el viento, dejando que el pasado se vaya como la corriente de aire que se lleva las hojas caídas.

Capítulo 2:

El Pasado De

Aerith

Aerith Gainsborough estaba en el transbordador de Shinra y, al igual que sus compañeros, llevaba un uniforme militar de la Compañía de Electricidad y Energía. Era la primera vez que veía el mar y también la primera vez que viajaba en barco. Había sido una auténtica sorpresa para ella descubrir que el ferry que conectaba Junon con Costa Del Sol fuera tan ostentoso. Empujada por la curiosidad, empezó a investigar el ferry y se dio cuenta enseguida de que los pasajeros, todos bastante adinerados, no trataban muy bien a los centinelas. Ahuyentada por las frías miradas de algunos, llegó a la bodega de carga. Allí había lotes de mercancía y equipaje por todas partes.

Y en medio de estos, una persona:

– ¿Sabes qué he escuchado en la cubierta hace un rato?

Era Tifa Lockhart, ataviada también con un uniforme y equipo de Shinra. Viendo su dulce sonrisa, nadie se esperaría que fuera la excelente artista marcial que en realidad era, además, también es una compañera en la que se podía confiar ciegamente, con unos puños de hierro, patadas de acero y una potencia de salto admirable. Se habían conocido hacia más bien poco, sin embargo, Aerith es de las que cree que las amistades no se dictaminan según el tiempo que llevas conociendo a alguien, sino que se forjan al superar situaciones críticas con una persona.

– Que cuando te mareas – continuó diciendo Tifa – es bueno charlar para distraerse.

– Muy interesante, pero ¿te encuentras bien?

– Sí, no te preocupes. ¿Y tú?

– Yo también estoy bien.

La conversación termino ahí. Poco después, Aerith notó que Tifa quería volver a hablar y no sabía muy bien cómo. Era una muchacha muy reservada a veces, pero en esta ocasión Aerith la notaba diferente.

– ¿Quieres charlar? – pregunto Aerith – charlemos entonces.

– Me gustaría conocer tu historia.

– ¿La mía?

– Se me da bien escuchar. Es lo que siempre hago en el bar –aseguro Tifa, y se puso recta para fingir que le sacaba brillo a un vaso inexistente–. ¿Vaya, es tu primera vez aquí? ¿De dónde eres?

– Que genial – suspiró Aerith, maravillada.

– ¿Eres de por aquí? – insistió Tifa.

– No. Vivo en los barrios bajos del Sector 5.

– Ya veo. El Sector 5 parece una zona animada. ¿Naciste allí?

–Pues… – susurró Aerith, dubitativa – Es un poco complicado.

Tifa supo al instante que acababa de incomodara su amiga.

Ya habían tocado alguna vez el tema de que era una Antigua, probablemente la última de su raza.

– Lo siento, no debería presionarte – se lamentó.

– No pasa nada – la reconfortó Aerith enseguida – Solo me he quedado algo desconcertada. Nadie me lo ha preguntado nunca y tampoco jamás he tenido a nadie a quién contárselo. Pero, si tú quieres escucharme… ¿De verdad quieres hacerlo?

– Solo si a ti te apetece.

– ¡Claro que me apetece!

*

Ifalna Faremis, la madre de Aerith, era la última descendiente directa de los Antiguos, ya que sus dos padres habían sido Antiguos de pura cepa. Por desgracia, vivía bajo la protección de Shinra. Pasó muchos años en una de las plantas más altas del edificio de la Compañía con tal de colaborar con los diversos estudios relacionados con su raza. Disponía de una habitación que le proporcionaba todo lo que podía necesitar, salvo la libertad de pasear por el exterior. Aerith vivía con Ifalna, pero no recordaba el día en que había pisado por vez primera en aquel cuarto.

Su primer recuerdo era entre aquellas cuatro paredes. Como todos los que la rodeaban eran adultos, la única persona a la que podía considerar un amigo era Ronnie, el hijo de la cuidadora de Ifalna, Mariel, quien se lo traía muy a menudo. Era dos años mayor que ella.

Corría el año 1992. Aerith tenía apenas siete años cuando su cabeza se inundó de imágenes. No solo vio paisajes y personas que no conocía, sino también figuras de animales y monstruos. Los poderes ancestrales de Aerith habían despertado al fin. La pobre niña, inexperta, era incapaz de controlar las imágenes y mucho menos ignorarlas. Pintaba en hojas de papel y en las paredes de la habitación y se las mostraba a cualquier persona que quisiera verlas. Pensaba que, al plasmarlas en una superficie, la que fuera, las misteriosas *"visiones"* desaparecerían.

*

– Ahora entiendo que en aquella época no era más que una rehén y que, para protegerme, mi madre no tenía más remedio que obedecer al profesor Hojo. Pero acabó enterándose de que yo también había heredado los poderes de los Antiguos y se emocionó. Contar con una sucesora dentro de sus instalaciones provocó que

empezase a hacerle cosas terribles a mi madre, algo que no se había atrevido a hacer hasta entonces. La salud de mi madre empezó a empeorar y…

*

Las horas que Ifalna se pasaba *"trabajando"* aumentaron bajo petición de Hojo y algunos de sus ayudantes. La hacían colaborar en muchísimos estudios todos los días, desde la mañana hasta por la noche. Cada vez estaba más débil y llegó un punto en que era incapaz de caminar por sí misma. El personal de Hojo empezó a trasladarla en silla de ruedas. Un día, apareció Faz Hikkusu, ataviado en una bata de laboratorio.

De todo el personal, Faz, al menos en opinión de Aerith, era el más grande. Sus ojos, nariz y boca también eran enormes. Se trataba de una figura de confianza que muchas veces trasladaba a Ifalna entre sus gigantescos brazos.

Una vez, Faz se acercó a Ifalna y esta le pidió algo para aliviar su dolor. Su dulce voz sonaba triste. Aerith no comentó nada al respecto, pero odiaba cuando su madre hablaba así. No quería verla enferma. Anhelaba que se curase pronto.

– Faz, por favor… – rogó Ifalna.

Aerith estaba casi segura de que Faz también había visto su empeoramiento. Dándole la espalda a la cámara de vigilancia, dejó sobre una mesa un frasco pequeño de medicina y una jeringa, y le recordó a Ifalna que aquello era algo que debía ocultarle al resto del personal Luego se marchó, Ifalna se inyecto la medicina. Aerith lo pasaba mal cada vez que veía a su madre cavándose la aguja en el brazo, así que solía esconderse a la sombra del sofá…

La muchacha apenas recuerda las fechas exactas de todo lo sucedido cuando era pequeña. Cree que fue una noche, cuando tenía siete años. Como de costumbre desde que había averiguado que las vigilaban, que se había acurrucado en la cama de su madre, totalmente cubierta por la manta.

– Aerith, ¿Y si… nos vamos a una aventura? – le susurró Ifalna, desde el otro lado de la cama.

– ¿Una Aventura? – Su madre había captado toda su atención.

– Una muy grande. A un lugar muy lejos…

– ¿Y qué haríamos si vamos? – preguntó la niña, con un miedo terrible hacia el mundo exterior.

– Echo de menos salir a pasear.

Aerith no entendía como se sentía su madre, pero sí percibió las lágrimas entremezcladas en su voz.

No quería verla llorar, así que se levantó se la cama.

Ifalna se cubrió el rostro con el brazo y la manga de su pijama, que le quedaba

holgada, se dobló hacia atrás, relevando las marcas de las muchas inyecciones dolorosas.

– ¿Sin los hombres de blanco ni las agujas? ¿Te pondrías mejor ahí?

– Si mi amor… creo que sí.

– ¡Entonces vamos! Aunque no sé si podremos. La cámara nos mira.

– Faz nos ayudará.

– ¿Por qué?

Hubo una breve pausa.

– Porque es una buena persona.

Igual que siempre, Ifalna abandonó la habitación temprano y no volvió hasta por la noche, con Faz tras ella, empujando su silla de ruedas.

– Ey, Aerith – saludó a la niña, con voz profunda – Está todo listo. Les he preparado una casa en los barrios bajos del sector 3. Por fin tendrás tu propio cuarto. No es muy grande, pero al menos saldrán de aquí.

Tras decirle aquello, abandonó la habitación.

La alarma de emergencia sonó a la mañana siguiente. Ifalna le dio a su hija un vestido que no había visto nunca anteriormente y le pidió que se diera prisa en cambiarse.

– Es el momento, vamos – la instó.

– Pero nos verán, mamá – se quejó Aerith.

– No pienses en eso. – Ifalna intentó abrir la puerta, y lo consiguió.

– No puede ser – musitó la niña – ¿Y la cerradura? ¿Por qué está abierta?

Su madre no respondió. Se limitó llenarse los pulmones de aire y la arrastró hacia el pasillo, corriendo. Allí no había ni un alma. La alarma le resonaba a Aerith en los oídos.

– "*Atención: se han escapado algunos monstruos experimentales de sus celdas. Esto es un aviso para el personal del Departamento de Ciencias y Desarrollo. ¡Procedemos la evacuación inmediata del edificio!"* – informaron los altavoces, en tono indiferente.

– Esto parece peligroso.

Aerith estaba asustada. Aunque cojeaba, Ifalna estudió el pasillo y camino con seguridad. Su estado había mejorado mucho con el simple hecho de abrir la puerta que le concedería la libertad. Aerith agarró la mano de su madre y avanzó junto a ella.

Giraron la primera esquina. No vieron a nadie del personal y tampoco había ni rastro de los monstruos que se suponía que habían escapado. Ifalna se apresuró a acercarse a un carrito de la limpieza abandonado; aunque dicho carro apenas era una gran caja de metal sobre unas ruedas diminutas que contaba con una escoba

larga y un trapeador. Deslizó la mano por el lateral y este se abrió. Dentro no había nada. Se suponía que tendría que estar lleno de productos de limpieza o herramientas, pero estaba vacío. Alguien había sacado también los estantes y separadores.

– Nos esconderemos aquí. Yo entraré primero – explico Ifalna, y se deslizó en el interior del carro, doblándose por la mitad – Vamos, ven conmigo, Aerith.

Alentada por su madre, la niña también se introdujo en el carro de la limpieza. Ifalna se abrazó las rodillas para hacerle espacio a su hija y la pequeña no tardó en acomodarse.

– Vamos a tener que quedarnos aquí un rato, así que ponte cómoda.

– Así estoy bien.

– Estupendo, cariño.

Cuando Ifalna cerró la portezuela, quedaron abandonadas a la oscuridad más absoluta. Los altavoces repitieron el anuncio anterior sobre los monstruos experimentales. Al cabo de un rato, madre e hija sintieron una presencia. El carrito tembló.

– Soy yo. – murmuró alguien.

– Menos mal, Faz.

– Hay que ponerse en marcha. – Acto seguido, el carro empezó a moverse – Pase lo que pase, no hagan ningún ruido.

De vez en cuando. Faz les describía lo que sucedía fuera: *"Voy a girar. Ahora entraremos en un ascensor. Luego tendremos que entrar en otro"*.

Pero, en uno de los ascensores, Aerith empezó a sentir náuseas.

– Mamá, me encuentro mal.

– Se te pasará dentro de poco.

Cuando aquella extraña sensación de caída libre llegó a su fin, el carro volvió a moverse. Faz ya las había avisado a ambas: iban a cambiar de ascensor varias veces.

– Estamos en el estacionamiento – anunció el hombre. Aerith noto un olor diferente y algo desagradable – En unos pocos metros, me detendré delante de un camión. Sera su única oportunidad, dense prisa para subir a la plataforma de carga. Yo las ayudaré.

Hubo un cambio en la rugosidad del suelo y, de pronto, el carro traqueteo como si estuvieran yendo a la carrera. De repente se detuvo y la portezuela se abrió.

– Rápido – instó Faz, que no tardó ni dos segundos en sacar a Aerith con una de sus enormes manos. Levantó a la niña y la colocó sobre la plataforma como si no pesase más que un jarrón. – Entren – les ordenó, dejando a Ifalna junto a su hija – Dentro verán unas cajas de madera. La que está al fondo está vacía. Métanse dentro y escóndanse. Mi primo conducirá el camión. Cuando lleguen a la estación de tren, un

transportista trasladará las cajas a otro vehículo. El final del trayecto será el barrio bajo del sector 4. Espérenme allí.

– ¿Sin salir de la caja? – dudó Ifalna.

–No, señora Faremis. Podrán salir una vez hayan llegado y espérenme por la estación. Habrá una amiga mía allí, así que hagan todo lo que les pida. Les he escrito una carta para que no tengan ningún problema – respondió Faz, mientras doblaba un papel y se lo pasaba a Ifalna.

– A dónde irás tú, ¿Faz? – preguntó Aerith.

– Tengo que volver al edificio y fingir que sigo buscándolas. Si me atrapan, me juego mucho más que el cuello – La bocina del camión sonó y Faz empezó a impacientarse. – Las veré más tarde. Tienen agua y comida en la caja.

– ¿Cuánto tiempo tendremos que esperarte en la estación?

– En el peor de los casos, hasta que salga el último tren. – explicó Faz, besándole el dorso de la mano a Ifalna. Sorprendida ante el gesto, Aerith miró a los dos adultos.

– Gracias, Faz. – dijo su madre.

Pero antes de que Ifalna pudiera añadir nada más, el camión ya había arrancado.

Madre e hija se arrastraron a cuatro patas sobre el oscilante suelo de la plataforma y avanzaron hacia la parte trasera del camión. Allí había cinco cajas de madera, todas más grandes que el carro de la limpieza en el que se habían escondido momentos antes. Cuando Ifalna encontró la caja vacía, deslizó la tapa hacia un lado y metió a Aerith dentro.

– Huele mal. – se quejó la niña.

Le habían venido varios olores tras abandonar la habitación, pero aquel era el más insoportable de todos.

– Tienes que aguantar, cariño. Te acostumbrarás enseguida. – la consoló Ifalna, entrando también en la caja.

Pero a Aerith no le pasó desapercibido el ceño fruncido de su madre.

– ¡Tú también crees que apesta, mamá!

Ifalna le sacó la lengua y, tras compartir una mirada, ambas se echaron a reír.

Aerith vio entonces la bolsa de papel que había al fondo de la caja. En su interior había una linterna portátil, una bolsita de frutos secos, pan duro y una botella de agua. También encontró un sobre fino, así que miró dentro y descubrió dinero.

– Cuidado, voy a cerrar la caja. – Ifalna deslizó la tapa sobre sus cabezas y se quedaron a oscuras. – A ver, leamos la carta… – En la penumbra, la mujer desplegó el papel que Faz le había entregado – Aerith, ¿puedes iluminarme con la linterna?

– Sí.

Le resultó complicado entender cómo funcionaba el mecanismo, pero, al final, dio con el botón y encendió la linterna. Bajo la tenue luz quedó iluminado el rostro pálido

de su madre. El sudor le brotaba de la frente.

– Mami, ¿estás bien?

– Voy a leerla en voz alta. Intenta recordar las palabras – susurró, sin intención de responder a su pregunta.

– De acuerdo.

– *"La Plataforma sobre la que está construido el edificio de Shinra y los barrios que se encuentran bajo ella están conectadas mediante vías de tren. Mi gente transportará esta caja sin abrirla a un vagón de uno de estos trenes. Una vez dentro, pasado un rato, verán una luz roja que parpadeará varias veces. No se preocupen, no tiene mucha importancia, así que están a salvo"*.

– ¿Qué significa eso?

– Faz… Me dijo una vez que no sé nada del mundo exterior, ahora creo que llevaba razón.

– Eso de las luces me da miedo, mamá.

– Dice que no nos preocupemos. Tengamos fe.

– Está bien…

– *"Cuando sientan que avanzan en línea recta y no hacia abajo escucharan el anuncio de la primera parada. Solo entonces podrán salir de la caja. Colóquense junto a la puerta y esperen a que esta se abra en la última parada: la estación de los barrios del sector 4. Denle el dinero del sobre a la persona que las reciba, es una especie de recompensa. Tengan por seguro que esa persona es amiga mía, pero sigan sus instrucciones y esperen a que yo las recoja…"* – Ifalna tosió con violencia antes de poder terminar de leer la carta. Fue una tos larga. Giró la cabeza y se tapó la boca con el antebrazo – La luz… Apágala… – murmuró.

Luego volvió a toser.

Tiempo después, el camión se detuvo. La plataforma de carga se agitó y luego se oyeron varios estruendos. Escucharon a gente alrededor. Gente que comenzó a descargar las cajas con poca destreza, pues a veces las arrojaban de un lado a otro en lugar de moverlas como era debido. Madre e hija aguantaron los golpes y el ajetreo. Ifalna abrazó a Aerith contra su pecho y mantuvo los gemidos de la niña bajo control, tapándole la boca con la palma de su mano.

– Vamos, muchachos, ¡Que se hace tarde! – se oyó gritar a alguien.

A continuación, se hizo el silencio. Ambas sintieron alivio por un momento muy breve, justo antes de que los transportistas empezasen a cargar las cajas dentro del vagón del tren de mercancías.

– Esto va a los barrios del sector 4.

Tras oír la voz apagada de un desconocido, alguien empezó a mover de nuevo la caja en la que se escondían. Una vez más, con bastante brusquedad. Los transportistas apretaban los dientes y utilizaban no solo las manos, sino también los pies para anclarse al suelo y poder empujar la dichosa caja.

Al rato, terminaron de cargar el vagón. Se oyó un estruendo muy fuerte cuando la puerta se cerró y luego el tren se puso en marcha con un leve traqueteo que se fue repitiendo de vez en cuando. Con el tiempo, el sonido se volvió incluso agradable y rítmico. Aerith se quedó dormida. Pero se despertó de golpe mucho mas tarde y buscó a su madre. El perfil de Ifalna, débilmente iluminado por la linterna, que habían dejado encendida sin querer, era tan bonito como de costumbre. Desde su posición, Aerith vio que Ifalna sonreía. Sintió alivio entonces y volvió a cerrar los ojos. Se durmió de nuevo.

En su sueño, lo único que hacía Aerith era pintar.

Cuando se despertó, Ifalna volvía a toser con violencia.

– ¿Estás bien, mami?

– Si… Dame un momento – respondió la mujer, con la voz ronca. Se aclaró la garganta y añadió: – Parece que ya hemos dejado de descender. Ya no se ven luces rojas tampoco. Supongo que llegaremos pronto a nuestro destino.

– ¿En serio? – se lamentó Aerith en una exclamación ahogada – ¡Yo quería ver las luces rojas!

– Pero si antes habías dicho que te daban miedo.

El interior de la caja se tiñó de rojo. Se miraron sorprendidas y gritaron al unísono:

– *"¡Las luces rojas!"*.

– No me ha dado nada de miedo. – se defendió Aerith.

– Deberíamos comer algo, cariño. No sabemos cuándo podremos volver a siquiera cenar. – sugirió su madre.

Ifalna rompió en varios trozos el pan duro que había dentro de la bolsa. Le dio uno a Aerith y abrió la bolsita de frutos secos.

– Esto es como un pícnic – comentó la niña, pegándose el pan a la mejilla.

– ¿Un pícnic? ¿Qué es eso? – preguntó Ifalna.

Aerith le dio un bocado al pan y esperó a tragarse el trozo para explicar:

– Me lo contó Ronnie, aunque él nunca ha ido a uno. La gente mete comida en un cesto, salen a pasear y luego se la comen por ahí. A veces solo pasean y no comen.

– No sé qué es eso, pero salir a pasear suena divertido.

Bajo la tenue luz de la linterna, olvidada en el suelo, Ifalna le ofreció a su hija lo que quedaba de pan.

– ¿Tú no comerás, mami?

– He comido antes, mientras tú dormías con la boca bien abierta.

Aerith sabía que su madre le estaba mintiendo, así que infló las mejillas, mostrándole así su enfado.

El tren redujo la velocidad e Ifalna volvió a ponerse a toser: los hombros sacudiéndosele con violencia.

– Estoy bien, estoy bien – aseguró.

– Si… – susurró su hija, aunque en realidad no podía evitar preocuparse aún más cuando su madre insistía tanto en que se encontraba bien.

– Siguiente parada… barrios d… cuatro… Barri… del secto… – se oyó que decía una voz apagada por el megáfono.

Era el anuncio de la última parada del tren.

– Salgamos de aquí. – murmuró Ifalna, alzando la tapa de la caja.

Salió ella primero para luego alzar a Aerith. Aunque el tren había disminuido la velocidad, el vagón daba traqueteos y no dejaba de sacudirlas.

– ¡Qué divertido! – exclamó la niña, colocando ambos pies en el suelo para mantener el equilibrio.

Ifalna tuvo que apoyarse en la caja para no caerse.

– Aerith.

– ¿Sí?

– No olvides nunca esta sensación, ¿entendido?

– ¿Qué sensación, mamá?

– La sensación de disfrutar de las cosas por muy pequeñas que sean.

– De acuerdo…

– Mira, Aerith, mira esto. – Ifalna señaló la etiqueta de la caja en la que habían viajado todo aquel tiempo.

– ¿Qué dice ahí?

– Dice; *“De la Compañía Shinra para la Compañía Shinra. Almacén de la estación del sector 4. Mercancía peligrosa. Queda terminantemente prohibido abrirlo en ruta…”*

– ¿Somos mercancía peligrosa, mamá?

– Qué groseros.

Ifalna se echó a reír. Entonces, el tren redujo la velocidad hasta detenerse del todo, provocando que Aerith perdiera el equilibrio y se aferrara a su madre.

– Ahora no digas nada, Aerith. Yo hablaré. – murmuró la mujer.

Aerith miró a su madre y vio que había dejado de sonreír.

Fue una chica joven la que abrió la puerta. Llevaba un mohín triste dibujado en los labios e iba ataviada con un overol holgado. Estaba cubierta de suciedad y grasa por doquier.

– ¿Eres la amiga de Faz? – se apresuró a decir Ifalna. Ella asintió – Aquí tienes. Tu recompensa – Le entregó el sobre con el dinero.

– Mira que le dije que no quería nada a cambio… – refunfuñó la joven.

– Pero… – empezó a decir Ifalna. Sin embargo, la chica le arrebató el sobre y se lo metió en el bolsillo trasero del overol.

– Bajen ya. Rápido.

El vagón quedaba a unos cuantos metros del suelo, a una altura para la que cualquier persona normal necesitaría ayuda a la hora de bajar. No obstante, la chica miraba a su alrededor algo ansiosa y les pedía que se apresurasen.

– Bien. Yo bajaré primero – se ofreció Ifalna. La mujer desapareció del campo de visión de Aerith al saltar.

Se oyó un gemido de dolor.

– ¡Mamá!

– Date prisa. – La voz aguda de la desconocida atravesó oídos de Aerith.

Ifalna se disculpó mientras se ponga en pie, buscó a su hija con la mirada y le tendió una mano. Preocupada por si la chica de la ropa sucia volvía a enfadarse, Aerith saltó sobre el cuerpo de su madre. El ímpetu de la niña hizo que Ifalna tropezase. A punto estuvo de caerse mientras sujetaba a Aerith, pero logró recuperar el equilibrio tras dar dos pasos torpes.

– Hay mucho ajetreo en la Plataforma por su culpa. Van a tener que esconderse en el depósito de contenedores hasta que Faz venga por ustedes. – La desconocida señaló un lugar en el que había apilados un montón de contenedores – Cuando se ponga el sol, los consignatarios entrarán y revisarán el depósito, así que asegúrense de que no las atrapen. Todo podría complicarse si alguien las ve.

– ¿Cuánto falta para que se ponga el sol? – preguntó Ifalna.

– Unas cuatro horas.

La joven intentó marcharse, pero Ifalna volvió a llamarla.

– En qué dirección se encuentra el sector 3?

La joven señaló la dirección con la barbilla y, como si estuviera huyendo de ellas, volvió deprisa al trabajo.

– Mamá, vamos a escondernos ya, corre.

– Sí, vamos.

La amiga de Faz miró hacia atrás una vez hubo llegado al final de la fila de vagones y luego señaló hacia el depósito de contenedores. Les estaba diciendo con la mirada que se dirigieran hacia allí lo más rápido posible.

– Aerith. – Ifalna extendió una mano hacia su hija. – A partir de aquí, empieza nuestra ansiada aventura. Ven conmigo.

Aerith tomó la mano de su madre.

– Mamá, estás ardiendo…

– Es por la emoción.

Ifalna rio y juntas comenzaron a caminar hacia el final del tren. El vagón en el que hablan viajado era el último, así que solo tuvieron que rodearlo. Al cruzar las vías, vieron el edificio de la estación a lo lejos. La joven de antes desapareció dentro de aquellas paredes. Vieron también algunas personas con uniforme; seguramente trabajadores del lugar.

– Mamá, ¿ahora hacia dónde vamos?

Aerith sonaba preocupada. Sin embargo, su madre no respondió. En su lugar, la agarró de la mano con firmeza y echó a andar. Se dirigieron hacia la valla de malla metálica que se encontraba justo frente a ellas. Mucha gente iba y venía por el camino que había al otro lado.

– ¿Mamá?

– Tenemos que trepar.

– ¿Qué? – La valla medía unos dos metros de altura – Yo no puedo, mami.

– Vas a tener que hacerlo. Si no, la aventura acabará antes de tiempo – Ifalna se aferró a la malla metálica – Vamos, ¡será divertido! – Los transeúntes al otro lado de la valla se fijaron en ellas, pero nadie se detuvo – Primero agárrate a una zona alta con las dos manos y luego sube el pie izquierdo.

Confundida, Aerith intentó arreglárselas ella sola para colocarse en la posición que su madre le describía.

– Ahora – siguió indicando Ifalna – ejerce presión con las manos y sube el pie derecho.

– Bien…

– Una vez enganchada, sube la mano derecha un poquito más. Luego mueve la izquierda para colocarla a la misma altura que la otra.

– ¡Lo tengo! ¿Ahora los pies? – A la niña no se le daba nada mal lo de trepar – ¡Mamá, mírame!

Con un leve zarandeo, trepó el trecho que le quedaba en un abrir y cerrar de ojos.

– ¡Bien hecho, Aerith! – la felicitó su madre. – Ahora tienes que bajar por el otro lado.

– ¡Tu! ¡Baja de ahí! – Llegó hasta sus oídos una voz profunda y penetrante.

Aerith vio que uno de los empleados de la estación se les acercaba deprisa y corriendo.

– ¡Mamá! – gritó.

– ¡Rápido cariño! ¡Apresúrate! –exclamó su madre.

– ¡Mami, ven conmigo!

Ifalna empezó a trepar por la valla, pero iba demasiado lenta

– ¡Ustedes dos! – gritó de nuevo el empleado, que cada vez estaba más cerca. Todos aquellos gritos atrajeron las miradas de algunos de los transeúntes.

Y entonces…

– ¡Por aquí! ¡Deprisa! – instó alguien.

Madre e hija miraron en la dirección de la voz. Un hombre muy alto les extendía la mano. Aerith no entendía por qué quería ayudarlas. No tenía sentido que fuese un conocido de su madre, pero…

– ¡Que esperan, rápido! –insistió.

Antes de que Aerith pudiera darse cuenta, Ifalna ya estaba llegando arriba del todo de la valla, como ella. El empleado de la estación extendió los brazos hacia la mujer, pero apenas logró rozarle los pies. Al final, Ifalna estiró una mano y agarró a su hija por la camiseta, tirando de allí con fuerza para elevarse. Aerith perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer de cabeza contra el suelo. Por suerte, un par de manos sólidas la sostuvieron, evitando la desgracia.

– ¿Están bien? – le preguntó el hombre a Ifalna mientras bajaba a Aerith al suelo.

Pero Ifalna tosía con insistencia, así que no pudo responder.

– ¡Colarse sin boleto es un delito muy grave! – bramó el empleado de la estación, encaramándose también a la valla.

– Un delito grave que, al parecer, comete mucha más gente, pero a esos no les dices nada ni los persigues, solo cuando te conviene maldito cabron. – se quejó el hombre que las había ayudado.

– Gracias… – susurró por fin Ifalna.

– ¡Con más razón, estas mujeres estúpidas deben disciplinarse, así hay que tratarlas! – exclamó el trabajador de la estación.

Entonces, el otro hombre le propinó un buen puñetazo a través de la valla. El pobre empleado retrocedió a gritos.

– ¡Malditos bastardos de Shinra! ¡Jodanse todos, cobardes! – le gritó el atacante.

Tras insultar al empleado, se marchó de la escena como si no hubiera sucedido nada. Al mirar al otro empleado de la estación, este jadeaba con dificultad. pero, aun así, Ifalna lo miró y le preguntó con sequedad:

– ¿En qué dirección queda el sector 3?

No solo se sorprendió el empleado ante aquellas palabras, sino también Aerith.

– ¡Ni una mierda que te voy a decir! – masculló el hombre con voz airada, y su tono de voz le congeló a Aerith las piernas.

– De acuerdo. Perdón por nuestros modales. – se disculpó Ifalna con mucha parsimonia.

Luego tomó la mano de su hija y se dispuso a salir de la estación. Cuando miraron hacia atrás, el empleado seguía mirándolas con desprecio. No obstante, no las siguió, sino que se limitó a regresar al caos de la gente en la estación.

– Vaya trago amargo acabamos de pasar. – tosió Ifalna.

Pero, cuando Aerith alzó la cabeza, vio que el rostro de su madre irradiaba felicidad.

No había indicios de que nadie las estuviera siguiendo mientras se alejaban de la estación de los barrios del sector 4. Al mirar hacia arriba, pudieron ver la Plataforma que separaba la ciudad inferior de la superior. Se sintieron abrumadas por aquel enorme armazón de acero. Sabían que mucha gente vivía allí arriba. De hecho, ellas mismas habían residido allí mucho tiempo, en el interior del edificio de Shinra. Sin embargo, la Plataforma era tan grande que Aerith no podía imaginarse bien la superficie.

– Aerith, tropezarás si vas mirando todo el rato hacia arriba – advirtió su madre.

– Perdón.

Ninguna otra persona miraba en esa dirección, debían de estar acostumbrados. A veces, Aerith oía ruidos misteriosos, pero no sabía de dónde provenían. También se oía gente enfadada, pero a nadie le importaban las discusiones ajenas.

– Mamá, ¿quién era ese hombre que nos ha ayudado antes?

– Alguien que también odia a Shinra. Supongo que habrá más personas como él en estos barrios bajos.

– Entonces, ¿tú ya sabías que existía este sitio, mamá?

– He tenido que hacerle muchas preguntas a mucha gente a sabiendas de que este día llegaría.

– ¿Preguntas sobre cómo escalar una valla?

–Si, también. ¿Sabes? Si el profesor Hojo no estuviera presente siempre, creo que todos sus empleados hablarían conmigo.

– ¿Es porque son buenas personas?

– Supongo. Todo el mundo me compadecía y se preocupaban por mí, pero nadie me ha ayudado jamás. Las personas buenas de verdad, Aerith, son las que te prometen que te ayudarán y actúan en consecuencia, no las que solo lo dicen.

– ¿Qué crees que está haciendo Faz ahora?

La niña esperó un rato, pero su madre no respondió. En su lugar, dijo:

– Creo que deberíamos descansar un rato. ¿Te parece bien ahí mismo?

Ifalna señaló una pequeña plaza con varios bancos que había frente a ellas.

*

Cuando nos sentamos en uno de esos bancos, mi madre sacó una jeringa y se la inyectó. Me asusté tanto…

– Es normal. Debió de ser muy duro para ti… – susurró Tifa; había compasión en su mirada y en su voz.

Siempre que pensaba en la palabra *"madre"*, a Tifa le venía a la cabeza la definición de *"persona con una gran bondad"*. Sin embargo, supuso que Ifalna había pasado por mucho y era diferente en aquella época.

– Sabia que no estaba bien ser así, pero empecé a preocuparme solo por mí – admitió Aerith.

– Eras solo una niña…

– Lo sé.

Luego, Aerith se quedó callada. Era cierto, no pudo hacer más por su madre porque solo era una niña. Pero había una serie de remordimientos que era incapaz de ignorar.

– Ay, perdón, me he quedado embobada. – se disculpó. – ¿prosigo?

– Claro, adelante.

– Cuando la medicina le hizo efecto, seguimos avanzando durante horas por los barrios bajos del sector 4, descansando en ratos. Entonces vimos un cartel en el que se podía leer *"Barrios Bajos Del Sector 5"*.

*

– Mami, ahí dice que estamos en el sector 5. ¿No deberíamos estar en el 3?

– No te preocupes. Vamos bien.

– Pero la casa que Faz nos ha preparado está en los barrios del sector 3, ¿no?

– Aerith, tenemos que darnos prisa. Va a anochecer pronto.

– Pero ¿a dónde vamos? ¿Por qué vas tan rápido?

Sin responder a las preguntas de su hija, Ifalna le agarró con fuerza la mano para tirar de ella y aligerar sus pasos.

Sin embargo, Aerith siguió preguntando cosas. Al final la mujer se rindió y comenzó a contestar en voz baja:

– He oído que hay una iglesia en los barrios del sector 5. En el pasado, la gente se reunía allí y oraba a Dios, pero ya nadie sigue esa tradición. Podríamos escondernos en esa iglesia y…

– ¡Yo también he oído hablar de Dios! – exclamó Aerith, sorprendida – ¿Existe de verdad?

– Según sus creyentes, sí. Cuando rezan, reciben poderes.

– ¿Qué es *"rezar"*?

– Es algo parecido a cuando nosotros, los Cetra, hablamos con el Planeta, aunque no acabo de entenderlo muy bien, De todas formas, la iglesia está abandonada, así que no habrá devotos. Es una pena para su Dios, pero a nosotras nos va de perlas.

– ¿Esperaremos a Faz allá?

Ifalna se quedó callada un rato y luego sacudió la cabeza.

– No podemos causarle más problemas. – respondió.

– ¿Y la casa?

– No podremos ir.

– Pero Faz va a ponerse triste.

– Es probable.

– ¡Y a ti eso te parece bien, mamá?

– Mientras te tenga a ti, mi niña, todo estará bien.

Aerith pensó en lo reconfortantes que eran las palabras de su madre. Sentirse bien por aquello no significaba que no se sintiera mal por el pobre Faz, ni que no sintiera que lo estaba traicionando. No obstante, estaba feliz de saber que el hombre ya no le iba a dar más inyecciones, ni pastillas ni, ya que estamos, besos en el dorso de la mano.

– Primero tenemos que ir a la estación. Solo sé ir a la iglesia desde allí.

– ¿Le preguntamos a alguien, mami?

– No. No queremos que nadie conozca nuestro paradero.

Había momentos en los que la luz, allí abajo en los barrios, era escasa, pues la enorme Plataforma tapaba los pocos rayos solares de los que se podía disfrutar. Una gigantesca lámpara solar intentaba compensar de alguna manera dicha escasez, pero no era suficiente. Solo por las mañanas y al atardecer la luz se asemejaba a los rayos solares reales.

Aerith, aunque asombrada por las explicaciones de su madre, sentía ansiedad. Anochecería pronto y tenía la sensación de que algo podría sucederles de no llegar antes a la iglesia.

– Mira, Aerith, creo que hemos llegado a la estación.

Aerith miró en la dirección señalada. Había un tren a punto de partir. A diferencia de la estación del sector 4, la del sector 5 era mucho más pequeña, solo contaba con un andén. Había pocos viajeros bajando de los trenes y no muchos transeúntes a los alrededores.

– No sé hacia dónde…

"…debemos ir ahora". Aquellas fueron las palabras que Ifalna no alcanzó a pronunciar. Sin terminar la frase, se desplomó sobre el suelo.

– ¡Mamá! – La voz de Aerith atrajo las miradas de algunos extraños. pero nadie se acercó a ayudarlas.

La respiración de Ifalna era irregular y pesada y, tras tocarla, la niña notó que tenía fiebre. Además, muy alta.

– Mamá, ¿y tu medicina?

– Ya no… me queda nada…

Aerith empezó a desesperarse. ¿Que debía hacer?

– ¿Mami…? ¿Te duele?

Ifalna intentó decir algo, pero la niña no supo descifrar sus palabras por culpa de los jadeos que no permitían que la mujer hablase con normalidad, así que acercó un oído a los labios de su madre moribunda. Solo oyó un suspiro abrasador. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? No dejaba de hacerse las mismas preguntas una y otra vez.

Su madre volvió a decir algo. Aerith creyó que decía *"Todo estará bien…"* Pero no lo estaba. ¿Y qué podía hacer ella al respecto? Quizás alguien podía ayudarlas, como el hombre del barrio del sector 4. Aerith alzó la cabeza en busca de atención, pero nadie las miraba.

"¿Puede alguien ayudarnos, por favor? ¿Puede alguien mirarnos?", pensaba todo el rato. *"Mi madre está enferma. Por favor, ayúdennos. Por favor, por favor, ¡por favor!"*, pero no salía sonido alguno de su boca.

– Lo siento mi amor… – murmuró entonces Ifalna – Estoy arruinando nuestra aventura…

"Por favor, no digas eso".

– ¡No! – gritó Aerith en su lugar, con la emoción desbordada en su voz.

– ¿Se encuentra mal tu madre? – preguntó en aquel momento alguien. Aerith miró hacia atrás y encontró a un hombre de ropaje descolorido y sucio.

– Hay que moverla hacia un lado. Está bloqueando el camino.

Sin esperar a que la niña respondiera, el desconocido se puso manos a la obra, rodeó con los brazos a Ifalna, que estaba tumbada bocarriba, y empezó a arrastrarla hacia atrás. En el proceso, la mujer perdió un zapato. Aerith lo recogió y corrió tras ellos.

– ¡Oye ten más cuidado! – le reprendió la niña al hombre. Pero este siguió tirando de su madre sin gentileza alguna. La sentó a un lado de las escaleras del andén y le apoyó la espalda en una pared.

– Busca un doctor – le dijo el desconocido a Aerith.

– ¿Dónde puedo encontrar uno?

– No lo sé. Si me encontrase en tu lugar, gritaría hasta dar con uno. – Él hombre se

giró y empezó a gritar – ¿Hay algún doctor? – No obstante, nadie respondió. – En fin, te deseo lo mejor.

Y, sin más, se marchó.

– Oh, santo cielo… – musitaron al unísono una pareja bien vestida que se acercó a ellas entonces y observó a Ifalna con recelo.

– ¿Son ustedes doctores? – preguntó Aerith.

– No, no lo somos.

– ¿Es tu madre?

– ¿No deberías llamar al hospital?

– ¿No tienen más medicina?

Mientras el hombre y la mujer le hablaban, Aerith recordó las palabras de su madre. Las personas buenas de verdad son las que prometen ayudarte y lo hacen, no las que solo parlotean. La gente con la que se estaba encontrando no era buena.

– Solo espera aquí, ¿sí? Iré por un doctor. – anunció la niña, aplastada por la ansiedad, echó a correr por los alrededores de los puestos de comida. – ¿Hola? ¿Hay algún doctor? – exclamó entre la gente – ¿Pueden ayudarme? ¡Mi mamá está enferma!

Echó un vistazo por encima de su hombro y se dio cuenta de que, a lo tonto, se había alejado mucho de la estación.

Vio entonces a un grupo de amigos (hombres y mujeres) que se acercaba a ella. Decidió que lo intentaría con ellos y, si no funcionaba, regresaría a la estación. Corrió hacia ellos.

Estaba a punto de preguntarles si alguno tenía conocimientos médicos cuando de repente vio que estaban demasiado cerca.

Si no frenaba a tiempo, chocaría con uno de los chicos.

– ¡Mira que te lo he dicho! – iba diciéndole a su compañero – Y, sin embargo, tú…

Aerith intentó esquivarlo, pero se fue directa contra el trasero del muchacho y perdió el equilibrio. El grupo entero la miró.

– ¡Agh! ¡Y quédate ahí, niña! – exclamó el joven que acababa de chocar con ella – ¡A estas horas, ya deberías estar en tu casa durmiendo! – Sus amigos se echaron a reír.

Aerith se levantó mientras las carcajadas del grupo se alejaban del lugar. Se sentía frustrada, triste, enfadada y miserable.

– ¿Estás bien?

Aerith se giró y vio a una mujer que exudaba preocupación. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo sencilla y esta se balanceaba tras su cabeza.

– Estoy bien. Disculpe, ¿Hay algún doctor por aquí? – preguntó la niña.

Cuando se dio cuenta de que estaba llorando, se secó las lágrimas.

– Lo siento, linda – se excusó la mujer – No soy de esta parte de la ciudad.

Aerith le dio las gracias y siguió avanzando. Cada vez que alguien le preguntaba si se encontraba bien, se limitaba a responder que sí. No podía evitar pensar en todas las veces que le había hecho la misma estúpida pregunta a la gente para poder salvar a su madre.

– Perdón, mamá… lo intenté… – murmuró, caminando de vuelta a la estación. – Lo intenté enserio…

A regresar, vio que habían cubierto a su madre con una manta. Supuso que alguna buena persona se habría apiadado de ella. Pero al ver lo grave que estaba, sintió que el pecho se le encogía.

– ¡Mamá! – la llamó, pero la mujer tenía la vista fija en el suelo.

– Aerith… – susurró Ifalna – ¿estás aquí?

– ¡Si! Estoy aquí.

Ifalna busco a su hija con la mirada y se aferró a ella.

– Toma esto… – Saco una bolsita de entre los pliegues de su vestido y se la entregó – Me lo dio mi padre, quien lo recibió de su madre, quien a su vez lo recibió de su madre. No tiene ningún uso especial, pero siempre ha conectado las diferentes generaciones de los Cetra.

Aerith sintió un calor extraño en el pecho.

– No lo quiero – musitó.

Si lo aceptaba, todo habría terminado. Lo sabía.

– Aerith… Me estoy muriendo. Mamá debe… regresar al planeta… – La mano de Ifalna, la que sostenía la bolsa, tembló un momento y luego cayó, inerte.

– ¿Qué? – dijo la pequeña, tomando la bolsita, pero temblando de miedo todo su cuerpo y voz.

– No llores, linda. Estaré contigo… por siempre.

– ¡Pero no puedes irte! No puedes… – dijo la niña, entre suspiros, esperando alguna respuesta de su madre.

– ¡¿Y nuestra aventura?!

– Señora… ¿ necesita ayuda? – La voz provenía de arriba.

Aerith miró hacia allí. Era una mujer, la misma a la que le había preguntado sobre conocer algún doctor antes, al chocar con aquel desconocido.

De repente, Ifalna se movió. Se incorporó un poco y agarró a la mujer por el brazo.

– Por favor. Lleve a Aerith a un lugar seguro… – le pidió.

Lo dijo con tanta firmeza que hizo que Aerith se preguntara en qué momento había perdido esa fuerza interior.

Después, el cuerpo de Ifalna se vació. Su espíritu la abandonó, dejando solo carne y huesos en su lugar.

Aerith dejó escapar un suspiro.

En su cabeza, las palabras de su madre se repetían una y otra vez. *"Me estoy muriendo..."* le había dicho. *"Mamá debe... regresar al planeta..." "No llores, linda. Estaré contigo... por siempre"*. Siempre estarían conectadas. Aerith lo sabía, pero el dolor era latente. Las lágrimas le empaparon las mejillas. Le dolía el cuerpo; toda ella temblaba.

Entonces, alguien le acarició la espalda.

Hubo mucho ajetreo de repente a su alrededor, la señora alzó la cabeza a tiempo para ver cómo un tren llegaba a la a estación con un rugido ensordecedor.

– Debemos irnos. – le dijo la desconocida, tirando con firmeza de la mano de Aerith para obligarla a levantarse. Pero la niña se negó, se quitó el agarre de aquella mujer y grito con tristeza y amargura:

– ¡MAMÁ!

– Aquí no es seguro. – Dijo la mujer desesperada al ver centinelas dentro de los vagones del tren fuertemente armados. – Tengo un mal presentimiento.

Se apresuraron a salir de la estación. La forma en que la mujer tiraba de ella le recordó de forma irremediable a cómo su madre la había arrastrado horas antes para cruzar las vías del tren. Se preguntó a dónde la llevaría aquella mano desconocida.

– ¡MAMÁ...! – gritó entonces, sin poder evitarlo, pero la desconocida tiró de ella con más ímpetu. El eco de aquellas palabras resonó en toda la estación del sector 5.

De aquel momento en adelante, estarían siempre juntas. Era la verdad más absoluta. Sin embargo, Aerith también tenía la certeza de que no volvería a sentir su cuerpo junto a ella nunca más. La forma corpórea de su madre cambiaría para la eternidad.

Vio que el tren se detenía. Cuando las puertas se abrieron, descendieron de los

vagones centinelas de Shinra y unos hombres de bata blanca.

– Vamos a tener que correr. – susurró la mujer y, al ver que Aerith no se movía, la alzo en sus brazos, alejándose lo más posible de aquel lugar.

La mujer no bajó a la niña al suelo hasta que estuvieron cerca del centro de los barrios.

– ¿Puedes caminar? – le preguntó. Aerith asintió –. Siento que no te hayas podido despedir bien de ella. – continuó diciendo, y Aerith negó – De verdad, siento mucho que hayamos tenido que dejar allí a tu madre. – La desconocida parecía arrepentida de verdad. Aerith volvió a asentir – Pobrecita.

– Mi madre ha regresado al Planeta. – aseguró la niña – No estoy triste.

– Supongo que es un consuelo. Aun así, puedes permitirte estar triste. Lo sabes, ¿no?

– No. No pasa nada, porque ella sigue conmigo.

– Vaya. Bueno, vamos a ir a mi casa, ¿Sí? Una vez allí, puedes llorar todo lo que quieras.

*

– Al final, no lloré nada.

Cuando Aerith confesó aquello, Tifa la miró con las dudas bailándole en los ojos.

– Tú ya has estado en mi casa, ¿verdad? En los barrios del sector 5 – continuó Aerith.

– Sí.

– Hay muchas flores, ¿te fijaste?

– Me fijé.

– Cuando pisé aquella casa por primera vez, las flores fueron las que me dieron la bienvenida. Lo sentí en el corazón. Sentí el Planeta. Sentí a mi madre. Por eso no lloré. El cuerpo que habíamos dejado atrás no era mi madre. Mi madre estaba allí, conmigo.

Tifa ladeó la cabeza, perpleja.

– Es un poco raro, ¿no? – rio Aerith.

– Es curioso. No raro – la tranquilizó Tifa.

– Me temía que dirías algo así, pero gracias. A veces no me atrevo a contar mis historias justo por eso.

Tifa arrugó la punta de la nariz.

– Por cierto – continuó Aerith, en un intento por cambiar tema de conversación – Mi casa es grande, ¿verdad? Para estar en un barrio bajo, digo.

– Y que lo digas. No es que sea enorme, pero creo que todos nos merecemos una casa así. No es como las demás viviendas de los barrios o de Midgar.

– Lo se. Era del suegro de Elmyra. La gente dice que era un hombre influyente.

¿Cómo describirlo…? Supongo que era una especie de Corneo, pero sin ser malo.

– ¿Un Corneo que no era malo? – repitió Tifa.

– ¡Perdón! Ha sido una comparación terrible.

– Si, ahora solo puedo imaginarme la cara de Corneo.

– ¡Hay no, lo arruine! Piensa en alguien más apuesto, Cualquier cara servirá. ¡Menos la de Corneo!

– Lo intentaré. – Tifa lo intentó de verdad, pero se le acabó escapando una carcajada – Pero no conozco a muchos hombres apuestos.

Aunque sin pensarlo más de dos veces, rápidamente le vino a su mente Cloud.

*

Aerith, que no estaba familiarizada con el paisaje de los barrios bajos, se percató al instante de que todas eran únicas y especiales, distintas a las demás. La del sector 5 era, sin duda, una tierra llena de naturaleza. Las plantas crecían en terrenos desnivelados e incluso germinaban las flores allá donde posaba la vista. Se trataba de un paisaje espectacular para la pequeña Aerith, que en su corta vida solo había conocido las flores en macetas.

Atravesaron el jardín y cruzaron un tablón de madera que hacía las veces de camino. Aerith notó un leve cosquilleo en manos y piernas, pero no se sintió inquieta ni temerosa. Era una sensación suave. Había calma en su corazón (¿o quizás en su mente?).

– ¿Quién eres?

El viento sopló, rozando la mejilla de la niña. El corazón le daba brincos de alegría.

– ¿Has dicho algo? – La mujer, que se había presentado como Elmyra Gainsborough, se giró hacia ella.

– No.

– De acuerdo… – Elmyra siguió caminando – Como ves, por aquí hay mucha vegetación. Es un terreno antiguo, así que dejaron que las plantas silvestres crecieran a su alrededor. En esta época, hay muchas flores germinando. Mira estas, por ejemplo, aún no han terminado de abrirse, pero lo harán pronto – explicó, y Aerith se preguntó si algún día podría tener su propio jardín – He estado cortándolas y arrancándolas, pero son unas testarudas. El único problema es que atraen muchos insectos y mosquitos.

– A mí me gusta así.

– Mejor, porque yo me he rendido.

La casa de Elmyra estaba hecha de madera sólida y vieja. Entraron a través de una puerta doble muy elaborada, con cristales incrustados en la mitad superior. Aquel día, Aerith había vivido muchas primeras veces. De hecho, poder entrar en la casa de

otra persona fue una realidad que la golpeo con fuerza. Los muebles del interior estaban hechos también de madera. En el centro, había una mesa con sillas a su alrededor. A diferencia de las salas que ella conocía del edificio de Shinra, allí las

paredes tenían muchas ventanas y no estaban desnudas. Había mesas de noche, vajillas, ollas, comida, utensilios de limpieza. Era como si pudiera oír la respiración de toda la gente que había vivido en esos espacios.

Sin embargo, la niña se angustió por culpa de la sobrecarga de información y tuvo que pararse a respirar.

– Eres una niña muy curiosa – rio Elmyra – Escucha, sé que esto te sorprenderá de golpe, pero he estado pensando por el camino qué será de ti a partir de ahora. Hay un orfanato en este barrio. Es un sitio en el que viven los niños que no tienen padres. He pensado en llevarte allí, pero hay rumores de que está bajo la influencia de Shinra y después de lo que he visto en la estación… Dudo mucho que te guste esa gente, ¿me equivoco?

Aerith asintió con fuerza muchas veces.

– Pues tenemos que pensar muy bien qué paso vamos a dar a continuación – suspiró Elmyra – Pero ahora mismo no tengo la cabeza como para ponerme a darle vueltas al tema, así que, ¿te apetece quedarte conmigo un rato?

Aerith volvió a asentir.

– ¿Quieres que te enseñe la planta de arriba? – Elmyra parecía una persona impaciente. Subió las escaleras deprisa, con la niña pisándole los talones. En el pasillo, continúo hablando:

– Puedes quedarte aquí por lo mientras.

– Entendido – aceptó Aerith.

– Quiero que entiendas una cosa. Suele visitarme mucha gente. Si ahora de repente te ven, cuando antes no sabían nada de ti, lo encontrarán sospechoso. No puedo garantizarte que no le hablarán a Shinra de tu presencia en mi casa. De momento, salvo que yo hable, estarás a salvo, así que puedes esconderte en esta habitación.

– De momento… – repitió la niña – ¿Hasta cuándo?

Elmyra frunció el ceño y se cruzó de brazos. La sonrisa de antes había desaparecido de su rostro.

– Dime la verdad, pequeña. ¿Shinra estaba persiguiendo solo a tu madre o también te buscan a ti?

Aerith sabía perfectamente a qué se refería la mujer con aquella pregunta. Sin embargo, no sabía qué responder. Sí, ere probable que también la estuvieran

buscando a ella. La perseguían porque era descendiente de los Cetra.

– Creo que también a mí.

– No pasa nada. Te quedarás aquí, en la segunda planta, hasta que Shinra deje de buscarte – dijo Elmyra, pero Aerith sabía que Shinra nunca dejaría de buscarla. Probablemente, viviría en la segunda planta de aquella casa para siempre – No me mires así. Se rendirán; es la naturaleza humana. No estarás aquí arriba por el resto de tu vida.

– Está bien…

Entonces, el timbre de la puerta de entrada resonó por toda la casa. Elmyra volvió a fruncir el ceño y Aerith se puso nerviosa. Le daba miedo que fuera alguien de Shinra:

– Espera aquí. No hagas ruido.

Tras peinarse el pelo con los dedos y alisarse un poco la ropa, Elmyra bajó las escaleras. Aerith se agachó e intentó no respirar. Después, oyó cómo la puerta se abría y…

– ¿Dónde te habías metido? – gritó alguien. La voz pertenecía al hombre furioso que en aquellos momentos irrumpía en el salón. Aerith perdió el equilibrio un segundo y tuvo que apoyar una mano en el suelo para no caerse.

– ¡No es asunto tuyo!

– Pero si me dijiste que viniera por la noche, ¿o no? ¿Tratas así a la gente siempre?

– Dije que a lo mejor estaba aquí por la noche, No te prometí nada. No puedes plantarte aquí todos los días a cualquier hora sin ninguna razón.

– No volveré si accedes a firmarlo y a sellarlo con sangre.

– ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Me da igual cuántas veces me lo repitas, ¿sí? No se trata de ti. Se trata de la sociedad, de sus reglas. Sin el consentimiento de Meguro, no puedo hacer nada. E incluso con mi sello de sangre, pensará que me han amenazado para hacerlo. Si quieres mantener tu trabajo, tienes que ser fiel a tus propias palabras, ¿no?

– ¡Coño!

– Se te van a caer los dientes de tantas palabrotas que dices.

– ¡Puta mierda! ¡Carajo!

– Te arrepentirás de esto. De sentirte siempre superior a los demás. ¡Vamos, lárgate!

De pronto, alguien dio un portazo. El hombre había murmurado algo en tono molesto, pero Aerith no había entendido sus palabras.

Elmyra regresó a la planta superior. Parecía agotada. Dejó escapar un suspiro.

– Era Carlo Kinky – explicó la mujer. – Un hombre especial, sin duda alguna. No te preocupes. El resto de mis visitas suelen ser decentes y no causan ni la mitad de los problemas.

Elmyra le dejó a Aerith la habitación de Gabriel Gainsborough, el hombre que construyó aquella casa. Al parecer, había sido en aquel cuarto donde se le había administrado el tratamiento para su enfermedad dos meses antes. Sin embargo, estaba ordenada y olía a limpio. No había ni rastro de la muerte.

– Sé que no es el mejor ambiente, pero no tengo libre ninguna otra habitación. Bueno, hay una, pero primero hay que limpiarla – le comentó Elmyra.

A Aerith no le importaba quedarse ese cuarto. De hecho, se sintió bienvenida.

Aquella misma noche, Ifalna se le apareció junto a la cama.

– Elmyra se encariñará pronto contigo. Yo la apoyaré en todo – rio su madre, pero se la veía cansada.

Era la misma sonrisa que había forzado mientras avanzaba por los barrios bajos.

– ¿Cómo has llegado hasta aquí, mami?

– No he venido. Siempre estoy contigo, porque estamos conectadas.

Aerith sintió la mano de su madre en la frente. Luego, con la mente totalmente en paz, se quedó dormida.

Ifalna se le apareció también a la noche siguiente.

– ¿Ha ido bien todo hoy? ¿Te llevas bien con Elmyra? – le preguntó.

– No lo sé. Me ha hecho el desayuno, me lo ha traído a la cama y hemos comido juntas. A la hora de comer a horneado algo de pan. Luego ha salido y no ha vuelto hasta la hora de la cena. Parecía cansada. No hemos hablado mucho. No sé cómo llevarme bien con ella. ¿Qué puedo hacer, mamá?

– No es culpa tuya. Elmyra no está pasando por un buen momento. Pero quizá puedas ayudarla.

– ¿Cómo?

– Cuando sientas que quiere llorar, quédate a su lado, acércate a ella. Como si ella fuera yo.

– Pero, mami… ¿Tú quisiste llorar en algún momento?

– Algunas veces, cariño.

*

– Voy a intentar explicarte esto – dijo Aerith, como disculpándose, porque vio a Tifa demasiado ensimismada – Cuando era pequeña, pensaba que estaba viendo a mi madre en sueños, pero no era del todo cierto.

– ¿A qué te refieres?

– Es uno de los poderes que tenemos los Cetra. Podemos fusionarnos con la Corriente Vital del Planeta. A través de esta corriente, aunque a veces no siempre es posible, podemos comunicarnos con la gente a la que hemos perdido.

– Es alucinante.

– ¿Verdad que sí? Pero vivirlo es muy diferente. Yo ya no puedo hacerlo. A veces, cuando mis sentimientos son más fuertes, puedo notar algo... Pero nada tan tangible como aquella vez.

– Entiendo.

– Digo sentimientos como la felicidad y la tristeza. De pequeña, estos poderes me hicieron pasarlo muy mal. Supongo que era una niña extraña.

*

Era el tercer día que pasaba en la casa. El sol se había puesto ya y Elmyra aún no había vuelto. Aerith no había comido nada después del pan y la sopa del mediodía, y la pobre no sabía que debía hacer cuando tenía hambre. ¿Debía bajar a buscar ella misma algo de comida? ¿Pero no debía pedirle permiso antes a Elmyra? Supuso que la mujer se enfadaría con ella si la atrapaba abajo y con las manos en la masa.

Fue entre aquella marabunta de pensamientos que la puerta de la entrada se abrió.

– ¡Soy yo! – Se oyó decir a Elmyra, algo malhumorada – Voy a preparar la cena.

– ¡De acuerdo! – exclamó Aerith, pero no hubo más respuesta.

Sentada en una silla, Aerith esperaba en silencio. Llegaron hasta arriba el ruido de los cachivaches de la cocina y el olor de los ingredientes al hacerse. Aerith sacó entonces una mesa plegable del armario y la colocó en el centro de la habitación, imitando lo que Elmyra había hecho aquellos últimos días. Al cabo de un rato, Elmyra subió con una bandeja en la que llevaba un par de platos calientes de frijoles y más pan.

– Perdóname por hacerte esperar linda. – le dijo.

Al ver a Elmyra, Aerith gritó. A un lado de su cabeza, tenía una venda gigante que le tapaba la ceja derecha y el ángulo exterior del ojo.

– Me he caído. – explicó la mujer – No te preocupes.

Dejó la bandeja sobre la mesa y murmuró algo antes de empezar a comer. Aerith supuso que Elmyra no quería hablar de lo que le había sucedido. Así que...

– ¡Buen provecho! – exclamó, y se puso a comer ella también – Qué rico está esto.

– Pues es comida enlatada.

– Está delicioso.

– Supongo que la marca se alegraría de oír eso.

– ¿Una marca? ¿De dónde es?

– De una fábrica de Shinra. En fin, sigue comiendo.

Pero, ahora que sabía que aquel plato era un producto de Shinra, la alegría de Aerith se esfumó.

Elmyra se sintió mal y añadió:

– Es difícil evitar los productos de Shinra, pequeña. Ni siquiera puedo hornear pan

en casa sin los ingredientes o el gas que nos proporciona la Compañía. Hay que saber apretarse el cinturón.

– ¿Qué significa *"apretarse el cinturón"*?

– Estoy segura de que me has entendido eso, te acabo de decir que sigas comiendo.

Aerith se sintió mal al escuchar irritación en la voz de Elmyra. Todos sus esfuerzos por disfrutar de la comida habían sido en vano, así que pensó que no pasaría nada por meter las narices en los asuntos de la mujer.

– Comeré, pero dime algo antes. ¿A dónde vas todas las mañanas después de desayunar?

Elmyra detuvo la cuchara en el aire y clavó la mirada en Aerith. Unos segundos más tarde, deslizó la vista hacia el plato y se terminó de llevar los frijoles a la boca, Aerith era incapaz de leer la expresión de la mujer.

– Antes iba mucho de picnic y siempre me llevaba esta mesa, ¿sabes? – dijo entonces.

Al parecer, sí quería mantener una conversación, pero no en la dirección que había planteado Aerith. La voz de Elmyra era dulce.

– ¿De pícnic? Aprendí esa palabra hace poco.

– No te ilusiones, esto sigue siendo un barrio bajo, pero, en la medida de lo posible, iba a sitios donde no hubiera ni gente ni monstruos, me comía un trozo de jamón y queso y, a veces, hasta me llevaba un poco de alcohol.

– ¡Suena divertido!

– Lo era.

De repente, el rostro de Elmyra se ensombreció. Aerith empezó a ponerse nerviosa. No podía dejar que la conversación terminase de esa forma.

– ¿Ibas sola? – se interesó.

– No, claro que no.

La mujer colocó su trozo de pan sobre el plato y salió de la estancia. Aerith supuso, por los pasos, que se dirigía a su propia habitación. Cuando regresó, tenía un marco de fotos en la mano. Se lo tendió. En la fotografía se veía a la propia Elmyra acurrucada junto a un hombre al que Aerith no conocía. Estaban encajados bajo la pequeña mesa en la que ellas estaban cenando. El hombre era muy robusto. En comparación, Elmyra tenía una figura mucho más esbelta.

Ambos sonreían, felices.

– Clay Gainsborough. El único hijo de Gabriel y mi esposo. – murmuró Elmyra.

– ¿Tu esposo? ¡Ah, ya sé! Un esposo es la persona más importante de una esposa, ¿no? Y una esposa es la persona más importante de un esposo.

Elmyra dejó escapar una risita.

– Si, algo así. Es mi esposo y desde luego, es una persona muy importante para mí. Puedes conocerlo a él también cuando vuelva. Le gustan los niños, así que se alegrará de verte.

– ¿Dónde está ahora? – le preguntó Aerith, sin apartar los ojos de la fotografía.

No hubo respuesta. Cuando Aerith la miró, Elmyra estaba a punto de echarse a llorar. Forzó una sonrisa cuando hizo contacto visual con la niña.

– Se marchó a la guerra. Recibí una carta hace poco diciendo que volvía a casa gracias a un permiso de trabajo. Pero ya han pasado seis días. El día en que te conocí ya habían pasado tres.

Aerith comprendió entonces el extraño comportamiento de la mujer.

– ¿Vas a la estación todos los días para ver si ha llegado?

– Si. Voy por la mañana y me quedo hasta que anochece. Seguro que parezco tonta.

– Por supuesto que no. – Aerith sacudió la cabeza.

– He intentado contactarlo con Shinra mil veces para pedir información, pero me dicen que está prohibido dar a conocer la ubicación de un SOLDADO. Las normas de la compaña son muy estrictas.

– ¿Clay es un SOLDADO de Shinra?

– Sí. Debería habértelo contado antes. Lo siento. Supongo que esta casa le debe mucho a Shinra – admitió Elmyra. Al instante, Aerith se puso rígida – Pero no te preocupes. Ni él ni yo vamos a delatarte. Aerith, aunque no sepa muy bien de qué va todo esto, nunca olvidaré la forma en que me miró tu madre. No te traicionaré nunca.

– Gracias.

Intentando ocultarle a la mujer la sensación de malestar que la recorría, la niña se apretó ambas mejillas con las manos. Elmyra fijó sus ojos sobre el marco en lugar de en ella y continuó con su relato:

– Clay se alistó para evitar que la gente hablase mal de nuestro apellido, para evitar que los rumores de que los Gainsborough tenían un trato preferente por parte de Shinra fuesen más allá. Gabriel se opuso, pero Clay estaba decidido y se mantuvo firme hasta el final. No se hablan desde entonces he tenido que hacerles yo de consejera hasta ahora.

– ¿Clay no se llevaba bien con su padre?

– Siempre han chocado mucho con sus opiniones. Tienen la misma personalidad.

Tenía sentido, pero Aerith no acababa de entender cómo un hijo podía llevarse mal con su padre. Se quedó, en su lugar, con la sonrisa amable que Elmyra esbozaba al hablar. La llevó a creer, incluso, que, aunque Clay fuera un SOLDADO de Shinra, era uno bueno.

– Aerith, ¿hay algo en especial de lo que quieras hablar conmigo? ¿Hay algo que deba saber? – preguntó Elmyra.

Si, tenían que hablar de muchas cosas. Aerith tendría que contarle la verdad. Que era una Cetra o, como la gente solía referirse a ellos, una Antigua. La niña recordaba las historias que Ifalna le había explicado sobre sus ancestros. No cabía duda alguna de que Elmyra era una buena persona. Lo suyo no era mera palabrería; actuaba para ayudar a los demás. Seguro que Clay también era una buena persona, se dijo. En la fotografía, tenía la misma sonrisa sincera que su esposa. Sin embargo, pensó que quizá cambiaban de parecer sobre ella si les contaba que era una Antigua. La Compañía Shinra había luchado mucho tiempo por descubrir los secretos de su raza. Estaba segura de que, si revelaba su verdadera identidad, todo el mundo empezaría a tratarla igual que el profesor Hojo a su madre. Querrían inyectarle agujas o, peor, cortarle pedacitos de piel para analizarla.

– A mi madre y a mí nos capturó un científico loco que nos encerró en el edificio de Shinra. A ella le hacían muchos experimentos, por eso estaba enferma. Si Shinra me descubre, acabare igual que ella. Por eso quiero quedarme aquí, contigo. Me gusta esta casa y tu jardín. No pasa nada si tengo que comer todos los días comida enlatada de Shinra. Elmyra, por favor… No dejes que me lleven de nuevo a ese lugar…

Elmyra la miraba con la boca abierta de par en par. Al rato, extendió los brazos por encima de la pequeña mesa y rodeó con ellos a Aerith.

– ¿Cómo han podido hacerles algo así? – se lamentó – No me puedo creer que… Claro que no vas a volver a ese sitio. Te prometo que yo no te haré nada malo, ¿entendido? ¿Quieres que terminemos de comer?

Las dos cenaron más relajadas que antes. Y entonces…

– Mañana tendremos visita. Hace mucho tiempo que no cocino, así que a ver qué tal me las apaño. ¿Sabes? Me gusta cocinar, pero, a veces, como lo hago solo para mí, no sé si se me da del todo bien. Ahora que estás aquí, intentaré guisar más, ¿te parece bien?

– ¡Yo también quiero aprender! Me gustaría ayudarte.

– No sé… La cocina está abajo. Aún es muy pronto.

Abatida, Aerith agachó la cabeza, aunque no tardó mucho en volver a alzarla.

– Tu visita… ¿Cómo es?

– Pues…Se llama Meguro. Es el subdirector.

– Meguro, el subdirector – repitió.

– Si. Tengo que hablar con él sobre unos asuntos familiares. Te lo contaré todo mañana.

Cuando terminaron de cenar, Elmyra no pudo evitar lanzar una frase al aire de manera totalmente inocente:

– Debes de echar tanto de menos a tu madre…

*

– En aquella época, no me sentí sola nunca. Ni siquiera sentía nostalgia, porque sabía que podía reunirme con ella cuando el sol caía. Y aunque no pudiera verla, mi madre está conectada al Planeta. Sigo aferrándome a esa creencia. Además, ¿recuerdas la bolsa que te he dicho que me regalo antes de morir? Dentro había una materia. No sirve para nada, solo emite una tenue luz blanca. Pero, cuando la aprieto fuerte, me calmo a instante.

– Entonces sí que sirve para algo.

– Pues… Supongo que sí – admitió Aerith, tocándose el lazo del pelo. La materia seguía allí, escondida.

– Me pregunto a quién se la darás tú cuando llegue el momento – susurró Tifa.

Por un instante, Aerith no comprendió a qué se refería su amiga. Entonces:

– ¿Sabes, Tifa?

– ¿Sí?

– Nunca había pensado en eso.

Era posible que algún día Aerith dejase de ser la última descendiente de los Cetra. Se imaginó la situación con asombro. Luego clavó la vista en su amiga, nerviosa.

– Lo siento, no tendría que haberlo dicho – se lamentó Tifa – ¿Quieres seguir contándome la historia? Estabas diciendo algo sobre un subdirector.

*

Aquel día, de la nada, Elmyra dejaría que Aerith se sentase a la mesa del comedor principal. La llamaron a voces para que bajase las escaleras. Meguro se puso en pie, en busca de un apretón de manos a modo de saludo. Era un hombre muy gordo, de ojos alegres y parecía bastante mayor que Elmyra.

– Este es Meguro, subdirector de la empresa familiar. Es la mano derecha de Gabriel, amigo de la infancia de Clay y un excelente consejero – lo presentó la mujer.

– Buenas tardes, señor Meguro. Yo soy Aerith.

– Elmyra me ha hablado de ti. Debes de haber tenido una vida muy dura.

Sobresaltada, Aerith miró a Elmyra.

– No te preocupes, puedes confiar en él – le aseguró ella a la niña – Aunque intentase ocultárselo, lo habría averiguado de todas formas. Tiene muchos contactos y es una persona muy intuitiva, Por eso he pensado que lo mejor era contárselo yo misma, en lugar de que se enterase por terceros.

Sin embargo, a Aerith no le gustó la justificación. Se suponía que hablan quedado en que sería un secreto, por desgracia, ya no había nada que la niña pudiera hacer por solucionarlo.

– Aerith, escúchame. La gente de Shinra está de los nervios desde que tu madre y

tú se escaparon de sus instalaciones. Cada vez hay más secuestros. Al parecer, hay una banda de desgraciados que se dedica a llevarse a las niñitas de los barrios bajos e intentan hacer dinero a su costa.

– ¿Cómo hacen dinero con ellas? Los empleados de Shinra no son tontos. No aceptarían a alguien que no fuera yo.

– Lo sé, pero hay muchos en los bajos mundos que están dispuestos a comprar a la niña a la que Shinra busca con tanto ahínco. Engañar a Shinra es difícil, pero engañar a unos cuantos incultos codiciosos es pan comido.

Meguro encaró a Aerith.

– Tienes… ¿Cuántos? ¿Seis años? No, siete.

– Siete – respondió ella.

– ¿De verdad? Tengo una hija de tu edad. Se llama Rona. Quiero que entiendas que esto se ha convertido en un problema común, de todos, no solo tuyo, así que esta es mi propuesta. A partir de ahora, fingirán que son madre e hija. No puedes esconderla más tiempo, Elmyra. Debes sacarla contigo a pasear. Que la gente la conozca. Dirás – comentó Meguro mientras señalaba a Elmyra – que Aerith nació antes de que contrajeras a matrimonio con Clay, que se la dejaste a unos parientes lejanos y que ahora Clay y tú han decidido volver a acogerla. Fin de la historia.

– Para tu carro – objetó Elmyra – no entiendo a dónde vamos a parar.

– El objetivo es que los vecinos conozcan a la niña, que sepan que vive aquí, Si la escondes y alguien la secuestra, nadie lo sabrá. Elmyra, tú conoces a toda la gente de esta zona. Si vive contigo, tendrán que saberlo en algún momento.

– Ya. pero ¿no podemos decir que es la hija de algún familiar? ¿O que es adoptada? ¿No sería igual de creíble?

– El orfanato está a la vuelta de la esquina. Todo el mundo te haría preguntas. Créeme, no quieres verte envuelta en ese jaleo. Supongo que puedes decir que es hija de un pariente cercano que ha fallecido y has decidido adoptarla. Sería lo más lógico. Pero, de todas formas… – Meguro entrecerró los ojos y observó a Elmyra. – Creo que Aerith debería llamarte *“mamá”*, igual que Gabriel me hizo llamarlo *“papá”*. – Desvió la vista hacia Aerith – Yo era huérfano, ¿sabes? Gabriel me acogió y me crio como si fuera su propio hijo. ¿A ti qué te parece, Aerith? Si te quedas aquí, tendrás que aprender a vivir como si fueras la hija legitima de Clay y Elmyra.

– Me encantaría. – respondió Aerith.

A la pequeña le parecía una idea excelente, sabía que nadie más estaría dispuesto a tenderle una mano si pidiera ayuda, como cuando se puso a buscar un médico en la estación, sin embargo, como hija de Elmyra Gainsborough, podría labrarse un nombre. Todo sería diferente.

No obstante, Elmyra seguía dándole vueltas al asunto. *“Por favor”*, pensó Aerith.

– No es mala idea – aceptó al fin – Pero esto no la afecta solo a ella, sino a la familia Gainsborough por completo. No puedo tomar una decisión, así como así.

– Bueno, tú piénsatelo – insistió Meguro – Y deberías buscarle otro nombre, sobre todo si vas a sacarla afuera de tu casa, no puedes tenerla encerrada para siempre.

– ¿Buscarle otro nombre?

Por un segundo, Aerith se quedó congelada debido a la confusión.

– Por cierto, Elmyra – siguió hablando Meguro – La herida de tu cara… ¿Es obra de Carlo?

Elmyra miró de reojo a Aerith.

– Ya lo sabías, ¿no? – murmuró la mujer.

Meguro resopló, enojado…

– Ese hombre está loco. No sé cómo ha logrado escalar al puesto de encargado.

– Con Gabriel muerto, Carlo piensa que Clay lo aprobaría. Además, soy la portavoz de mi marido. Cree que, si me amenaza, como soy mujer, lloraré y le daré mi firma.

– Habrá que ajustar la organización. – comentó Meguro, con gesto serio. – Clay sucederá a Gabriel, ¿no?

– Cuenta con ello. El permiso que ha pedido en el ejército es para hablar contigo sobre eso.

– No inventes cosas, él viene solo para verte a ti. – rio con alegría Meguro, levantándose – Los negocios son solo una excusa.

– No te preocupes por Carlo, de él me ocupo yo – respondió Elmyra – Ya hablaremos de la organización cuando vuelva Clay.

*

– Meguro se marchó y Elmyra me puso al tanto del negocio familiar. Me explicó que Gabriel era el jefe y que se dedicaba a dirigir a los trabajadores de las obras. Lo llamaban El Reclutador.

– Me suena de algo.

– Llevaba ejerciendo de director desde que se empezó a construir Midgar. Había otras personas con sus mismos conocimientos, pero todas se mudaron a la Plataforma una vez esta estuvo finalizada. Solo Gabriel y sus empleados se quedaron en las barrios bajos. Alguien tenía que encargarse de revisar los pilares que sostienen la Plataforma y las instalaciones de la parte inferior de la ciudad. Así, cuando algún trabajo requería de alguna reparación o construcción con mano de obra, la familia Gainsborough se encargaba de todo. – Aerith dibujó un triángulo ante los ojos de Tifa con las manos y señaló el vértice – Gabriel era el director. Clay y Meguro eran los subdirectores y lo apoyaban siempre en todas las decisiones que tomaba. Por debajo de ellos, había seis personas, seis encargados, cada uno con su propio equipo, pero

todos y cada uno de esos equipos con Gabriel muerto, trabajaban bajo las instrucciones de los subdirectores. Carlo era uno de ellos, quien también es un sinvergüenza entrometido, era como un hermano pequeño para Clay.

*

– ¿Lo entiendes, Aerith? Esto es importante – dijo Elmyra, colocando ambas manos sobre los hombros de la niña – La mayor parte del trabajo que realizamos es para Shinra. Mi marido es SOLDADO de Shinra. ¿Estás segura de que quieres quedarte aquí aun sabiendo eso?

Con gesto serio, la mujer esperaba una respuesta por parte de Aerith. No se parecía en nada a Ifalna. Con Elmyra podía hablar sobre cualquier tema, sin importar lo complicado que fuera. Por eso mismo, la niña tenía que pensar bien sus palabras antes de contestar.

– Son nuestros clientes – insistió Elmyra – pero es cierto que eso no significa que tengamos que adorarlos. No te preocupes por eso.

Sería mentira asegurar que a Aerith no le molestaba que aquella familia tuviera una relación estrecha con Shinra, pero, si no estaba dispuesta a aceptarlo, entonces no podría quedarse. ¿Qué debía hacer? ¿Qué quería hacer? Miró a Elmyra. Tenía tanto la piel como el cabello mucho más secos que Ifalna y, además, parecía mucho más cansada. Aun no se había quitado la venda que le cubría parte del rostro. Por lo que había entendido Aerith, la herida, que parecía producirle mucho dolor, se la había infligido Carlo al toparse con el de camino a la estación, cuando se dirigía hacia allí para ir a esperar a Clay. Tantas ganas tenía de ver a su marido que lo demás poco le había importado. Aquella era la misma Elmyra que se había detenido a ayudarla. Aunque tenía que lidiar con sus propios problemas, había tenido la decencia de tener en cuenta los sentimientos de una niña a la que no conocía de nada. Aerith cayó en la cuenta de algo.

– Elmyra, ¿no te causaré problemas si me quedo contigo? – murmuró la pregunta que tendría que haberle hecho nada más poner un pie en su casa.

– Pero ¿qué dices? Claro que no.

Sin saber cómo expresar el alivio y la felicidad que sintió al escuchar aquello con palabras, Aerith se lanzó hacia Elmyra para abrazarla. Apoyó la mejilla en el vientre plano de la mujer y está la rodeo con los brazos y la apretó contra ella.

– Debo advertirte. Clay y yo no sabemos nada sobre criar niños. Lo poco que conocemos lo hemos aprendido observando a los demás. No tenemos experiencia. No será un

camino de rosas y no podemos olvidar que existe la posibilidad de que Shinra te descubra. Pero superaremos juntos todo lo que se interponga. Todos, tú y yo, pero también Clay y Meguro.

Aerith asintió, con la frente aún apoyada en el cuerpo de Elmyra.

– Y, escucha, pequeña, creo que es buena idea que empieces a llamarme *"mamá"*, Pero no te preocupes. Yo sé que madre solo hay una.

– Mamá – musitó Aerith, aunque su voz quedó ahogada contra el vientre de la mujer.

– ¿Qué has dicho?

– Mamá…

– Repítelo.

– ¿Mamá?

– Se me hace raro, pero no es una sensación mala. ¿A ti te parece algo malo?

Aerith alzó la mirada y se encontró con el rostro afable de Elmyra.

– ¡No, para nada! – exclamó la niña.

Elmyra dejó escapar una gran carcajada. La habitación parecía bailar a su alrededor.

Ifalna volvió a aparecérsele aquella noche. Aerith la puso al tanto de lo sucedido y esta cerró los ojos y asintió, satisfecha.

– Me alegro mucho, cariño – le dijo. – Pero… Quería pedirte perdón.

– ¿Por qué?

– Pues…

Lo cierto era que ahora que tenía a su verdadera madre delante, se sentía muy culpable.

– No te preocupes. Quiero que estés bien, no que pienses en mí. ¿Cómo va lo de tu nuevo nombre?

– Elmyra me ha dicho que lo escoja yo.

– Ya veo. Tienes que pensarlo bien. Ese nombre será tu boleto hacia la libertad.

– Lo sé…

– Aunque echaré de menos tu nombre, el que conozco y aprecio. Para mí, siempre serás Aerith. Mi pequeña y adorable Aerith, linda como una fresita. Eso no cambiará nunca.

– ¿De verdad?

– Por supuesto mi amor.

La figura de Ifalna se desvanecía por momentos. Asustada, Aerith empezó a hablarle para retenerla.

– Dime una cosa, mamá. ¿Qué hago si Clay no me acepta? ¿Qué debo hacer si le

caigo mal y no quiere que me quede en su casa? Si quiere delatarme a Shinra…

– No sucederá nada de eso. Es el marido de Elmyra, ¿no? Ella lo eligió.

– Sí, es verdad – murmuró Aerith. Sin embargo, el sentimiento de inquietud no desaparecía – Me pregunto dónde está Clay.

– Yo también. Intentaré buscarlo, si quieres.

– Por favor, mamá. Gracias.

A la mañana siguiente, Aerith bajó a tomar el té con Elmyra. Fue entonces cuando llamó a la puerta un anciano muy delgado. Se llamaba Butch y era uno de los hombres que trabajaban para los encargados de Gabriel. Las arrugas que se dibujaban en su rostro de tez oscura eran impresionantes.

– Buenos días, Butch. ¡Qué pronto has llegado! – exclamó Elmyra.

– Lo sé, lo siento. ¿Quieres que vuelva más tarde?

– No, claro que no, adelante, pasa.

Elmyra le entrego al anciano unos documentos que había preparado para él, documentos relacionados con el negocio familiar. Butch confirmó el contenido, asintió satisfecho y los introdujo en una bolsa arrugada.

– ¿Y quién es esta pequeña que tenemos aquí? – inquirió el hombre, mirando a Aerith – No nos han presentado, ¿verdad?

– Una de mis primas falleció hace poco – empezó a explicar Elmyra – y he decidido adoptar a su hija.

– ¿No tiene padre?

– ¿Qué? Ah, no. No tiene.

La pobre Elmyra no era capaz de ocultar su nerviosismo. Butch entrecerró los ojos al mirarla. Luego desvió la vista de nuevo hacia Aerith. Era la primera vez que la niña veía un rostro tan arrugado. Los estrechísimos ojos de Butch formaban parte del desorden de surcos.

– Hola, jovencita – la saludó el anciano – ¿Cómo te llamas?

Aerith estaba tan fascinada por los pliegues que se le formaban a Butch en la piel que se estremeció cuando escuchó la pregunta. No había pensado en un nombre, pero entonces tuyo una idea:

– Soy Rona, Encantada de conocerlo, señor.

Tras presentarse, supo que acababa de meter la pata hasta el fondo. Pero ya era demasiado tarde para corregir su error. Rona era el nombre de la hija de Meguro y estaba convencida de que Butch lo sabía. Elmyra se puso más nerviosa.

– ¡Vaya coincidencia! – exclamó el anciano, Aerith no sabía si Butch se había creído su mentira o no, pero asintió de todas maneras – Encantado de conocerte.

Después de aquella breve conversación, Butch se marchó a su casa.

– Estoy exhausta – suspiró Elmyra, tocándose la cabeza.

– Lo siento, ha sido una mala decisión – se disculpó Aerith.

– No, no es eso. Es que no estaba preparada para esto. – Elmyra se arrodilló en el suelo y buscó la mirada de la niña – Debería haber sabido que Butch llegaría antes de lo previsto. Siempre hace lo mismo. Además, tendría que haberte buscado un nombre antes. Pensé que era más importante que lo escogieras tú, pero en el fondo sabía que ibas a necesitar ayuda. Tienes solo siete años.

Era cierto.

Elmyra tomo una escoba y empezó a barrer el suelo mientras murmuraba muy bajo. A veces, realizar las tareas de la casa lograba calmarla. Al poco tiempo, le sirvió a Aerith una taza de té y la invitó a sentarse con ella.

– Ahora tiene que venir Rodin. Tiene el mismo cargo que Butch en la empresa. Puede parecer algo irresponsable, pero en el fondo es buen chico.

– ¿Es pequeño?

– No, pero sí es mucho más joven que yo. Va a venir por la tarde, pero quiero acercarme a la estación antes. Existe la pequeña posibilidad de que Clay vuelva hoy. Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero ¿crees que puedes esconderte en la planta de arriba hasta que regrese? No quiero que Rodin te encuentre sola si decide pasarse por aquí antes de tiempo.

– Sí, por supuesto.

– Había pensado en llevarte conmigo a la estación, pero creo que aún es muy pronto para que salgas.

– No te preocupes. Me gusta la planta de arriba.

– Y sobre tu nuevo nombre… Piensa en uno diferente, si quieres. Butch lo entenderá si le comentamos que ha sido un error. Rona está bien, pero no pasa nada si quieres buscar otro. Yo también pensaré en uno de camino en la estación, así podremos hablarlo cuando vuelva.

Elmyra insistió después en que no abriese la puerta bajo ninguna circunstancia, no importaba quién viniera, ni siquiera si se trataba de Rodin. Después se marchó. Aerith pensó en aquel cuento ilustrado que alguna vez le habían leído sobre la madre oveja y sus ovejitas. Recordó cómo había acabado las ovejitas y se apresuró a subir las escaleras.

Su intención era ponerse a elegir un nombre nuevo, pero solo se puso a pensar en las arrugas que tenía Butch aquel día, le gustaría tocárselas para saber cuál sería la sensación. También sentía curiosidad por la barriga del señor Meguro. ¿Qué escondía allí dentro exactamente? ¿Sería suave o dura? Pensó en Rona. ¿Sería una niña igual de rechoncha? Aunque se cambiase el nombre, ya se había presentado ante Butch como Rona. ¿Había puesto a Meguro en un aprieto al hacerlo? ¿Se enfadaría con ella

de enterarse? Se preguntó también, aunque no la conocía, cómo reaccionaría Rona. ¿Cómo habría sido de pequeña? ¿Cuándo la conocería? ¿Se llevaría bien con ella?

A ratos se dormía, dándole vueltas a las mismas preguntas. Al final, llegó la noche y oyó la puerta abrirse y a Elmyra decir alegremente:

– Aerith~ Baja por favor~

Eso significaba buenas noticias, ¿no?

Aerith corrió hacia abajo haciendo mucho ruido para darse prisa en recibir a la mujer, que sostenía una bolsa de papel con ambas manos.

– ¡Bienvenida! – exclamó la niña.

– ¡Ya regresé! – dijo Elmyra.

– Pues bienvenida a casa – repitió Aerith.

– Ya basta – rio Elmyra, y colocó la bolsa sobre la mesa.

Cuando Aerith miró dentro, descubrió un montón de verduras y frutas que nunca había visto antes – Había muchas verduras a de oferta hoy, así que me he traído mucha variedad. Hacía tiempo que no pasaba por el mercado. ¿Tú qué has hecho mientras tanto?

– Estaba pensando en Rona, en cómo es.

– Es una niña muy buena. Ya tendrás la oportunidad de conocerla.

Después, Aerith le hizo más preguntas a Elmyra sobre Rona.

La mujer la escuchaba de espaldas y contestaba mientras guardaba las verduras en los compartimentos del refrigerador. Había dejado de sonreír y su tono de voz había bajado de forma notable. Aerith supuso que era porque Clay no habla regresado aún. De repente, alguien llamó al timbre.

– Debe de ser Rodin – Comento Elmyra.

Tanto adulta como niña se sintieron aliviadas por la interrupción.

Rodin era un joven de veinte años. Era alto, delgado, de ojos azules y cabello rubio y ondulado.

– Hola – saludó a Elmyra, pero enseguida se fijó en Aerith. – Hola a ti también, Rona. Encantado de conocerte. Yo soy Rodin, trabajo para tu familia. Cuando Rodin la llamó *"Rona"*, Aerith se estremeció. El chico abrió la bolsa que llevaba colgada al hombro y sacó un libro muy fino. – Me alegra verte. Toma, esto es un regalo de Butch.

– Gracias – murmuró la niña.

El libro se titulaba: *"Juguemos con las letras"* y estaba impreso sobre la portada con una tipografía muy grande. Sin darse cuenta, Aerith infló los mofletes. Aquel libro, escrito con el alfabeto que se usaba en Midgar, era el mismo libro con el que estudiaba en el edificio de Shinra.

– ¿Qué pasa? ¿No te gusta? Lo ha elegido Butch, pero si no te gusta no pasa nada… Será nuestro secreto. Ese hombre se lo toma todo muy a pecho.

– Sí me gusta. Lo que no me gusta es estudiar.

– ¿En serio? Pues ya somos dos. A mí también se me da mal poner a la ardilla de mi cabeza a girar. Leer me encanta, pero escribir… Me da mucha pereza, no sé si me entiendes.

– Rodin, deja de decirle esas cosas. En fin… Rona, llévate el libro a tu cuarto, Tenemos que hablar de negocios – interrumpió Elmyra.

Aerith intentó responder con ánimo y luego corrió escaleras arriba, huyendo de la escena. Se sentía incómoda cada vez que la llamaban por un nombre que no era el suyo.

Cuando Rodin se marchó, Elmyra se disculpó con ella por no haber pensado juntas en un buen nombre y por no haberlo hablado con ella antes de aquella segunda visita. Y entonces…

– ¿A ti *"Rona"* qué te parece? ¿Te gusta?

– Si, es bonito.

– Supongo que tendrá que quedarse así, pues.

– Sí, supongo.

*

– Mamá y yo pensábamos igual. Había muchos nombres y ninguno nos parecía lo suficientemente bueno, así que al final nos quedamos con aquel. Supusimos que nos serviría. Creímos que estaría bien.

– Pero ahora todos te llaman Aerith, ¿no? ¿Pasó algo después de aquello?

– Si. Creo que he tenido mucha peor suerte que tú con los incidentes, Tifa.

Aerith dejó escapar un profundo suspiro y Tifa intentó consolarla.

*

Al día siguiente, Marvin visitó la casa por la mañana y Roger por la tarde. Al otro, Bauman fue por la mañana y Lewis por la tarde. Todos llevaron regalos para Rona, la hija de la prima fallecida de Elmyra. Lo hacían por respeto a la propia Elmyra, esposa y portavoz de Clay, quien, a su vez, solo respondía ante Gabriel. La noticia corrió como la pólvora entre todos los relacionados con el negocio. La anticuada habitación en la que Aerith se había instalado se convirtió en un espacio acogedor y lleno de colores chillones gracias a los regalos. A Aerith le encantaron, sobre todo, las postales de animales y plantas de Bauman. Con permiso de Elmyra, las había colgado en la pared, y perdía la noción del tiempo contemplando las ilustraciones de aquellas criaturas desconocidas para ella. Aunque al menos los otros regalos, como los libros y muñecas, también le gustaron. Al fin y al cabo, la experiencia de recibir objetos y recuerdos era nueva y emocionante. Excepto por esas pequeñas visitas que

las interrumpían por la mañana y por la tarde, Elmyra se pasaba todo el día fuera. Rodin le contó en confianza a la pequeña que Elmyra había dejado de ir a la estación y, en su lugar, ahora vagaba por los barrios bajos sin un rumbo fijo, preguntándose si Clay estaría por allí, escondido por alguna razón. Porque aquello era lo que ella pensaba, que tenía que haber una explicación para su ausencia.

*

– Y entonces se hizo de noche – explicó Aerith, y Tifa asintió en silencio junto a ella.

– Mi madre biológica volvió a visitarme, pero dirigió la mirada al pasillo con preocupación. Me levanté de la cama, abrí la puerta y me asomé. Vi la luz encendida del piso inferior. Bajé y vi a mi segunda mamá, Elmyra, lavando los platos en la cocina. Olí la hierba; un olor espeso y cargado. Me pareció oír voces y entonces lo vi. Había un soldado en la puerta.

*

Aerith pensó que los soldados de Shinra habían venido a llevársela. Aterrada, llamó a Elmyra a voces, pero esta no se movió. La niña se dio cuenta de que la voz se le había muerto en la garganta y de que en realidad no había producido sonido alguno. El soldado se giró para mirarla. Entonces se quitó el casco y Aerith entendió, era el mismo hombre al que ya había visto en algunas fotografías.

– ¿Clay? – murmuró, tenía la cara sucia y, al fijarse más en él, pudo ver que se trataba de sangre seca, además de tener varias heridas en todo su torso y parecía estar cojeando. Le dio la impresión de que había estado vagando durante mucho tiempo.

– Bienvenido.

Sin embargo, miraba a su alrededor, inseguro. Elmyra aún no lo había visto, pero ¿cómo podía ser? ¡El hombre al que tanto amaba estaba ahí mismo, en la puerta!

– ¡Mamá! – gritó Aerith de nuevo. Pero Elmyra no la oía. – ¡Clay!

El hombre cerró los ojos con fuerza y luego los volvió a abrir, pensando que la escena que tenía delante cambiaria si lo hacía. Aerith se preguntó qué estaría viendo. Los cerró una vez más, los abrió y se los frotó con el dorso de ambas manos con insistencia. Dejó escapar un fuerte suspiro y se agachó. Aerith intentó acercarse, pero las piernas no le respondían.

– ¡Clay! – volvió a llamarlo.

Igual que antes, nadie la oyó. Clay se desperezó en el suelo, usando toda su energía para hacerlo. Movió los labios. La niña se preguntó qué estaría intentando decir, así que se concentró en su mente.

“Elmyra, lo siento”, intuyó Aerith que decía el soldado.

– ¡Clay, no! ¡Mamá, por favor, voltéate! – exclamó ella.

Tras aquel misterioso episodio, Aerith despertó en la cama. No obstante, tenía la extraña sensación de que lo que acababa de vivir no había sido un sueño. Clay había fallecido. Momentos antes de su muerte, su espíritu se había conectado con el Planeta. La pequeña estaba convencida de que Clay había querido visitar su lugar favorito en el mundo antes de abandonarlo. Se preguntó si había tenido tiempo de ver a Elmyra.

Aerith se levantó, bajó las escaleras y descubrió a su madre adoptiva de pie en la cocina, lavando los platos. El olor extraño que antes había percibido ya no estaba en el ambiente.

– Mami – susurró. No sabía muy bien cómo darle aquella noticia – Mami, no estés triste.

Elmyra se volteó hacia ella, desconcertada.

– ¿Que ocurre? – preguntó.

– Un hombre al que amas mucho mucho, acaba de morir. Su alma vino desde lejos para despedirse, pero no se podía quedar porque tenía que regresar al planeta.

Elmyra la observó en silencio.

– ¿Me estás diciendo que Clay está muerto?

– Si, pero creo que ha vuelto sano y salvo al Planeta.

– Aerith. vuelve a la cama. – Había una ira innegable en la voz de Elmyra. A Aerith se le encogió el pecho.

– Mamá…

– Vuelve a la cama.

– Clay ha vuelto al Planeta. Siempre estará conectado a ti, mami. Por eso…

Elmyra alzo a Aerith con fuerza, la subió a cuestas por las escaleras y la volvió a meter en la cama en contra de su voluntad, como si la niña no fuese más que un costal de papas. Cerró de un portazo al irse, pero su enfado permaneció en la habitación. Aerith se cubrió el rostro con la manta antes de romper en llanto. Sin embargo, no lloraba por haber enfadado a Elmyra, sino porque la mujer no pudiera volver a ver a Clay. Sintió entonces la presencia de Ifalna muy muy cerca. Aunque no veía nada porque la manta le cubría los ojos, sabía que era ella.

– Mami…

Se asomó y vio su rostro afable, pero parecía distinta. Aerith podía ver la pared a través de su cuerpo. Clay había tenido el mismo aspecto antes de desaparecer.

– ¡Mami!

Muy asustada, Aerith se incorporó de un salto sobre el colchón. La cara de su madre biológica se confundía con el estampado del papel de la pared. La mujer movió los labios, tratando de decir algo, pero Aerith no la oía. Desesperada, se lanzó hacia donde se suponía estaba el cuerpo de Ifalna, pero perdió el equilibrio al no encontrar nada tangible y se cayó lejos de la cama. Aerith se tragó el dolor y buscó a su madre con la mirada, pero el cuerpo de la mujer estaba ya desapareciendo y no dejaba de mover los labios en vano. Al final, desapareció por completo y la niña se quedó sin saber qué era lo que su madre había querido decirle.

Ya no había ni rastro de su presencia.

El día siguiente transcurrió con tranquilidad. Cuando Aerith se despertó, Elmyra ya había salido de casa. Le había preparado un almuerzo sencillo y le había dejado una nota para avisarlo de que no volvería hasta bien entrada la noche, pues aquel día no esperaba invitados. Al terminar de comer, la niña regresó a su cuarto. Abrió un cajón del escritorio y sacó una pequeña bolsa, la misma que Ifalna le había regalado antes de morir y que contenía una materia blanca. Se la colocó en la palma de la mano y la aprisionó entre sus dedos con fuerza. Sintió que la calma la invadía de repente, como siempre que la tenía cerca. Al menos aquello no había cambiado.

Al anochecer, la puerta de entrada se abrió sin hacer apenas ruido. La siguió el sonido de unos pasos y el arrastre de una silla. Caminando en silencio, Aerith se dirigió hacia la planta baja y descubrió a Elmyra sentada a la mesa, en su sitio habitual, pero totalmente desplomada. Podía oírla llorar. Cuando la mujer percibió la presencia de Aerith, se giró para mirarla, desvelando unos ojos muy rojos.

– Me han llegado noticias de Shinra. El helicóptero en el que viajaba Clay se estrelló en el bosque. El cuerpo estaba lejos del lugar del accidente, así que no lo habían encontrado hasta hoy. Dicen que intentó salir del bosque por su propio pie, pero no entiendo por qué no se quedó a esperar ayuda. Siempre ha sido tan terco…

- Quería verte una última vez, mamá. Por eso intentó avanzar. Quería venir a verte.

– ¿Y luego volvió al Planeta? Deja de decir tonterías.

– Pero…

– ¿Por qué tiene que regresar al Planeta? Vamos, dímelo. Su hogar está aquí, conmigo, ¿no? ¿No debería ser esta casa el único lugar al que el quisiera volver? Hay una razón por la que no está aquí, Aerith, y es porque está muerto. No importa lo que

creas, Clay está… – Elmyra no pudo terminar la frase a porque las lágrimas la interrumpieron.

La mujer berreaba igual que una niña pequeña, Aerith se sentía mucho peor al ver a un adulto llorar de aquella manera, así que insistió:

– ¡Pero es verdad que ha vuelto al Planeta! Todos nosotros estamos conectados a él. Por eso Clay siempre estará a tu lado.

– Aerith, te lo suplico. Ya basta, por favor.

– ¡Yo también perdí a mi madre! Me niego a pensar que no ha podido regresar al Planeta y que simplemente ya no está. ¡No creeré en algo tan absurdo!

Durante los días siguientes, el dolor las supero. Pasaban el tiempo juntas, acurrucadas la una en la otra, pues el calor de sus cuerpos era el único antídoto que parecía aliviar la soledad que sentían, Butch y sus colegas se turnaron para ir a verlas tras enterarse de la muerte de Clay. Al parecer, Rodin les había pedido que les llevasen algo de comida, ya que Elmyra había perdido las ganas de hacer hasta las tareas más simples del hogar. Carlo apareció en nombre de Meguro, alegando que este no se encontraba bien. Era la primera vez que Aerith lo veía en persona. Carlo era un joven alto y delgado, con el pelo negro y engominado, siempre peinado hacia atrás. Parecía una persona inquieta, todo el rato moviendo alguna parte del cuerpo. Al principio, Aerith le tenía miedo porque parecía un auténtico malviviente, pero el muchacho no se portó mal con ella en ningún momento. Para su sorpresa, hasta se ofreció a hacerles todas las tareas del hogar. A Elmyra no parecía caerle muy en gracia, pero toleraba que entrara y saliera de la casa a su antojo. Aerith supuso que se debía a que no estaba animada ni para contradecirle. Pasada una semana, oyeron el fuerte estruendo de la vajilla rompiéndose contra el suelo de la cocina. No parecía un daño menor. Elmyra Aerith estaban en la primera planta, pero, incapaces de ignorar el ruido, bajaron a echar un vistazo, y Elmyra se quedó observando en silencio gran cantidad la de fragmentos rotos esparcidos por el suelo. Carlo inclinó la cabeza hacia un lado.

– ¿Era muy cara? – preguntó.

– No tengo ni idea – respondió ella–. Gabriel nos la regaló cuando Clay y yo empezamos a vivir juntos.

– No se mira que haya sido barato… Parece porcelana de primera calidad. Perdóname, Elmyra. Estaba intentando limpiar el polvo de dentro del armario… Sabes que no soporto el polvo, así que quería pasar el trapo y….

Pero Elmyra seguía mirando los fragmentos de la vajilla, ignorando las palabras de Carlo, que la miraba a ella. Tras disculparse, el muchacho se acuclilló sobre el suelo y empezó recoger los pedazos.

– Escucha, Carlo, quiero que te vayas a tu casa.

– Elmyra – protestó él en voz bajita – Dame una oportunidad.

– No es eso. Vas a hacerte daño si recoges los pedazos con las manos. Lo recogeré yo luego… Tu vete tranquilo. Hablaré con Meguro y le contaré cuánto nos has ayudado. Porque es la verdad. Nos has ayudado mucho. – aseguró Elmyra. A Carlo se le iluminó el rostro al instante. – Eres tan simple. Tienes que aprender a ocultar tus emociones si quieres llegar a ser alguien algún día.

– Lo sé, lo sé… – Carlo se dio una palmada en la mejilla y cambió la expresión. – En fin, me voy ya, pero llámame si necesitas algo. Y siento mucho la herida de tu cara, Elmyra.

– Me tropecé, eso es todo.

– No… – Carlo negó con la cabeza – No conozco otra forma de disculparme con Clay. – Al muchacho le temblaba la voz al hablar. Tanto Elmyra como Aerith lo miraron sorprendidas. Que estaba llorando – Era un buen hombre. Siempre me defendía cuando hacia el ridículo, me regañaba hasta ponerme los pies en la tierra cuando tocaba y hasta me presentó a Gabriel. No puedo creer que ya no este…

– Ey, no llores. No pasa nada. – La Elmyra de siempre había vuelto. Carlo se frotó los ojos con el antebrazo y esbozó una sonrisa.

– Tú tampoco llores. – respondió antes de marcharse.

– Bueno… – empezó a murmurar Elmyra, echando un vistazo a su alrededor. – Ha limpiado bien toda la casa, ¡Pero yo la dejo siempre como los oro resplandeciente! tendré que darle un repaso. Aerith… No, Rona, ¿quieres ayudarme?

– ¡Claro! –exclamó la niña.

Hasta la propia Aerith se sorprendió de la alegría que destilaba su voz.

*

– Hicimos juntas una gran limpieza de toda la casa. Primero recogimos la vajilla rota, luego abrimos todas las ventanas y utilizamos un plumero y una escoba para retirar el polvo y las lágrimas… A mamá le encantaba limpiar. Tenía un montón de escobas y trapeadores diferentes, así que cortó el mango de una de ellas con una sierra para que yo pudiera usarla con más comodidad. Al terminar con la limpieza, decidimos cambiar las cortinas de mi cuarto y las sábanas, pero antes teníamos que comprar las nuevas. Aquella fue la primera vez que salimos juntas a la calle.

*

Cruzaron un callejón que iba desde la fachada de su casa hasta el centro de los barrios del sector 5 y que pasaba por delante de La Casa De La Hoja de Floria, el orfanato. Allí, unos niños de la misma edad que Aerith se les interpusieron al pasar.

– Eres Rona, ¿verdad?

– ¿Rona? ¿Esta niña es Rona?

– ¿Eres huérfana?

– ¡A mí me han dicho que es adoptada! Qué envidia.

– Ven a vivir con nosotros.

- Qué bonita…

– ¿Por qué vistes con esos colores tan chillones?

Aerith se sintió desconcertada ante la rápida sucesión de comentarios (algunos groseros) que el resto de los niños vertía sobre ella, así que se escondió detrás de Elmyra. No le gustaba que la llamasen Rona. Cuando Carlo se había marchado, la presión de ser otra persona se había desvanecido, pero en aquel momento la sensación regresaba con fuerza. Estaba nerviosa. Entonces, alguien le tocó el pelo y ella, que no lo había visto venir, dejó escapar un pequeño chillido.

– ¡Ayumu, déjala! – exclamó un chico algo mayor – Vas a meterte en problemas si la molestas a ella.

– ¡No la estoy molestando a ella! – se defendió la mencionada.

– Es cierto, no me ha hecho nada – interrumpió Aerith – Solo me he asustado. No se preocupen.

– Bueno, está bien, pero…

– No, no está bien – intervino Elmyra – Jean, ¿quién les ha dicho que ella se llama Rona?

– Carlo.

Elmyra frunció el ceño ante la respuesta del tal Jean.

– Entonces… ¿se han enterado de lo de Rona porque se los ha contado Carlo?

– Sí. Nos ha dicho que, si algún niño la hacía llorar, él nos haría llorar a nosotros el triple.

Elmyra dejó escapar un suspiro.

– En fin – susurró. – Rona, no seas tímida. Ve a saludar. Viven todos en el orfanato. Son como nuestros vecinos, así que sé amable con ellos, ¿quieres?

Aerith ya estaba más recompuesta, así que se presentó:

– ¡Hola a todos! Soy Rona, encantada de conocerlos.

– ¡El placer es nuestro! – contestó una vocecilla alegre – Yo soy Sarah.

– Yo Zoey.

– Glad.

– ¡Yoko!

– Esta es Ayumu, mi hermana. – comentó el chico mayor. Ayumu era la niña que le había tocado el pelo. – Y yo soy Jean. Puedes venir a jugar con nosotros cuando quieras.

– Gracias, lo haré.

– ¿Quieres jugar ahora? – La invitó Ayumu.

Todos los niños observaron a Aerith con expectación y ella notó un cosquilleo recorrerle todo el cuerpo. Era la primera vez que veía a tantos niños de su misma edad. Eran solo seis, pero a ella le parecían una multitud y todos la miraban fijamente. Cuando no supo qué responder, Elmyra intervino para ayudarla:

– Lo siento, pequeños, pero hoy me la llevo de compras. Quiero que Rona elija algunas cosas para su cuarto, así que no puede quedarse a jugar por ahora. Podrán jugar con ella en otra ocasión.

Luego, la mujer agarró a su hija adoptiva de la mano, pero, tras dar unos cuantos pasos, Aerith miró hacia atrás para volver a mirar a los niños. La que se había presentado como Sarah agitó una mano sobre su pecho para despedirse. Cuando Aerith le devolvió el saludo, el resto de los huérfanos hicieron lo mismo. Qué escena tan bonita, ¿verdad? Aerith no volvió a mirar al frente ni dejó de agitar la mano en el aire hasta que no los hubieron perdido de vista del todo.

– Algo me dice que pronto tendrás muy buenos amigos~ – apreció Elmyra.

– ¡Eso espero con todo mi corazón!

A continuación, Elmyra le presentó a varios de sus conocidos, entre ellos el dueño de una cafetería y el doctor de aquel barrio. Todos muy amables. Antes de seguir con las compras, Elmyra puso al tanto de la muerte de Clay a las personas, como si fuera un tema más del que charlar. Ni siquiera dejó que sus amigos pudieran expresar sorpresa o darle el pésame.

– Lo echo de menos, pero tenerla a ella me ayuda olvidarme de su ausencia – explicó.

Y, así, antes de que la sonrisa se le diluyera en los labios, Elmyra se alejó.

– Siento haberte utilizado como excusa para cortar la conversación – se disculpó después la mujer con Aerith. – Pero no quiero hablar con ellos sobre Clay, Aerith. Supongo que en algún momento tendré que hacerlo, pero por ahora quiero seguir así.

– No pasa nada. No me importa. Pero tienes que llamarme Rona.

– Es cierto. Perdona, Rona. Sé que hasta estando solas debería llamarte así, pero es difícil.

Una semana después, Aerith estaba jugando con sus nuevos amigos frente al orfanato cuando vio a Meguro cruzando la calle. El traje blanco que llevaba puesto destacaba sobre el color terroso del camino. Elmyra le había dicho que iría de visita a casa y Aerith le había prometido jugar solo hasta que él apareciera. Un niño de unos diez años le pisaba los talones a Meguro. Llevaba unos pantalones sueltos y una camisa blanca brillante, pero su mirada destilaba aburrimiento. Otra niña caminaba

tras él. Esta llevaba una falda cuyo dobladillo tocaba el suelo, lo cual era una auténtica rareza en los barrios bajos. De vez en cuando se agarraba la parte por encima de los muslos para levantar la tela y poder seguirles el paso. Daba la sensación de que le resultaba complicado caminar, en la parte de arriba llevaba una blusa muy adornada y un gran sombrero sobre la cabeza. Solo con mirarlos ya se podía saber que los tres pertenecían a una clase social más alta.

Rona (es decir, Aerith) dejó escapar una exclamación cuando comprendió lo que estaban viendo sus ojos. Meguro no había venido solo, sino que sus hijos lo acompañaban. En otras palabras, aquella niña que iba con él era la verdadera Rona.

Se disculpó con sus compañeros de juego y corrió calle arriba. Atravesó el jardín a toda prisa y se metió a su casa.

– Mamá, el señor Meguro ya está llegando. Ha traído a sus hijos. ¡La verdadera Rona está con él! – dijo enseguida.

Pero Elmyra no parecía preocupada.

– Vaya, no me comentó nada de sus hijos.

– ¿Qué hacemos ahora?

– ¿Estás preocupada por el nombre? Meguro no es tan superficial. Le dará igual que te llames igual. Además, a estas alturas ya debe de saberlo.

Mas tarde. Meguro les presentó a sus hijos, Marcellus y Rona.

Rona miraba fijamente a Aerith, quien no podía ocultar su curiosidad. Entonces, Meguro abrió su maletín y sacó tres flores blancas. Le dio una a Marcellus y otra a Rona. Elmyra observó la restante que aún descansaba entre las manos del hombre.

– Cabe aclarar que son falsas. Nunca robaría flores de tu jardín. – se defendió.

Elmyra asintió y señaló el marco de fotos que había sobre la mesa. En la imagen se podía ver a Gabriel y a Clay, padre e hijo juntos, aunque en realidad parecían hermanos. Meguro y sus hijos colocaron las flores frente al marco y luego cruzaron los dedos, juntaron las manos frente a sus pechos y cerraron los ojos. Aerith, que los observaba con la boca abierta de par en par, se preguntó qué estaban haciendo. Al final, abrieron los ojos y Meguro la vio. Aerith se apresuró a cerrar la boca.

– ¿Ustedes no rezan? Estoy un poco hecho a la antigua, pero es mi forma de transmitirle mis mejores deseos a los muertos. – explicó el hombre.

– ¿De verdad se los puedes transmitir haciendo eso? –inquirió Aerith.

Marcellus resopló ante la pregunta, pero luego se encogió de miedo cuando su padre lo reprendió tan solo mirándolo. Aerith miró a Rona un segundo. Sus miradas se encontraron y Rona sonrió.

– Es lo que yo creo y lo importante es tener fe en tus propias creencias. Gabriel siempre me decía que esa es la base de todo. – se defendió Meguro.

Elmyra escuchaba y asentía en silencio.

– En fin, Elmyra. Sabes que habría venido antes, pero mi salud no me lo ha permitido.

– No pasa nada. Enviaste a Carlo en tu nombre, me ayudó mucho.

– ¿Se portó bien?

– La verdad es que parece una persona totalmente distinta. ¿Ha pasado algo?

– Carlo adoraba a Clay como si fuera su verdadero hermano de sangre, ya lo sabes. Creo que solo quería despedirse de él ayudándote a ti. Quizá siempre ha sido más agresivo contigo porque nunca ha soportado que lo alejaras de su mejor amigo, Elmyra.

– Eso es muy infantil. Aunque supongo que yo no he sido mucho mejor… Clay salía muchas noches con Carlo. No sabes cuántas veces me quejé de eso.

– Tengo sed. – le dijo entonces Marcellus a su padre, haciendo un mohín.

– Ya sabes lo que tienes que hacer si tienes sed.

El muchacho pareció molesto por un momento, pero luego se giró hacia Elmyra y le pidió un vaso de agua.

– Claro, siento no haberles ofrecido nada. Enseguida te la traigo. – contestó ella.

Mientras Elmyra preparaba las bebidas, Rona se acercó a Aerith.

– Oye, yo nací en marzo. ¿De qué mes eres tú, Aerith?

– De febrero.

– ¡Solo eres un mes mayor que yo!

– No se llama Aerith. – acusó entonces Marcellus. – Se llama Rona. Te ha robado el nombre.

– ¿Y qué más da? – respondió su hermana con una sonrisa.

A la niña no parecía importarle que Aerith estuviera utilizando su nombre, sin embargo, a Aerith le daba la sensación de que todos pensaban que sí se lo había robado. Sintió que se le encogía el corazón y que le dolía el pecho al respirar.

– Yo… – empezó a susurrar, pero Elmyra entró con una bandeja llena de vasos con limonada en aquel momento.

Repartió las bebidas e interrumpió a Aerith:

– Meguro, debo disculparme contigo, quería pensar un nombre nuevo para Aerith, pero no nos dio tiempo y ella utilizó el de tu hija sin darse cuenta.

– Es verdad. – aseguró Aerith. – Señor Meguro, usted me habló de Rona y empecé a preguntarme cómo seria. Me pregunté si podría conocerla algún día o si nos llevaríamos bien. Un día tuve que presentarme de repente y dije su nombre sin pensarlo.

– Es culpa mía por no haber sabido llevar mejor la situación. – insistió Elmyra. – Pero ya se ha corrido la voz por todo el sector. Sería raro cambiárselo.

Meguro asintió con parsimonia.

– Claro. No hay ningún problema. – respondió.

– ¡Qué bien! – exclamó Rona, feliz. – Al fin y al cabo, te gusta mi nombre, ¿no? Lo eligió mi madre.

– Pero murió al darte a luz. – Marcellus le dio un golpe a su hermana en el hombro.

Rona dejó de sonreír.

– Marcellus, si vuelves a culpar a tu hermana de eso, te rompo los dientes y te echo de casa. – amenazó Meguro en voz baja.

– Perdón. – susurró Marcellus, aunque parecía enfadado por algo.

Enrabietado, empezó a jugar con la limonada, soplando a través de la pajita para crear burbujas y espuma. Se divertía haciendo que la bebida rebosara fuera del vaso, mojando la mesa en el proceso. Aerith llegó a la conclusión de que jamás se llevaría bien con él, pero Elmyra confiaba en Meguro y el muchacho era su hijo, así que decidió que tendría que encontrar la manera.

– Entonces, nosotros también nos dirigiremos a ti como Rona y no como Aerith. – comentó Meguro. – Es importante que hasta tú te creas tu propia mentira.

- Encantada de conocerte, Rona. – dijo la verdadera Rona.

– Igualmente, Rona. – respondió Aerith – Marcellus, también me alegra haberte conocido a ti.

Pero el muchacho no contestó.

– Niños, tenemos asuntos que atender, así que podrían salir a jugar mientras hablo con Elmyra. Pero no se vayan más allá del jardín. No los quiero ver entre las calles. – ordenó Meguro.

– ¡De acuerdo! – exclamo Marcellus con firmeza antes de acabarse la limonada de un solo trago.

Rona y Aerith lo imitaron, pero esta última se atragantó, derramando algo de líquido sobre la mesa. Elmyra se rio y la instó a salir de casa. Una vez fuera, vio que Jean y el resto de los huérfanos la esperaban en la entrada del jardín.

– ¡Qué patéticos son ustedes los huerfanitos! – espetó Marcellus mientras los saludaba con una mano.

– Ey –respondieron ellos.

– ¿Qué hacemos hermano? Los huérfanos me dan miedo. – susurró Rona.

– No te preocupes. Nuestro padre es poderoso, no pueden hacernos nada.

La conversación que mantenían los hermanos puso nerviosa a Aerith. Tenía la extraña sensación de que estaba a punto de ocurrir algo desastroso.

– ¡Oigan~! – los llamó Marcellus con voz alegre.

– ¿Podemos acercarnos? – preguntó Jean.

– Claro. ¡Vamos a jugar al ogro de las cosquillas! – respondió Marcellus.

– ¿Qué es eso? No lo hemos escuchado nunca.

Jean entró al jardín, acompañado del resto de huérfanos. Había un par de caras que Aerith no reconoció.

– Es un juego muy popular en los barrios del sector 4. – explicó Marcellus – Quizá no lo saben porque viven en un orfanato y se preguntan porque aveces el suelo tiene cemento.

Aerith no pasó por alto la tristeza que inundo entonces los ojos de Jean. En cambio, Ayumu aún era muy pequeña y no era consciente de las intenciones maliciosas de Marcellus.

– ¡Suena divertido! – exclamó Ayumu. –. ¿Puedes enseñarnos a jugar? Por cierto, ¿cómo se llaman?

Los hermanos se presentaron y Aerith se puso nerviosa.

– ¿Hay dos Ronas? – Ayumu miró a Jean con cara de asombro.

– Son cosas que pasan. – contestó su hermano con tono de sabelotodo.

– Sí, claro, cosas que pasan. – comento Marcellus en voz baja, dirigiendo una mirada triunfante hacia Aerith. – Esta de aquí le ha robado el nombre a mi hermanita. En realidad, se llama Aerith, Aerith la ratera de nombres, ¡Vamos, díselo!

Marcellus dibujó una sonrisa enorme y todos los niños que estaban allí miraron a Aerith fijamente.

– ¡No soy ninguna ratera! ¡Lo juro! – se defendió ella.

– Eso es lo que diría un ratera. – se burló Marcellus, que por fin mostraba su verdadera cara.

– ¡Basta, Marcellus! – suplicó Rona, pero él no le prestó atención.

– ¡No soy una ratera! – volvió a gritar Aerith, pues era lo único que no quería admitir.

– Ratera de nombres.

– ¡Que no, te estoy diciendo! – exclamó la acusada con voz ronca. Pensó para sí misma que no debía llorar, al menos no delante de todos, pero las lágrimas la traicionaron. – ¡No lo soy!

– Tú también eres huérfana. ¿Sabes qué? Tendrías que estar pudriéndote en un orfanato tú también, pero te metiste en casa de Clay y Elmyra para aprovecharte de ellos. ¡Qué astuta! – la condenó Marcellus, disgustado.

– ¡Cállate!

Entonces, Jean se abalanzó sobre Marcellus y este, totalmente desprevenido, cayó de espaldas al suelo. Otro de los niños, que respondía al nombre de Equis, lo inmovilizó. Aerith sabía quién era. Debía de tener tres o cuatro años más que ella. No solía salir mucho a jugar con el resto, pues le gustaba dedicar su tiempo a ayudar a los profesores del orfanato.

– ¡Quítenmelos! ¡Déjenme en paz! – se quejó Marcellus.

– ¡Pues no te burles de nuestra casa! – gritó Equis.

– ¡Huérfanos de mierda, asquerosos pobres! ¡Vuelvan a comer piedras y dormir en el suelo como los gusanos que son! – continuó insultando Marcellus, sin cesar.

– ¡Pelea, pelea! – jaleaban las niñas. Marcellus no cedía. Jean echó un vistazo rápido al callejón y luego miró hacia la puerta de la casa de los Gainsborough.

– Lo siento. Todo esto es mi culpa. He estado usando el nombre de Rona sin su permiso confesó Aerith.

– ¿Que lo usaste sin su permiso? ¡Di la verdad! ¡Se lo has robado! – gritó Marcellus.

– Eso no es cierto y te callas. – Equis le dio una bofetada al chico en la mejilla.

– ¡Basta! – rogó Aerith, que sintió aquel golpe como si hubiera sido para ella. No tenía ganas de defender a alguien tan ruin, pero aquella violencia le parecía desmesurada – Basta, Equis.

– No, ni hablar – respondió el niño. – Al menos que se disculpe. No voy a perdonarle que haya hablado así de nosotros y de nuestro orfanato. ¡Discúlpate! – gritó, y a punto estuvo de golpearlo de nuevo.

– ¡Que se disculpe ella! –se quejó Marcellus.

Y, como Aerith quería que aquello se terminase cuanto antes, no le quedó más remedio que susurrar:

– Lo siento. Perdóname por haberle robado el nombre a tu hermana. Lo siento, Rona. De verdad. Lo siento, Marcellus.

Aerith se echó a llorar. Jean se apartó de Marcellus y ayudó a Equis a ponerse en pie. Marcellus, por fin libre, se levantó con un leve tambaleo.

– Al fin lo admites. – acusó el hijo de Meguro.

Un hilillo de sangre le rezumaba del corte que le atravesaba el labio. Le temblaba el cuerpo entero. Pero, en cambio, hacía todo lo posible por mantener la apariencia de chico audaz.

– Ahora te toca a ti. – lo interrumpió Jean – Discúlpate con nosotros.

Lentamente, Marcellus se giró hacia Jean y después hacia el resto de los niños.

Luego sonrió.

– ¡Son una pandilla de pordioseros! ¡Jamás me disculpare con gente de su calaña!

Entonces, Jean, Equis y todos los niños cuyo nombre Aerith desconocía, ya que era la primera vez que los veía, saltaron sobre Marcellus a la vez, iniciando otra gran pelea. Rona soltó un grito y corrió para resguardarse dentro de los muros de la casa de los Gainsborough. Al verla, Aerith supo que aquello era lo que tendría que haber hecho desde el principio: ir a pedir ayuda. Siguió a Rona hacia la casa y justo cuando esta colocaba una mano en el pomo, la puerta se abrió y apareció Meguro, que comprendió la gravedad de la situación al instante.

– ¡Oigan Ustedes! – gritó.

Era una voz tan furiosa que parecía brotar de las profundidades de la tierra. Aerith

no podría haberse imaginado nunca el enfado del hombre, así que se estremeció al instante. A los huérfanos les sucedió lo mismo. Elmyra, que acababa de aparecer en el umbral de la puerta, observó la escena con la mandíbula desencajada. Dejando atrás a Aerith, Rona y Elmyra, Meguro acortó la distancia entre él y el grupo de niños.

– ¡Corran! – exclamó alguien, quizá Jean o Equis.

Los huérfanos desaparecieron al instante en él callejón. Meguro agarró a su hijo por la oreja y lo arrastró de vuelta hacia el porche mientras este avanzaba a trompicones, quejándose de que le estaba haciendo daño.

– ¡Estoy harto de ti! – le dijo.

– ¡Entraron al jardín! Intenté ahuyentarlos. Empezaron ellos. – se defendió Marcellus.

– ¿Y por eso te comportas así?

– Ha sido culpa de Aerith.

– Ya hemos hablado de esto. Rona y yo le hemos dicho que puede usar su nombre si quiere. No tiene nada que ver contigo.

– ¡Pero…!

– ¡Tienes que ser más inteligente, Marcellus! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo para que lo entiendas? Escúchame, hijo, Tú tampoco tienes madre. Cada vez que metas la pata, habrá alguien ahí para recordártelo. Si te comportas así, solo ensucias mi apellido y manchas el recuerdo de tu madre, ¿me oyes? – Meguro siguió tirándole de la oreja mientras lo reñía.

– Meguro, déjalo ya. – suplicó Elmyra en voz baja, ya que era incapaz de continuar viendo cómo un padre le hacía daño a su propio hijo, y presionó una mano sobre la del hombre con suavidad.

– Está bien… – Solo entonces soltó Meguro la oreja de Marcellus.

– Aerith, perdóname. Disculpa a mi hijo. Es un imbécil, pero lo ha hecho para defender el honor de su hermana pequeña. Espero que sepas perdonarlo, al menos por Rona y por mí.

Detrás de su padre, Marcellus miraba a Aerith con fijeza. La niña estaba dispuesta a aceptar cualquier condición con tal de acabar aquel tema cuanto antes.

– No pasa nada, de verdad. En el fondo, la culpa es mía. Soy yo quien debe pedir perdón – dijo, enfrentándose a Meguro, Marcellus y Rona para disculparse con ellos de forma individual.

Luego miró a Elmyra y le dedicó una leve inclinación de cabeza.

– Elmyra, tenemos que terminar de hablar. – comentó Meguro – Rona, Aerith, entren con nosotros. Marcellus, tú te quedas aquí afuera a reflexionar.

Una vez en el interior de la casa, Aerith se dedicó a observar a Marcellus a través de la ventana, preguntándose si todos los monstruos serían igual que él.

Pronto llegó la hora de que sus invitados se marchasen.

– Pasare por el orfanato para dejarle algo muy en claro a la directora. Esos niños no pueden entrar en su jardín así porque sí. Si le pasa algo a Aerith… Bueno, a Rona… Me encargare de que ese sitio desaparezca. No lo dudes. – aseguró Meguro.

Ya no era el caballero de aspecto afable que Aerith había pensado que era en un principio. Llegó a la conclusión de que no era más que una fachada para engañar a sus hijos.

Mientras pensaba en eso, Rona corrió hacia ella y le susurró:

– Te dejaré usar mi nombre todo lo que quieras, ¿Sí? Eres especial, Aerith.

Y aquel comentario le resultó amable y cruel a la vez.

*

– Entonces, ese orfanato del que venían Jean y los demás, ¿no es La Casa De La Hoja de Floria? – preguntó Tifa, que hasta el momento había estado escuchando toda la historia en silencio.

– Es el mismo. Si no recuerdo mal. el nombre oficial del orfanato era “La Casa De La Hoja Baja Del Sector 5”, pero todo el mundo se refiere a este como “La Casa Del Sector 5”, sin más. Pronto empezaron a llamarlo La Casa De La Hoja de Floria. Yo no tenía ni idea entonces, pero se ve que corría el rumor de que los propietarios vendían niños.

– ¿En serio?

– Ni los niños ni los profesores estaban al tanto, tiempo después, Equis habló con los dueños y compró el orfanato. Equis era uno de los niños que se enfrentó a Marcellus en el jardín.

– Ya veo. Tengo un compañero de Avalancha que estuvo ayudando en el orfanato en el que se crio, así que he pensado que quizá lo conocerías, per… – Tifa parecía deprimida.

– ¿Te refieres a Biggs?

– ¿Sabes quién es?

– No, nunca lo he conocido en persona, pero muchos profesores y niños hablaban a menudo de él. Lo respetaban mucho… – Entonces, Aerith soltó un grito, dándose cuenta de algo: – ¡Espera un momento! ¡¡Equis es Biggs!!

– ¿Que…? ¿A qué te refieres?

– No tenía nombre porque lo encontraron cuando apenas era un bebé, así que la gente de La Casa De La Hoja decidió llamarlo Equis. A él le gustaba el alias, así que siguió utilizándolo durante mucho tiempo, pero siempre decía que algún día encontraría un nombre mejor.

Cuando los huérfanos de La Casa De La Hoja se enteraron de que el nombre que

Aerith había estado utilizando (Rona) era falso, las reacciones fueron muchas y diversas. Sin embargo, solo Equis le habló en privado sobre su propio nombre, algo que logró consolarla en gran medida. Gracias a él, llegó a la conclusión de que siempre sería mejor escoger un nombre por sí misma.

Aerith vio que a Tifa se le llenaban los ojos de lágrimas.

– Como Biggs no hay dos. Siempre ha sido así. Tengo que contárselo a Barret.

*

Cuando Meguro y sus hijos hubieron abandonado la casa de los Gainsborough, Elmyra salió un rato ella sola. Cuando volvió, al cabo de una hora, puso al día a Aerith sobre lo que había sucedido fuera. Primero había ido al orfanato para disculparse por no haber estado vigilando a Marcellus y para confirmarles que el nombre verdadero de su sobrina no era Rona, sino Aerith, aunque les pidió que siguieran llamándola Rona en público.

– En la medida de lo posible, he intentado no mentirles más. No les he explicado ni a los profesores ni a los niños mis razones, pero creo que han entendido más o menos la gravedad de la situación. Además, Jean es un chico inteligente y con una gran imaginación. Estoy segura de que sabrá mantener al resto de niños bajo control. También les he explicado nuestra situación a mis amigos que viven al otro lado del callejón.

– Me parece bien. – respondió Aerith.

– No te preocupes. Les he pedido que no se lo cuenten a nadie más, aunque sé que eso no es suficiente para ti. He hablado con Butch y me ha comentado que sus hombres vendrán a protegernos. Eso tranquiliza, ¿verdad?

No sabían si el plan de Elmyra estaba funcionando bien o mal, pero el tiempo pasaba de forma apacible y nada malo ocurría. Aerith se acostumbró a ser ella misma en casa y a ser Rona en las calles de aquel barrio. También se acostumbró a tener a uno de los encargados de la empresa familiar detrás de ella, vigilándola y cuidándola. Meguro iba a visitarlas varias veces al mes, pero nunca volvió a traer a sus hijos.

Pronto, Butch se jubiló y Carlo ocupó su vacante como encargado. Más tarde, en febrero, Carlo organizó una fiesta de cumpleaños para Aerith, que cumplía ocho años, en la que todos los miembros de la empresa llevarían a sus familias a la casa de los Gainsborough para reunirse y celebrarlo. Cuando Aerith se enteró, se puso tan contenta que no pudo evitar lanzarse a los brazos de Carlo. Decidieron invitar también a los niños del orfanato. Lo único que pidió Aerith fue que nadie invitase a Marcellus y Rona, pero

Carlo la ignoró.

No obstante, la fiesta no llegó a celebrarse nunca. El día de antes, Carlo llevó a sus hombres a casa para empezar a decorar. Entonces, apareció Rodin, notablemente asustado, e informó a Carlo de que Meguro había sufrido un ataque al corazón y había perdido la consciencia. Su vida corría peligro. El jefe de la empresa había colapsado. Para todos ellos, aquello era mucho más importante que una simple fiesta de cumpleaños, así que Carlo anunció que pospondrían la celebración. Aerith se quedó atónita, pero es cierto que sintió alivio al entender que solo era un aplazamiento y no una cancelación rotunda. Sin embargo, la idea de celebrar su cumpleaños el día que no tocaba no la entusiasmaba demasiado. Mientras los adultos corrían de un lado a otro, Aerith se encerró en su cuarto y se echó a llorar. Por un instante, sintió rabia y enfado hacia Meguro por haberse puesto enfermo en un momento así. Luego, la culpa comenzó a atormentarla.

Elmyra se marchó a visitar a Meguro la mañana del cumpleaños de Aerith. Uno de los niños del orfanato fue a buscarla a casa para invitarla a jugar, pero ella lo ignoró. Elmyra no regresó hasta por la tarde.

– Meguro está bien. – anunció– Su vida ya no corre peligro.

– Me alegro.

– Me ha pedido que me encargue de sus hijos si algún día le pasa algo.

– ¿Qué?

– Es una petición algo absurda, ¿verdad? En fin ¿Quieres que recemos para que Meguro se recupere del todo? – rio Elmyra. Aerith se le unió al instante. – ¡Por fin sonríes! ¿Te apetece que salgamos esta noche? Podemos ir a cenar algo por ahí.

– Está bien.

– Estupendo. Además, he contratado a un nuevo guardaespaldas. Debería llegar en cualquier momento.

– ¿Quién es?

El timbre sonó justo después. A través de la ventana que había en la puerta, pudieron ver la figura de una persona de pie en el porche.

– ¡Ya voy! – exclamó Aerith.

La niña abrió con alegría. No conocía al hombre que esperaba fuera, pero sí reconoció el traje. Recordó entonces al profesor Hojo, siempre con un par de hombres trajeados en negro detrás de él, en aquella época, Aerith también había visto al presidente Shinra en varias ocasiones en su despacho y este había estado acompañado muchas veces también de un hombre que vestía el mismo traje.

Shinra la había encontrado.

– ¡Aerith, aquí estás! No sabes lo preocupados que estábamos por ti – dijo el desconocido de forma afable.

– ¡No…! ¡Vete! – gritó la niña, que no lo dudó dos veces a la hora de apartarse deprisa de la entrada para esconderse detrás de Elmyra.

Al hombre poco le importó su huida. Se adentró en la casa sin pedir permiso, Elmyra intentó detenerlo, pero él la ignoro y siguió hablando:

– Aerith… sabes que no eres una niña normal. Eres una descendiente de los Antiguos.

– ¿Quién demonios eres tú? ¿Quiénes son los Antiguos? – interrumpió Elmyra – ¡Esta es mi casa! ¡Lo que estás haciendo es totalmente ilegal!

– Mis disculpas, señora. Trabajo para la Compañía Shinra.

– Pero eres muy joven… ¿Acabas de llegar a la ciudad? No nos has dicho tu nombre. ¿Crees que vas a asustarme solo porque menciones a Shinra?

El hombre pareció perder la compostura unos segundos.

– Tseng. Me llamo Tseng y trabajo para el Departamento de Ciencias y Desarrollo de Shinra, en la Auditoría de Administración General.

– ¿Y qué buscas aquí?

– He venido para hablar con Aerith.

– ¡No quiero hablar! – gritó otra vez la niña – ¡No quiero!

– Has mencionado algo sobre los Antiguos. – continuó diciendo Elmyra – ¿Qué significa eso? ¿Estás seguro de que no te equivocas de persona?

– Ellos fueron los guardianes originales del planeta, cuyo ilimitado conocimiento y sabiduría nos guiaran a la tierra prometida. Algunos creen que la tierra prometida es un mito. Otros, una especie de alegoría. Pero tomamos las palabras de las escrituras muy en serio, y creemos que son bastantes reales. Por eso, Shinra quiere mucho que Aerith nos ayude…

Pero Aerith no podía soportar la idea de abandonar aquella casa que tanta seguridad le había proporcionado. De hecho, nunca pensó en volver al edificio de Shinra.

– ¡Te equivocas! – lo acuso – ¡No soy una Antigua!

– Pero Aerith… Incluso cuando estás sola, ¿no oyes voces que susurran secretos? – insistió el hombre.

– ¡No, nunca!

Aerith subió corriendo las escaleras para escapar de su fatal destino. Se metió en la cama y se tapó con la sabana, aunque no hiciera frio, pero ella entera temblaba. Sentía que aquel año de paz le sería arrebatado igual que un sueño al despertar. Cerró los ojos con fuerza e intentó ahuyentar el miedo más profundo que había

sentido nunca. Todo lo que le venía a la mente eran situaciones negativas. Se imaginó, incluso, a la pobre Elmyra teniendo que enfrentarse a una de esas terribles posibilidades. Sin embargo, ¿qué podía hacer ella al respecto? Le aterraba tener que bajar. ¿Pero y si era él quien subía?

– Hemos llegado a un acuerdo. – oyó que decía Elmyra. Aerith apartó la sabana y vio la simpatía en los ojos de su madre adoptiva. Entendió enseguida que estaban solas en casa – Sé que has tenido que aguantar cosas muy espantosas, pero no te preocupes. Se ha marchado. – La mujer se sentó en la cama y abrazó a la niña – ¿Es verdad eres una Anciana?

A Aerith no le sorprendía ya a esas alturas lo directa que era a veces Elmyra.

– En realidad nos llamaban *"Cetra"*. Mi madre lo era, yo solo soy medio Cetra – respondió.

Elmyra asintió varias veces seguidas.

– Ese hombre Tseng… Por lo que ha dicho, parece que la mesa directiva de Shinra se ha dado cuenta de que no obtuvieron la información que andaban buscando de los de tu especie precisamente por las cosas tan horribles que le hicieron a Ifalna. Buscan la Tierra Prometida. Es lo único que les interesa, así que solo quieren que les cuentes todo lo que sabes.

Para Aerith, la Tierra Prometida era un término familiar. Había oído a su madre hablar sobre ese lugar en alguna ocasión, pero no sabía cómo era o dónde encontrarla. Aerith no tenía la información que Shinra buscaba tan desesperadamente.

– Pero no lo sé. No sé nada sobre eso.

– Eso mismo ha dicho Tseng. Pero también ha dicho que puede que llegue el día en que sepas algo.

– No quiero irme a ninguna parte, Elmyra. Te quiero mucho, me gusta esta casa y quiero quedarme aquí.

– Eso dice mucho de ti, pequeña, y sabes que a mí también me gusta tenerte aquí, Por eso le he propuesto algo. Le he dicho que vivirás conmigo y que, a cambio, yo te vigilaré. Si veo algo raro, le informaré al respecto. Hasta entonces, Shinra tendrá que mantener a su gente alejada de nosotras. Tseng se lo ha comentado a sus superiores y todos han estado de acuerdo. Creo que no es mala persona.

– Entonces, ¿puedo seguir viviendo contigo?

– Así es. Para desgracia de Tseng, estoy segura de que solo observare en ti el comportamiento de una niña normal y corriente. – Elmyra dejó escapar una carcajada.

*

– Como Shinra me había descubierto, ya no tenía motivos para ocultar mi nombre, así que a partir de ese momento volví a ser Aerith, tanto dentro como fuera de casa. Durante un tiempo, no sucedió nada. Los Turcos no se acercaban a nosotras y los negocios de Elmyra iban viento en popa. No todo era diversión y juegos, por supuesto. Había momentos en los que me sentía mal y solo quería llorar, pero ahora sé que se debía a que aquella era la primera vez que disfrutaba de una vida normal y corriente.

– Qué bonito. – comentó Tifa con empatía.

– Pero entonces todo se torció por culpa de Marcellus.

– Oh no…

*

Carlo fue a visitarlas.

– Aerith, ¿cómo estás? Te he traído un regalo. – le dijo.

Luego le entregó un paquete de dulces. Era un regalo algo infantil para una niña que ya tenía diez años y, además, Elmyra pensaba que ese tipo de golosinas eran perjudiciales para los dientes, así que hizo un mohín.

– Tengo que atender unos asuntos con Elmyra. – insistió Carlo – ¿Podrías ir arriba y dejarnos a solas unos minutos?

– Claro. – respondió Aerith.

Se había acostumbrado a que los jefecillos de la empresa familiar de Elmyra la echasen del comedor cuando tenían que hablar de negocios, pero Elmyra se lo contaba casi todo después. Igual que una madre de verdad, sabía lo que su hija podía o no podía saber. Aquel día, tras adentrarse en su cuarto, cerró la puerta con todas sus fuerzas. El estruendo resonó por toda la casa. Inmediatamente después, volvió a abrir, pero en silencio. Se deslizó por la rendija y caminó de forma sigilosa hacia las escaleras. La casa era vieja y el suelo crujía al andar, pero Aerith ya conocía las zonas donde podía pisar sin hacer ruido.

– Todo esto está mal, la cosa empeoro. –oyó decir a Carlo – ¿Cuánto sabes de la enfermedad de Meguro?

– Se que volvió a tener otro paro cardiaco, pero, su corazón aun aguanta, ¿no?

– Sí, sí, pero es lo demás lo que me preocupa. Tiene tres enfermedades y no recuerdo el nombre de ninguna de ellas. Desde que nació Rona, ha ganado peso a un ritmo alarmante, ¿No te has dado cuenta? Su vida es un desastre desde que su mujer murió. Come todo tipo de porquerías. Comida basura a todas horas.

– Yo intenté advertirle, pero quizá debí haber sido más dura con él en su momento…

– Y si se lo dices ahora, te ignorará o intentará sacarte de quicio. Aunque me pregunto qué haría de estar en nuestro lugar, No sé si lo sabes, pero ha decidido mudarse a la Plataforma. Allí arriba los tratamientos médicos son mejores. Estará

dispuesto a seguir gestionando la empresa desde su nueva casa, hasta se ha planteado contratar a una persona para que haga de mensajero entre él y nosotros. Pero no sé qué va a suponer eso para el negocio. Por lo que vemos, ese tipo, es un auténtico desconocido, podría colocarse como subdirector en cuestión de meses. Meguro ni siquiera te ha consultado sobre algo tan importante y tú tienes el mismo rango que él, Elmyra. Te está pasando por encima.

– No me metas en esto, Carlo. Yo soy una simple portavoz. Hasta ahora, es Meguro quien se ha encargado de todo lo importante. No pretendo involucrarme en este tema.

– Pero vives de esta empresa. ¿Cómo me dices que no quieres involucrarte? – se sorprendió Carlo.

Aerith no pudo escucharlo, pero se imaginó a Elmyra dejando escapar un gran suspiro.

– En fin, no he venido a hablarte sobre eso. Vengo a hablarte sobre Marcellus. Ese mocoso de mierda se ha escapado de casa. Lo único que sabemos es que Meguro le ha encargado a todo el mundo en la empresa que lo busquen. Me dijo que te informase a ti también.

– Marcellus... No lo he visto desde hace dos o tres años. Ahora debe de tener entre trece o catorce, ¿no?

– Sí, pero no te preocupes. Escucha, yo mismo me escape de mi casa cuando apenas tenía doce años. Lo que le pasa es que ha vuelto a meter la pata y está intentando solucionarlo huyendo, pero...

– ¿Qué ha hecho esta vez?

– La gente se ha enterado de que Meguro está enfermo y muchas personas, como Don Corneo del sector 6 o incluso los hermanos Manson, se están aprovechando de su situación. Meguro cree que pueden haber secuestrado a su hijo. ¿Tú qué opinas?

– Si fuera un secuestro, ¿no pedirían los secuestradores algo a cambio?

– Pues aún nadie ha dicho nada y ya han pasado tres días desde que Marcellus desapareció. Por eso te digo que lo más probable es que se haya escapado. Aun así, supongo que no podemos descartar el peor de los casos: que de verdad sea un secuestro.

– Está bien, lo tendré en cuenta. Aun así, en esta zona de los barrios no sucede nunca nada malo. No creo que mi oído aquí sea de gran ayuda.

– No te preocupes, nosotros nos encargaremos de encontrar al niño. Tú asegúrate de mantener a Aerith a salvo. Si han secuestrado a Marcellus, existe la posibilidad de que lo intenten también con ella. Independientemente de si eres solo una portavoz o no, para el resto del mundo tienes la misma importancia que Meguro. Y Aerith es tu hija. Si tuviera que usar a alguien como moneda de cambio, también la usaría a ella.

Y... Yo sé que estarías dispuesta a abandonar la empresa por el bien de Aerith.

Aerith se quedó atónita y retrocedió un paso. Entonces, el suelo crujió.

– Aerith, ¿estás ahí verdad? – la llamó Elmyra. – Ven aquí.

Su madre la había pillado in fraganti, así que no tuvo más remedio que bajar.

– ¿Lo has escuchado todo? – le preguntó Carlo.

Aerith no pudo hacer otra cosa que admitir que sí, que lo había escuchado todo.

– No te preocupes. No te pasará nada malo. – le aseguró Elmyra, pero la voz le temblaba.

– Seguro que no. – dijo Carlo – Pero es mejor que tomemos precauciones. Quizá sea mejor que se vayan de aquí. Conozco a alguien en Kalm, alguien a quien Gabriel cuidaba hace mucho tiempo. Creo que podemos recurrir a él en busca de ayuda.

– Sí, puede ser. Quizá sea lo mejor – admitió Elmyra. Aquello entristeció a Aerith. Elmyra había decidido criarla sola y ahora le arrebataban su casa.

– Hagan sus maletas esta noche. Conseguiré un coche y le pediré a alguien que nos lleve hasta Kalm. No, yo mismo conduciré. Hace tiempo que no lo hago, pero me las apañaré. Las recogeré mañana antes del amanecer. Tendrán que ir caminando hasta la salida del sector, así que lleven ropa cómoda.

Tras conversar un rato más sobre lo mismo, Carlo volvió a hablar, esta vez dirigiéndose a Aerith:

– Aerith, no pongas esa cara. Iré a buscarlas en cuanto hayamos resuelto este problema.

Pero se puso tenso cuando Elmyra sujetó a Aerith por los hombros y la acercó a su vientre para abrazarla.

Cuando cayó la noche, y antes de meterse en la cama, Elmyra y Aerith metieron sus pertenencias en una pequeña maleta que Elmyra y Clay habían utilizado en un pasado para sus pícnics. Aerith estaba tan nerviosa que apenas pudo dormir algo. No dejaba de preguntarse qué estaría haciendo Marcellus en aquellos momentos. Hacía mucho que no pensaba en el hijo de Meguro. De repente, le vino a la mente su voz, esa forma tan maliciosa de hablar que tenía, la limonada que había derramado sobre la mesa y cómo, después, se le había manchado ese traje tan blanco que llevaba en la pelea del jardín. Sin embargo, no recordaba su rostro con claridad. Intentó concentrarse, La sangre se le resbalaba entre los labios. Le salía por la nariz y también por los ojos.

– No, así no era. – resopló.

Entonces, recordó su cara. La verdadera. Y sintió que se le ponía la piel de gallina. Tras las cortinas cerradas, tras la ventana, vio un destello de luz.

– Qué es eso... – Aerith se levantó de la cama y abrió un poco las cortinas para

poder ver el jardín. Allí vio a Marcellus, muy cerca de la zona en la que Jean lo había inmovilizado hacía ya algunos años. – ¿Qué? – Al instante siguiente, Aerith estaba en el jardín. Marcellus estaba de pie, cubierto de sangre. – ¡No!

Marcellus se agachó con un gemido ronco, extendió una mano y palpó los dedos de los pies descalzos de Aerith. Ella volvió a sentir que el vello de todo el cuerpo se le erizaba ante el contacto. El escenario que los rodeaba cambió por completo en una fracción de segundo.

El cuerpo del muchacho irradiaba una luz extraña. Era la forma de la vida, pensó Aerith. Lo había sabido todo aquel tiempo, pero lo entendió entonces. Marcellus estaba a punto de morir.

– ¿Dónde? ¿Dónde estás?

– Sector 6.... A las puertas... de... – empezó a jadear él.

– ¿Qué? ¡No sé dónde está eso, pero espérame!

Aerith comenzó a correr en la dirección opuesta a la pared que veía. hacia lo que ella suponía que era aquel barrio bajo. Quería avisar a alguien. Sin embargo, el paisaje desapareció de golpe. Cuando se giró, no quedaba ni rastro de Marcellus. Aerith estaba dentro de una nube blanca y tibia; ya no podía ver nada de nada. Le picaba todo el cuerpo y sentía la sangre bulléndole en las venas. Era una de las sensaciones más desagradables que había sentido nunca.

– ¡No, no! – gritó. – ¡Elmyra, ayúdame!

Empezó a oír su propia voz más y más distante cada vez. Luego, poco a poco se hizo más fuerte. El paisaje regreso, Le dio la sensación de que sus ojos empezaban a recordar para qué servían. Estaba en su cuarto, un lugar que al menos le resultaba familiar, y se encontraba tumbada junto a la ventana. El cielo aún estaba muy oscuro, pero algo le decía que el amanecer estaba cerca. Oyó que alguien se acercaba por el pasillo. La puerta se abrió y Elmyra se asomó.

– Menos mal que estás despierta. – suspiró – Carlo llegará en cualquier momento. Date prisa.

– Marcellus está a las puertas del sector 6. Tiene heridas y está cubierto de sangre. Creo que está sufriendo.

La mirada que le dedicó Elmyra en aquel momento la hizo sentir incómoda, pero Aerith no apartó la vista.

– Se lo contaremos a Carlo. – respondió la mujer.

Poco después, Carlo se plantó en su casa, metiéndoles prisa, pero Elmyra lo detuvo.

– Creemos que Marcellus está cerca de las puertas del sector 6, muy herido. Alguien debería ir a socorrerlo. – explicó.

– De dónde has sacado esa información? – Carlo enarco las cejas.

– No me hagas preguntas, te lo ruego. Haz lo que te digo y te deberé una.

Carlo miró primero a Elmyra y luego a Aerith. Acto seguido, abandonó la casa.

*

– Carlo encontró a Marcellus a las puertas del sector 6, derrumbado. Estaba muy grave, pero me alegro de que lograra sobrevivir.

– Eso que haces es muy raro… – suspiró Tifa. – Lo siento. No quería decirlo, pero es raro.

– Fueron mis poderes, pero creo que mi conexión con el Planeta también influyó de alguna manera. Es porque el terreno de la casa de los Gainsborough es diferente.

– ¿Por eso florecen tantas flores?

– Sí. Creo que por eso mi madre biológica, Ifalna, pudo venir a verme a mi cuarto durante tanto tiempo. Yo no puedo hacer eso de forma consciente, ¿sabes? No soy una Cetra de sangre pura y ya no soy ni la mitad de inocente de lo que era cuando era niña. Creo que eso, la inocencia, es un factor importante. Ya no puedo dominar ese sentimiento. Me he pregunto si me he vuelto tan insensible con los años.

– Es una lástima que ya no puedas tener esas visiones.

– Lo sé, sobre todo es un desperdicio en este viaje.

Las dos se quedaron en silencio. Era curioso cómo el estado de ánimo de una persona podía cambiar de un día para otro.

– Oye. – alzó la voz Tifa – Entonces, ¿Marcellus se escapó de casa?

– Si. Carlo tenía razón. Marcellus no quería mudarse a la Plataforma, así que huyó. Se enfrentó a uno de los matones de Corneo mientras vagaba por Mercado Muro y perdió, Al final, lo atacó un monstruo mientras vagaba sin rumbo.

– Pues Carlo se portó muy bien, ¿no?

– Sí, de maravilla. Cambió mucho desde la primera vez que lo vi. Se convirtió en una persona en la que poder confiar. A veces miraba en él a un tío mio, pero luego empecé a verlo más como a un hermano mayor.

– ¿Y a qué se dedica ahora?

*

Pusieron a Marcellus bajo vigilancia. Aunque estaba en estado crítico por las heridas que el monstruo le había causado, no podían pasar por alto que uno de los matones de Corneo se hubiera sobrepasado con él, así que debían estar alerta. Carlo envió a dos de sus hombres más jóvenes, Banquo y Zoot, a casa de los Gainsborough por una temporada. Apenas eran unos adolescentes que devoraban la comida casera de Elmyra con ansia, igual que niños pequeños, y daba la sensación de que no iban a poder defenderlas en caso de que alguien las atacase. Sin embargo, Carlo, que las

visitaba cada dos días, confiaba mucho en sus capacidades.

En una ocasión, Carlo se enfadó mucho con Elmyra, algo que no solía pasar desde hacía ya muchos años. El hombre había insistido en que quería comer albóndigas con pan frito, pero Elmyra se había negado, alegando que no tenía los ingredientes necesarios, lo cual los llevó de cabeza a una discusión. Luego, Carlo insistió en que quería ese plato y ningún otro, así que, al final, Elmyra cedió. Con Banquo y Zoot como guardaespaldas, Elmyra se marchó al mercado.

En cuanto se quedaron a solas, Carlo llamó a Aerith con un tono de voz más suave del habitual.

– Oye, Aerith, ¿recuerdas que fue Elmyra quien me dijo dónde estaba Marcellus? ¿Tú sabes cómo lo averiguó?

– No tengo ni idea. – respondió Aerith sin rodeos. La niña fingió estar tranquila, aunque temía que Carlo no le creyese.

– Ya veo. A decir verdad, mis colegas sospechan que alguien de la empresa debía de estar involucrado en el secuestro, aunque fueron los matones de Corneo quienes golpearon al muchacho.

– Ah…

– Creen que Elmyra estaba involucrada con ellos. Era la única la que sabía dónde estaba Marcellus, por eso sospechan de ella ahora. Dicen que Elmyra habría estado dispuesta a amenazar a Meguro para que este la obedeciera. O algo así. ¿Entiendes lo que te digo?

– ¿Sospechan de Elmyra?

– Así es. Y también sospechan de mí. Verás, desde que Clay falleció, he estado viniendo a verlas con mucha frecuencia. Ahora creen que tengo algo con Elmyra y, en fin, que estamos planeando vender la empresa sin consultarle a nadie. Seré honesto contigo: ni ella ni yo estamos en una buena posición ahora mismo. De hecho, estoy seguro de que Meguro también sospecha de nosotros a estas alturas.

– Y qué podemos hacer?

Aerith pensó en Meguro enfadado y sintió escalofríos.

– Necesito saber por qué Elmyra sabía dónde estaba Marcellus. Si es una razón justificada, quizá podamos salvarnos. Será difícil limpiar nuestra reputación ahora que ya está manchada, pero al menos se puede intentar. – Carlo observó a la niña con mirada abatida. – ¿Sabes, Aerith? Elmyra no lo está pasando bien. Por eso te lo pido, pequeña. Si sabes algo, dímelo.

Aerith no entendía muy bien las palabras de Carlo, pero sí entendía cómo se sentía. Sabía, por alguna razón, que, si no hablaba, Carlo no seguiría ayudándolas ni apoyándolas.

– Pues… – empezó a decir, temblando. Elmyra le había pedido que no se lo contase

a nadie pasara lo que pasara – Se lo dije yo. Vi a Marcellus en sueños. Bueno, no fue un sueño. Fue otra cosa. Pero fue parecido a un sueño. Vi a Marcellus y él mismo me dijo dónde se encontraba.

Carlo asintió varias veces, pero no habló.

– No tienes que creerme si no quieres – murmuró la niña – pero es la verdad.

– Entiendo. ¿Te sucede muy a menudo?

– No, no, pero… Tampoco es la primera vez.

– Por eso Elmyra te creyó, ¿verdad? – Carlo alzó la vista hacia ella y esbozó una sonrisa dulce antes de acariciarle a Aerith la cabeza. – Quieres mucho a Elmyra, ¿no?

Aerith no tenía ni idea de en qué estaba pensando Carlo. No sabía si después de aquello seguiría estando o no de su parte. ¿Lo había decepcionado?

– Carlo, ¿qué va a pasar ahora? Tengo miedo.

– Yo también lo tengo, pequeña.

Cuando Elmyra regresó del mercado con los dos guardaespaldas, Carlo la llamó para hablar con ella.

– ¡Elmyra! Cambio de planes. Ya probaré tus albóndigas con pan frito en otro momento.

– ¡Diablos, Carlo! – bramó ella. – He salido a comprar esto solo por ti… – empezó a quejarse, pero entonces notó el ambiente enrarecido de la sala. – ¿Ha ocurrido algo?

– ¿Recuerdas lo que te comenté de Kalm cuando Marcellus desapareció? Creo que sigue siendo buena idea que se escondan allí una temporada. Si no quieres ir tú, al menos deja que Aerith vaya.

– ¿Por qué? ¿Nos están buscando los lacayos de Corneo? ¿O los Manson?

– Meguro.

– ¿Que?

– Desde que me dijiste dónde encontrar a su hijo, sospecha que estás trabajando para Corneo. Los demás creen que te estoy ayudando.

– ¿Quiénes son los demás?

– Rodin, Marvin, Roger, Bauman, Louis y el propio Meguro.

– Es decir… ¿Todos?

Elmyra cerró los ojos. Aerith se preguntó en qué estaba pensando. Al final, volvió a abrirlos y se quedó mirando un punto fijo de la mesa, en dirección a una fotografía de Clay con Gabriel.

Lentamente, alzó la mirada hacia Carlo.

– ¿Dónde está Meguro? – preguntó.

– En su casa. Ha pospuesto la mudanza y está trabajando sin descanso para garantizar su seguridad y la de todos cuanto lo rodean. ¿Por qué? ¿Quieres ir a verlo?

– Solo quiero hablar con él. Dejaré la empresa y renunciare a todos mis derechos

en su favor.

– A ver, para el carro un momento. ¿Lo dices en serio?

– Llevo ya un tiempo pensándolo. Si te soy sincera, si no lo he hecho aún es solo porque la empresa no deja de ser mi medio de vida. Pero este es el momento idóneo, ¿no crees?

– Espera. Renunciar a tu puesto no salvará tu reputación. Lo sabes, ¿verdad? De hecho, quizá piensen que nos dejas porque te pasas al bando de Corneo. Si no tienes cuidado con lo que haces…– dudó Carlo.

– Entiendo lo que intentas decirme, Carlo. Pero, aun así, tengo que ir a hablar con él, ¿Cuidarás de Aerith en mi ausencia?

Carlo se encogió de hombros. Luego, Elmyra se giró hacia la niña.

–Aerith. – susurró.

– No. – dijo la mencionada, con la voz ronca.

– Puede que vuelva un poco tarde – sonrió Elmyra, acariciando la mejilla de Aerith – así que vete a la cama tranquila. Puedes cenar con Carlo y sus chicos.

– ¡No! – repitió Aerith, con más ahínco, pero Elmyra le dio la espalda.

La niña intentó detener a su madre adoptiva, pero Carlo la agarró del brazo.

– ¡Suéltame! Mamá, no me dejes.

Sin embargo, Elmyra la ignoró y se marchó. Banquo y Zoot miraron a Carlo con incredulidad.

– Chicos, preparen algo para cenar. Comeremos lo que sea. – comentó este último.

– ¡Te odio Carlo! – masculló Aerith.

Por un momento, Carlo pareció ponerse triste al escuchar la revelación de Aerith, pero se negó a soltarla.

– Es un asunto que Elmyra debe aclarar. Debes confiar en ella, no te preocupes.

Aerith no tenía mucha hambre, así que se negó a tocar la comida que Banquo le había preparado y corrió escaleras arriba para encerrarse en su cuarto. Estaba tan preocupada por Elmyra que era incapaz de concentrarse en nada más. Se asomó a la ventana en numerosas ocasiones, buscando siempre algo de movimiento en la planta baja, pero la puerta no se abrió hasta bien entrada la medianoche.

– ¡Elmyra! – oyó que exclamaba Carlo, con voz animada.

– ¡Suéltame! – exclamó Elmyra.

Aerith bajó deprisa las escaleras y por poco se cae. Allí, en el comedor, Carlo se rascaba la nuca algo avergonzado, mientras Banquo y Zoot sonreían.

– ¡Mamá!

Elmyra se acercó a su hija y se puso en cuclillas frente a ella.

– Ya estoy en casa, cariño. Debes de haber estado muy preocupada. – le dijo la mujer.

Sin poder aguantarlo más, Aerith abrazó a su madre, pero la tomo tan desprevenida que la hizo caer de posaderas.

– ¡Vaya que has crecido desde que te conocí! – apreció Elmyra.

– Elmyra. – la llamó Carlo, impaciente – ¿Qué tal te fue?

Elmyra ayudó a Aerith a levantarse y se tomó su tiempo para ponerse en pie ella también. Luego se alisó la ropa con calma.

– Meguro no cree que nadie secuestrara a Marcellus; mucho menos que fuimos tú o yo. Dice que jamás se le pasó por la cabeza algo tan absurdo.

– ¿En serio?

– Dice que no nos ve planeando ese tipo de cosas.

– Maldito viejo gordo estúpido de mierda. – masculló Carlo en un intento por sonar como un auténtico villano, pero no pudo contener su alegría – ¡Siempre subestimándome!

– En fin, ¿sabes quién ha estado diciendo esas porquerías sobre nosotros?

– ¿Quién? ¿Quién demonios diría algo así sobre nosotros si no es cierto?

– Butch. Es él quien ha estado extendiendo el rumor. Se ha jubilado, eso lo sabemos todos, pero sigue viéndose a menudo con Meguro. Es el que mejor sabe lo que se hace dentro de esa casa. – Elmyra miro a Carlo en silencio.

– ¿Butch? ¿Me estás diciendo que Butch ha querido tendernos una trampa? ¡Esa asquerosa momia! – maldijo Carlo en voz baja, volviendo rascarse la nuca. Luego se froto los ojos y empezó a dar vueltas por la habitación sin un rumbo fijo.

– Carlo, cálmate. Aún no he terminado de hablar. – lo interrumpió Elmyra.

Carlo la miró con ímpetu y la respiración agitada.

– No tengo ni idea de hasta qué punto esta Butch relacionado con todo esto, así que ya hablaremos de él en otro momento. Hay algo más importante. Te he traído algo para que lo guardes lejos de Meguro.

Elmyra sacó una pequeña caja de su bolso y se la entregó a Carlo.

– ¿Qué es eso? – inquirió él, abriendo la tapa. Al ver el interior, se quedó mudo.

– Es el anillo de Gabriel – respondió Elmyra. – El presidente Shinra tiene el mismo anillo. Es una muestra de la amistad que compartían. Se suponía que tendría que habérselo quedado Clay, pero no pudo ser, así que se lo quedó Meguro.

– Es decir, que esto significa…

– Si. Es el anillo que debe llevar el director de la empresa, el jefe de la casa Gainsborough. También te he traído esto. – La mujer le tendió un sobre. – Dentro encontrarás un título de propiedad, una circular del hombre que hace de mensajero entre Shinra y la empresa y algunos documentos que necesitarás en un futuro. También están los certificados sellados con sangre del director actual. Yo también los he sellado.

Elmyra le enseñó entonces a Carlo el dedo anular de su mano izquierda manchado de sangre.

– ¡Carlo! ¡Hermanito! – exclamó Banquo, emocionado. – ¿Significa eso que serás el jefe a partir de ahora?

Elmyra volvió a mirar a Carlo y asintió con la cabeza.

– Meguro ha estado tan enfermo que ya no puede ni mantenerse en pie. – susurró la mujer – Ha llamado al resto de encargados para preparar su jubilación. Quiere hablar contigo, aunque sea una última vez.

Carlo masculló algo entre dientes y fue a aceptar el sobre, pero retiró la mano antes de tocarlo.

– Tengo miedo. – confesó. Estaba preocupado y sentía las miradas fijas en él, tanto la de Elmyra y Aerith como las de sus hombres – Es todo demasiado repentino. No sé si debo aceptarlo.

– Carlo, como tu no hay dos. – chillo Zoot, secándose los ojos.

Carlo tardó unos tres minutos en tomar una decisión. Al final, agarró el sobre que Elmyra le entregaba y lo introdujo en su bolsa negra, la misma que siempre llevaba encima. Después extrajo una pistola y la colocó sobre la mesa. El gruñido de los estómagos nerviosos resonó por toda la estancia.

– No voy a venir a verlas nunca más, – anunció – así que no podré seguir protegiéndolas. Eso tendrán que hacerlo ustedes mismas.

– ¿No vas a volver? – preguntó Aerith, sin poder contenerse.

En su cabeza, todo se había solucionado. Las cosas parecían estar yendo bien, así que no comprendía por qué Carlo decía algo así.

– No, no volveré – repitió él, pero al instante siguiente estaba haciendo un mohín con los labios, a punto de echarse a llorar – Si sigo yendo y viniendo a visitarlas, todo habrá sido en vano. Si los miembros de otras organizaciones se enteran de lo que ha sucedido, se convertirán en un blanco fácil. Ya no se trata del negocio ni de la empresa, sino de nuestra seguridad. Aerith, pórtate bien, ¿de acuerdo? Y Elmyra… Sigue siendo la gran mujer que eres.

Tras despedirse con aquellas palabras tan melancólicas. Carlo abandonó la casa deprisa, como si estuviera huyendo de ellas. Banquo y Zoot se apresuraron a seguirlo. No obstante, al cabo de un rato, la puerta volvió a abrirse y Carlo entró solo, sin compañía. Se acercó a Elmyra y la abrazó con fuerza. Acto seguido, dejó escapar un suspiro profundo, relajó los hombros y se marchó una vez más.

Para no regresar nunca.

Los días que siguieron fueron tan tranquilos que resultaban hasta irreales. Al principio, Elmyra no soltaba la pistola que Carlo les había regalado. Tras medio año

de espera, la guardó en el ático, ya que no había sucedido nada que las llevase a pensar que estaban en peligro. A veces, Aerith se descubría a sí misma preguntándose qué estarían haciendo Carlo sus hombres. ¿Qué habría sucedido, además, con aquellas y bandas hostiles? A casa no les había llegado ningún tipo de información. Estaba segura de que Elmyra sabia algo, pero nunca comentaba nada al respecto. La mujer era una adicta al trabajo, así que, tras abandonar Ia empresa familiar, empezó a ganarse la vida limpiando el hospital, el orfanato y una cafetería del barrio. Se sorprendió, incluso, de lo difícil que le estaba resultando conseguir trabajo. Aunque ya tenía bastante con los locales en los que limpiaba, a menudo se le presentaba la oportunidad de trabajar en otros lugares. En todas partes había alguna persona que se preocupaba por Elmyra lo suficiente como para asegurarse de que ni ella ni su hija adoptiva cayeran en la pobreza. Como era de esperar, Elmyra volvía a sorprenderse y les preguntaba qué era lo que los llevaba a ser tan amables con ella, y ellos respondían que se encontraban en deuda con su familia. No con ella, sino con Gabriel Gainsborough.

Cuando Midgar aún estaba en construcción, los sueldos que las empresas pagaban a su mano de obra eran muy bajos. Además, a todo aquel que no formase parte de la Compañía Shinra de dicha mano de obra se le cobraban impuestos médicos o de administración. Fue Gabriel quien reconfiguró el sistema y se deshizo de aquellos que explotaban a los pobres trabajadores. Hubo mucho derramamiento de sangre, pero lograron que los enemigos de la clase obrera de aquel entonces desaparecieran para siempre. Gabriel también negoció con Shinra y consiguió un aumento de los sueldos. Gracias a él, muchos pudieron abrir locales propios y fue esta gente quien se encargó de que sus hijos conocieran la historia de Gabriel Gainsborough.

“Muchísimas gracias” eran las palabras que más escuchó decir Aerith a Elmyra aquellos días.

Los huérfanos de los barrios bajos del sector 5 empezaban a trabajar cuando cumplían los trece años, así que Aerith decidió que ella haría lo mismo. Sin embargo, Elmyra no estaba de acuerdo.

– ¿Por qué no puedo?

– No es que quiera encerrarte en casa, pero me preocupas. Has pasado por mucho.

– Lo sé, pero llevamos mucho tiempo a salvo, mamá.

– Tienes razón, pero ahora eres mi problema. Sé que no tiene mucho sentido, pero siempre me pasa. Cuando mejor estoy y más segura me siento es cuando sucede algo. Siempre es así. Llámalo instinto. – Pero Elmyra dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza. – Aunque, si hago eso, te estaría reteniendo igual que hizo Shinra,

¿verdad? Está bien, puedes trabajar. Pero dentro de este sector únicamente.

– Gracias, mamá.

La confesión de Elmyra había logrado tocarle a Aerith la fibra sensible, pero al mismo tiempo se preguntaba si existía la posibilidad de que realmente fuese eso: un problema para su madre.

*

– Pero Elmyra estaba en lo cierto. Iba a ocurrir algo malo.

– ¿Que…?

Ante la sorpresa de Tifa, Aerith se limitó a asentir.

*

En un principio, Aerith quiso encontrar un trabajo por su cuenta, pero Elmyra se le adelantó y le propuso trabajar como ayudante de los profesores del orfanato. El problema era que Aerith no sentía que aquello fuese una obligación, ya que pasaba la mayor parte del tiempo jugando con los huérfanos. Ella lo que quería era conocer el mundo, vivir experiencias, Yoko, una amiga suya algo mayor que ella, ya había abandonado el orfanato para ponerse a trabajar. Había alquilado una casa con un grupo de amigos y se dedicaba a hacer joyas a mano que luego vendía en los distintos mercados de Midgar. Jean y Equis (mejor conocido como Biggs después) recogían piezas de máquinas en el deshuesadero, las pulían y después se las vendían a la gente que las necesitaba. Cuando Aerith le contó estas historias a su madre, la mujer frunció el ceño y le prohibió terminantemente que saliera de los barrios bajos del sector 5. Pasará lo que pasará.

– Dijiste que si me retenías serias igual que la gente de Shinra. ¿Lo has olvidado?

– No puedo creerme que le digas algo así a tu madre.

Elmyra estaba muy cansada, pues el trabajo como limpiadora empezaba a pasarle factura. Si hubiera seguido con la empresa familiar, con Carlo y los demás, no tendría que esforzarse tanto. Al menos eso pensaba Aerith. Se sentía culpable. Elmyra no era su verdadera madre, y no tenía que ocuparse de ella como si lo fuera. A menudo, Aerith se preguntaba si Elmyra pensaba en eso y solía llegar a la conclusión de que sí lo hacía. Lo que no sabía la pequeña era si aquella era la razón por la que había empezado a tratar con desdén a la pobre Elmyra, o si, por sentirse atada, se estaba desquitando con ella.

*

– ¿No son ese tipo de pensamientos algo enfermizos?

– Sí, lo admito. Mi fase rebelde lo empeoró todo. Pero yo no tenía nada en lo que

volcar mi corazón o mi alma, Tifa. Al menos no como tú.

– Y por eso recomiendo hacer ejercicio.

– Algún día lo intentaré.

– Claro… Seguro… Seguro que lo intentas algún día.

– En fin. A pesar de todo lo que sucedió, seguí ayudando en el orfanato. Los niños se portaban muy bien. Todos me adoraban. Cuando cumplí catorce años, mi vida era casi perfecta. No podía quejarme de nada, pero…

*

Aquel día, Aerith regresaba por el callejón tras haber estado trabajando todo el día en el orfanato cuando de repente vio a un grupo de personas frente a la entrada de su casa, bloqueando el paso. Había dos hombres y dos mujeres; todos miraban hacia el jardín y hacia la fachada del edificio. Aerith reconoció entonces a uno de los hombres. Su larga y hermosa melena dorada no había cambiado nada.

– ¡Rodin! – exclamó de forma instintiva.

Efectivamente, la jovencita descubrió que se trataba de él en cuanto este se giró para mirarla.

– Hola, Aerith. – la saludó el hombre, aunque, por alguna razón, seguía pendiente de su alrededor, inquieto – Has crecido muchísimo, que linda estas. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

– ¿Dos años? Quizás un poco más.

– Sí, más o menos.

Aerith miró a las otras tres personas para intentar recordar si los conocía de algo.

– Buenas tardes. – saludó.

Se encontró de golpe con la mirada de un joven grandote y cara de niño que levantaba la mano con timidez para devolverle el saludo.

– ¿Marcellus? ¿Eres tú? – se interesó ella.

– ¿Me has reconocido?

– Por supuesto.

A pesar de haberlo reconocido, Marcellus parecía una persona muy diferente. Se parecía mucho a su padre.

– Lo he traído porque ha insistido en verte, aunque no nos quiere decir la razón. – comentó Rodin, dando un paso atrás para darles algo de intimidad.

Era una situación algo incómoda. Marcellus miraba todo el rato a su alrededor, nervioso. Se rascó la mejilla dos o tres veces y luego empezó a explicarse con torpeza:

– Aerith, mira, quiero disculparme por haberte llamado ratera. Por favor, te ruego que me perdones. Era un niño estúpido. Odiaba todo y a todo el mundo. No sabía

controlarme.

– Hace tiempo que te perdoné. – susurró Aerith – Además, me alegra que estés a salvo.

El rostro de Marcellus se iluminó de golpe.

– Sí, me ha ido bien, pero ha sido gracias a ti. Me persiguieron unos matones, tuve que huir de un monstruo… Me estaba muriendo, ¿sabes? Entonces tuve un sueño en el que venías a salvarme. Bueno, llevo mucho tiempo creyendo que se trató de un sueño. No tenías motivos para ayudarme, pero lo hiciste. Estabas cerca y a la vez sabía que era imposible que lo estuvieras. Pero el otro día oí decir a Carlo que la única que sabía dónde encontrarme fuiste tú. Al parecer, no creyó del todo lo que le contaste, por eso… Por eso no se lo había dicho a nadie hasta ahora.

Aerith esbozó una leve sonrisa. Era mejor no confirmar ni desmentir nada. *"Maldito seas, Carlo"*, pensó para sí misma.

Marcellus siguió hablando:

– He estado investigando mucho sobre la Corriente Vital. Pensé que quizá lo que nos unió esa noche fue el flujo de la Energía Espiritual. ¿Sabes lo que es?

– Ni idea – mintió Aerith.

– La energía de Mako succiona la Corriente Vital y…

– ¡Marcellus! – lo interrumpió de pronto una joven que había estado callada hasta aquel momento. – No hables mal del Mako. Se lo diré a papá la próxima vez. – Miró a Aerith. – Mi estúpido hermano puede pasarse horas hablando de lo mismo. Por cierto, ¿cómo has estado "Rona"?

Era Rona, sin duda alguna.

– Muy bien "Rona". Parece que a ti el tiempo también te ha tratado bien, estas bellísima. ¿Cómo se encuentra su papá?

– No puedo decir que bien, pero al menos está mejor que cuando dejamos los barrios bajos. El oxígeno es más puro allá arriba, en las Plataformas Superiores. Aquí el aire es denso y está contaminado. No sabes hasta qué punto.

Rona seguía siendo la misma de entonces. Continuaba lastimando a la gente de su alrededor con sus palabras sin darse cuenta.

– ¿A qué se dedica Carlo ahora?

– Pues trabaja duro, como siempre. Lleva bien las riendas del negocio. Pero creo que le pasó algo durante el incidente del Sector 5…

– ¿El incidente… del Sector 5?

– ¿No te enteraste? – se sorprendió Rona. – Después de que mi padre se jubilase, cuando Carlo ascendió al puesto director, Corneo y otros matones ambiciosos como él entraron en el Sector 5. Carlo y los demás intentaron deshacerse de ellos, pero hubo un terrible enfrentamiento. Mucha sangre derramada. Marvin, Roger y Bauman

perdieron la vida.

– ¿Que…?

¿Cómo podía ser que no se hubiera enterado de algo tan terrible?

– Bueno, no te preocupes. Las cosas se han calmado ya, así que no hay más drama. Todo el mundo está donde debe estar. – comentó Rodin, que seguía mirando a su alrededor – Marcellus, Rona, ¿han terminado ya? No se preocupen, pueden seguir comunicándose con Aerith por cartas.

– Elmyra volverá pronto a casa, ¿quieren pasar a tomar un poco de té? – murmuró Aerith.

– Me temo que no podemos quedarnos. No se nos permite entrar en el distrito especial.

– ¿Distrito especial?

– Es la zona que abarca desde la estación hasta aquí, – explicó Marcellus – Shinra estableció esta área como distrito especial después del enfrentamiento entre bandas. Nos prohibieron pasearnos por aquí o traer nuestros negocios cerca. Dejaron muy claro que cualquier persona que rompiese esta norma sería ejecutada. Es la única directriz de Shinra que todo el mundo sigue a rajatabla.

– Pues no entiendo qué es lo que hace de esta zona un lugar tan especial.

– ¡Es por ti Aerith! ¡Porque tú estás aquí! – Gritó Rona, incapaz de contenerse.

– Ya hablaste demasiado. Vámonos de una vez. – los instó Rodin.

Marcellus se sobresaltó deprisa y corriendo se acercó más con Aerith, pues quería hablar con ella de aquel misterioso incidente en forma de sueño. Aerith le dedicó una frágil inclinación de cabeza y evitó su intento de seguir charlando sobre el tema. Rona la invitó a subir a la Plataforma para visitarlos, pero Aerith se limitó a responder que tendría que pedirle permiso a Elmyra. Cuando los cuatro empezaron a alejarse por el callejón, Rodin se dio la vuelta y señaló a la mujer que lo acompañaba, la única que a la que Aerith no conocía.

– Esta es Amber. Es mi prometida. ¿Le dirás a Elmyra que están invitadas a nuestra boda? nos casaremos pronto, es una pena que no pueda presentarle e a mi futura mujer.

Aerith no dijo nada, pues Amber la miraba con un enfado indescriptible.

Cuando Aerith entró en casa, se quedó mirando el jarrón que había sobre el mueble de la entrada. Antes, allí había un televisor. Se preguntó cuándo había desaparecido. Suspiró y lo recordó. Fue un mes después de que Elmyra rompiera lazos con Carlo y el resto de la empresa. La mujer estaba limpiando el mueble y tiró *“sin querer”* el televisor al suelo, haciéndolo añicos. Nunca compró otro. Aerith no sabía si era una coincidencia o si Elmyra lo había hecho a propósito para mantenerla aislada de las noticias del mundo real.

Elmyra regresó a casa a última hora de la noche y Aerith pudo contarle por fin su encuentro con Rodin y los demás.

– Ha pasado mucho tiempo. ¿Están todos bien? – le preguntó Elmyra.

Pero Aerith pudo notar cómo ponía la guardia alta.

– Mamá, ¿sabías tú lo que ocurrió en el sector 5? ¿Sabías lo del distrito especial?

– ¿Quién te dijo eso? Cariño, nosotras vivimos en un mundo distinto. Es mejor que no te preocupes por esas tonterías.

Elmyra pretendía, sin duda alguna, volver a dejarla en la oscuridad total.

– El distrito especial es esta zona. Es nuestra casa, ¿no? Lo han decretado así porque yo vivo aquí. Por eso no me dejas salir. Esa es la promesa que le hiciste a Shinra. ¡Les prometiste que me encerrarías en este barrio! – la acusó Aerith.

Elmyra cerró los ojos y sacudió la cabeza.

– No es eso, pero ahora mismo no quiero hablarlo. Estoy cansada, Aerith. La jornada ha sido dura. El depósito de agua de la cafetería se había estropeado y–...

– ¿Y por qué no dejas tu trabajo? Si quieres dinero, ¿por qué no se lo pides a Shinra? Total, has estado viviendo de su dinero sucio toda la vida. ¡No cambiaría nada! – espetó la chica.

Aerith sabía que no tendría que haber sido tan cruda y grosera, pero ya lo había dicho. No fue capaz de enfrentarse a la mirada de Elmyra. Justo después, la mujer subió las escaleras y se encerró en su habitación.

*

– Llegué a pensar que me echaría de casa.

– Pero acabó bien, ¿no? ¿Ambas hablaron y todo volvió a la normalidad?

– Pues...

*

Aerith llegó a la conclusión de que tenía que largarse de aquella casa. Desbordada por las emociones del momento, Aerith subió a su cuarto, sacó de debajo de la cama aquella maleta que casi había usado tiempo atrás y metió en ella unas cuantas mudas de ropa limpia, junto con algunos objetos de valor. Se guardó en el bolsillo de la falda todo el dinero que había ganado aquellos últimos meses trabajando en el orfanato y salió al jardín. Bajó por el callejón de siempre hasta llegar a la calle principal de los barrios del sector 5, que en aquellos momentos estaba muy bien iluminada.

Entonces, un vecino le cortó el paso.

– Aerith, ¿vas a salir a estas horas?

– Sí. Voy al sector 6. – mintió por puro instinto.

– ¿Qué? No puedes ir allí.

– No se preocupe. No voy al Mercado Muro.

– Ten cuidado, entonces. Elmyra lo pasaría muy mal si te viese rondando por allí.

Aerith siguió avanzando y recordó su primera y única aventura con su verdadera mamá, Ifalna.

"Mami, ahí dice que estamos en el sector 5. ¿No deberíamos estar en el 3?"

"No te preocupes. Vamos bien"

"Pero la casa que Faz nos ha preparado está en los barrios del sector 3, ¿no?"

"Aerith, tenemos que darnos prisa. Va a anochecer pronto"

"Pero ¿a dónde vamos? ¿Por qué vas tan rápido?"

"He oído que hay una iglesia en los barrios del sector 5. En el pasado, la gente se reunía allí y oraba a Dios, pero ya nadie sigue esa tradición. Podríamos escondernos en esa iglesia".

Aerith empezó a aligerar el paso. Aun pese a los años, le seguía atrayendo la idea de llegar a aquella iglesia. No debe de estar muy alejada de la estación, pero seguramente quedaría fuera de la zona delimitada como distrito especial. Era el lugar perfecto para redimirse. De pronto, la depresión que la había empujado a escaparse de casa no parecía tan dañina.

Pero los recuerdos de su verdadera madre no la dejaban en paz.

"No olvides nunca esta sensación, ¿entendido?", le había dicho Ifalna antes de morir, *"La sensación de disfrutar de las cosas por muy pequeñas que sean"*.

*

– Cuando te peleas con tu madre, la adrenalina se apodera de ti. Te refieres a eso, ¿no? – comentó Tifa, pensando en su propio pasado.

– Sí, por eso no quería darle vueltas a lo que le había dicho.

– Lo entiendo.

– Pero le hice daño. Por desgracia, he hecho daño a mucha gente.

Tifa tragó saliva al escuchar aquella confesión de Aerith.

*

Un tren llegaba justo en aquellos momentos en la estación, probablemente el último del día. Aerith lo miró por el rabillo del ojo y empezó a acelerar el paso para cruzar la estación sin tener que pararse en aquellos escalones. Aquel era el lugar en el que había perdido a su mamá, por eso no se sentía del todo cómoda. Le daba la sensación de que, si miraba mucho, la vería allí. De pronto, Aerith pensó que quizá se estaba equivocando haciendo aquello. ¿Estaría a punto de cometer un grave error? La adrenalina que antes había sentido desapareció de repente. Se suponía que la

delimitación del distrito especial estaba hecha para protegerla. Si cruzaba la estación, se adentraría en un mundo de peligros. Se quedó entonces estática, quieta como una roca, como si hubiera un muro invisible frente a ella. Los alrededores de la estación estaban iluminados, pero no las calles de más allá.

Si avanzaba, su futuro era oscuro e incierto. No sabía lo que le esperaba al otro lado.

– ¿Aerith? – la llamó una voz profunda.

La niña se dio la vuelta y vio a un hombre enorme de espaldas a la estación. Tenía los ojos enormes, la nariz y la boca enormes.

Aerith gritó.

– Has crecido mucho. Te pareces a tu madre.

Era Faz. Llevaba la misma bata blanca que el último día que lo vio.

– Te equivocas de persona. – mintió ella al instante.

Intentó alejarse de él. Le dio la espalda y corrió hacia la oscuridad. Faz comenzó a perseguirla y ella no detuvo el paso.

– ¡Aerith, espera! ¡No es lo que piensas!

La chica se preguntaba qué otras razones podría tener Faz para querer detenerla. Quizá debía creerle, detenerse por él. Pero era muy probable que estuviera enfadado, A lo mejor incluso la detestaba. Se preguntó qué pasaría si la atrapaba. Llegó un momento en que Aerith ya no sabía hacia dónde se dirigía. Corría por un camino estrecho y a su alrededor había montañas de basura, había llegado al famoso deshuesadero. Podría ser que…

– ¡Jean! ¡Equis! – exclamó, pero no hubo respuesta.

Era probable que aquel lugar es donde buscaban la chatarra, pero sus amigos no estarían allí a estas horas. Aun así, no pudo evitar volver a llamarlos a gritos. Entonces tropezó con algo grande y blando, cayendo de panza al suelo. La maleta se le resbaló de las manos y se estrelló con tanta fuerza que Aerith dio por hecho que se había roto.

Al principio no supo qué era aquella cosa con la que había chocado, pero luego se dio cuenta de que se trataba del cadáver de un monstruo. Del interior de su cuerpo salía un sonido que no sabía identificar y también unos ríos de fluidos extraños que le llegaron a manchar los pies y las manos. Fue entonces cuando notó que la piel le empezaba a escocer.

– No te preocupes, no te va a hacer daño.

Era Faz. Aun sentada en el suelo, Aerith alzó la vista hacia él. Era tan grande como lo recordaba. En aquel momento, se fijó en que el dobladillo de su falda se le había arrugado muchísimo, así que intentó alisarlo de inmediato para ponerse en pie y retroceder unos cuantos pasos, pero volvió a perder el equilibrio.

– Aerith, ¿Cómo pudieron dejarme plantado? He estado muy preocupado por ti.

Desde que escaparon de Shinra, no he dejado de preguntarme dónde has estado viviendo, si te han estado cuidando. Y voy y me entero de dónde estás por Amber. Creo que la has conocido hoy.

– ¿Amber?

Amber. Sí. Aerith la había conocido ese mismo día. Era la prometida de Rodin. La misma que la había mirado con rabia. Solo así la reconoció.

– ¿No la recuerdas? – insistió Faz – Es mi amiga, la que las ayudó a bajar del tren cuando llegaron a la estación del sector 4.

– ¡Ya me acorde!

Así que Amber era la misma mujer que las había recibido a su madre y a ella en la estación aquel día, con cara de malhumor y el overol sucio.

– Ha sido ella quien me ha dicho dónde estabas, por eso he venido tan pronto como he podido a buscarte. Por poco no nos cruzamos linda. Estoy seguro de que Ifalna me ha ayudado a encontrarte.

Aerith se puso en pie por fin. Faz retrocedió unos pasos, quizá para dejarle claro que no iba a hacerle daño.

– ¿Vas a la iglesia? – le preguntó el hombre.

– ¿Que?

– Le hablé a Ifalna de ese sitio en su momento. Creo que le fascinaba la idea. Cuando le dije que la llevaría allí algún día, me dijo que le encantaría. Por eso fui a la iglesia a buscarlas en cuanto desaparecieron, por si acaso. No las encontré y entonces me puse a rezar, pero ningún Dios respondió a mis plegarias.

De repente, se oyó el rugido de una bestia no muy lejos de donde se encontraban

– Un monstruo. Estamos en una zona muy peligrosa, sobre todo por la noche. ¿Quieres acompañarme a la iglesia? Ya que estamos por aquí… No está muy lejos. Más cerca que la estación, de hecho.

Ante ese comentario, Aerith se dio cuenta de que había corrido más de lo que en un primer momento había creído posible.

– Pero… – empezó a susurrar.

– No pasa nada. ¿O me tienes más miedo a mí que al monstruo?

La chica asintió con sinceridad. A esas alturas, Faz ya la había visto temblar de pánico, así que no tenía sentido fingir que confiaba en él.

– Haremos una cosa. Caminaré delante de ti, así podrás seguirme y mantener la distancia que consideres necesaria, si se te acerca algún monstruo, no dudes en echar a correr. No creo que la policía vecinal esté patrullando a estas horas. Pero debo advertirte de algo: yo no sé luchar. Que sea grande no significa que sea fuerte. – propuso Faz, y luego se alejó con una leve sonrisa, fundiéndose en la oscuridad.

Tenía razón, pero Aerith no se atrevía a marcharse sola por un camino infestado de

monstruos. Que no se hubiese topado con uno aun no significaba que no fuera a hacerlo de vuelta.

– ¡Cuidado! – gritó Faz justo entonces, bastante por delante de ella. – Hay un monstruo muerto, pero el cadáver es reciente. No lo pises.

Estuvieron caminando tanto rato que Aerith pensó que aquello de que la iglesia no estaba muy lejos debía de haber sido una mentira piadosa. Empezó a desconfiar de nuevo de Faz, pero, tras pasar el tercer cadáver de un monstruo (todos bastante recientes, cabe decir) vieron por fin la fachada del edificio religioso.

– Me pregunto quién los habrá matado – susurró Faz, mientras subía los escalones de piedra que llevaban a la entrada de la iglesia.

Arriba del todo había una puerta enorme. El estilo de la arquitectura no se parecía a nada que Aerith hubiera visto antes. Además, era tan alta que era incapaz de divisar toda la estructura incluso echando la cabeza hacia atrás. Se preguntó qué aspecto tendría bajo la luz del día, Entonces, la puerta se abrió con un chirrido. Faz Le hizo una seña y entró. Aerith subió los escalones de piedra tras él. Desde el interior del edificio, le llegaba un aroma dulce no muy pesado. Un olor que a Aerith le resultaba familiar. Una vez dentro, se percató de que todo era negro. Solo el suelo relucía en color blanco.

– Fíjate, hay flores. No sé si Dios existe o no, pero desde luego este es un lugar especial – comentó Faz.

Aerith pensaba lo mismo. Las flores solo crecían en lugares especiales. El aroma que le inundaba las fosas nasales era el mismo que la relajaba cuando estaba en el jardín de los Gainsborough, cosa que la hizo arrepentirse de inmediato de haberse escapado de casa. Se preguntó qué estaría haciendo Elmyra en aquellos momentos, si la estaría buscando o se habría rendido con ella. Se preguntó también si se tomaría en serio los comentarios sin fundamento de algunos de sus vecinos o si estos la enviarían a buscarla al Mercado Muro.

– Puedes dormir en aquel banco, cerca de las flores. Yo vigilaré la puerta.

– Gracias.

Aunque la jovencita no tenía nada de sueño, hizo caso de la sugerencia de Faz y se acomodó en el banco más cercano a las flores. Dejó escapar una gran bocanada de aire y sintió que los músculos del cuerpo entero se le relajaban. Debía de haber estado más tensa de lo que pensaba. Se obligó entonces a pensar en algo. ¿Qué habría sucedido si hubiera llegado a la iglesia aquel día con su madre? ¿Y si la

aventura hubiera continuado hasta el final? ¿En qué habría trabajado Ifalna? Con tan poco conocimiento del mundo exterior, ¿Qué habrían hecho? ¿Habrían podido tener una buena vida? Por muy unidas que estuvieran, ¿Se habrían peleado alguna vez?

Al fin y al cabo, eran madre e hija de verdad. Seguro que el camino no habría estado plagado de rosas.

– Aerith – la llamó Faz.

– ¿Sí?

– La casa del sector 3 que les mencioné sigue donde siempre. He pagado el alquiler desde entonces.

– Vaya.

– ¿Te gustaría vivir conmigo allí? – preguntó Faz, pero Aerith tuvo que concentrarse en sus palabras para entenderlo.

¿A qué se refería?

- ¿Quieres que viva contigo? – inquirió ella, pero no hubo respuesta. – ¿Faz?

Aerith se levantó, temerosa, y vio que el hombre estaba a su lado.

– Sí. Ven a vivir conmigo, mi preciosa Ifalna. – Faz sonrió, pero su mirada no parecía enfocar a nada más que la chica que tenia enfrente. Extendió una gran mano hacia ella lentamente. – Ven aquí.

¡Quería agarrarla! Aerith trató de tomar su maleta y huir, pero él fue más rápido y la detuvo, sosteniéndola por un brazo.

– ¡Suéltame! – gritó la chica.

Pero Faz ya tenía una de sus manos rodeándola y atrayéndola, totalmente llena de pánico e instinto Aerith intentaba alejarlo lo más que podía, miro a su alrededor, pero no había quien la auxiliara, si pedía ayuda, nadie más vendría, y sin ningún descaro, ¡el hombre intento besarla! ¿Estaba mirando a su tan *"preciosa Ifalna"* en lugar de la pobre chica de la cual intenta aprovecharse en contra de su voluntad?, esto altero y lleno de total miedo a Aerith, sintió que se encontraba ante un verdadero monstruo, poniéndose más a la defensiva, miro la maleta que había traído con ella. Logro tomarla y se la lanzó hacia el rostro de Faz tan fuerte como fue capaz. Y el hombre se estremeció, soltándola un instante y la chica alejándose de él. La agarradera se rompió y la caja de la maleta salió volando lejos.

– No tienes corazón, Aerith. – susurró él.

A ella el comentario le dio exactamente igual. Salió corriendo, abriéndose paso entre los bancos de la iglesia, directa hacia la puerta. Pero Faz saltó por encima de los bancos, persiguiéndola.

– ¡Espera! – la llamó.

Sin embargo, Aerith no era tan tonta como para volver a caer en su trampa. Estaba ya llegando a la salida. Tenía que darse prisa y escapar, pero ¿qué haría una vez fuera?

Faz sabía dónde vivía. Estaba segura de que Amber le había dado la dirección de la casa de Elmyra. Si conseguía huir, Faz aparecería por allí tarde o temprano. ¿Qué debía hacer? ¿Vivir siempre con miedo? Mientras Faz viviera…

Aerith cruzó el umbral.

– ¿Qué…?

Elmyra estaba allí, frente a ella, ataviada con su ropa habitual. Como si no pasara nada de nada. Su expresión cambió de sorpresa a alivio, pasando después por unas cuantas emociones más. Al final, se puso muy seria.

- Aerith, hazte a un lado.

– ¿Quién es? – Faz salió de la iglesia a paso perezoso. – ¿Quién anda ahí?

Aerith observó sorprendida la escoba que llevaba su madre adoptiva. Elmyra, que pretendía usarla de arma, le dio la vuelta y le propinó un golpe seco al hombre en la garganta con el extremo del mango. Faz soltó un alarido de puro dolor, luego se desplomó y se quedó inmóvil en el suelo.

– ¿Nos vamos a casa?

– Si…

– ¿No olvidas nada?

– Eh…

Sí, casi se olvida de la maleta. Había algo importante en su interior.

– Rápido, ve a buscarla.

– Voy.

La chica regresó corriendo a la oscuridad de la iglesia. Miró a su alrededor y encontró la maleta cerca de las flores. Estaba abierta y su contenido desparramado por todas partes. Recogió la ropa desperdigada y la volvió a introducir en la maleta, pero no encontró su tesoro más preciado: la bolsa que contenía la materia que Ifalna le había regalado.

– ¿Por qué tardas tanto? – preguntó Elmyra a lo lejos; su voz desprendía una ira inconfundible.

– No encuentro mi materia. – susurró Aerith.

Elmyra masculló algo, molesta, y se agachó junto a su hija para ayudarla a buscar.

– Está en una bolsita de tela.

– Lo sé.

Era cierto. Elmyra lo sabía todo sobre ella.

– ¿Cómo has sabido dónde encontrarme? – Preguntó Aerith, sin cesar en su búsqueda.

– A mí también me gustaría saberlo.

– ¿Qué?

– Sabía que te habías escapado, así que salí detrás de ti. Corrí sin rumbo fijo,

preguntándome a dónde podrías haberte marchado. Entonces, en el jardín, supe que estarías aquí, en la iglesia de las afueras.

– ¿Cómo dedujiste eso?

– No lo sé, me vino a la mente. No es la primera vez que me pasan cosas extrañas desde que llegaste a mí. Supuse que tenía que confiar, así que volví a casa para recoger…

– ¿Una escoba?

– Estaba nerviosa, ¿Sabes? Pero nos ha sido útil, mira ahí Aerith.

Elmyra señaló hacia la densa vegetación. La bolsa estaba justo en el centro. Apartó las flores, recogió la bolsa y miró dentro. La materia brillaba más que nunca.

Aerith giró sobre sus talones para mirar a Elmyra, dispuesta a preguntarle si debían volver ya a casa, pero la mujer se había sentado en el banco y rezaba con las manos unidas frente al pecho y los ojos cerrados. Aquella escena dejó a la niña sin aliento.

– Cuando era pequeña, daba las gracias así. – explicó Elmyra tras abrir los ojos y levantarse.

Por alguna razón, se avergonzaba de ello.

– ¿No estabas orando?

– Es diferente.

– ¿A quién le estabas dando las gracias?

– A la persona que me habló de este lugar. En fin, salgamos de aquí ya.

Elmyra echó a andar y Aerith se apresuró a seguirla.

– Mamá. – la llamó.

– Dime.

– Tengo hambre.

– Aerith, aún estoy muy enfadada contigo, aunque ahora estemos hablando como si nada. Cuando lleguemos a casa, me vas a escuchar muy seriamente todo lo que tengo que decirte.

– Lo sé…

Ambas estaban tan distraídas con su conversación que no se dieron cuenta de que Faz había recuperado la consciencia ni de que se había escondido detrás de la puerta. El hombre le propinó una patada a Elmyra con tanta fuerza que la empujó varios metros hacia atrás.

– ¡Mamá! – gritó Aerith.

Faz intentó alcanzar a Elmyra, acercándose a ella muy deprisa, pero la mujer lo esquivó, recogió la escoba del suelo, dio media vuelta y golpeó de nuevo al grandullón. Por desgracia, el mango se partió por la mitad en el proceso.

– Aerith, quédate detrás de mí. – instó Elmyra a su hija.

Presa del pánico, la niña corrió hacia su madre. Entonces vio que Elmyra sostenía

una pistola con ambas manos y que apuntaba directamente hacia Faz. Era la misma pistola que Carlo les había regalado para defenderse llegado el momento. Faz se detuvo en seco y miró fijamente el cañón del arma.

– Si das un paso más, te mato. – amenazó Elmyra.

– ¿Por qué no quieren entender mi dolor? – gritó Faz, que no cesó en su avance hacia ellas.

Un estruendo cortó el aire. Elmyra acababa de apretar el gatillo, Luego, unos cuantos disparos más volvieron a resonar a su alrededor. ¿Cuántas veces estaba disparando? Al cabo de un rato, solo se oyó el clic metálico del arma.

– Ifalna… Nadie… Te… Alejara… De… Mi… Ahora…

Faz seguía acercándose como si nada. Su bata blanca estaba tan manchada que parecía negra, pero Aerith no vio heridas de bala.

– ¡No puedo creer que se haya inmutado ante todos estos disparos! – maldijo Elmyra, y lanzó la pistola hacia Faz, pero no le dio, sino que voló por encima de la cabeza del hombre y se estrelló más allá.

– Mamá, tenemos que salir de aquí.

De repente, resonó otro disparo, un sonido agudo que quebró el ambiente. Aerith no supo de qué se trataba hasta que desvió la mirada una vez más hacia Faz. El grandullón tenía un disparo certero en medio de sus cuencas. Su cuerpo cayo inerte en el suelo, la sangre salía a chorros tras aquel disparo justo en aquella zona y se le derramaba por la bata blanca. ¿Pero quién le había disparado? ¿Y desde dónde? Aerith miró a su alrededor, pero no vio a ningún francotirador cerca.

– Vámonos. – susurró Elmyra, más tranquila que nunca.

Aerith ya no tenía miedo. En aquel momento, solo podía pensar en lo patético y desgraciado que era Faz.

– Lo siento. – musitó, de todas formas.

– Aerith, date prisa, vámonos. – la llamó Elmyra.

Sin entretenerse mucho más, la mujer empezó a alejarse de la iglesia, sosteniendo con fuerza lo que le quedaba de escoba con ambas manos. Aerith se disculpó con Faz una vez más y luego, abrazándose a su maleta sin agarradera, siguió a Elmyra.

– Mamá, ¿quién le habrá disparado?

– No lo sé, pero doy por hecho que alguien ha decidido expandir la zona del distrito especial.

Tenía sentido. Mientras avanzaban, Aerith echó un vistazo a su alrededor, buscando entre las sombras un traje negro, y a lo lejos logro mirar nuevamente aquel rostro que hace años no recordaba, con ese característico lunar en su frente.

Aquella noche tenía que agradecerle por salvarle la vida y haberle ayudado.

*

– ¿Volviste a ver a aquel chico Faz? – preguntó Tifa, preocupada.

– No, pero a veces *creo* que sí… y me paralizo hasta que descubro que no es él.

– Supongo…

Cada vez que Aerith pensaba en Faz, se daba cuenta de que seguía teniendo sentimientos encontrados hacia él. No quería verlo de nuevo. Sin embargo, se sentía culpable por ello. Si Faz se había convertido en una mala persona era solo por lo que Ifalna y ella lo habían hecho alguien así. Además, sabía que, si no se permitía a sí misma reflexionar sobre lo ocurrido, esa culpabilidad asfixiante nunca desaparecería. Se preguntó entonces si algún día sería capaz de recordar eso.

– Estoy aquí para ti para cuando quieras hablar – comentó Tifa.

Aerith lo sabía y le agradecía mucho la comprensión y empatía que le estaba mostrando. Por eso se animó a contarle más.

– La verdad si esperaba que pudiéramos hablar de ciertas *cosas*.

– Eeeh… ¿de qué tipo de cosas? ¿Hay algo peor que todo lo que me has contado?

– Ya sabes, *esas cosas*. – con un susurro cómplice, Aerith dio inicio al tema que tanto quería hablar con Tifa: – De chicos.

– Oh, de ese tipo.

– Te contare de la primera persona que me gusto en mi vida, y como fue muy fanfarrón en nuestro primer encuentro, hasta ególatra.

– Bueno, ¡eso sí suena terrible!

En aquel instante, alguien entró a la bodega en la que se encontraban. Tifa oyó el ruido de la puerta y ambas se llevaron un dedo a los labios para indicarle a la otra que guardara silencio. Se miraron mientras el sonido de los pasos se acercaba a ellas; alguien se aproximaba desde el otro lado del contenedor de carga. Tifa se acercó a la esquina, intentando no hacer mucho ruido, y esperó allí al dueño de los pasos.

El tiempo avanzo con lentitud. Entonces, el extraño se detuvo.

– Soy yo.

Era la voz de Cloud Strife. Tifa suavizó la expresión de su rostro.

– Finaliza la reunión… por ahora. – susurro Tifa a su amiga.

Cloud pasó por delante de ambas y les dedicó una mirada dubitativa. Hizo un mohín, como si las estuviera interrogando con la vista, pero en él un gesto así quedaba ridículo, incluso les pareció tierno a las dos chicas.

Aerith y Tifa estallaron en carcajadas, incapaces de continuar en silencio.

Capitulo Extra:

CODA

El Misterio De Las Pinturas

El doctor Donovan de Mideel

El mismo paisaje que había visto una vez en las hojas de revista cuando aún era un niño se extendía en aquel momento bajo mis ojos. Justo antes de aterrizar, el piloto me pidió que le pagase solo el billete de ida y no el de vuelta. Supongo que, en su opinión, existía la posibilidad de que regresase. Con algunas dudas, acepté y pagué.

Me habían dicho que Mideel era una tierra que elegia a su gente. En cambio, yo sentía que se trataba de un lugar asfixiante e incómodo, pues la Corriente Vital fluía muy cerca de la superficie.

El Estudio de la Vida Del Planeta afirma que la Corriente Viral es un estado de la vida misma. Cuando una persona muere, su cuerpo se descompone y regresa a la tierra. Su espíritu vuelve al Planeta. Dichos espíritus, que se hacen uno con el Planeta, fluyen y vagan a través de él antes de habitar en nuevas criaturas. Esta era la base absoluta del Estudio de la Vida del Planeta. Sin embargo, estudios más recientes acababan de descubrir que la Corriente Vital no era más que una mera sustancia, una sustancia a la que habían bautizado como Mako. Aunque mucha gente solo la consideraba una fuente de energía conveniente, una vez consumida nunca regresaría al Planeta. Es decir, la Corriente Vital estaba disminuyendo. Me preguntaba qué sucedería en un futuro. La ambigüedad de las respuestas me inquietaba, sí, pero, conociendo los beneficios del Mako, era difícil ignorar su existencia. Por eso decidí cargar con la culpa en lugar de hacer lo correcto. No obstante, a veces pensaba en cuánto me gustaría volver a ser un simple ignorante.

Fue Ifalna quien me enseñó el Estudio de la Vida. Era una mujer extremadamente bella. La última vez que la vi fue hace quince años. En aquel entonces, yo solo tenía nueve.

“Estamos conectados al Planeta a través de la Corriente Vital. Tú estás conectado con el Planeta. Aerith está conectada con el Planeta. Todos estamos conectados con el Planeta. Por eso compartimos esta gran existencia. Por eso creo que deberíamos aprender a llevarnos bien en lugar de pelear entre nosotros. Solo de esa manera el Planeta estará satisfecho. Quizá deberías ir pensando en hacer las paces con él”.

Era una persona muy amable. Siempre estaba sonriendo, pero sé que en el fondo no era feliz.

Ifalna y su hija Aerith. Siempre me siento acribillado por la culpa cuando recuerdo aquellos tiempos pasados con dos de las descendientes de los Antiguos.

Mideel se encuentra en la isla más grande del archipiélago verde que se extiende al sur de Midgar. No es un pueblo muy grande. Cuando aterricé, paseé por sus calles para inspeccionar la zona y entré en la primera clínica que me llamó la atención. Si se trataba de una institución médica, era probable que quedasen registros de algo

importante.

El doctor Donovan me recibió. Tendría unos treinta años. Era delgado, de ojos hundidos y no estaba ni la mitad de sano de lo que debería estarlo un médico.

Yo buscaba a Geddy Butch y, al enseñarle una foto, afirmó que no vivía allí. Le expliqué mi situación. Geddy debía de haber estado en aquel mismo pueblo hacía unos quince años. Quería examinar sus registros. El doctor Donovan volvió a la sala de reconocimiento y yo lo esperé fuera, en un banco barato de la sala de espera. Yo no era más que un simple centinela de Shinra, así que, si aquel lugar se encontraba bajo la influencia de la Compañía de Electricidad y Energía, no llamaría mucho la atención. Además, a pesar de lo que se suele pensar, la gente siempre escucha a los agentes de la ley.

El doctor Donovan regresó después de mucho rato, tanto que empecé a pensar que se había ido a echar la siesta.

– Por desgracia, no tenemos constancia de que el señor Geddy Butch pasase por aquí. Hemos revisado los registros de hace veinte años – me dijo. Yo no pude evitar suspirar con decepción – A veces, hay gente que no viene a la clínica, aunque tenga problemas. Además, cabe la posibilidad de que estuviera sano durante todo el tiempo que pasase en el pueblo. Quizá debería preguntarle a la gente de a pie.

– Eso haré. Sí tenemos algo de un tal Glenn Reiner.

– ¿Qué?

– Tenemos registros de un hombre llamado Glenn Reiner. Estuvo aquí hace quince años. Es el único forastero que se sometió a un examen médico ese año. También era centinela de Shinra – explicó el doctor, Mi corazón empezó a latir con fuerza – ¿Quiere que se lo enseñe? – Entonces, extendió ante mí un historial médico encuadernado con clips. – Este no es un registro convencional, ¿cierto?

– Correcto.

– Bien, Pues diremos que usted se coló que miró el historial sin nuestro permiso. No quiero saber nada de esto.

Asentí en silencio. El doctor Donovan se metió una vez más en la sala de reconocimiento. Yo, nervioso, volví a llamarlo.

– Recuerda algo de este hombre, ¿de Glenn Reiner?

– No, señor. No sé nada ni del tal Geddy ni del tal Glenn, solo llevo trabajando aquí unos tres años. no había nada qué hacer.

En fin, según los registros médicos de hacia quince años, fue uno de los vecinos del pueblo quien descubrió a Glenn Reiner vagando por un bosque cercano a Mideel. Confirmaron su identidad gracias a la placa de identificación que llevaba en el uniforme de Shinra. Tenía veinticinco años. Se le diagnosticó una rotura de ligamento del cobillo derecho y envenenamiento por Mako. Además, se pudo determinar que

dicho envenenamiento era de tipo III y que estaba ya en fase media, pues había sufrido una grave pérdida de memoria. Tras medio mes de recuperación en una residencia del pueblo, regresó a Midgar en un helicóptero de carga. La firma del piloto ocupaba una esquina inferior del documento de entrega del paciente y respondía al nombre de Jack Klein.

Para asegurarme antes de marcharme, mostré la fotografía de Geddy a algunos vecinos. Hubo un hombre que recordó que un centinela de Shinra había estado ingresado en la clínica, pero no recordaba ni su nombre ni cómo era. Por desgracia, el hombre que había ayudado a Glenn en el bosque aquel día ya había fallecido.

Quince años es mucho tiempo. Yo tenía nueve cuando sucedió y en el momento en que descubrí esto acababa de cumplir los veinticuatro. De hecho, estaba a punto de ser padre. Cuando volví a Midgar, me fui directo al edificio del cuartel general y compré información usando contactos y dinero. Glenn Reiner había muerto en combate en Wutai hacia quince años exactos, tres días después de abandonar Mideel. Pero ¿acaso no le habían diagnosticado un severo envenenamiento por Mako? ¿Shinra enviaba a hombres enfermos al campo de batalla? Había algo que no me cuadraba.

Estaba buscando a Geddy Butch, una persona que había desaparecido hacía quince años. En Mideel, donde pensaba que Geddy podría haber estado la última vez que fue visto, me enteré de la existencia de un tal Glenn Reiner. Tras investigar su paradero, me dijeron que había muerto en combate también hacía quince años.

Quince años.

Tenía que haber alguna relación entre ambos sucesos. Algo en mí lo sabía. ¿La Corriente Vital podía conectar a la gente a través del tiempo? Cada vez me molestaba más todo aquel asunto.

Jack Klein del sector 7

Jack Klein vive en una de las áreas residenciales para empleados de la Compañía Shinra, en las inmediaciones del sector 7. No me resultó difícil dar con su dirección, pues el mismo piloto que me llevó a Mideel me la proporcionó. Jack es un hombre mayor que tiene la cara hinchada. Aunque aquel día llegue a su casa por la mañana, ya estaba apestando a alcohol.

– Tú también eres centinela, ¿verdad? Igual que yo. Entonces entenderás que debemos proteger nuestros secretos. – comentó Jack cuando le pregunté por lo sucedido hacia quince años, supongo que para intimidarme.

Tras regalarle una botella de vino como muestra de mis buenas intenciones, su actitud cambió por completo. Por suerte, a partir de ese momento sacarle información fue mucho más sencillo.

– Cuando me emborracho, tengo por costumbre el no callarme. – admitió. – Podría decirte cosas que me meterían en problemas si alguien más las supiera.

– Hace quince años – insistí – transportaste a Glenn Reiner, un soldado diagnosticado con envenenamiento por Mako, en tu helicóptero, ¿sí o no?

– Déjame pensar…

Esperé con paciencia a que él recordase.

Cuando la botella ya estaba medio vacía, Jack inició su monólogo:

– En aquella época, lidiar con el Mako, trabajar con él, era complicado. Como entenderás, el número de personas que sufrían envenenamiento era mucho mayor que el de ahora. Yo me dedicaba a entregarles a los científicos de bata blanca del Departamento de Ciencias y Desarrollo de Shinra a las personas indicadas a cambio de una buena suma de dinero. Era un sueldo, pero también un chantaje para evitar que hablase. Me dijeron que necesitaban gente para conseguir una cura para el envenenamiento por Mako, pero no tengo ni idea de qué hacían con ellos. Esos científicos locos no tienen corazón… – Jack puso una expresión algo agria pensando en aquello – Glenn Reiner… Si, lo recogí en la clínica de Mideel. No podía mantenerse en pie, igual que un borracho. Era una persona totalmente diferente a cuando lo dejé allí.

– ¿Cuándo lo dejaste allí? ¿Qué quieres decir? ¿Te pidieron que lo enviases a la clínica de Mideel?

– ¿No lo sabías?

Entonces, Jack empezó a hablarme sobre la Unidad Especial de Investigación Terrestre. Me dio la impresión de que estaba orgulloso de esa gente.

Se trataba de una unidad de voluntarios bajo la supervisión directa del presidente Shinra que había existido durante un breve período de tiempo hacía quince años. Los

reclutas eran ascendidos de forma inmediata cuando se los enviaba a formar parte de la unidad y se les prometía una tremenda recompensa si tenían éxito en sus misiones.

– Era peligroso, claro. Se arriesgaban a contagiarse ellos también. Lo que buscaba esa unidad era el lugar idóneo para explotar la energía de Mako, así como posibles sitios en los que construir un reactor. Pero el presidente se estaba volviendo loco. Hablaba de encontrar un tesoro, el tesoro del Mako. La única pista que le dio a sus reclutas fueron fotografías de varios paisajes. Bueno, pinturas. Pinturas de las que sacaban fotografías.

Sediento de golpe, me obligué a tragar saliva.

– Los rumores decían que el autor de las pinturas era un vidente misterioso.

Jack adoptó una postura extraña, como si de repente estuviera en el interior de la cabina de su helicóptero, y agarró la botella de vino como si esta fuera una palanca de mando.

– Los centinelas que se ofrecieron como voluntarios eran le todas las edades y de ambos géneros. Todos luchaban por huir de la rutina de sus vidas. Volaban creyendo que el paisaje que aparecía en la fotografía que se les entregaba de verdad existía en algún lugar de este mundo. Y era cierto que había unas coordenadas escritas en el reverso, pero eso no significaba que el sitio existiera. Solo eran una simple guía. Los altos cargos se limitaban a hacer unas estimaciones aproximadas, nada más. – Jack tiró de su palanca de mando imaginaria – Yo mismo volé en incontables ocasiones para ellos. Una vez me hicieron llevar a un grupo de reclutas a la frontera. Se suponía que no debíamos aterrizar. Los monstruos de aquella zona eran muchísimo más peligrosos que los de aquí y había guerreros de Wutai al acecho. Con un paracaídas a la espalda, todos los hombres a bordo saltaron del helicóptero sin mirar atrás. Quedamos en que iría a recogerlos pasados diez días, pero no todos regresaron. Tampoco ninguno de ellos me dijo que hubieran encontrado lo que andaban buscando, ese tesoro perdido de Mako. La mayoría fue asesinada por monstruos. – El piloto dio un buen trago al vino antes de continuar – No los odiaba, ¿sabes? Al contrario. Era gente con sueños, con ambiciones. Se habían acostumbrado a una vida llena de comodidades en Midgar y, aun así, estaban dispuestos a sacrificar ese lujo.

– ¿Qué fotografía le dieron a Glenn? – le pregunté, y él se sumió un rato en sus pensamientos.

– Es por esa fotografía en concreto por lo que recuerdo tan bien a ese hombre. Discutimos acerca del destino. El paisaje se parecía a los alrededores de Cañón Cosmo.

– Cañón Cosmo…

Aquel era el pueblo situado en las tierras vírgenes del lejano oeste de Midgar. Al

parecer, se trataba de un lugar que mantenía una estrecha relación con el Estudio de la Vida del Planeta.

– Aquel día, trasladé a dos personas. El destino de la primera persona estaba al sur de Fuerte Cóndor y el de Glenn se encontraba a las afueras de Cañón Cosmo. En aquella época, mi base se encontraba en Junon. Teniendo en cuenta varios factores, como las condiciones meteorológicas, me dirigí primero a Fuerte Condor. No hubo problemas. Dejé a la primera persona en las coordenadas especificadas. Luego me quedé a solas con Glenn y él… – Jack alzó la vista, estudiándome – Me entregó una nota con las coordenadas de Mideel y, aparte, un sobre con 10 000 guiles. No vi razón alguna para negarme.

Vació la botella de vino del todo.

– Mi trabajo no consistía en rescatar a los investigadores que se quedaban atrapados o que necesitaban ayuda, así que me olvidé por completo de Glenn y, con el dinero, decidí volver a mi trabajo de siempre: volar por el mundo transportando mercancías. Me sorprendí mucho cuando me mandaron a Mideel medio año después y volví a verlo. Cuando lo dejé, realizó un salto tan horrible que dudaba que hubiera sobrevivido. Pero, aun así, a pesar incluso del envenenamiento por Mako, seguía vivo.

Así que aquello era lo que había sucedido: Jack había vendido a Glenn al Departamento de Ciencias y Desarrollo. Intenté controlar mi impulso de condenar su decisión.

Saqué una fotografía y se la puse delante. Uno de los dos jóvenes que aparecían en ella llevaba una bata blanca, sin rasgos distintivos. En esa época, tendría unos veinticinco años.

– Mira esta imagen, ¿Sabes quién es? El hombre del extremo derecho.

– ¡Es Glenn Reiner! ¿Por qué lleva una bata blanca? ¿Que no era un centinela…?

Estaba borracho cuando al fin salí de casa de Jack, así que aproveché el aire libre para respirar profundamente. Luego estruje la fotografía que acababa de enseñarle al piloto.

Era Geddy Butch, con bata blanca. A su lado, yo, con apenas nueve años.

Sylvina Kelly del sector 7

Shinra ofrece viviendas sociales a sus empleados en muchas zonas de Midgar, aunque en su gran mayoría se trata de habitaciones viejas y pequeñas. Al principio vivían solo hombres solteros, pero, a medida que el número de familias empezó a aumentar debido al incremento de matrimonios, empezaron a alquilarse más habitaciones para tener más espacio. Sin embargo, el estado de las viviendas seguirá siendo siempre el mismo. Existe una gran diferencia entre estas residencias sociales para empleados y la residencia de un ciudadano promedio. Para tratar de contentar a la gente, se decidió que los agentes de la ley que vivieran en los barrios bajos podrían solicitar una habitación en el área residencial para empleados. No obstante, tendrían antes que ganar un sorteo de lotería con una tasa de aceptación bastante pobre.

Sylvina Kelly fue una de las pocas afortunadas.

Y yo también, porque nos enamoramos en cuanto nos conocimos.

– ¿Te ha ido bien mi amor? – De pie junto al lavabo, Sylvina se cepillaba los dientes.

– Sí, encontré algo para avanzar.

– ¡No me des falsas ilusiones! Cuéntame porfis porfis.

– No es una historia agradable.

– Para tener un futuro brillante hay que perseverar.

Un futuro brillante. Esperaba que fuera así de verdad. Un futuro sin pesadillas para mí y uno con más horas de sueño para ella.

– Claro – respondí.

Luego me coloqué tras ella y le rodeé la barriga con un solo brazo, que ya empezaba a crecerle. Debía arreglar mi pasado por ambas, debían tener la mejor versión de mi ella y mi futura hija. Los enormes ojos de Sylvina me sonrieron a través del espejo. Se parecía a Aerith. Sí. Es como yo imaginaba que Aerith llegaría a ser algún día.

Aerith En El Edificio De Shinra, Quince Años Antes.

Aunque aún era una niña, Aerith tenía que lidiar con muchas cosas. Eso es lo que decía mi madre. Probablemente tuviera razón. Cuando corríamos por la habitación, jugando a perseguirnos, chocábamos con los muebles de forma constante y ella toleraba el dolor sin soltar ni un solo gemido. A pesar de eso, yo sabía que cuando peor lo pasaba era cuando se acababa nuestro tiempo y sabía que su madre, Ifalna, estaba a punto de llegar, pues su sonrisa se desvanecía de repente.

Un día, la comprensiva Aerith estuvo a punto de echarse a llorar. No me sorprendí, pues no era la primera vez que sucedía.

– Geddy… ¡Lo odio! – espetó, mirando hacia la puerta, por donde se acababa de marchar el susodicho.

– Aerith, no digas eso.

– Pero es una persona horrible. ¡Mira! ¡Hay sangre! – La venda que envolvía la muñeca de Ifalna estaba, en efecto, llena de sangre, pero la mujer parecía más deprimida que angustiada.

– ¿Ha sido Geddy? – le preguntó su hija.

– No… No ha sido él – respondió ella.

– Pero es Geddy quien siempre te trae…

– Si no es él quien viene a recogerla y a traerla de vuelta, será otra persona, Aerith. – Eso no tiene nada que ver – murmuré.

En aquel entonces, yo solo tenía nueve años, pero pensaba que conocía el mundo mucho mejor que la pobre Aerith.

Pero… La niña se tiró sobre el sofá y enterró el rostro en un cojín.

Al verla, Ifalna se limitó a encogerse de hombros.

– Ifalna, yo me tengo que ir ya a casa con mi madre. ¿estarán las dos bien? Si les duele algo, puedo comentarlo y podemos quedarnos un rato más.

– Gracias, pequeño, pero estoy bien.

– Nos vemos mañana, pues. Aerith, intenta alegrarte, ¿sí?.

No me respondió. Salí de la habitación y miré hacia atrás un segundo, justo a tiempo para descubrir a Aerith alzando la cabeza y mirándome también.

Gruño sacándome la lengua con el ceño fruncido.

¿Cómo podía ser tan adorable? Ella fue, sin duda alguna, mi primer amor.

Después de atravesar el pasillo, llegué a la esquina y encontré el escritorio en el que Geddy solía trabajar, controlando el flujo de gente que entraba y salía de allí. Cada vez que Ifalna tenía que salir de la habitación para ir al laboratorio, Geddy siempre la acompañaba. Pese a que no formaba parte del equipo de científicos y solo era un empleado más del Departamento de Ciencias y Desarrollo, al igual que mi

madre, siempre llevaba bata blanca y era su distinción.

– Buen trabajo Ronnie – me dijo.

– Tú también – le respondí.

No odiaba a Geddy. Sabía que solo intentaba hacer su trabajo lo mejor que podía. *"Espero que algún día sigas su ejemplo"*, me decía mi madre siempre que el tema salía a colación.

– Aerith me odia, ¿verdad? – susurró Geddy entonces.

Parecía incómodo solo de pensarlo.

– Creo que eso es obvio. Pero es parte de tu trabajo, ¿no? – le espetó mi madre, como si la pregunta le hubiera molestado.

Supongo que también era una forma de convencerse a sí misma de que lo que hacían no estaba mal.

– Claro, pero a veces no puedo soportarlo Mariel. Que una niña tan inocente me odié… es duro.

Intenté no mostrar emoción alguna al escucharlo.

– Mira… – empezó a decir mi madre tras dirigirme una rápida mirada de tristeza –. Tienes que entender cómo se siente Aerith. Últimamente, Ifalna está sufriendo mucho. ¿A qué tipo de experimentos la están sometiendo?

– No lo sé. Y, aunque lo supiera, no puedo decírselos. Pero – Geddy dejó escapar un suspiro – Algunos miembros del departamento me han dicho que no están de acuerdo con los procesos que se están siguiendo, Creen que el profesor Hojo está yendo demasiado lejos.

El profesor Hojo era el jefe del Departamento de Ciencias. Yo lo había visto dos veces contadas y esperaba no tener que enfrentarlo una tercera.

– En fin, cambiando de tema… Tengo un amigo, un militar, al que han ascendido hace poco, ¡Le han subido el rango solo por participar en una operación especial!

– ¡Es increíble! De haberlo sabido, me habría alistado yo también en el ejército.

– Pero ser militar es peligroso. ¿No te gusta tu trabajo aquí? – inquirió mi madre.

– Sí, pero eso no significa que quiera que mi vida sea siempre aburrida – masculló Geddy, insatisfecho.

– Vaya. Pues lo siento mucho.

– Si encuentras algún trabajo que esté bien, házmelo saber.

Llegados a este punto, no me importaría el no tener que trabajar para la compañía de Shinra.

– No quiero ser negativa, Geddy, pero cambiar de puesto de trabajo solo cambiará tu rango dentro de la Compañía. El mundo entero le pertenece a Shinra.

Aquel era el lema favorito de mi madre.

Sylvina Kelly del sector 7

Sylvina dormía de cara a mí. Podía oír su respiración relajada. Dentro de ella llevaba nuestro bebé. Palpé con suavidad su enorme vientre y pensé en la idea de que Sylvina y yo estuviéramos conectados a nuestro hijo a través de la gran Corriente Vital. Quería que nuestros lazos fueran puros, hermosos y que no hubiera rencor entre nosotros.

Joanne Liu De Los Barracones

Desperté con una idea en la mente. Quise salir de casa de inmediato, pero Sylvina me detuvo. Me insistió en que no era el momento adecuado para ir a visitar a nadie, así que esperé a que dieran las nueve para ir a buscar una vez más a Jack Klein. Como la licorería no estaba abierta, le pagué la información con efectivo. Gracias a esta conversación, descubrí que la militar que había acompañado a Geddy Butch (quien se había hecho pasar por Glenn Reiner) en el helicóptero aquel día respondía al nombre de Joanne Liu. No tardé mucho en dirigirme al cuartel general para comprar más información sobre Joanne. Al parecer, vivía en unas instalaciones militares, es decir, unos barracones, construidas para los administrativos.

Joanne era una mujer enorme de unos cuarenta años. Por su vestimenta, se notaba que no descuidaba la disciplina. Todo el mundo la tenía por una persona severa y seria.

Lo primero que me preguntó fue por mis afiliaciones políticas. Tenía una voz aguda y punzante. Luego, me hizo una pregunta aún más extraña:

– No eres parte de los Turcos, ¿verdad?

Estaba siendo cautelosa. Para sonsacarle información, tendría que explicarle primero mi situación. Pero ¿Qué debería decir? ¿Cuánto debería mencionar? Si se me escapaba algún detalle de más, podría meterme en problemas. Decidí entonces que se lo contaría todo, salvo las partes que tuvieran que ver con Aerith o Ifalna. Hacía tiempo que me había prohibido a mí mismo hablar de todo lo que sucedió en aquella habitación. Además, había cosas de las que mi madre tampoco me dejaba hablar. También decidí dejar fuera de la ecuación a Sylvina.

– Es una investigación personal.

Antes de que mi hija naciera, había un asunto que quería resolver. Glenn Reiner, la persona que me cuidó cuando era niño, había fallecido hacia quince años y yo quería saber qué había sucedido con él. Eso fue lo que le dije: que había estado moviendo cielo y tierra para encontrar a la poca gente que lo conocía.

– Glenn Reiner… Este era él hace quince años. – Le mostré la fotografía de Geddy Butch.

Pero la mujer no me respondió.

Fingí que su actitud no me afectaba y seguí hablando:

– Joanne, ¿de verdad no conoces a Glenn?

Siguió sin responderme, así que decidí ir desvelando más información poco a poco.

- Hace quince años, existía una brigada especial llamada Unidad Especial de Investigación Terrestre, era una unidad de voluntarios formada por centinelas y militares ambiciosos. Glenn Reiner se unió a ellos y subió a uno de sus helicópteros.

Un helicóptero en el que había tres personas. El piloto, Glenn y....

– Yo.

Joanne resopló y se dejó caer sobre el sofá. Yo miré a mi alrededor, pero no encontré ningún lugar en el que sentarme, Al final, renuncié a ello y procedí a explicarle cómo había terminado emprendiendo aquel viaje.

– Jack, el piloto, me contó que Glenn y tú parecían mejores amigos, que era muy íntimos.

La mujer volvió a resoplar, igual que un mal hábito adquirido.

– Eres el niño de la foto que me has enserado antes?

– Sí.

– La persona de la foto no se llama Glenn, sino Geddy.

– Lo sé.

– ¿Cuánto sabes?

Entonces, un gran estruendo hizo retumbar las paredes de la sala de estar en la que nos encontrábamos, como si algo enorme hubiese chocado contra la pared de aquel edificio. Joanne ni se inmutó.

A la derecha de la puerta de entrada había una cocina pequeña y un comedor. Al fondo a la izquierda había otra puerta, que yo suponía que conducía al dormitorio.

El estruendo volvió a alarmarme. *POOOOON*, sonaba.

Provenía de la habitación del fondo.

– Lilisa, cállate. – susurró Joanne.

– Lilisa...

¡Lilisa!

Yo sabía quién era Lilisa. Pero ¿cuándo la había conocido? ¿Dónde? Me esforcé en recordarlo y no me resultó complicado. Por alguna razón, siempre solemos recordar antes los malos momentos que los buenos. En las profundidades de mi mente, aquellos recuerdos que llevaba tiempo intentando meter en cajones para no volver a enfrentarme a ellos de nuevo resurgieron de golpe. Y, además, lo hicieron más vívidos que nunca.

La Lilisa De Mis Recuerdos

Estaba en la habitación de Aerith. Mi madre solía hacernos compañía casi siempre, pero en aquel momento estábamos solos ella y yo. Llevaba mucho rato pintando y haciendo varias figuras en la pared, pero, aun estando exhausta, ella seguía. Decidí dejarla en paz, pues tampoco parecía dispuesta a hablarme. Me preocupaba mi madre. La habían llamado para ayudar a dar caza a una criatura que se había escapado del laboratorio.

– No quiero dibujar más…

– Lo sé. – respondí, con hartazgo.

No sabía cuántas veces Aerith había repetido las mismas palabras.

– Geddy vendrá pronto a querer ayudarme, solo tenemos que esperar.

Habían pasado dos semanas desde que le había entregado a Geddy una de las pinturas especiales de Aerith, pero nada había cambiado desde entonces, solo que Geddy había desaparecido.

– Sí, tienes razón. – le dije – Lo siento.

Sabía que el mal humor me invadía y que no estaba del todo receptivo, por eso me disculpé con ella.

Pero, por desgracia, no me sentía a gusto. La puerta se abrió en aquel momento, desvelando a una joven con bata blanca.

– ¡Aerith! ¿Ya has terminado con el dibujo?

– Aún no ha acabado. – interrumpí, en tono severo – Sus pinturas no son simples, ¿sabes? ¿Podrías no presionarla con el dibujo?

Irritada, la mujer entró en la habitación, dejando la puerta abierta de par en par a su espalda. Asustado porque había una criatura peligrosa suelta por el edificio, grité:

– ¡Cierra la puerta!

Pero ya era demasiado tarde. Tras ella, un bulto negro saltó desde el umbral y se abalanzó sobre la científica. Ella gritó.

Clavé la mirada en aquella amalgama oscura, aunque no por valentía. El pánico me comía por dentro, pero me obligue a mirar. El monstruo tenía figura femenina y vestía una túnica negra. Echó un vistazo a la habitación y cuando vio a Aerith vociferó un breve chillido antes de lanzarse hacia ella.

– ¡Así que tú eres Aerith! ¡Por tu culpa mucha gente ha muerto! ¡Perdí a todos mis amigos! ¿Eres consciente?

Sin dejar de lanzar gritos al aire, la extraña criatura estranguló el delgado cuello de la niña de siete años con una mezcla de odio y pavor. Sin embargo, yo era incapaz de hacer nada más que quedarme quieto, observando.

Lo peor estaba por llegar cuando aquella mujer saco un trozo de vidrio roto y estaba

a punto de clavárselo a la pequeña niña que luchaba por quitarse aquellas manos que la apresaban. Por fortuna, la científica de la bata apuñaló al monstruo de la túnica negra en el cuello con una jeringuilla igual que si lo hubiera hecho con un cuchillo. Al poco rato, la criatura se desplomó sobre Aerith. Aerith me miró con esos enormes ojos suyos llenos de miedo. El monstruo de la túnica negra seguía tumbado sobre mi amiga y la única parte visible de su cuerpo eran los pies descalzos. Alrededor del tobillo tenía un número tatuado también en negro: el veinticuatro.

– ¡Necesitamos ayuda aquí! – alzó la voz la científica, hablándole directamente a una de las cámaras de vigilancia – ¡Hay que encerrar a Lilisa! ¡Hay que sacarla de aquí! ¡Rápido!

*

De nuevo, las paredes de la sala de estar retumbaron.

– ¡Lilisa, cállate! – ordenó Joanne de cara a la pared con un tono más enérgico del que había usado conmigo. Luego volvió a mirar al frente y cerró los ojos – Lilisa y yo nos alistamos en el ejército el mismo día. Las dos teníamos diecinueve años. Ella… no ha sido así siempre. Siempre ha sido tranquila, y sigue siéndolo, pero… Ya sabes, no era así.

– Tiene envenenamiento por Mako, ¿verdad? Lleva años recibiendo tratamiento médico por parte del Departamento de Ciencias, pero su condición no ha mejorado en todo este tiempo. – dilucidé.

Desde el otro lado de la pared provenía una voz triste.

– Supongo que no es malo que otra persona aparte de mi conozca sus circunstancias. – me dijo Joanne, abriendo los ojos para fijarlos en mí – Hay cosas que no entiendo. Quizá tú tengas las respuestas que necesito.

Joanne y Lilisa, Glenn y Geddy

Joanne Liu, Lilisa Meg y Glenn Reiner se alistaron el mismo día y pasaron juntos sus días como reclutas, pues los tres habían crecido en los barrios bajos.

En una ocasión, uno de los instructores inculpo el fracaso de Lilisa durante uno de los entrenamientos por su pobre educación. Cuando acabaron la misión, Joanne estaba tan enfadada que no se calmó ni siquiera una vez estuvieron de vuelta en los barracones. No se lo pensó dos veces a la hora de ir a hablar con el instructor, pero Glenn ya estaba allí, protestando en su lugar. Aquel incidente hizo que los tres se unieran más que nunca. Después llegó Geddy Butch. Era un amigo de Glenn, también criado en los barrios bajos. Los tres reclutas y el nuevo empleado del Departamento de Ciencias y Desarrollo de Shinra hacían tiempo para reunirse, comer y hablar de sus proyectos a futuro. De sus sueños.

El sueño de Joanne era convertirse en administrativa militar y escalar hasta los altos cargos ejecutivos. Hablaba con sus colegas sobre su futuro al mando del ejército, que en aquella época estaba bajo el control de Heidegger, y ellos se reían. Nadie se la tomaba en serio, ni siquiera ella misma, pero había cosas que decía que sentía de verdad. Glenn también era una persona ambiciosa. A veces competía con Joanne para ver a quién ascendían antes. Gracias a ellos, Geddy también soñaba y deseaba que lo promovieran. Él no era militar, así que se metió de lleno en la política de la Compañía. Solo Lilisa se conformaba con llegar a ser centinela. Para ella, que había crecido en el seno de una familia extremadamente pobre, era suficiente tener un plato caliente de comida al día y un techo bajo el que dormir.

Cuando Joanne se enteró de que iban a poner en marcha la Unidad Especial de Investigación Terrestre, bajo control directo del Presidente Shinra, supo que quería entrar. Claro que le preocupaba toda la información que iba a tener que recabar y el alto nivel de riesgo al que iba a tener que enfrentarse, pero desechó sus preocupaciones aferrándose únicamente a su ambición. Para solicitar el acceso, se dirigió a la recepción del cuartel general. Glenn ya estaba allí, terminando los trámites. Se rieron el uno del otro ante tanto secretismo, pero sabían que ambos eran candidatos idóneos. Joanne pasó el tiempo que les quedaba antes de marcharse a su primera misión entrenando desde por la mañana hasta por la tarde, Luego, por las noches, visitaba distintos lugares según le apetecía. Iba a ver a Glenn, a ambos juntos o por separado veces a Geddy o a Lilisa.

Durante la víspera de la partida, se celebró un acto especial para preparar el ánimo de los voluntarios, organizado por el presidente Shinra. Joanne pudo ver al hombre de cerca y se sintió halagada y muy inspirada por su presencia. Al fin, su ambición la llevaba a alguna parte. La euforia de los asistentes, la misma gente que determinaría

el futuro del mundo entero, dominaba el ambiente del recinto. Un grupo de Turcos entraron, distribuyeron unas cuantas fotografías cuadradas, de unos diez por diez centímetros, entre los voluntarios. Las imágenes eran extrañas. Parecían paisajes y había unas coordenadas escritas en el reverso. Según las explicaciones que los Turcos les ofrecieron, su misión consistiría en trasladarse al lugar de las coordenadas en helicóptero, descender en paracaídas y buscar allí el paisaje de la fotografía. Otro helicóptero pasaría a recogerlos pasados diez días de expedición. Si conseguían localizar el lugar, recibirían el cincuenta por ciento del premio monetario que ofrecían como sueldo (y en metálico, es decir, guiles de oro). Si además el lugar era apto para construir un reactor de Mako, recibirían el cien por ciento de la suma acordada. Si encima encontraban lo que el presidente estaba buscando, el tesoro del Mako, recibirían el doscientos veinte por cien del premio. Es decir, una cantidad con la que Joanne podría permitirse dejar de trabajar para el resto de su vida. Sin embargo, sabia también que saltaría de aquel helicóptero incluso si no hubiera recompensa económica.

El entusiasmo que se respiraba allí acababa de robarle el aliento no solo a Joanne, sino a muchas otras personas. Aquella noche, Lilisa organizó una fiesta para Joanne y Glenn.

Era su día libre, así que preparó un montón de platos deliciosos en su block de los barracones. Joanne apareció primera, seguida de Glenn, quien se trajo a Geddy consigo. El alcohol, por supuesto, no faltó a la velada y pronto los cuatro estuvieron borrachos. Era como si estuvieran celebrando el cumpleaños de alguien. No obstante, el ambiente cambió de forma radical cuando Lilisa se echó a llorar. Había bebido tanto que ya no podía contener sus emociones.

– Glenn, por favor, no te marches. Tengo un mal presentimiento. Te quiero mucho y....

Joanne ignoraba por completo los sentimientos que Lilisa tenía hacia Glenn y, al parecer, Glenn también.

– Todo irá bien – intentó consolarla de todas maneras el susodicho, mirando a Joanne y a Geddy de soslayo para pedirles ayuda – Volveré y con el dinero les ayudare a ganarse la vida a todos Lilisa.

– Creo que me he pasado con la bebida. Voy a fuera a tomar un poco de aire fresco –susurró Joanne, levantándose de su silla.

Estaba enfadada con Lilisa. Eran amigas, sí, pero no soportaba esa manía suya de meterse en la vida de los demás. Lilisa no tenía derecho a tirar del brazo de alguien que avanzaba hacia sus sueños. Aun así, Joanne no quería arruinarle la noche a nadie.

Se acercó a la ventana que había al final del pasillo del barracón y contempló el

humo que salía del reactor de Mako. La brisa nocturna era, ante todo, muy agradable.

Oyó entonces que alguien la llamaba.

Cuando se giró para regresar al cuarto, vio que Geddy se había desplomado. La mitad superior de su cuerpo se había caído por el pasillo. Joanne corrió hacia él y descubrió que estaba temblando... No, estaba convulsionando.

– ¿Geddy? – exclamó.

Parecía grave. Preocupada por sus amigos, que seguían dentro del cuarto sin mediar palabra, Joanne fue primero a pedirle ayuda a otro de los reclutas que vivía con ellos en los barracones. Al escuchar el estado en el que se encontraba Geddy, el muchacho se apresuró a llamar a un médico.

Cuando Joanne regresó por fin al cuarto, un hedor terrible a vómito estaba presente en el aire. Glenn y Lilisa se habían desplomado en medio de la porquería y también convulsionaban. Gritó sus nombres, pero ninguno parecía oírla.

– Lilisa... ¡No! – Joanne giró la cabeza hacia Geddy, que le hablaba con voz frágil.

De alguna manera, había logrado ponerse en pie y la miraba apoyado en la pared.

– Creo que nos ha puesto algo... en... – Geddy no logró decir nada más.

Volvió a desplomarse, pero Joanne pudo notar que sus convulsiones habían disminuido bastante.

El médico llegó poco después. Era un joven que, igual que ellos, vivía en los barracones. Examinó primero a Glenn y a Lilisa, que no habían recuperado el conocimiento aún, y luego a Geddy, que parecía estar recuperándose lentamente. Acto seguido, el médico se puso en contacto con el Departamento de Ciencias a una velocidad irrisoria, e cuarto se llenó de hombres y mujeres enfundados en batas blancas. Trasladaron a los tres amigos de Joanne hacia fuera en camilla justo antes de dividirse en grupos para empezar a examinar los vómitos, los restos de alcohol y la superficie de la cocina. Joanne pensó que aquel debía de ser el proceso normal que seguir en cualquier investigación.

– Ya tengo los resultados. Como esperábamos, es el Mako – dijo con voz grave uno de los científicos que examinaba la comida.

A continuación, todos los científicos de bata blanca y doctores militares que aparecieron tras el incidente empezaron a interrogar a Joanne con una montaña de preguntas durante más de una hora. ¿Había sido un accidente o realmente alguien había querido envenenar a sus amigos con Mako? ¿De quién había sido el error? ¿Quién había cometido semejante crimen? Solo les interesaba saber aquel tipo de cosas. Al poco rato, apareció una tropa y despachó a todo el mundo. Joanne salió del cuarto, que seguía oliendo a podrido, y se encontró perdida. Nadie la había informado sobre el lugar al que se habían llevado a sus amigos.

¿Sería verdad que Lilisa les había puesto algo en la comida...? Volvió a pensar en

las últimas palabras que Geddy le había dedicado y en lo que podían ocultar. ¿Significaba aquello que Lilisa los había envenenado para evitar que se marchasen? ¿Era posible algo así? ¿Habría sido capaz Lilisa de traicionarlos de una forma tan ruin y cobarde? Joanne no tenía respuestas. Quizás, el amor que sentía hacia Glenn la había cambiado para siempre.

Geddy regresó cerca de la medianoche. Mencionó que la medicina que le habían dado le había funcionado bien y que por eso se había recuperado tan pronto.

– Los síntomas eran leves. Todavía me encuentro mal, pero no tanto como antes – explicó.

– ¿Como están Glenn y Lilisa?

– Mal. Intenté hablar con ellos, pero no han despertado todavía.

– Oye, Geddy… ¿Qué pasó cuando me fui?

– Cuando te fuiste… – Geddy frunció el ceño–. Un temporizador sonó. La cazuela que Lilisa había preparado estaba lista al fin, pero ella seguía hablando sin prestarle atención. Glenn dijo que tenía hambre. El pobre solo quería cambiar de tema. Como ella no se movía, saqué la cazuela del horno yo mismo y la llevé a la mesa. Glenn se zampó un plato entero, aunque aún quemaba, pero dijo que estaba buenísimo. Lilisa se puso de mejor humor y empezó también a comer. Yo esperé a que se enfriara un poco, porque no quería quemarme. Supongo que tuve suerte de comer menos que ellos dos. Quizá por eso estoy mejor. La verdad es que la comida estaba buena. Jamás hubiera dicho que estaba contaminada con Mako.

– ¿Estás seguro de que contenía Mako…?

– Bueno, ¿fue el único plato que tú no probaste, verdad?

– ¿Conoces las erupciones de Mako que tienen los reactores?

– Sí – respondí.

Sabía que se formaban cuando se producía una combustión incompleta en el interior de los motores internos de los reactores de Mako. Se trata de una sustancia muy tóxica que suele estar presente en toda maquinaria.

– Lilisa trabajaba manipulando vehículos militares. Se encargaba de su inspección y mantenimiento.

Joanne me miró con curiosidad, como si se preguntase si yo estaba siguiendo su explicación. Luego se dirigió a la cocina y bebió un poco de agua. Al volver, se hundió de nuevo en el sofá.

– ¿Cómo se unió Geddy a la Unidad Especial de Investigación Terrestre? Tengo entendido que se marchó a la mañana siguiente de ese incidente.

Joanne asintió varias veces.

– Si te hablo de ello, estaré violando muchas normas. Si alguien se entera, me castigarán incluso ahora, incluso aunque hayan pasado quince años. Pero que se vayan a la mierda la compañía, te lo dire.

– No le diré a nadie que me has hablado de esto, Joanne.

– Te creo, pero da igual. Llevo toda la vida en el ejército. Puede que sea el momento de volver a mi block en el barrio.

– ¿A qué te refieres?

– Si tomo el riesgo de contártelo, entenderás todas las dudas que me han surgido a lo largo de todos estos años.

– Yo te contaré a cambio todo lo que sé – contesté rápido, para que Joanne no viera mi titubeo.

Ella estiró el cuello y observó la puerta de la habitación del fondo. Luego asintió.

– Geddy me dijo que quería cumplir el sueño de Glenn. Tomó prestada su identificación e incluso me la enseñó antes de marcharse. Quería hacerse pasar por él, pero necesitaba que yo lo apoyase para confirmar su historia. Él… quería poder cumplir las misiones de la misma forma en que lo haría el propio Glenn. ¿Cómo crees que me sentí al escucharlo decir algo así?

– Pero… ¿Geddy no tenía ningún entrenamiento ni sabia usar ningún arma, ¿no? ¿Cómo pudo hacerse pasar por Glenn?

Tenía más preguntas, pero aquello fue lo único que dije. Supongo que estaba muy unido a Glenn. A mí me conmovió saber que estaba dispuesto a arriesgar su propia vida en una misión tan peligrosa en nombre de su amigo.

No me esperaba aquella respuesta, aunque estaba seguro de que, a pesar de que

Joanne pensase así, no habría ayudado a Geddy en su plan. Por suerte, Joanne había recuperado el equipaje de Glenn, que guardaba en la habitación, y dentro encontré la fotografía del paisaje que debía buscar, y ahí fue que mis ojos junto con todos mis recuerdos se estremecieron.

Joanne y Geddy

El punto de encuentro de la Unidad Especial de investigación Terrestre se encontraba frente al cuartel general del sector 0. Geddy, quien por aquel entonces se había empezado a hacer pasar por Glenn, se deslizó junto a Joanne en el portaequipajes de un camión que conducía un joven centinela. Ya casi iba siendo hora de la misión. A su lado, había otros cuatro aspirantes, todos de caras desconocidas. Permanecieron estáticos hasta que llegaron al helipuerto. Una vez allí, cambiaron de transporte y subieron al helicóptero de Jack Klein, gracias a quien llegaron a Junon. Se bajaron y se dividieron en otros cuantos helicópteros. A Joanne y a Geddy les tocó con Jack otra vez.

En el aire, ambos se pusieron los cascos y, con tal de ocultarle al piloto la verdad que escondían, decidieron comportarse como los buenos y viejos amigos que eran. Joanne fingió darle a Geddy consejos para el descenso con el paracaídas cuando en realidad le estaba explicando la técnica desde lo más básico por miedo a que metiera la pata en el descenso. Geddy solo contaba con los conocimientos teóricos que había podido leer en algunos de sus libros, pero la ansiedad se le olvidó enseguida, enterrada bajo grandes toneladas de determinación y entusiasmo.

Entonces Joanne dio un respingo. No recordaba lo que había sucedido después.

– Ahora te toca a ti contarme lo que sabes – me acusó.

– Está bien.

Me dispuse a hablar sobre todo lo que había descubierto gracias a Jack Klein, el piloto del helicóptero que había transportado a los dos amigos y reclutas. No había nada en particular que quisiera ocultarle a Joanne. Geddy, que había sido el último en saltar del helicóptero, había chantajeado a Jack con dinero para cambiar el rumbo del vuelo. A veces, todavía me pregunto qué habría sucedido si el piloto no hubiera sido Jack, sino otra persona más tradicional. Quizá Geddy lo hubiera intentado persuadir por otros medios.

– Pero Geddy no logró localizar nada. Cuando lo encontraron vagando por ahí, su envenenamiento por Mako había empeorado. ¿Sucedió así? – me preguntó Joanne.

– Sí. Jack lo entregó al Departamento de Ciencias.

– Es decir, que acabó igual que Glenn.

– ¿Qué quieres decir…?

– Pues… Por suerte, supongo, yo tampoco logré localizar el lugar de mi fotografía y, además, estaba sanísima, sin ningún síntoma, así que pude regresar a Midgar sin muchos problemas. Pasadas dos semanas, Shinra me trajo a Lilisa. Tenía envenenamiento por Mako y cada vez era más grave. La estuve ayudando un tiempo e incluso conseguí que pudiera caminar de nuevo, pero no esperaba una gran mejora tras eso. Los Turcos que me entregaron a Lilisa me contaron lo que había sucedido con Glenn. Al parecer, el Departamento de Ciencias, incluido el profesor Hojo, había intentado raptarlo, pero en vano. Glenn había muerto. Después de aquella noticia, limpié y ordené sus cuartos, decidí ponerme en contacto con sus familias y me deshice de todo lo que no fuese esencial. Los padres de Lilisa estaban muertos, así que no pude dar con nadie que la conociera. Los de Glenn aceptaron la muerte de su hijo sin gran drama. Les parecía bien que hubiera dado la vida por su patria.

– Un segundo… ¿Glenn murió en la guerra?

– Eso fue lo que se decidió que se diría de todos aquellos reclutas que se habían presentado voluntarios para colaborar con la Unidad Especial de Investigación Terrestre. Solo de esa forma los familiares podrían recibir una pensión.

– Pero no sucedió lo mismo con Geddy.

– De Geddy dijeron que había desaparecido. Su padre llevaba muerto ya quince años, así que solo tuvieron que lidiar con su madre.

– Ya veo…

– Bueno, hemos hecho una promesa. Tengo preguntas que hacerte – comentó

Joanne.

¿Cuándo le había prometido yo responder a sus preguntas?

– Hace quince años, la Unidad Especial de Investigación Terrestre decidió enviar a Glenn a una zona cercana a Cañón Cosmo. Pero Geddy, que tenía su fotografía, cambió su destino y se dirigió a Mideel en su lugar. ¿Qué significa eso? ¿Tenía otra foto? ¿O creía que el tesoro de Mako se encontraba en Mideel? – Pero aquello no era una pregunta, sino un monólogo, porque Joanne continuó hablando sin pausa – Si es así, ¿Por qué creía que lo encontraría en esa isla? ¿Y de dónde salían todas aquellas fotografías que nos entregaban? ¿Quién era quien hacia las pinturas? ¿Qué era exactamente lo que el presidente quería encontrar?

Fue entonces cuando creí que era buen momento para interrumpirla. Fingí que necesitaba usar el baño y tras escapar por la ventana, hui de aquel lugar y de los barracones sin mirar atrás.

Aerith del edificio de Shinra

El cuarto en el que Aerith e Ifalna vivían encerradas se encontraba en los pisos superiores del edificio de Shinra. No recuerdo el piso exacto, solo que era uno de los más altos. Mi madre me decía siempre que todos los empleados tenían prohibido intentar averiguar de qué piso se trataba exactamente, así que yo acataba su orden sin preguntar, pero sí recuerdo que por esa zona siempre paseaban muchos científicos de bata blanca y otros empleados con ojos inyectados en sangre. Una vez, Geddy me comentó que allí solo trabajaban personas que no dormían. También había centinelas. aunque sus uniformes y equipos eran mucho más ligeros que los de los que patrullaban las calles. Los monstruos que ponían bajo experimento solían hacer destrozos en los pisos adyacentes, así que todo el mundo estaba siempre bajo tensión. Mi madre era la cuidadora de Ifalna y yo el compañero de juegos de Aerith. Era un trabajo como cualquier otro, así que recibíamos algo de dinero a cambio, aunque era poco.

Ifalna nos recibía todas las mañanas a las diez en punto. Luego, Geddy se la llevaba. Cuando Ifalna no estaba, mi madre limpiaba y lavaba su ropa. Mientras tanto, yo pasaba el tiempo con Aerith. Hacíamos todos los bailes extraños que se nos ocurrían y corríamos por la habitación. Aerith siempre quería jugar al escondite, pero no era un juego factible, porque allí no había muchos lugares en los que esconderse, así que nos inventamos una regla que consistía en que, si un jugador encontraba al otro en un período corto de tiempo, entonces el que estaba escondido tenía que poner caras graciosas y si conseguía hacer reír al que lo había encontrado, ganaba. Era como si nos hubiéramos inventado un juego totalmente nuevo y distinto, pero a mí me gustaba porque era sencillo. A menudo la encontraba escondida detrás del sofá, tumbada bocarriba igual que una muñequita de trapo abandonada. Cada que la encontraba, se ponía bizca y sacaba la lengua hacia abajo, tocándose la barbilla. Cuando ponía esa cara, ya sabía lo que me esperaba, no podía evitar soltar una carcajada enorme por su culpa.

Aerith se reía mucho. Pero un día sucedió algo y todo en ella cambió.

Se estaba muriendo de la risa después de una anécdota que le había contado mi madre. Era una historia algo fantasiosa en la que aparecian unos monstruos de forma inesperada por los alrededores de nuestra casa y en la que se suponía que yo salía huyendo cinco veces más rápido de lo que un niño normal podría.

- ¡Cinco veces más rápido! ¡Santo cielo! ¡Si fuera verdad, se te habrían enredado las piernas! ¿Verdad que sí? ¡Sabes que llevo razón!

“De todo lo que conto mi madre, ¿vas y te quedas solo con eso?”, quise preguntarle, pero entonces Aerith se puso a dar pisotones fuertes contra el suelo.

– Mariel, ¿así?

– Tres veces más rápido – la instó mi madre.

Yo me quedé mudo ante las palabras de mamá, pero Aerith siguió riendo, así que intenté no tomármelo a mal.

– ¿Y qué clase de monstruos eran? ¿Eran Bombs? Cactilios? o ¿Duendecillos? – citó la niña la lista de monstruos que mejor conocía.

– No, eran unos pequeños, del tamaño de una rata grande.

– ¡Pues serían ratas normales y corrientes!

– ¡No, eran monstruos!

– ¿Por qué estás tan segura?

– Porque la cola era el doble de grande que la de una rata convencional. Además, la tenía enrollada igual que un muelle en espiral – interrumpí yo, sin pensar.

– ¿Un muelle? – Aerith no comprendía a qué me refería.

– Es una cosa que gira, gira y gira – Moví la punta de mi dedo formando una espiral.

– No te entiendo…

Mire a mi alrededor en busca de una cuerda.

– Espera un momento.

Mi madre salió de la habitación justo en aquel momento. Pensé que iba a buscarnos un cordel o algo parecido, pero en su lugar me entregó un montón de hojas de papel y un bolígrafo.

– Dibuja la cola para que Aerith pueda verla – me animó.

Intenté concentrarme en la imagen de la gran rata imaginaria y dibuje la cola enroscada.

– Así… – susurre.

Aerith clavó la vista en mi dibujo con entusiasmo – No, veamos…

No estaba satisfecho con el resultado de mi dibujo, así que volví a intentarlo. Al ver la hoja, Aerith gruñó al aire como si fuera una bestia, y yo me quedé sorprendido por su reacción.

– ¿Aerith? Pero ella ya había agarrado otra hoja y empezaba a dibujar algo con estando bajo posesión de alguien. Apretaba con fuerza la punta del bolígrafo contra el papel, esbozando la cara distorsionada de una persona. Un árbol, una flor, un animal, y tal vez un monstruo. Mi madre y yo la contemplábamos en silencio y con mucha atención mientras Aerith dibujaba una hoja tras otra, los papeles se iban volviendo tan negros como el carbón, Aerith volvió a gruñir.

– ¡Tenemos una emergencia! ¡Necesitamos ayuda! – exclamó mi madre, mirando hacia una esquina del cuarto.

Aquella fue la primera vez que fui consciente de que habitación tenía una cámara de seguridad allí. Al poco rato, Geddy abrió la puerta y entró, seguido de muchos otros

científicos. Y ahí, entre ellos, estaba el profesor Hojo, pero Aerith no se dio cuenta de su presencia, ni siquiera cuando este se acercó a espiar su dibujo.

– Dibuja como si la hubieran poseído – comentó mi madre.

– Aerith – la llamó el profesor Hojo – ¿Ves algo?

La niña asintió.

– Puedo verlo… y oírlo… no sé porque escucho lamentos…

El profesor agachó la cabeza y dejó escapar una risa floja y extraña.

Tuve un mal presentimiento.

– ¡Por fin has despertado, Aerith! ¡Sabía que tú también lo lograrías! – bramó el hombre, riéndose más fuerte.

– Lo siento. No quería que esto sucediera – murmuró mi madre.

Pero yo sabía que no era conmigo con quien estaba disculpándose.

Joanne y Lilisa de los barrios bajos.

Un día después de que mis vacaciones hubieran terminado, justo al terminar mis labores nocturnas y tras atravesar el gran rio de gente que llenaba las calles, descubrí a Joanne esperándome frente a mi casa.

– Vives con una mujer, ¿verdad? No podemos inmiscuirla en esto… Acompáñame lejos de aquí, al sector más cercano. – me susurró.

– ¿Cómo has encontrado este sitio? – le cuestioné yo, siguiéndola.

– Usando los mismos trucos que tú. Lo que me sorprende es que la información de gente como nosotros tenga algún valor – respondió ella con voz risueña.

Al mirarla de nuevo, me di cuenta de que estaba diferente. Parecía mucho más simpática que la primera vez que hablé con ella.

– Te noto cambiada – admití.

– Podría ser. He estado pensando mucho en lo que hemos hablado. Creo que va siendo hora de que deje de comportarme como si no tuviera derecho a pedir nada. Me he liberado gracias a ti – confesó. ¿Pero que se suponía que debía decirle yo? – Intentas enfrentarte al pasado. Supongo que he aprendido un par de cosas.

Nos adentramos en la calle que llevaba a la estación. Joanne caminaba mucho más rápido que yo, así que me esforcé por seguirle el ritmo,

– Si te he sido de ayuda, me alegro. Lamento haber sido grosero contigo.

– Deberías reflexionar sobre tu actitud, sí. Te abrí mi corazón y tú no me diste nada a cambio. Huiste, desde luego, fue un gesto de muy mala educación.

– Y me disculpo por ello.

– No es necesario. Limítate a responder a las preguntas que te hice. – Su voz ya no sonaba cantarina – ¿De dónde sacó Geddy la fotografía de Mideel? ¿Quién pintaba esos paisajes? Aunque me digas la verdad, prometo no hacer nada con ella. Tampoco le contaré nada a nadie, pero necesito saberlo.

No contesté, sino que seguí caminando en silencio hasta llegar a la estación. Me sorprendió ver allí a Lilisa. De pie, balanceándose adelante y atrás, era un foco importante para las miradas frías de la gente que paseaba por el lugar.

– No te lo dije en su momento, pero Lilisa y yo vamos a menudo de visita a los barrios bajos.

Cada vez que Joanne me contaba algo nuevo de su vida privada, yo sentía que mi deuda con ella aumentaba. Aun así, me senté en silencio a su lado una vez subimos al tren. Los asientos iban en su mayoría llenos. La única pasajera que viajaba de pie era Lilisa. Me fijé en la gente. Los que trabajaban en el mismo turno que yo volvían a esas horas a su sector. A mí me habían enviado ya tres veces a la zona inferior de la ciudad para mantener el orden público y ninguna de esas veces me había llevado una

buena impresión. El problema era que la gente nacida en esas zonas crecía con prejuicios sobre nosotros, la gente de la Plataforma. Y nosotros, que nos habíamos criado en la zona superior, nos limitábamos a disfrutar nuestras vidas sin ser conscientes de que existía una clase social por debajo que sufría día a día. Por desgracia, nos habían educado para que pensásemos que en los barrios bajos era donde se juntaba la gente mala.

– No te preocupes – insistió Joanne – Nadie te tocará si llevas el uniforme. Puede que te insulten, pero nada más.

– Espero que así sea.

– Todo el mundo trabajaría para Shinra de tener la oportunidad, ¿sabes? Son pocos los que se declaran abiertamente en su contra. Nadie haría nada que llamase la atención. Nosotros éramos iguales. – "Nosotros", acababa de decir Joanne. Es decir, ella, Lilisa, Glenn y Geddy. Empezaba a pensar que esos cuatro habían tenido un vínculo difícil nunca regresaríamos a la zona inferior. de entender – Cuando subimos a la plataforma, pensé que nunca regresaríamos a la zona inferior.

Cuando nos bajamos del tren en la estación del sector 7, Lilisa empezó a caminar tambaleándose, nos dirigimos a una especie de desguace de vagones vacíos, mientras Lilisa vagaba frente a nosotros, a veces se metía en los vagones, Joanne me dijo que todo el mundo conocía ese lugar como "El Cementerio De Trenes"

– ¿A dónde va? – pregunté, refiriéndome a Lilisa.

– Depende del día. Yo solo la sigo. Me limito a ayudarla si se sube al tren equivocado en la estación o si algún desalmado se burla de ella por la calle. Soy una especie de guardaespaldas de ella.

– ¿Hasta qué punto comprende lo que está haciendo? Quiero decir, tiene envenenamiento por Mako. Y bastante severo, por lo que veo…

– Sí. ahí no te voy a corregir: su estado es grave. Pero hay gente que me ha dicho que camina mal por el tratamiento médico al que le sometieron en el Departamento de Ciencias, no por la enfermedad en sí. La madre de Glenn, por ejemplo, dice que encontró una cicatriz en el cuerpo de su hijo. Como si lo hubieran sometido a una operación.

– ¿Una operación…?

De repente, tenía muchas preguntas que hacerle a Joanne, pero entonces ella me hizo una seña para que guardase silencio. Se detuvo en seco y señaló hacia adelante, donde había un espacio abierto. Lilisa no estaba sola. A su lado, había unas cuantas personas con túnicas parecidas a la que ella vestía.

Había seis personas. No. ¿Siete, quizá? No hacían nada, simplemente estaban de pie, con el cuerpo girado a ninguna dirección en concreto. Sin embargo, todos miraban hacia arriba. Eché la cabeza hacia atrás, pero solo pude ver el marco de

acero de la Plataforma.

– Glenn y Geddy – susurró Joanne, señalando a las dos figuras más alejadas.

– ¿Qué? – mascullé, incrédulo.

– Hace cinco años, el padre de Glenn lo encontró vagando por estos sectores y lo acogió en cuanto lo reconoció. Su madre siempre creyó que seguía vivo. De hecho, siempre se negó a creer que había muerto. En fin, ya sabes cómo pueden ser los padres a veces – me explicó, pero yo me preguntaba si todos los padres eran así de positivos – Al final, el deseo de su madre se hizo realidad. Yo no creo en esas cosas. Quiero decir, en que los anhelos de una madre puedan tener tanta fuerza. Pero Geddy también regresó. Hace cuatro años. No fue solo Glenn. Mira, quizá no lo sepas, pero mucha gente desaparece a diario en los barrios bajos. A algunos de ellos les perdimos la pista hace quince años. Otros, hace tan solo dos o tres. Pero todos han regresado. Todos en condiciones similares a las de Lilisa y con un número tatuado en alguna parte del cuerpo.

– ¿Quieres decir que todo esto es obra del Departamento de Ciencias? ¿Que los sometieron a las mismas pruebas que les hacen a todas esas criaturas extrañas con las que experimentan diariamente? ¿Qué es lo que Shinra dijo acerca de esto?

– Se disculparon por las confusiones que había sobre el paradero del personal militar y declararon que muchos de ellos habían sido hospitalizados y estaban siendo tratados por la Compañía. Además, que los que no quisieran seguir recibiendo tratamiento serian dados de alta pronto.

– Es decir, ellos – Señalé a las personas enfundadas en túnicas negras – Así que, ¿Estas son las personas que decidieron no seguir ingresadas? Me pregunto cómo hicieron para saber si querían continuar o no, viendo su estado…

Joanne resopló.

– A mi parecer, la justicia debería castigar lo que el profesor Hojo y todo el Departamento de Ciencias han hecho a lo largo de todos estos años, pero los padres de las víctimas no piensan como yo. Creen que sus hijos habrían muerto por envenenamiento si Shinra no hubiera intervenido con su tecnología. Y yo no tengo derecho a negarles eso. Tú tampoco, no nos quedaba más remedio que aceptarlo.

Eso es lo que quería decirme Joanne. Me acerqué a uno de los hombres. Aunque llevaba el pelo despeinado y la barba descuidada, lo reconocí enseguida. Era alguien a quien llevaba mucho tiempo sin ver: Geddy Butch.

– ¿Geddy? – lo llamé, pero él no respondió, le di un ligero golpe en el hombro y entonces desvió la mirada hacia mí muy poco a poco – Ha pasado mucho tiempo. – Pero Geddy no me reconocía, y no era solo por los quince años que llevábamos sin vernos – Mírate… Es una lástima encontrarte así…

Tampoco parecía oírme. Entonces, sentí la presencia de alguien detrás de mí. Me

giré y vi que era Joanne.

– Siempre he pensado que fue Lilisa quien los envenenó. Tenía motivos para querer retener a Glenn y también la forma ideal de obtener el veneno. Pero con los años he llegado a otra conclusión. No me habría dado cuenta jamás si no me hubieras venido a visitar.

– Joanne…

Pensé en muchas cosas a la vez.

¿Qué significaban las vidas de Glenn y Geddy para mí' ¿Cómo debía responder al interrogatorio de Joanne? ¿Qué me ocurriría después? ¿Debía sentirme culpable de la enfermedad que sufrían? ¿Cabría la posibilidad de que me perdonasen?

– ¿Qué quieres que haga? – susurré.

– Enfréntate a ellos uno a uno. Tienes mucho tiempo. Ellos ya no irán a ninguna parte.

El tren que tomamos para regresar a la Plataforma iba bastante más vacío que el anterior, Lilisa, cansada, se sentó junto a Joanne y le apoyó la cabeza en el hombro. Joanne, por su parte, le sujetaba la cabeza con una mano.

Yo me senté al otro lado de Joanne. Fue en ese momento cuando la mujer me rodeo el cuello con un brazo y tiro de mí de forma brusca.

– Esta es mi teoría. Hace quince años, Lilisa no quiso envenenarnos. Fue Geddy. Iba a menudo al laboratorio del Departamento de Ciencias, así que pudo extraer el Mako de allí sin mucho problema. El propósito de su crimen (y lo lamo así de forma intencionada, créeme) era subir a ese helicóptero. Pensó que, si lograba subir, podría cumplir con lo que el presidente esperaba de él. No sé qué futuro imaginaba después de algo así, pero se aprovechó del amor que sentía Lilisa por Glenn y de nuestra amistad para lograr su cometido.

– Suéltame.

– Lo que no sé es qué hizo que Geddy llegara tan lejos – susurró, apretando más su agarre alrededor de mi cuello.

– ¿Por qué estás tan obsesionada con Geddy?

– Te has disculpado con él. Le has dicho que sentías mucho lo que pasó – insistió. Yo me quedé en silencio – Las fotografías de esos paisajes… ¿Tú los pintabas?

– Sí. Bueno, no. Quiero decir…

– Dilo – exigió Joanne, por fin soltándome.

– Había una niña. Se llamaba Aerith…

Hablé entonces de los días que había pasado junto a Aerith, de cómo empezó a pintar y del incidente posterior.

Las pinturas de Aerith ganaron fama poco a poco, hasta el punto de que incluso el presidente Shinra fue a verla personalmente. Tenía un interés especial en los dibujos en los que aparecían paisajes y a menudo le preguntaba por sus orígenes.

– Me los imagino y ya está – le respondió Aerith un día, molesta.

El presidente pareció satisfecho.

– Así que, ¿fue por eso? ¿Por eso se creó la Unidad Especial de Investigación Terrestre? – preguntó Joanne. Luego soltó un suspiro.

– Si. El presidente creía que las misteriosas habilidades de los Antiguos traerían enormes beneficios a la sociedad moderna. Pensó que había llegado el momento de darles uso.

– ¿Y tú? ¿También lo creías?

– Yo solo sabía que Aerith no era normal, que podía ver y oír cosas que yo no podía. Pero si lo reconocía en voz alta… Eso solo haría que quisiera alejarse de mí. Me daba igual que fuese una Anciana. Lo único que ansiaba era que siguiera siendo normal, como yo.

Pero cambió cuando empezó a pintar. Apenas comía. No sonreía. No bailaba. No leía. Una semana después de haberle dibujado la cola de rata, ya no se me permitió volver a entrar en esa habitación. Mi madre seguía trabajando, así que yo me quedaba solo en casa. Sentía que había hecho algo mal y mi madre intentaba consolarme diciéndome que la decisión se había basado solo en los cambios de política de empresa que el profesor Hojo había implantado. Me dijo que tenía que empezar a jugar con niños normales, pero yo solo tenía ganas de echarme a llorar y regocijarme en mi soledad.

Todo volvió a cambiar una semana después. Un día, cuando el sol ya se había escondido, me llamaron. Mi madre me acompañó al edificio de Shinra. No sabía por qué, pero tenía un mal presentimiento. Aerith estaba mucho más delgada. Parecía que estaba enferma. En lugar de llevar el pelo suelto como siempre, lo llevaba atado y a su vez, se le desataba con facilidad. Tenía, además, toda la ropa manchada de pintura. Pero hubo algo en concreto que me sobrecogió antes incluso de fijarme en ella. Fue un cuadro. Un cuadro en el que aparecía mucha gente, paisajes e incluso animales misteriosos… Un cuadro que cubría casi toda la pared.

Aerith del edificio de Shinra

Antes de entrar a la habitación, mi madre me pidió algo:

– Queremos que convenzas a Aerith para que pinte algo más.

*

– Aerith, ¿eso lo has pintado tú?

Ella asintió. Alzó el rostro lloroso hacia mí y murmuró:

– Pero al presidente y al profesor no les ha gustado. Dicen que quieren que pinte paisajes. Que les servirá lo que sea, aunque sea una pintura pequeñita…

– ¿Y no quieres hacerlo?

– No puedo. No puedo ver más.

– Pues usa la imaginación. Piensa en un paisaje en el que te gustaría estar y píntalo. Servirá.

Aerith abrió los ojos de par en par. Luego sacudió la cabeza.

"De ninguna manera", parecía decir.

– Si el paisaje no es real, podría morir gente. El profesor me lo ha dicho.

No entendí sus palabras hasta años después. Probablemente, desapareció mucha más gente de la que pensaba en un primer momento de la Unidad Especial de Investigación Terrestre, no comprendía qué podía llevar al profesor Hojo a decirle algo así a una niña pequeña. Pero yo también era un niño, así que compartía mi frustración con Aerith porque sentía que por su culpa estaba viviendo la peor de las situaciones.

– Bueno, pues algo tendrás que pintar. Tendrás que esforzarte.

– No puedo.

– ¿Y por qué no te rindes?

– Porque quiero ver a mi mami. En verdad quiero verla…

Aunque debería haber odiado a Shinra, lo único que era capaz de hacer en aquellos instantes era dirigir toda mi furia y frustración hacia Aerith.

– Haremos una cosa. Pintarás lo que yo te diga. Y será lo último que pintes.

– ¿Y eso por qué?

– Es un secreto. Pero tendrás que escucharme con atención.

Aerith me observó con esos ojos enormes suyos. Incapaz de sostenerle la mirada, desvié la vista hacia otro lado.

– De acuerdo. Pintaré – aceptó ella.

Aquello no significaba que hubiese vuelto a confiar en mí, a lo mejor solo estaba desanimada porque toda la gente que le importaba estaba en manos de Shinra.

Lentamente, Aerith se preparó para empezar un nuevo dibujo. Me senté junto a ella y empecé a susurrarle detalles.

Una isla.

Con muchos árboles.

Arboles tan altos como un edificio de apartamentos.

Las hojas de los árboles medirían lo mismo que tú, Aerith.

Y serían frondosos.

De color verde oscuro.

Era el paisaje de una revista que mi madre había estado hojeando un día cualquiera. Cuando terminó, usé el timbre de emergencia para llamar a Geddy. Cuando le entregué la pintura acabada, le hablé en voz baja:

- Aerith ha reunido las pocas fuerzas que le quedaban para hacer este dibujo. Todo lo que no había podido ver hasta ahora le ha venido de golpe a la mente. Pero ya no tiene energía. Ya no puede pintar nada más. ¿Se lo podrás comunicar al profesor Hojo?

– Ya veo. Claro, yo me encargo – me respondió Geddy, sin apartar la vista de la pintura – ¿Esto es Mideel?

– Pues…

Geddy seguía mirando el dibujo. Entonces, entró en la habitación y se dirigió a Aerith:

– Esto es Mideel, ¿verdad?

Aerith me miró. Le hice un pequeño gesto con la cabeza. Lo único que quería era que Geddy nos dejase solos. Imitándome, Aerith asintió.

– ¡Lo sabía! Sabía que lo había visto en alguna revista.

– Geddy, asegúrate de que la pintura llegué a las manos del profesor –insté.

– Por supuesto.

Al final, Geddy hizo una fotografía de la pintura y la usó para su propio beneficio. Como resultado, echó a perder no solo mi vida, sino también la de gente como Glenn y Lilisa. O como Joanne, que perdió a sus amigos.

Dos semanas después, Lilisa irrumpió en la habitación e intentó estrangular y asesinar a Aerith. Aerith, incapaz de mediar palabra por culpa del pánico, me pidió ayuda con la mirada. “Ayúdame, ayúdame”. Pero yo no pude ayudarla. Incluso cuando Lilisa quedó inconsciente en el suelo, lo único que hice fue salir corriendo.
Y llorar.

– Estás recordando tus pecados.

Asentí igual que un niño, como lo habría hecho Aerith en un pasado.

– Piénsalo. Es Geddy quien envenenó a Lilisa y Glenn. Puede que tú le abrieras el camino para hacerlo, pero no era tu intención. Mucha gente ha perdido la vida en ese laboratorio. No puedo responsabilizarte por todas esas muertes.

– Gracias… – susurré.

Me sentí mal al pronunciar una palabra tan simple, pero no se me ocurría qué otra cosa podía decir.

– Aun así, sé que nunca te podrás quitar la culpa de encima, diga lo que diga. Pero, si te sirve de algo, no creo que el culpable de todo esto seas tú.

– No es cierto... – musité, desvelando lo que de verdad pensaba.

– Hay una plaza delante de la estación del sector 8. ¿Has estado allí alguna vez? – inquirió Joanne.

Me preocupé al instante. No entendía la intención de su pregunta.

– No, nunca voy a esa zona.

– Hay una vendedora de flores ahí. Creo que se llama Aerith.

Aerith del sector 8

El atardecer empezaba a marcar el horizonte cuando llegué estación del sector 8. Allí había una joven con un puñado de flores en una cesta de mimbre. Sonreía profusamente a todo el que entraba y salía de la estación. El color de su pelo era el mismo que yo recordaba. Sus enormes ojos no habían cambiado. Sin embargo, no podía estar seguro de que fuera ella.

– ¡Nos vemos, Aerith! – le dijo un cliente que se había detenido a comprarle una flor antes de marcharse. Un cliente habitual, quizá. Si esa mujer se llamaba Aerith, entonces…

Tras despedirse del hombre, clavó su mirada en mí. Probablemente le resultaba siniestro ver a un centinela de Shinra observándola en la distancia, así que decidí quitarme el casco antes de acercarme a ella. No, no podía estar equivocado. Era Aerith, sin duda alguna. Me sonrió con calidez, pero pronto dejó de hacerlo, en cuanto se dio cuenta de quién era yo. Echó un vistazo a su alrededor y retrocedió medio paso.

– Aerith, yo…

Ni siquiera sabía qué decirle. Justo en ese instante, al presentarme, las puertas al pasado se abrieron ante mí de par en par.

Quise hablarle sobre todas las memorias que guardaba de mi infancia, sobre lo que me divertía, sobre lo que me provocaba frustración, sobre cualquier cosa. Pero todo ello me parecía superficial.

– Lo siento, Siempre he querido disculparme contigo. No podré seguir adelante hasta que no lo haya hecho. He estado mucho tiempo buscándote, pero no eres fácil de encontrar, ¿sabes?

– Creo que te equivocas de persona – murmuró ella.

– No, no me equivoco, ¿No eres Aerith? Hija de Ifalna, descendiente de los Antiguos y….

De repente, su expresión se tornó rígida.

Entonces lo entendí.

Yo era parte del pasado que Aerith no quería recordar.

– Discúlpame. Olvídalo – fue lo único que pude añadir antes de salir corriendo en dirección al sector 7.

Al final de la plaza, detuve mis pasos y miré hacia atrás una última vez. Aerith me miraba fijamente. Cuando se dio cuenta de que me giraba, me sacó la lengua y…. se puso bizca. Como siempre hacía cada que la encontraba y trataba de hacerme reír.

Tras dejar escapar una leve carcajada, me saludó con la mano y me dijo un “Te gané Ronnie”, y nuevamente volví a sentirme como cuando tenía 9 años, el pasado volvió a mi mente en aquel momento.

Sylvina me recibió al regresar a casa. Cuando la vi, rápidamente caí en la cuenta de algo que no había pensado hasta ahora: no se parecía en nada a Aerith, me enamore y case con ella por quien era, no por cómo se veía.

La culpa que me había carcomido durante todos estos años en mi pecho poco a poco, a medida que mis sentimientos por Sylvina se habían ido haciendo más fuertes, desapareció en aquel preciso instante.

Me acerque a donde estaba, la rodee por la espalda acariciando su vientre hinchado, y en aquel instante, me jure que haría todo lo posible para que ella y nuestra futura hija tengan una grandiosa vida, como la que tanto anhele que Aerith hubiera podido tener con sus padres.

FIN.

Agradecimientos Especiales

Hola a todos, soy Chrono, y me siento super emocionado de haber podido traducir toda esta obra, algunos (por no decir nadie siendo sinceros) me recordaran por varios mangas que he traducido de Final Fantasy VII a lo largo de ya 10 años, es un videojuego que guardo muy bien dentro de mis memorias de cuando era niño, y si bien no soy tan fanático de la compilación de la franquicia y los demás Spin-Off, este libro en concreto, me a encantado por finalmente contarnos el pasado de las dos chicas mas importantes de todo el juego, fue un enorme placer el comenzar este proyecto este año y tras muchísimos meses solo centrado en la traducción, cuando la termine decidí entonces hacerlo lo mas apegada a lo que se mostró oficialmente en Remake y Rebirth, por lo cual estoy seguro que si miran los subtítulos en Español Latino, notaran que los diálogos son los mismos que en el juego, esta decisión la tome para volver la experiencia lo mas acercada a la localización del juego, y respete lo mejor posible cada dialogo para que no desentonara o sonara forzada cada conversación y explicación.

Este año (2025) comenzó como uno de mis favoritos en bastante tiempo, pues logre conocer a la mejor persona que jamas haya podido interactuar en mi vida, comenzó con una platica sencilla de FFXVI (incluso indirectamente le llegue a spoilear la muerte de Benedikta sin querer) llegando a ser mejores amigos, y sin esperarlo, se convirtió en mi persona favorita, es gracias a ella, que tienen esta traducción del libro con tanto mimo, detalle y cuidado, me devolvió la razón de hacer lo que me gusta, incluso me volvió a llenar de vida y energía, sin duda, una persona maravillosa de la cual estoy y estaré siempre agradecido, los años pasados con las traducciones y demás pequeños proyectos de Square Enix no obtuve la aceptación necesaria y decidí el tirar la toalla con el capítulo navideño de Aerith, hasta que ella llego a mi vida...

G. Daniela, esto es para ti, si... arruiné todo, dije cosas horribles y hasta amenace con que me haría algo... Sigo avergonzado, y entiendo si ya no quieres saber nada de mí, estoy recuperándome y en tratamiento de eso, terapia igual, lamento todo. Lo digo enserio.

No se puede cambiar lo ocurrido, te deseo lo mejor, te quiero y más que nada, gracias por dejarme conocerte, tu no fuiste una experiencia, lo fuiste todo para mí. Con esto puedo finalmente decirte... ¡¡Feliz Cumpleaños!! ¡¡Te adoro, mi Fresitas de Strife!!

Créditos a los Artistas que dieron aprobación de usar sus imágenes:

@Safariart: https://x.com/SafaiaArt?t=iD11RCcJggWvn3RAYR3q7A&s=09

@SPYKEEE1945: https://x.com/SPYKEEE1945?t=SRXEj13lQSWIjpxQSm8-HA&s=09

@2na3ke: https://x.com/2na3ke?t=0PzsUbkVFHVE0MHARKLngA&s=09

@hollypolllyy: https://x.com/hollypolllyy?t=anx4slyYVeBKzvZPZP1Efg&s=09

@Hunnby_art - X (Twitter):
https://x.com/Hunnby_art?t=fYtLFV1fHqIcqes3lBNKcg&s=09
Instagram: https://www.instagram.com/hunnby_art?igsh=MXByaDdsY2Q0bWc3bA==

@KuroiiTulip – X (Twitter): https://x.com/KuroiiTulip?t=QbOPlUDNbeE-VmXeG05ciw&s=09
Instagram: https://www.instagram.com/kuroiitulip?igsh=MWtlazFqcDNneTdqNQ==

@onism179: https://x.com/onism179?t=YX10uK2zUhDmT7lyc0BY7Q&s=09

@anna_m1819: https://x.com/anna_m1819?t=sWHabFLzAORvLncCLMBVlg&s=09

@Ladyyimiart: https://richtumb.de/blog/ladyyomiart

Y a mi querida amiga Nena (Alma) que me paso imágenes y sobre todo a Cloud del canal “Las Crónicas De Enix” por apoyarme en publicar y distribuir esta traducción, sin mas que agregar, nos vemos en la secuela directa de este libro “Dear Destiny” en el 2026 o quizás un poco más adelante.

Y recuerden:

Córtale A Una Estrella Fugaz Un Mechón De Pelo Y Podrás Volar~

Cuídate mucho G. Daniela.